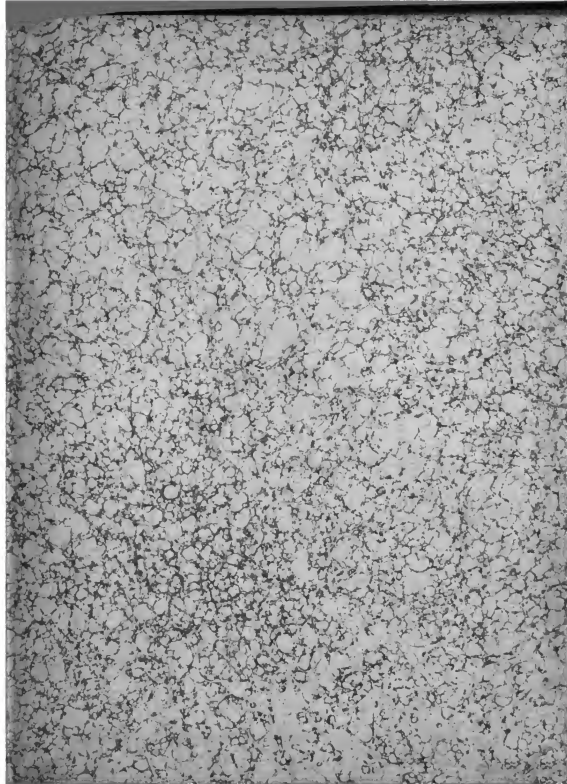










LA JERUSALEM LIBERTADA.

TOMO I.



LA
JERUSALEM LIBERTADA

DE
TORCUATO TASSO,

POETA EN VERSO CASTELLANO

Y DEDICADA Á LA REINA DOÑA ISABEL II

POR

EL TENIENTE GENERAL MARQUÉS DE LA PEZUELA,

ORDENADO POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

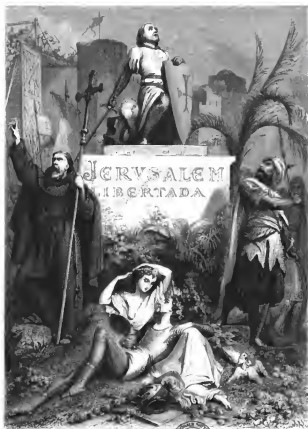


SE IMPRIME DE ORDEN DE S. M.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA Y DE LA REAL CASA.

1855.







INTRODUCCION,

ESCRITA POR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS,

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

—*—

• **LA JERUSALEN LIBERTADA**, indigna del título de poema, es únicamente una fría y pesada compilación, sin proporcion ni gracia, de un estilo oscuro y desigual, llena de ridículos versos, de voces bárbaras, de viciosos giros y de frívolas comparaciones: no hay en ella belleza alguna que disculpe sus innumerables defectos. Tal juicio formaba y esparcía por toda Italia la famosa Academia de la Crusca, al darse á luz aquel extraordinario libro, que dirigiéndose á su autor, hacia poco tiempo despues prorumpir á Clemente VIII en estas memorables palabras: «Venid á honrar esta corona, que ha honrado á cuantos ántes de ahora la han recibido.» —¿Cuál de ambos fallos tenía por norte la equidad y la justicia? Al de los *infinarati*, dictado acaso por ciega envidia y mezquina impotencia, ha respondido el constante y unánime aplauso de la posteridad, concediendo al vate de Sorrento el privilegio otorgado solamente á los grandes poetas: el del Sumo Pontífice, que le llamaba á Roma para coronarle en el Capitolio, parecia interpretar lo porvenir, conquistando al propio tiempo la durable estimacion de los doctos para quien tenía la gloria de formularlo. Extendida la justa fama de aquella obra inmortal á todas las naciones, apenas hubo idioma que no sirviera de depositario á sus innumerables y subidas bellezas, galardón logrado sólo en el trascurso de los siglos por Homero y Virgilio, y apenas alcanzado hasta entónces por el inspirado autor de la *Divina Comedia*. Y no fué por cierto España el último pueblo que rindió al genio del Tasso tan merecido tributo: siete años despues de aparecer en Venecia, llenos de lagunas é incorreccio-

nes, los catorce primeros cantos de la *Jerusalem libertada*, dábala completa á la estampa en castellano Juan de Sedeño, dedicándola á Carlos Manuel, duque de Saboya ⁴.

¿Por qué pues tanto aplauso y tal alínco en las naciones cultas de Europa para traer á sus nativas lenguas aquel poema, cuya calificación había encendido viva guerra literaria en la misma patria del poeta, llenando sus últimos días de amargura?... ¿Por qué desde los postreros años del siglo XVI se repiten los ensayos para acimatar en todos los países aquel laurel frondoso, nacido espontáneamente en el suelo de Italia?... Cuando nos poramos á considerar que van pasados cerca de tres siglos, y que lejos de menguar esta manera de culto tributado á la *Jerusalem libertada*, crecen hácia ella la veneración y universal respeto, no es ya para nosotros maravilla el anhelo con que todas las literaturas han pretendido poseerla, teniendo por tanto fácil y honrosa explicación el noble afán enqueado por el distinguido poeta que hoy da á luz la versión á que sirven de proemio estos mal trazados renglones. La *Jerusalem libertada* (escritura en el pasado siglo un crítico, cuyo voto no puede infundir sospechas de parcialidad) presenta las Cruzadas bajo un punto de vista absolutamente favorable. «Son en ella un ejército de héroes que bajo la conducta de un capitán virtuoso, viene á liberar del yugo de los infieles la tierra consagrada por el nacimiento y la muerte de Dios. El asunto de la *Jerusalem*, considerado en este sentido, es el más grande que jamás haya podido elegirse. Tratólo el Taso dignamente, dándole tanto interés como grandeza. Su obra fué perfectamente desempeñada: casi todo aparece en ella ligado con arte; y conduciendo diestramente las aventuras, distribuye con no menor sabiduría las luces y

⁴ Los referidos catorce cantos se imprimieron en Venecia el año de 1580 por Celio Malaspina: Ángelo Ingegneri hizo poco tiempo después dos ediciones de todo el poema, valiéndose de una copia, corregida de mano del Taso (Casalmaggiore y Parma) y rehuyendo en cara á Malaspina la infidelidad de su publicación; pero armado éste de otro manuscrito más correcto, repitió las ediciones, ya completas (Venecia 1581 y 1582, 4.^{ta}), cuyo éxito movió á Febo Bonni, granle amigo del Taso, á darle á la estampa, consultando al autor para que saliera con mayor lustre su propia obra. Bonni hizo dos ediciones (Junio y Julio de 1581), logrando ambas aceptación fabulosa. Esta variedad de impresiones fué causa de que Sedeño vacilara al hacer su traducción, de que adelante hablaremos, luchando «con las onejas y diferentes estampas que de la *Jerusalem* habían salido,» al emprender sus tareas.

«las sombras. Haciendo pasar al lector de las alarmas de la guerra á las delicias de las pasiones amorosas, y llevándole desde la pintura de las voluptuosidades á los combates, excita gradualmente la sensibilidad, y de libro en libro va excediéndose á sí mismo¹.» Semejante juicio, que contrasta grandemente con las censuras formuladas por otros no ménos respetados críticos, es á nuestros ojos cabal medida de la estimacion que merece la *Jerusalén libertada*; apareciendo tanto más alta la gloria de su autor, cuanto mayores fueron las dificultades con que hubo de luchar para obtener el éxito á que aspiraba.

Resonaban, al acometer tan ardua empresa, dentro y fuera de Italia los felicitosos cantos de Ariosto; y aplaudiéndola, como nunca lo había sido obra de ingenio humano, sus peregrinas ficciones, copiosa y rica suma de las creaciones caballerescas, habíase levantado la epopeya romántica á su más alto punto de idealidad, oscurecidos por el *Orlando Furioso* cuantos ensayos se habían hecho desde *I Reali di Francia*, *Buovo d'Antona* y *la Spagna* hasta el *Orlando Innamorato* de Boyardo. Mostrábase por el contrario la epopeya que recibía el título de clásica, pobre, fría y descolorida; y ya eran objeto de absoluto desprecio, ya de sátiras y diatribas los poemas heroicos que, teniendo por norte las obras de la antigüedad, reconocían por fuente principal de sus bellezas la díscol imitación de Homero y de Virgilio. No había en verdad producido esta escuela, á cuya cabeza aparece el Trissino, ninguno de aquellos portentos del arte, que hiriendo viva y poderosamente la imaginación de doctos y vulgares, fundan en el asenso común los títulos de su inmortalidad, avasallando al par el gusto y la razón y erigiéndose en única pauta y exclusivo modelo. Ni la *Italia liberata* del mismo Trissino, calculada fiel y minuciosamente sobre la *Iliada*, sin alcanzar no obstante ninguna de sus grandes bellezas; ni la *Alamanna* de Oliviero, que teniendo por asanto la guerra hecha por Carlos V contra los protestantes, era un remedo harto desdichado de la *Iliada* y de la *Italia liberata*; ni *Il Costante* de Bolognini, que evocando la mitología de griegos y latinos, cantaba las desventuras del emperador Valeriano aprisionado por Sapor, rey de los persas; ni tantos otros poemas como, siguiendo las huellas de estos cultivadores del arte, vieron la luz pública hasta mediados del siglo XVI, pudieron sostener siquiera

¹ Valtaire, *Essai sur la Poésie épique*, chap. VII.

la comparación con el *Orlando Furioso*, quedando así vencida la escuela clásica, cuya impotencia exageraban y aún escarnecían los admiradores de Ariosto.

No otra era la situación de la república literaria y la suerte de la epopeya, cuando concibió Torcuato Taso el generoso pensamiento de ilustrar la historia de las letras italianas con la creación de un poema heroico, capaz de emular la gloria con tanta razón adjudicada á las locuras del *Orlando*. Conoció su nombre y celebrado su talento poético desde su primera juventud, había ensayado ya sus fuerzas en casi todos los géneros de poesía entónces cultivados: debíale la lírica los soneti y las canzoni, en que se ostentaba digno admirador de Petrarca; débale la *Aminta* el primer lugar entre los poetas bucólicos de los tiempos modernos; conquistábale el laurel trágico el *Torrismandu*, eclipsando la fama de Spéroni, Dolce, Alamani, Martelli y Rucellai, que habían recibido el coturno clásico de manos del Trissino, y habíaule granjeado por último los doce cantos del *Reinaldo* la estimación de los eruditos, revelando á la Italia la existencia de otro gran poeta épico. Bajo tan brillantes auspicios acometió pues el Taso la difícil empresa de la *Jerusalén libertada*, cuyo sublime pensamiento fermentó en su mente por el espacio de diez y ocho años. Ambicionaba su alma la gloria de Ariosto, y advertíale su razón de los escollos y peligros que debía encontrar al emprender cuerpo á cuerpo dudosa lucha con aquel invencible coloso, á cuyas plantas habían caído marehitas las enromas de cien eselarecidos ingenios. Ni le consentía tampoco su educación literaria, formada en el respeto de la antigüedad clásica, volar sin freno por los espacios ideales, recorriendo á la vez el cielo y la tierra y acumulando situaciones, incidentes y resortes poéticos con aquella variedad prodigiosa de que sólo pudo salir triunfante la rica vena y poderosa imaginación de Ariosto; variedad que, por lo libre y suelta, era únicamente propia de la epopeya caballeresca. El Taso había elegido el asunto de su poema en la historia de los tiempos medios: eran las Cruzadas el acontecimiento más grande presenciado por la humanidad en aquellos días, y fija su vista en esta empresa de gigantes, descubrió en el choque de la civilización cristiana y de la civilización sarracena los inmensos tesoros que su mente había soñado. No hubo menester ya lanzarse, como Ariosto, al mundo fantástico, donde tal vez se hubiera extraviado, y exento de los temores que al recordar la gloria del *Orlando Furioso* le aquejaban,

halló franco y expedito sendero para bosquejar las costumbres de la edad media con el pincel de Homero y de Virgilio, realizando así en más amplia escala el meritorio pensamiento que desde su juventud había iniciado en su poema de *Reinaldo*.

Subía el Taso, no obstante, que la poesía no es la historia, y no olvidaba que, si bien el asunto por él escogido tenía verdadera grandezra para mover y excitar el entusiasmo de casi todos los pueblos de Europa, lejos de disminuir su interés el encanto de lo maravilloso, debía acrecentarlo y ennoblecerlo, imprimiéndole aquel sello sobrenatural y divino, alma de la epopeya. Mas ¿cuál debía ser la máquina empleada en un poema que tenía por asunto la libertad del suelo donde había nacido y muerto el Salvador del género humano?... Iba el Taso á poner frente á frente dos pueblos, opuestos en creencias, distintos en costumbres y lenguajes, armado el uno en nombre de Dios, llevado el otro á la defensa de sus hogares por el amor de la patria; y error imperdonable hubiera sido en él resucitar la mitología de griegos y romanos, al pintar aquella extraordinaria lucha, en que debían resplandecer la austera verdad y santa fe del cristianismo, contrastando las deslumbradoras supersticiones y ciego fanatismo de los mahometanos. Buscó pues lo maravilloso en el fondo mismo de las creencias de uno y otro pueblo, y halló en ellas inagotables fuentes: Dios y sus ángeles fueron los protectores del ejército cristiano, conducido á Palestina por el más sublime entusiasmo religioso: Satan y sus ministros patrocinaron al pueblo de Mahoma, poniendo en juego las malas artes con que magos y encantadores suscitaron contra los guerreros de Dios el desórden de los elementos y las tempestades de las pasiones. Fecundado así el pensamiento que le animaba, fuéle ya fácil cosa desenvolver la acción de su poema, dirigiendo convenientemente el curso de los sucesos á la conquista de Jerusalem y libertad del Santo Sepulcro.

Con semejantes elementos poéticos, no admitidos por algunos eminentes humanistas, bien que celebrados por casi todos los grandes críticos de nuestros días ³, aspiró el Taso á dar forma á la elevada concepción de su

³ Hoy que la crítica literaria no se contenta ya con la simple apreciación de la forma exterior y quillata las obras del ingenio por sus verdaderos títulos, aplaude, en efecto, lo

mente; y no queriendo ser vencido por Ariosto en la riqueza y variedad de los acontecimientos, esforzase por nutrir la acción de la *Jerusalem* de episodios interesantes y variados al infinito, que modificando el terrible efecto de cien y cien batallas, contadas siempre con nuevos y más brillantes colores, pusieran al lado de aquellas sangrientas escenas el grato y risueño espectáculo de la vida pastoral, y tras las solemnes é imponentes ceremonias del culto, presentarán la seductora pintura de los placeres y dulces guerras del amor. Contribuyendo todos estos episodios al desarrollo y progreso de la acción á que se agrupaban, huía el Taso, así de fatigosa variedad y abundancia, como de infeliz sequedad y pobreza; y desembarazado de estas dificultades, invencibles sin duda para quien no estuviese dotado de su ingenio, fijábase con singular empeño en la descripción de los caracteres, parte muy principal de todo poema, y en que tomando á Homero por guía y maestro, excedía sobre manera al autor del *Orlando Furioso*, acusado por respetables críticos de haber fundido en un mismo molde todas sus figuras.

Era Gofredo de Bullon, duque de Lorena, enyo valor admiraban al par Italia y Alemania, el capitán designado por los príncipes católicos para llevar á cabo la santa empresa de la Cruzada: guardóle el Taso, al presentarle en la *Jerusalem*, el esfuerzo invencible y la piedad ardiente que le concedía la historia, é hizo grave, prudente y circunspecto, dándole la majestad y grandeza de alma, convenientes al caudillo que iba á colmar los deseos y esperanzas del mundo cristiano. Al lado de Bullon ponía á Reinaldo y Tancredo, principales personajes del ejército congregado contra la morisma: Reinaldo, apasionado, vengativo, fogoso á la manera de los antiguos héroes,

que culpaban los preceptistas del siglo pasado. Boileau, que no pudo negar al Taso el haber ilustrado á Italia con la *Jerusalem*, decía que no hubiera logrado este objeto,

*Si non sage l'heros, le poete en araison,
N'est fait que mettre en sa main à la raison,
Et si l'heros, d'abord, l'insensé et le malin
N'aient de son sage époux la raison.*

Y el mismo Voltaire, cuyo juicio, en general, no podía ser más favorable á la obra maestra del Taso, reprochaba la intervencion en ella de los espíritus infernales. Pero esta elongato poética, por emanar de la creencia cristiana y estar hermanado con las costumbres populares, no puede ser de mejor ley. Lo repugante hubiera sido que el Taso hubiese traído á su poema el desautorizado ajuar de la mitología.

debía recordar la gran figura de Aquiles con sus terribles ímpetus y tremenda cólera, siendo, como el hijo de Peleo, necesario á la conquista de la ciudad asediada por los sarracenos. Tancredo, no tan arrebatado ni impetuoso, bien que no ménos esforzado; más generoso y tierno, estaba destinado á despertar las simpatías y el cariñoso respeto de aquellos mismos guerreros, que al llorar con él la desventura de su amor, reconocían el temple superior de su alma. Güelfo, Raimondo de Tolosa, Balduino y Eustaquio, Rugiero y Oton, los dos Robertos, y finalmente Oduardo y Gildipa, dulces é inseparables esposos, cuya dicha y gloria consistió en pelear unidos y morir al golpe de un mismo acero, completaban la primera y más brillante cohorte de aquellos héroes, que al aparecer en un mismo cuadro, ostentan la prodigiosa variedad de afectos que hubiera podido prestarles la rica y nunca igual naturaleza.

Más si brillan los paladines de la Cruz con entera y reciproca independencia, pensando, hablando y obrando cada cual de distinto modo, no son ménos dignos de elogio los personajes que ennoblecen la defensa de la santa ciudad, dificultando su conquista. Clorinda, Argante y Soliman, traídos á Jerusalem por el peligro del islamismo, ofrecen en la diversa fisonomía que los anima tan prodigioso brillo, que segun la expresion de un respetable historiador, llegan á eclipsar en ciertos instantes á los mismos héroes cristianos¹. La primera (que se muestra en el teatro de los sucesos, salvando las preciosas vidas de Olindo y de Sofronia, y refrenando la impotente saña de Aladino, auspíx tirano, envejecido en la crueldad), amamantada por una tigre, que pareció comunicar á su corazón la dureza y bravura de que hace frecuente gala, odia profundamente el nombre cristiano, y llevada de esta aversion, que se trueca al morir en ardiente fe, reelaza el tierno amor de Tancredo, por el mero hecho de profesar esta la ley de Cristo. Argante, dotado de fuerzas prodigiosas y encendido por el feroz deseo de exterminar á los cruzados, sólo halla dique á su bérbero furor en la diestra de Reinaldo, único héroe cristiano que ha logrado ver su espalda en mitad de los combates. Más reservado y prudente, si bien tan empeñado como Argante en el triunfo de los sarracenos, atiende Soliman, perdido ya su reino, á la defensa y guarda de la ciudad, y uniendo al ejemplo el consejo, ni da

¹ Ginguené, *Hist. littér. d'Italie*, part. II, cap. 16.

tregua á las armas, ni perdona fatiga para rechazar los terribles asaltos del campo enemigo. Y en medio de estas figuras, trazadas con vigorosos rasgos, supo el Taso colocar la tierna y simpática de Erminia, velada de melancólicas y dulces tintas; infortunada virgen, que guardando en su pecho el más puro tesoro de amor, ni tenía la fortaleza de Clorinda para avasallar la pasión que Tancredo le inspiraba, ni poseía tampoco los artificios de Armida para soneterle á su imperio. Es, por último, la creación de esta maga, que logra adormecer el valor y patriotismo de Reinaldo en sus encantados jardines, una imitación de la Alcina, pintada en el *Orlando Furioso* por el fecundo pincel de Ariosto; pero al seguir las huellas del vate de Reggio, aventajóle esta vez en gran manera el cantor de la *Jerusalem*, legando en sus versos, en cambio de una mujer sensual, que se valía de las artes mágicas para saciar sus carnales apetitos, una princesa malhadada, que por contribuir á la salvación de la patria, encendía con sus propias manos la hoguera en que debía más tarde consumirse. Por esto, lejos de concitar la malquerencia de los lectores, como sucede á la torpe Alcina, interesa vivamente la desgracia de Armida abandonada por Reinaldo, y queda hondamente grabada en la memoria su inconsolable tristeza.

Tal era pues el caudal de que disponía el Taso para revestir de la forma poética la *Jerusalem libertada*. Al combinar tan varios elementos, al poner en relación tan encontrados caracteres, para conducir á su fin una acción tan grande y heroica, desplegaba extraordinaria inteligencia del arte, y excitando sucesivamente la admiración, la piedad y el terror, lograba fundar la unidad de interés de su epopeya, ley suprema de toda obra del ingenio, en la variedad misma de las situaciones. Mérito es éste superior en la pluma del Taso, reconocido por casi todos los críticos modernos, quienes al quitar los aciertos de su inventiva, no vacilan en declarar que «si tal vez no halló en su corazón acentos como los de Priamo y de Héctor en la *Iliada* y los de Dido en la *Eneida*, imaginó escenas cuya creación hubieran podido envidiar Homero y Virgilio».¹ Estas multiplicadas y admirables situaciones, ya enclavadas íntimamente en la acción principal, ya aisladas de los heliosianos episodios que la exornan y revisten, constituyen en efecto los principales encantos de la *Jerusalem libertada*. Desde la interesante aventura de

¹ Meunierhet, *Cours complet de Littérature moderne*, tom. I, liv. XVI, Paris, 1838.

Olindo y de Sofronia (donde han creído descubrir algunos escritores cierta relación misteriosa con la vida del Taso y de la princesa Leonor, mientras la han condenado otros como extraña al resto del poema), ostenta ya el cantor de Gólofredo aquella riqueza de tintas y delicados matices que debía embellecer todos sus cuadros. Recordaba sin duda al trazar este episodio, ideado, según insinuamos arriba, para bosquejar el carácter feroz y sanguinario de Aladino y la noble figura de Clorinda, una preciosa leyenda oriental, traída á las literaturas modernas por el converso español Pedro Alonso⁴; pero dotando á Sofronia de aquella sublime abnegación y varonil entereza que sólo pudo aprender en la historia de los mártires, y dando al piadoso Olindo aquel amor puro y acentrado que se alimenta en el silencio, y aparece únicamente para conquistar la admiración y el respeto de las almas elevadas, hacíala esencialmente suya; y despertando el más vivo interés por aquella raza que, al yacer en duro cautiverio, abrigaba tales virtudes, parecía justificar, bajo el aspecto meramente humano, el generoso empeño con que habían corrido los cruzados á salvar la Palestina [Canto II].

Mas si han convenido los críticos en que este poético cuadro se halla un tanto desligado de la acción principal del poema, no sucede así respecto del bellissimo episodio de la fuga de Erminia, cuyo interés y oportunidad son unánimemente elogiados. Ni podía esperarse otra cosa, al ver pintadas con tan brillantes rasgos las sucesivas situaciones en que coloca el poeta á la desgraciada princesa, que lanzada de su reino por la espada de Tancredo y acogida á Jerusalem, contempla el terrible combate en que pone á riesgo su vida aquel denodado guerrero, y seducida por su amor, abandona los hospitalarios muros, ganosa de curar sus heridas. En las dudas y temores que asaltan su corazón, ya representándole los peligros á que expone su honor y su fama, ya impulsándole á utropejar por todo para llevar la salud al hombre á quien adora; en la infantil alegría con que acoge el proyecto de ceñir las armas de su amiga Clorinda, para salir sin riesgo de la bien guardada ciudad; en el angustioso anhelo con que espera, cercano al campamento cristiano, la vuelta del escudero enviado á la tienda de Tancredo para anunciarle su encubierta llegada, y finalmente en el susto y mortal congoja que se apoderan de su alma al ser descubierta por el latino Poliferno, der-

⁴ *Disciplina Clericalis*, lib. I, ed. de París 1824.

ramando la alarma en el campo cristiano, mientras huía despavorida sin dirección ni camino, supo atesorar el Taso todas las bellezas del arte, preparando en las zozobras de aquella fatigosa y larga noche, á que sigue para la infeliz Erminia no ménos triste día, la apacible mañana en que llega á las orillas del Jordán y halla seguro albergue en un aprisco de pastores. ¡Contraste consolador el que ofrece al pecho fatigado aquella hermosa campiña, donde se mezcla el murmurio del río al apacible canto de las aves, donde á los alegres acentos de rústicos zingales se une el son de dulce avena, y donde vestida de pellico, ofrece la paz sus gratos dones, habiendo por boca de un venerable anciano el lenguaje de la verdad, que menosprecia y huye las vanidades del mundo!... [Cantos VI y VII]. La desconsolada virgen, que tales riesgos había corrido por salvar la vida de Tancredo, ansiando infundirle el mismo amor que la devora y gozar á su lado la felicidad que su alma presiente, hállele al cabo exánime sobre la arena junto al cadáver del feroz Argante; y derramando sobre el abundoso llanto y estampando en sus meribundos labios ardoroso beso, logra restituirle á la vida al pronunciar mágicas palabras, alcanzando así el único bien que en la tierra anhelaba. [Canto XIX].

No tan vario en sorprendentes situaciones, pero si uno de los más bellos del poema, es el episodio del combate y de la muerte de Sueno, hijo del rey de Dania. Este valeroso príncipe, que infamado por la fama de las grandes proezas de los héroes cristianos, y arrebatado de entusiasmo religioso, corría al suelo de Palestina para contribuir con dos mil vasallos suyos á sacar del poder sarraceno el Santo Sepulcro, vióse arrojado, al pisar la Tierra Santa, por el poderoso ejército de Salimán, y oprimido de numerosas huestes, comprende que solo le era dado alcanzar

Corona, o di martirio, ó di vittoria.

Una noche entera pelea el maltadado ejército de Sueno, contando cada uno de sus soldados el número de veinte alfanjes asustados contra su pecho. Al brillar la nueva aurora, mira el hijo del rey de Dania debutar de sí una muralla de muertos y ve correr á sus plantas un río de sangre. Solos cien guerreros sobrevivían en tan desigual contienda; mas lejos de abatirse su esforzado corazón, levanta su voz para confortar nuevamente á sus vasallos, y ensalzando el ejemplo de los que con su sangre les habían trazado el

cansino del cielo, opone al enjambre de bárbaros, que por todas partes le acosa, un corazón de diamante. Abruñado bajo el peso de tantos golpes, pero no vencido, cae finalmente el malogrado Sueno herido por la espada de Solimán, conservando en su diestra el hierro formidable, que esgrimido por la de Reinaldo, debía poner término á la vida de aquel príncipe agareno. Un guerrero solo salva la suya entre todos los desdichados daneses, que hallaron la tumba donde pensaron conquistar eterna gloria; y sacado de entre los muertos por dos ermitaños, que le muestran el cadáver de su príncipe, vuelta la fax al cielo, armado de su espada, y puesta la siniestra mano sobre el pecho en ademán suplicatorio, recibe de aquellos santos varones el hierro predestinado, y repuesto algun tanto en la gruta por los mismos habilitado, parte en busca del campo latino, obedeciendo así los preceptos de la Providencia. De esta manera se enlazaba estrechamente á la acción el patético episodio de Sueno, digno modelo de narraciones heroicas. [CANTO VIII.]

Igual felicidad y acierto descubrimos en los demás episodios ingeridos por el Taso en la *Jerusalem libertada*: tiene, no obstante, entre todos mayor interes, por las circunstancias que rodean á los personajes, la historia de los amores de Arnida y de Reinaldo, fuente de bellísimas pinturas y potéticas situaciones. Arnida, sobrina de Ibraote, el más celebrado mago de Oriente, persuadida por él de que hace un señalado servicio á la patria, dirígese al campo cristiano para seducir y apartar del asedio de Jerusalem á los más valientes caballeros. Bella como ninguna, astuta, diestra en todo finaje de intrigas mujeres y amaestrada en las artes mágicas, aparece en los reales de Godofredo, segura de postrar la entereza de los más temibles paladines y aspirando á prender en sus redes al mismo caudillo. Llorándose desposada de la herencia de sus padres, proscrita y fugitiva, implora con fingida pena su proteccion, y cuando esto no sea posible, ruegue que le conceda corto número de guerreros cristianos para rescatar á Damasco, cuya posesion facilitarían sus parciales. No logran sus lágrimas seductoras vencer la severa razon de Godofredo, atento siempre al fin de la santa empresa de la Cruzada: en cambio enardecidos Eustaquio y otros jóvenes campeones por el dolor y la hermosura de Arnida, y llevados del sentimiento caballeresco, conjuran á Bullon, en nombre de la galanteria francesa, para que les permita restablecerla en el reino de sus abuelos; y el prudente caudillo cede al cabo á sus instancias, consintiendo en que diez caballeros de su campo abra-

cen la fingida causa de la sazar encantadora. Guozosa de su triunfo, esfuerzase esta por aumentar el cortejo de sus adoradores, desplegando todas las gracias y encantos de que la habían dotado arte y naturaleza; y arrastrando consigo la flor de los guerreros cristianos, encerrábanlos en su castillo bajo el influjo de mágicos conjuros, enviándolos después á Egipto, en cuyo camino reciben libertad de manos de Reinaldo. [CANTOS IV, V Y X.]

Este príncipe, á quien la muerte data á Germano, hijo del rey de Noruega, había lanzado del campo de los cruzados, es desde aquel instante blanco de las iras de Armida. Atraído por sus artes á la isla del Oronte, donde le adormece el deleitoso canto de las sirenas, vuela la ofendida maga á ejecutar en él los furores de su venganza; mas vencida por su varonil hermosura, siente brotar dentro del alma el fuego de una pasión desconocida, que la humilla y avasalla. Trocado así el odio en vehemente amor, pónese, dormido aún, en un carro y traspórtale á una de las islas Fortunadas, para gozar allí sin rivales ni testigos el fruto de sus deseadas caricias. La pintura de estos encantados jardines, que pone el Taso en la cima de una escarpada montaña, recordando la isla de Aleina imaginada por Ariosto, respira toda voluptuosidad y molificio, oyéndose en medio del misterioso concierto de las aves, las aguas y los vientos la voz del fénix, que dotado de lengua humana, brinda inagotable dicha á los dos felices amantes. Reinaldo olvida en estos lugares la religión y la patria, y con ellas las grandes hazañas de los cruzados y los sueños de su presuntuosa gloria; y mientras lloran su ausencia los paladines de la Cruz y sufren los estragos de las armas de Argante, Soliman y Clorinda y de los conjuros de Ismeno, enérvase y enloquece en brazos de Armida, decorando su pecho, avezado á bélicos arreos, adornos femeniles. Al cabo es roto este encantamiento por el poder superior de otro mago cristiano, que obedeciendo la voluntad de Pedro, el ermitaño, encamina á Círtos y Ubaldo al palacio de Armida, desvaneciendo todos los obstáculos que se oponían al logro de esta empresa. La vista de los dos guerreros despierta de repente en Reinaldo el apagado instinto de la gloria, y reconocida por él la afrentosa prostración en que vive, al escuchar las nobles exhortaciones de Ubaldo, aléjase de aquellas moradas del placer, sin que puedan ya aprisionarle de nuevo las tiernas, sumisas y apasionadas súplicas de Armida, que intenta al ménos seguirle como esclava, pues que no puede ya señorearle como amante. Grande es el dolor y más terrible aún la desesperación

de Armida al verse abandonada: dolor y desesperación que traen á la memoria la maldadada suerte de Dido, páfídamente burlada por el hijo de Anquises. Mas vuelta en sí, no apela, como la triste reina de Cartago, al hierro suicida para poner término á su quebranto: sólo el deseo de la venganza agita ya su corazón; y destruyendo sus jardines y palacio encantado, vuela en busca del soldan de Egipto, para filiarse bajo sus banderas, otorgándose en premio al que la vengaue del páfido Reinaldo. Restituido en tanto al suelo de Palestina, descubre éste en el escudo misterioso con que le arma el mago cristiano, la historia de sus ascendientes, y veneedor de la selva encantada, y triunfante de Soliman, Adrasto y Tisoferno, logra por último salvar á la desdichada Armida de la nueva desesperación que la arrastraba á cortar el hilo de sus días. [Cantos XIV, XV, XVI, XVII y XX.]

Esta maravillosa é interesante historia, que se liga y rodea á la acción de la *Jerusalem libertada*, como se enbiza al tronco robusto del olmo la frondosa hiedra, sobre enseñarnos hasta qué punto lleva el Taso la fecundidad de su imaginación, no temiendo la comparación de dos grandes poetas como Virgilio y Ariosto, venia á resolver en el campo literario uno de los más difíciles problemas, apareciendo en ella en estrecho maridaje el elemento heroico y el elemento caballeresco. ¡Lástima grande que al poner en manos de Reinaldo el misterioso escudo, se dejara llevar del adulterio propósito del cantor de Eneas y del vate de Regio, ensalzando más de lo justo el valor y las hazañas de una serie de príncipes que apenas logran celebridad en la historia, y laureando en profecía á su descendiente Alfonso II de Este, indigno pagador de esta no merecida alabanza!...

Tras estos felices esfuerzos de la inventiva del Taso, admiran todos los críticos, al examinar la *Jerusalem*, la gran copia de rasgos sublimes que la avaloran y son claro testimonio de la constante aspiración de su ingenio á remontarse á las regiones de la belleza ideal, brillando al par en la pintura de los personajes y discursos que pronuncian, en la descripción de los combates y en la elección de las comparaciones. "Semejante inclinación (dice un escritor digno de todo aprecio) resulta ya desde la invocación del poema, dirigida á aquella musa que

di caduchi affiorì
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona;

»reconóciese asimismo en la manera nueva y verdaderamente sublime con
 »que se hace la exposición; en aquella mirada que lanza el Eterno sobre la
 »Siria y sobre el ejército cristiano, mirada que penetra en el fondo de los
 »corazones de todos los jefes, y que nos hace también penetrar en ellos,
 »dándonos á conocer desde los primeros versos, no solamente los persona-
 »jes, sino también los caracteres. Sin hablar de pasajes y episodios ente-
 »ros que parecen dictados por esta aspiración continua á lo grande, lo bello
 »y lo honesto, hállese también (esa dote característica del Taso) en infinito
 »número de pensamientos y de afectos, indicados algunas veces por la acti-
 »tud sola ó por la expresión del rostro, como cuando advertido Reinaldo
 »por Tancredo de que Bullon quiere prenderle, sonríe antes de responder,
 »y un gesto desdenoso anuncia tras esta sonrisa la indignación de su alma;
 »anunciados otras en el más noble y poético estilo, como son los de aquel
 »anciano que muestra al mismo héroe, libre apenas de los brazos de Armi-
 »da, nuestro verdadero bien, no en las llanuras agradables, entre fuentes y
 »flores, en medio de niñas y sirenas, sino en la cima de un monte escar-
 »pado, donde la virtud habita.»¹

No es este á nuestro intento el proseguir señalando con los referidos
 críticos todos y cada uno de los retratos, arengas y descripciones donde
 brillan esta elevación y nobleza; pues que, además de prolijo, sería infrue-
 tuoso semejante empeño, cuando hasta la lectura de la *Jerusalem* para saho-
 rear estas bellezas de expresión superiores á todo elogio. Pero no juzga-
 mos fuera de sazón el advertir que, ya pinte y haga hablar á Gofredo en
 medio de los príncipes coligados; ya le presente al recibir el mensaje del
 soldan de Egipto, cuyos pactos rechaza con magnánimo pecho; ora le ponga
 en mitad de sus soldados para aplacar la discordia que los divide; ora lo
 muestre implorando la clemencia divina, ó elevando al cielo sus miradas en
 hucimiento de gracias, siempre hallaremos aquellas vigorosas pinceladas que
 dan vida y majestad á tan generoso caudillo, poniendo de relieve los in-
 mensos recursos poéticos poseídos por el Taso. Y no brillan menos estas
 preciosas dotes respecto de los retratos de los demás personajes, termina-
 dos cuidadosamente aun en mitad del fragor de las armas; arte difícil donde
 no tiene el cantor de Gofredo numerosos rivales. Séanos lícito recordar no-

¹ Ginguéné, *Hist. littér. d'Italie*, part. II, cap. 16, pag. 411.

bre este punto algunos rasgos. Tancredo y Argante, cuya lid había quedado aplazada desde los primeros cantos del poema, se encuentran al fin y resuelven terminar el comenzado duelo: la lucha es terrible: cubiertos de heridas, despedazadas sus armas, corre la sangre por todas partes. Argante se derrumba al cabo como una montaña, y mientras le ofrece Tancredo la vida, procura asestarle traidoramente una estoenda, obligándole á darle muerte. Y sin embargo de esta acción reprobada, cuando vuelto en sí por los cuidados de Erminia y de Yafnir, su escudero, es conocido Tancredo al campamento cristiano, indignase de que se deje abandonado el cadáver de Argante, negándole así la honra debida á su insigne esfuerzo. [Canto XIX, Oct. 116 y 117.] Asaltados por Soliman los reales de Gofredo, embisten al valiente mahometano los hijos de Latino, cayendo uno á uno á los terribles golpes de su exterminador alfanje; y mientras el triste anciano se lanza á la pelea, inflando la misma suerte que había colijado á sus cinco hijos, contempla Soliman á Lesbina, su querido paje, acosado por la espada de Argilán, y vuela á socorrerle, separándose de Bullon, cuyo enenueño había sido por él ambicionado. Tarde llegó al sitio donde Lesbina caía sin vida, cual tierna flor cortada por impia mano: y al mirar su rostro cubierto por la palidez de la muerte, aquel hombre para quien era la sangre grato espectáculo, siente enternecido su feroz corazón, brotando de sus ojos abundosas lágrimas. El poeta exclama, al reconocer este triunfo del arte:

Tu piangi, Soliman! tu, che distratto
Mirasti il regno tuo col ciglio asciutto!....

[Canto IX, Oct. 86.]

En la última batalla, que pone término á la acción del poema, parece en cambio recobrar toda la ferocidad del sultan de Nicea. Odoardo y Gildipa, que al comenzar el combate habían logrado derrotar á los persas, encuentran (ya de vencida los sarracenos) al no desalentado Soliman, que procuraba en vano trarlos de nuevo á la lid. Gildipa se adelanta á herirle la primera; pero insultando á entrambos esposos con descompuestas palabras, asesta el musulmán tal golpe al pecho de la infeliz heroína, que rompiendo las armas que lo defendien, penetra su alfanje en aquel seno

Che de colpi d'Amor degno sol era.

Vacilando un momento sobre la silla, abandona las riendas, próxima á desplomarse del caballo. Odoardo vuela en su ayuda, y sosteniendo con el brazo izquierdo á su agonizante esposa, intenta vengarla con el derecho, agitado su corazón á un tiempo por la piedad y por la ira. El hierro de Soliman descarga de nuevo sobre aquel doloroso grupo, y cortado el brazo que recibía el cuerpo de Gildipa, cae ésta desplomada, no tardando en seguirla el desdichado Odoardo, mientras se ufana Soliman de tal victoria. [Canto XX.]

À estos rasgos originales, que pudiéramos multiplicar fácilmente, se agregan otros muchos de un mérito relevante, que descubriendo las fuentes en que el Taso se inspiraba, enseñan el camino que debe seguirse para valorar las obras del ingenio con la sobria y discreta imitación de los antiguos. Ciertos que esta manera de imitación, la cual, lejos de humillar al verdadero poeta, enriquece sus más estimables creaciones, se halla sólo al alcance de los hombres privilegiados, que saben asimilarse y hacer suyos los tesoros de otros tiempos, siendo el escollo natural en que se estrellan los impotentes esfuerzos de las medianías. Por eso al considerar el acierto y oportunidad con que el cantor de Gofredo recuerda ó imita, dando nueva vida y frescura á los incidentes y situaciones que traslada á su poema, en lugar de dirigir contra él severos cargos, tenemosle por digno de todo estudio y alabanza. Sus imitaciones, que provienen de la prodigiosa extensión de su lectura, de la observación asidua é inteligente de la antigüedad clásica y de la riqueza extraordinaria de su memoria, ni se limitan á un solo modelo, ni se encierran en una época determinada: el Taso tiene presente al mismo tiempo todas las producciones y todos los géneros: la poesía y la historia le ofrecen sus creaciones, no sólo en el siglo de oro de las letras griegas y latinas, sino también en los de corrupción y decadencia; y enriquecido ya con los despojos de la antigüedad, vuelve su vista al arte de la edad media para demandarle inspiraciones. Así, mientras le vemos tomar por maestros principales á Homero y á Virgilio, no se desdicha de seguir las huellas de Lucano y Silió Itálico, de Ovidio y Lucrecio, de Claudiano y Heliodoro, ni olvida tampoco á Julio César y á Tácito, pagando igual tributo á Dante y Petrarca, Sannázaro y Vida, sus compatriotas.

Tarea larga sería la de señalar todos estos recuerdos é imitaciones: sobre los ya indicados nos será permitido, sin embargo, traer aquí algunos ejemplos que justifiquen nuestros asertos. Argante (que aparece en la es-

cena como embajador del soldan de Egipto) al escuchar la respuesta dada por Gofredo á la demanda de aquel soberano expresada por Alete, pliega con ademán feroz su manto, y dando á escoger al caudillo cristiano entre la paz y la guerra, desplégalo con no menor ferocidad al oír el belicoso grito con que responde el ejército cristiano á la propuesta del soldan, sacudiéndolo despues y declarando guerra á muerte á Bullon y los suyos. Este rasgo era visible recuerdo de la pintura que hace Silio Itálico de Fabio, al declarar la guerra al Senado de Cartago. He aquí el pasaje de Silio:

Non ultra patiens Fabius texisse dolorem,
Concliam exposcit properè, patribusque vocalis,
Bellum se prestare sine pacemque profutis
Quid sedet legere, ambiguis ne fallere dictis
Imperat: ac saxo nostrum renaente Senatu,
Ces clausas acies gremioque affunderet arma,
Accipite infantum Libyæ erratique priores
Par, laquit, bellum: ut laxos effundit amictus.

[DE BELLO PUNICO, LIB. II.]

Asaltada Jerusalem por los cristianos y apretados en todas partes los sarracenos, veíase ya la ciudad á punto de rendirse, cuando herido Gofredo por una flecha, retrocede el ejército sitiador, restituyendo á los sitiados el perdido aliento. Soliman y Argante, rivales en el valor y en el anhelo de la gloria, ven llegado el momento de coronar su esfuerzo desbaratando á los cruzados. Argante provoca al rey de Nicea, diciéndole:

Solimano, ecco il loco ed ecco l'ora
Che del nostro valor giudico fia.
Che cemi?... O di che temi?... Or costà fuori
Cecchi il peggio sovraa chi più 'li desta.

[Canto XI, Oct. 63.]

Semejante rivalidad, que contribuye en gran manera á caracterizar á los dos caudillos sarracenos, tenia ejemplo en los *Comentarios* de César, donde los centuriones Vareno y Pullion, ilustres ambos por sus hazañas, se excitan á salir contra los gaulas, que tenían cercado el campamento romano, con gran peligro de sus aguerridas legiones. Pullion, que disputaba á Vareno la supremacía de las armas, le dice:

"Quid dubitas..... Varnae!.... Aut quem locum probanda virtutis tux spectas?....
 «Be dies de controversiis nostris judicabit.» *

Y estos recuerdos, tan hábilmente aprovechados por el genio del Taso, refiérense también á personajes entre cuyos caracteres no existe una relación tan estrecha. Tal sucede con la expedición de Argante y de Clorinda, en que intenta esta heroína poner fuego á la gran máquina de guerra que tan profundo terror había infundido en los cercados. Ni un rasgo siquiera hay en la pintura de uno y otro personaje que traiga á la memoria la tierna amistad de Enriale y Niso, simpáticas figuras trazadas por el delicado pincel de Maron; y sin embargo existe notable semejanza entre una y otra aventura, semejanza que se hace todavía más sensible al comparar las sucesivas situaciones en que uno y otro poeta colocan á sus personajes: proyecto, discursos, presentación al rey, alegría y esperanza de que este se muestra poseído, hasta las mismas frases y aun los versos del Taso parecen calcados sobre los de Virgilio, dándonos cabal idea del talento con que el cantor de la *Jerusalem* sabía apropiarse las bellezas de la literatura clásica, sin arriesgar su reputación, ni ser tenido por descolorido copista.

Esta facultad de las inteligencias superiores, tan clogiada por los críticos franceses en sus primeros poetas, resalta aún más en el Taso respecto de los pormenores, siendo tan frecuentes las felices imitaciones de los vates latinos, que, según la opinión de algunos críticos, puede asegurarse que vió los objetos de la naturaleza á la luz que aquellos les prestaban. Da esta circunstancia cierta elevación y dignidad al estilo y lenguaje de la *Jerusalem*, convenientes en gran manera á la majestad del asunto; pero si lícito nos parece el observar que reconocen tan noble origen multitud de las bellezas de expresión que esmaltan el poema, justo creemos también el dejar consignado que no pocas son originales del Taso, quien pinta y describe con admirable sencillez y frescura, siendo generalmente afortunado en la elección de los símiles. Separar todas las imitaciones de los rasgos originales, empresa es propia de los comentaristas, quienes no han escaseado en verdad esfuerzo alguno en este linaje de ensayos: á nosotros cumple sólo manifestar que ya recuerdo, ya invente, procura y logra siempre mantenerse á la altura de las situaciones, si

* De *Bello Gallico*, lib. IV.

bien la misma riqueza de imaginación le lleve alguna vez á falsarlas con inútiles ó impertinentes circunstancias. Defecto es este que exageraron los enemigos del Taso, al aparecer la *Jerusalén libertada*, y que han reconocido después sus más ardientes admiradores, hallándolo propagando á la mayor parte de los poetas del siglo XVI. "¿Quién puede gloriarse de estar exento?" (decía Metastasio al comparar el mérito de los dos grandes ingenios entre quienes veía dividido el campo literario). "Bueno fuera (añade) que las obras del uno estuviesen limpias de ciertos conceitos, indignos de la elevación de su talento; pero también repugnan en las del otro las bufonías, poco decentes para un escritor ilustrado. Reconócese que en el poema del Taso podrían haberse expresado los sentimientos amorosos de una manera ménos afectada; pero lograría mayor estima el autor del *Orlando*, si los hubiese pintado de un modo ménos natural. Sería no obstante el colmo de la malquerencia, de la vanidad y de la pedantería el afanarse por descubrir en estos seres luminosos algunos despreciables lunares, esparcidos entre innumerables bellezas."

Huyamos pues la digna censura de Metastasio: el sumario exámen que hemos hecho de la *Jerusalén libertada* prueba que si este poema sólo puede ser antepuesto ó nivelado por la ciega parcialidad á las inmortales creaciones de Homero y de Virgilio, merece un lugar distinguido entre las primeras obras del arte. "Injusto sería (escribe un concienzudo crítico) preferirle entre los antiguos las producciones de Lucano, Estacio y Silio; entre los modernos, á pesar de algunos pasajes sublimes de los *Lusiadas*, no puede Camoens sostener la comparación sin riesgo de ser vencido; Milton, más sublime aún, tiene contra sí la rareza, la tristeza; en una palabra, la infelicidad del asunto; " el Ariosto ha burlado en demasía en el suyo, apartándose á sabiendas de la dignidad de la epopeya: ni Francia, ni otra nación de Europa poseen, finalmente, obra alguna que pueda disputar á la *Jerusalén libertada* el galardón del poema épico: hallándose colocada inmediatamente después de la *Iliada* y la *Encida*, es por consecuencia el primero de todos los poemas heroicos modernos." "

* Lícito nos parece manifestar aquí que no oprimos como el respetable crítico cuyas palabras trasladamos: la pérdida de la gracia del primer hombre no nos parece asunto infeliz para la poesía, sino altamente propio de la msa cristiana.

" Glaguené, *Nat. littér. d'Italie*, part. II, cap. 16 ad finem.

Tal es la obra que el señor don Juan de la Pezuela ha traído nuevamente á la lengua de Herrera y de Cervantes. Prendado desde su primera juventud de la grandeza del asunto, en que veía la más noble y meritoria lucha de cuantas ofrece la historia de la humanidad; enamorado de aquellos paladines, que eran á sus ojos la más perfecta idealización del heroísmo y de la caballería, y pagado por último de tantas y tan levantadas bellezas como enriquecen la *Jerusalén libertada*, hizo la su lectura predilecta, confiando á la memoria aquellos pasajes que mayor celebridad alcanzaban en la república de las letras.—Esta predilección que iba creciendo á medida que el señor Pezuela depuraba su gusto, llegó á familiarizarle en tal manera con el Taso, que no contento ya con saborear sus bellezas, intentó trasladarlas á la lengua patria, haciendo desde entonces algunos felices ensayos. El aplauso que estos recibieron de sus amigos, entre quienes tenía la fortuna de contar los más respetados maestros del arte y distinguidos poetas, excitando de nuevo su entusiasmo, encendióle en el deseo de probar sus fuerzas en mayor escala, traduciendo todo el poema. Mas no bien había comenzado á realizar semejante proyecto, cuando llamándole á las armas la obligación de su carrera, vióse forzado á tomar parte en la guerra civil que estalló á la muerte del último Fernando.

No parecía verosímil que en medio de los sobresaltos de una lucha fratricida abrigase ya el pensamiento que había despertado en su juventud el anhelo de la gloria literaria; y sin embargo, dos generosas ideas vinieron á mantener su espíritu en las regiones adonde sus instintos poéticos lo habían levantado.—Amenazado por la usurpación el trono de una huérfana, á quien servían de escudo las antiguas y venerandas leyes y libertades de Castilla, vió Pezuela en la causa de Isabel II la causa de los caballeros, é inflamado su pecho de amor patrio, creyó llegado el instante de renovar las memorables hazañas de los héroes españoles. Hermanando así los severos deberes de la milicia con sus hidalgas inclinaciones, lejos de olvidar á los guerreros de Palestina, tenidos siempre delante para recordar sus empresas; y caldeada su imaginación por el entusiasmo caballeresco en medio de los combates, si aspiraba á personificar en sí el valor de los cruzados, no se mostraba menos adicto á las sublimes armonías del Taso, cuyos cantos repetía en los momentos de mayor peligro. Nuevo Ercilla, ya que no le era dado cantar una guerra en que se ahogaba todo heroísmo con sangre de hermanos, volvió

con nuevo aliento á la empezada tarea de poner en versos castellanos la obra inmortal del Taso, y compartiendo su inteligencia y su valor entre la *Jerusalén libertada* y la augusta huérfana de Castilla, miró eual término de sus deseos el feliz instante en que libre Isabel de toda zozobra, pudiera ofrecer á sus plantas el fruto de sus poéticas vigiliass.—Escribiendo y firmando de noche los versos que trasladaba de día, ya en penosas marchas y arriesgadas expediciones, ya al frente de un enemigo que no le consentía largo vagar ni reposo, lograba pues dar cima á la obra que habia llenado de ilusiones su juventud, y que satisfaciendo toda su ambicion literaria, ve hoy la luz pública bajo los régios auspicios de doña Isabel II, á quien la dedica y consagra.

Al reclamar pues en la república literaria el puesto que su clásica educacion y su no vulgar talento le tienen ganado, no presenta efímeros títulos que borre el aplauso estrepitoso de un solo día: más duradera y meritoria es la ofrenda que tributa en el templo de la fama, ambicionando el mismo lauro que immortaliza en el aprecio de los doctos el nombre de Jáuregui, afortunado traductor de la *Pharsalia* y de la *Aminta*. Pero no es en verdad de fácil logro el galardón á que aspira. «Muchas cosas suenan bien en una lengua, que en otra dan poca satisfaccion y deleite,» escribia el primer traductor de la *Jerusalén libertada*; y este aserto que tiene en general fuerza de axioma, es grandemente aplicable á la lengua italiana, por más que su identidad de origen y semejanza con la española parezcan hacer más accesible cualquiera empresa de igual índole á la acometida y llevada á feliz remate por el Marqués de la Pezuela. Esta engañosa facilidad, que tal vez seduce en la lectura, hace olvidar con frecuencia, segun observó ya el divino Herrera, «que tienen algunas propiedades y virtudes la hermosura de la lengua toseana.... y la agudeza y manificencia de la española que trocadas entre si, aunque guarden el sentido, pierden aquella flexion y medida de palabras, ó números y aquella viva claridad y elegancia de luz con que resplandecen en las orejas de los mesmos naturales.»¹¹

Y crecen los inconvenientes cuando se considera que, denas de las diferencias características de uno y otro idioma, formado el dialecto poético de la literatura italiana sobre más anchas bases que el de la española, gozan

¹¹ *Anotaciones de Garcilaso*, Sevilla 1280, págs. 74 y 75.

los escritores de aquella nacion tan amplia libertad, que á ser ensayada si- quiera entre nosotros, seria reputada por desenfrenada licencia. Extiéndese la misma libertad á las leyes de la metrificación que rigen en uno y otro parnaso: mientras es lícito en el italiano, ya alterar las terminaciones de las voces, ya mutar, cortar y acrecentar los vocablos, ya unirlos entre sí, acumulando las sinalefas, á fin de llenar los versos de armoniosos sonidos, con lo cual es fácil nutrirlos de ideas y conceptos, haciéndolos numerosos y elevados; no es dado en el español cortar ni añadir sílaba alguna á las dicciones, ni trocar ni alterar sus formas; y recatada y observante, como la lengua, apenas consiente la poética alguna moderadas licencias. Á estas desventajas, de no escasa consideracion por cierto tratándose de traer á nuestra lengua cualquier poema escrito en italiano, agrégase la circunstancia de estar compuesta la *Jerusalén libertada* en octava rima, combinación artificiosa y difícil, que por haber nacido en Italia con las producciones del Boccaccio ¹⁹ y haberse aclimatado en nuestro suelo cuando contaba ya dos siglos de existencia, no se ofrece con tanta docilidad á la expresion poética, ni bien ha sido cultivada con harta frecuencia por nuestros más felices versificadores. Siendo pues tan distintas las formas del lenguaje, y no habiendo mayor semejanza en los medios y condiciones de uno y otro parnaso, es evidente que la empresa de poner en octava rima castellana el poema de que tratamos presenta graves dificultades, que vencidas con acierto y fortuna, darán subido precio en la estimacion de los doctos á la version en que se congreguen estas notables circunstancias.

No hay para que demostrar que jamás se alcanzará el fin indicado sin que el traductor merezca el título y verdadero galardón de poeta: para comprender la belleza y sublimidad de los pensamientos hasta el punto de trasladarlos con toda su majestad y brillo; para apoderarse de las imágenes, sin que pierdan parte alguna de su espontaneidad, energía y calor; para conservar y transmitir, en una palabra, los variados acentos de las pasiones, necesario es hallarse dotado de aquella elevacion de espíritu, de aquella

¹⁹ El mismo Boccaccio decía sobre este punto, al final de la *Teseida*, dirigiéndose á la musa que le inspiraba:

..... Per ciò che la prima col suo legno
Sopra quest'onda, non accende mai
D'onde si fa di nuovo altro oggetto.

fuerza de imaginacion y de aquella sensibilidad exquisita que resplandecen en el que logra conquistar con sus erecciones el envidiado lauro de las musas. Puede, en efecto, estar hecha una traduccion con admirable exactitud gramatical; puede estar escrita con cierta castidad y elegancia, ostentando una versificación robusta y esmerada y haciendo gala de todas las perfecciones exteriores del arte; y aparecer sin embargo desmayada, descolorida y pobre, sin que dé razon alguna de la grandeza del original, y sin que logre en consecuencia despertar ninguno de los sentimientos excitados por el poeta, al hablar en su lengua nativa. Tal sucede, entre otros muchos ejemplos que podríamos recordar, con la traduccion de la *Iliada* del caballero Salvati, primer detractor de la *Jerusalem libertada*: los simples gramáticos y helenistas elogiarán sin duda la nimia y pobre fidelidad con que el celebrado infanzón se aplicó á poner en lengua toscana la primera ercacion de Homero: los críticos buscarán en vano la *Iliada* en la version referida, y no hallando en Salvati ninguno de las dotes que forman al verdadero poeta, colocarán su obra entre los estériles ensayos que hizo en el siglo XVI la escuela ultra-elásica para poseer las obras de la antigüedad: los lectores de puro deleite, devorados por el hastio, arrojarán siempre este libro sin terminarlo, y sin que les aqueje el remordimiento que hubo de experimentar Boileau despues de haber lanzado la *Jerusalem* del Taso, porque habia osado éste apartarse de la imitacion greco-latina.

Injusto sería el suponer que las versiones hechas hasta nuestros dias de la *Jerusalem libertada*, principalmente en lengua castellana, adolecen de los defectos de la *Iliada* de Salvati: aunque escritas la mayor parte en octava rima, como el original, puede asegurarse que atendieron más sus autores al espíritu y sentido de este que á su niera y gramatical interpretacion, logrando así conservar en parte el interes y colorido de las situaciones, bien que perdiendo no pequeño número de bellezas, por no abundar en las dotes poéticas arriba mencionadas. Cuatro son las traducciones en verso más notables que poseemos de la *Jerusalem libertada*: pertenecen las dos primeras á la época mas floreciente de nuestra literatura nacional, y son las otras debidas al presente siglo: publicáronse aquellas en 1587 y 1649 por Juan de Sedeño, castellano de la ciudadela de Alejandria en la Palla, y por don Antonio Sarmiento de Mendoza, caballero de Calatrava y mayordomo de don Juan de Austria: bause dado á luz estas por don Melchor de Saa, y don

J. Gamboa y don A. Ribot en 1817 y 1841. No es, ni puede ser nuestro intento el hacer aquí un detenido exámen comparativo de estas versiones con la que hoy toma plaza en la república de las letras, ni cumple á nuestro propósito el rebajar el mérito de las primeras para enaltecer á su costa los aciertos de la última. Mas ; debe la traducción del Sr. Pezuela ser ó no considerada como una verdadera novedad literaria?... ¿Ganará algo en popularidad el poema inmortal del Taso al ser nuevamente interpretado por las musas españolas?... Si fuera posible responder á estas preguntas de un modo negativo, claro se mostraría que las tareas del Sr. Marqués de la Pezuela, aunque arduas y penosas, serían de todo punto estériles, pero como lejos de merecer tal calificación, ha de reconocerse desde luego que ha prestado un servicio de no pequeña monta á las letras castellanas, no llevarán á mal los eruditos que para demostrarlo tengamos presentes las referidas traducciones.

Es en efecto el señor don Juan de la Pezuela quien más gallardamente ha triunfado hasta ahora de las grandes dificultades que ofrecía tamaño intento, y si al darse á la estampa la obra de Sedeño, aseguraba el celebrado Gracian Bantisco que "estaba escrita con mucho ingenio y cuidado," y al imprimirse la de Sarmiento, declaraba el docto don Josepe Gonzalez de Salas que "excedía á cuanto se pudo esperar de una no dificultosa, sino imposible empresa,"¹⁷ bien será que recatando los no moderados elogios, procuremos nosotros dejar probado con la claridad de los ejemplos la exactitud de nuestras palabras. Resaltará sin duda de esta manera la inteligente sinceridad de la traducción, tan lejana de la pueril nimiedad gramatical que solo cuida del sonido y valor material de las voces, como de la excesiva soltura, que apenas guarda fidelidad á los conceptos. Ni se ocultarán tampoco las galas de estilo y de lenguaje con que ha sabido el Sr. Pezuela matizar todo el poema, ennobleciendo uno y otro con frases, giros y arcaísmos consagrados por los grandes ingenios castellanos del siglo XVI, testimonio irrecusable de su fructuosa y abundante lectura. Verdad es que, al confesarle con estas singulares dotes un escaso número de virtudes poéticas, podría tachársele de haber introducido peligrosas novedades respecto de la dición, procurando dar carta de naturalza á ciertos vocablos no admitidos hasta

¹⁷ Aprobaciones de una y otra traducción, impresas con las mismas.

ahora en nuestro idioma; pero si se atiende por una parte á la sobriedad de esta licencia en un trabajo de la extension de la *Jerusalén liberada*, y se repara por otra en que las palabras traídas de nuevo á la castellana tienen su origen en la lengua latina, madre natural de aquella, no faltará racional disculpa á la innovacion, recordando lo que á este propósito sentaba en el siglo de oro de las letras españolas el más clásico y autorizado de los comentadores. «Los italianos, hombres de juicio y erudicion y amigos de ilustrar su lengua (escribía Hernando de Herrera) ningún vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros, nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje, y poderemos polreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la dición peregrina cuando no la tiene propia y natural, ó cuando es de mayor significacion. Pero nosotros, solo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la inorancia de la prudencia y el poco juicio nuestro..... Si esto es enriquecer la lengua y adornalla, juzguenlo los que saben y tienen verdadero conocimiento destas cosas..... Para esto conviene (decía despues, tratandu de la introduccion de nuevas voces) que no sean humildes, hinchadas, tartadas, luxuriosas, tristes, demasiadas, flojas y sin sentido, sino propias, altas, graves, llenas, alegres, severas, grandes y sonantes; y las propias que sean generosas; que parezca que nacieron en las cosas y crecieron en ellas; y las traslativas modestas y templadas, no atrevidas ni duras.» “ Si ha logrado pues el Señor Pezuela cumplir estos preceptos del padre de la escuela sevillana, cuyo hijo se reconoce, como uno de los discípulos predilectos del respetado Lista, bien puede, no ya perdonársele, mas tambien agradecersele la referida innovacion, por más que cierto linaje de eruditos reputen todo latinismo é italianismo como indeleble pecado.

Muchos son los rasgos y pasajes que brillan en la traduccion de la *Jerusalén* por la robustez, soltura y flexibilidad de la metrificacion, por la riqueza y variedad del colorido, y por la gallardía y nobleza del lenguaje: insiendiendo en nuestro propósito, creemos oportuno presentar algunas muestras, tomadas al azar, á fin de que pueda formarse desde luego completa idea del acierto con que está desempeñada toda la obra. Al bosquejarse en

¹¹ *Anticuarios de Cervillas*, págs. 121 y 233.

pintoresco alarde el ejército cristiano y los caudillos que le guían á la santa conquista, pintase de esta manera la figura de Reinaldo:

Mas el rapaz Reinaldo es sobre aquestos
Y sobre cuantos héroes se alabaron:
Venció edad y esperanzas, y allí prestos
Con las flores los frutos se mostraron.
¡Vidástele alzar marciales y compuestos
Rasgos de el ira y gracia se juntaron!.....
Si envuelto en armas su altivez le envuela,
Dirístele Marte: Amor, si el rostro envuela.

Del potente Bretoldo y de Sofía
En la orilla del Ádige nacido,
Cuando no bien de su cotiz salía,
Málldele le apartó del patrón cido.
Eduado en su escuela y compañía,
Las artes de reinar de ella ha sabido,
Hasta que esardenció la tierra nrota
La trompa que sonaba en el Oriente.

Entónces (y tres lustros no cumpliera)
Hoyó solo y siguió camino ignoto,
Y al través del Egipto y su ribera
Mostróla al fin la Cruz elíva remota.
¡Nobilísima fuga, que debiera
De sus nietos ejemplo ser devoto!.....
Soc tres años que persa gente doma
Y el bazo apenas por su labio asoma.

(Canto I, oct. 38 y 39.)

La aparición de Jerusalem á vista de los cruzados, situación magnífica en que no pudo ser más feliz el Taso, está puesta en castellano con estas octavas:

Con prestas alas cada cual se siente
Sio que pueda su pinata fatigarse;
Mas cuando el sol camina más ardiente
En el alto cenit á remouarse,
¡He aquí á Jerusalem verse esplendente!,
¡Jerusalem por todos señalarse!,
Y eco de gozo que los aires llena
¡Jerusalem! ¡Jerusalem! resuena.

Al de navegantes tarba osada,
Que es pos de tierra extrala el genio ayuda,
Y bajo incierto polo y onda alada
Prueba el modable vicioto ó mar saúda;

Si desentee por fin la orilla ansada,
 Con gritos de alborozo la catula,
 Y al mostrarla uno á otro, olvida en tanto
 De las pasadas penas el quebranto.

No hay corazón que al gran placer resista
 De aquel primero delicioso aspecto,
 Y contrito piedad no mueva, ni
 De temeroso y reverente afecto;
 Que con apenas levantar la vista
 Á la ciudad, de Cristo albergue electo,
 Donde murió, donde sepulcro ha sido,
 De do en gloria á los cielos ha subido.

[Canto III, vers. 3 y sig.]

Del siguiente modo logra el Sr. Pezuela transferir el bellísimo retrato de Armida, al presentarse en el real de Gofredo:

No viéron Chipeu y Árgos, oo vió Delo
 Tanto esplendor de galas y belleas.
 El oro del castello en blanco velo
 Traslució envuelto, ó brilla en su pareas,
 Como el sol, cuando paz recobra el cielo,
 Clavada nube á remontar empieza,
 Y por ella al romper va derramando
 Lumbre mayor, al día redoblando.

Más riza el aura el pelo desparecido
 Que ya en ondas coorespa la natura;
 Avaro su mirar, guarda escondido
 Milagros del amor y la hermosura;
 Dulce rojo espolor se mezcla unido
 Con el terso marfil de la faz pura;
 Mas al labio, que expide aura amorosa,
 Solo simple curmís presta la rosa.

Muestra el seno su nieve allí desnuda
 Dónde el fuego de amor se enciende y vuella;
 Ves de sus pechos apretada y cruda
 Parte; otra esconde la envidiosa tela:
 Mas si á los ojos alla el paso ansada,
 Da al pensamiento enardecida espuela;
 Que no bien harto en la hermosura externa,
 Por los misterios últimos se interna.

Como el rayo en el agua se clarea,
 Ó traspasa el cristal y no le parte,
 Por entre el vasto velo oca la idea

Entrar así por la velada parte;
Se espacia allí y en la verdad recrea
Y de milagros tales con el arte,
Y al deseo los narra y los describe,
Y el fuego en el más fervido revive.
Pasa entre aplausos y balagada Armida
La ansiosa multitud: dulce sonríe,
Y aunque su gozo en esconder se cula,
De may altas conquistas ya se enorgiñe.

[Canto IV, act. 29 y sq.]

Veamos como pasan á nuestra lengua las delicadas estrofas en que pinta el Taso á Erminio, vistiendo las armas de Clorinda para llevar la salud á su amado Tancredo:

Quítase Erminio es tanto so modesta
Tunica, que la calbre hasta la plasta,
Y en escueto vestir áltre se apresta,
Cusí noaca lida con balleza tanta;
Mas ántes la electa á la partida
Solá doncella de so adorno cula.
Arranca el peio el casco, y el contorno
Del blanco seno el fierro toco raya:
Al peso del escudo, raro adorno,
La maella diestra tímida desmaya.
A-ó toda de acero brilla en torno,
Y sposlara marcial resalta escaya.
Rie presente Amor, como aquel día
Que entre tocas á Alcides envolva.
¡Oh cómo el peso desigual sostiene
Con harta pena y con andar escaso!.....
¡Cómo á la compañera fiel se atiene
Y su ella apoya el vacillante paso!
Mas Amor á prestarle fuerzas viene
Y la coaforta el alma y cuerpo liso,
Con que acierta á llegar do el escadero
La aguarda, y monta corredor ligero.

[Canto VI, act. 31 y sq.]

Narrada despues su azarosa fuga, se leen estas estrofas, en que se traslada fielmente la imágen de la vida pastoril, descrita por el vate de Sorrento:

La rapaza real de tocan lana
Viose y élle ya rústico velo:

Mas no mirar, no marchar, solo grita:
No es esa, no, la que en el bosque habita:
Pues no en el traje rustico se empaña
La gala y esplendor que en ella luce;
Que hasta en la homilde ocupacion y extraha
Su allivo aspecto y dignidad traslase.

Va el bato guila y con la polbre caña
Del redil al esquierro la conduce;
Va las vellotas uletes rada exprime
Y el cuajado licor prensa y oprime.

¡Cuántas veces hayado se manda
Estivo ardor del bosque en la maleda,
La cifra de su bien dejó estampada
Del laurel y el aliso en la corteza!
¡Cuántas grabó también de su pasada
Desdicha y sus amores la triviesa,
Y al releer despues su propio escrito,
Saca el árbol regò llanto infinito!....

Y Horacio exclamaba: "En vuestro seno
Esta ¡oh troncos! guardad doliente historia,
Con que si un día á vuestro asilo ameno
Llega quien de infelizia busque la gloria,
Sienta su corazón de piedad lleno
De mi largo sufrir con la memoria.
Y diga: ¡Ay! crudo promiso, paga esquivia
Dieron suerte y Amor á fe tao vira!...."

"Quizá sea, si al cielo no le insulta
Ruego de una mujer tao abatida,
Que algun día á esta selva llegue incólita
Aquel que hoy de mí duelo no se cuida,
Y los ojos volviendo á do sepulta
Verá mi cruzita no querida,
Á mis males dura ¡presto tardia!
Lágrimas breves justo al mármol frío.
«¡Halague así al espíritu la muerte,
Ya que al cuerpo la vida fue traidora,
Y mi mortal despojo de esta suerte
Goce lo que gozar no puedo ahora!"

[Canto VII, act. II y sigs.]

Lástima es por cierto que esta simpática y bella princesa no reciba de manos del Taso más digno galardón en los últimos cantos del poema. — Al contarse la muerte de su envidiada amiga Clorinda, se encuentran estas in-

teresantes octavas castellanas, en que se traslada el cuadro final del combate singular que aquella sostiene con Tancredo:

Él en tanto á la virgen traspasada
Estrecha más y más, alcanza, oprime;
Y ella, al caer, con triste y apagada
Voz postrimero así murmura y gime:
Voz por divino espíritu dictada
De esperanza y de fe, de paz sublime;
Favor del cielo con que ser le advierte,
Ya que en la vida infel, santa en la muerte:

"Venciste; te perdono: tú persona
También, no al cuerpo, á quien piedad no cabe;
Si al alma: ruega por mí dicha y dona
Á mí el hantismo, que mis culpas lave."
Dice, y en su ero languido se entona
Un no sé qué de flebil y de suave,
Que de Tancredo el impetu mitiga,
Le ablanda el pecho y á llorar le obliga.

Corre de allí no léjos mansamente
En el seno del monte breve río:
El yelmo va á llenar en su corriente
Y triste vuelve al aclo grande y pio.
Su mano, al descubrir la ignota frente,
Tiembra, soltando al helico navio.
¡Ay vista de dolor! ¡Fatal momento!
La vió, la conoció, perdió el aliento.

No muere, no, porque del cuerpo inerte
La virtud, como guarda sienta, coide:
Y ahogando su dolor, á quien la muerte
Con fierro dió, con agua da la vida.
Cuando él la lluvia entre palabras vierte,
Luce de ella la faz pura y florida:
Rie, y en acto de morir que exhalaba
Parece: "Parto ya: mi Dios me llama."

Fijo en el cielo su mirar, se via
En sus ojos traslucen el cielo enteru:
Ya de violeta y lirios se cubren
Su faz hermosa con albor ligero,
Y atrazado la desnuda mano fria,
De palabras en vez al caballero
Dala en signo de paz. Así fallece,
Y dormida la virgen aparece.

[Canto VII, vers 82 y sig.]

Y no es ménos digna de citarse aquí, por la nobleza y exactitud con que está interpretada, la breve plegaria que eleva Bullon, pidiendo á Dios que ponga término á los males que afligen á sus huéspedes, y el maravilloso efecto de la misma:

"Padre y Señor, que al pueblo tuyo diste
En el desierto hiebrechor rocío;
Tú, que en diestra mortal virtud pusiste
De arruinar de la piedra fácil río,
Renueva el hiel sobre mi campo triste;
Y si es menor merecimiento el mío,
Tu bondad inflexible le rescate
Y Dios ampare al que por Dios combate."

Dice, y vanas sô son estas plegarias
Que en justo afecto le inspiró humidoso:
Mas siben hasta el cielo voluntarias,
Cual aves de plumaje numeroso.
Las acoge el Eterno, y á las varias
Legiones de la Cruz mira piadoso,
Y de su estado pésale infelice,
Y con amigas voces así dice:

Transferidas las palabras que pone el Taso en boca del Eterno, prosigue:

La frente alzó, y el campo de topacios
Y astros fijos y errantes recrujeron;
Tembló el aire y los líquidos palacios
Y los montes y abismos se movieron:
Claro un lampo brilló por los espacios
Y á la siniestra mano en trueno oyeron,
Y al trueno y lampo acompañar se siente
El alto grito de la alegre gente.

He aquí súbita cubes no del suelo
Por la virtud del sol alto ascendida,
Sino bajadas rápidas del cielo,
Que abeló sus cataratas encendidas.
He aquí que de la noche el fosco velo
Envuelve ya las tierras extendidas:
Siguen un diluvio con fragor que zarda,
Y el río crece y su raudal desborda.

Como acontece en la estación estiva
Cuando la lluvia inspirada llega,
Que de ánades la turba eo sece ríta
Con roacas voces al placer se entrega:

Ya el ala, porque el dulce humor recibo,
Con bulliciente inquietud una desplega;
Ya en la charca mayor otra se apola,
La sed extingue y se chapuz y bala;
Tal al rocío que benigno llueve
Pio el cielo, el ejército cristiano
Saluda alegre. Cada cual la leve
Cabellera y el manto empapa ufano.
Este en la copa ó en el vaso bebe;
Ese en la fresca linfa hunde la mano;
Quiéu moja en ella la cerviz gallarda,
Quién previsor en saforas la guarda.

[Castro ALB, oct. 71 p. 89.]

Pasando á otro linaje de pinturas, no será inoportuno que veamos cómo se conserva en la version del Sr. Pezuela la gala y frescura de los maravillosos jardines de Arnida:

.....
Siempre frescas las auras y odorosas
Allí soplan con modo estable y clerico;
Ni, cual sucede acá, mudó ó altera
Su curso el sol girando en su carrera.
No se cambian allí hielo y ardores,
Ni tiempo claro con nublado alterna.
El cielo con fulgentes resplandores
Lucr inmutabile su belleza externa:
La flor regala al céqved con colores
Y el árbol á la flor con somén eterna.
En medio al lago con mármóreo adorno
Muestra el palacio al monte y mar en toruo.

.....
Allí en el árbol mismo vive y ama
Bajo la muerta flor la flor anaciente:
Allí de un tronco penden y una rama
Rubia cereza y poma reluciente;
Sube al dino galán su amante dama,
Que en mil nudos de amor lo estrecha ardiente,
Y unas tallo en agram nos pinta apénas
Y otras de rojo neetar van ya llenas.
De lindas aves que su seno esconde
Surgen gorgoros por el verde umbrío,
Y el aura busca la ribera su donde
Se agita bullidse el cauce frío.

Canta el ave, y el río alto responde:
Cesa el ave y humilde calla el río,
Y arte ó acaso, su mover sonoro
Acompaña al rumor de dulce cura.

Vuela entre todos pájaro precioso,
Á quien rinden las turbas homenaje,
De arpada lengua en metro cadencioso,
De pico rojo y vardegay plumaje.
Este imita la voz (;monstruo asombroso!)
Y el nuestro humano espléndido lenguaje:
Canta y las aguas callan y los vientos:
La grey volute escucha sus acentos.

— "Mirad, cantó, la rosa delicada,
En su lindo verdor tierna doncella,
Que medio abierta aún, medio cerrada,
Cuanto se oculta más tanto es más bella:
Vedla, después de al Céfiro entregada,
Cuál se marchita y muere, y no es ya aquella
latacta flor por que anhelaron antes
Mil doncellas á no tiempo y mil amantes.

«Así se pasa en el ardor de un día
De la vida mortal la flor más verde:
Ni porque torne Abril con su alegría,
Será que el brillo antiguo nos recuerda.
Coged la rosa pues en la natia
Dulce estación, que tan veloz se pierde:
Coged de amor la rosa: ameno cuando
Se puede ser correspondido amando.»

Calla, y el tierno cántico aprobando
Lo repite la turba vocinglera:
Van sus besos las aves redoblando:
Res-pla amor la mágica ribera.
Ama el casto lauro, al césped blanco
Y la frondosa estirpe toda entera:
El aire mismo fébiles suspiros
Lanza de amor en sus sonantes giros.

[Canto XV, vers. 23 y siguientes - Canto XVI, vers. 12 y siguientes.]

Los rasgos y pasajes felices en la descripción de las batallas, ya generales, ya singulares, son infinitos en la traducción del Sr. Peznela. Citaremos algunos. En el infeliz encuentro que sostiene Germando contra Reinoldo, hallamos estas octavas, que perfeccionan el retrato del hijo de Sofía:

Trenso la voz, relimpago el acero
Parecen, con que el rayo el golpe advierte.

Aquel tembló; ni fácil vió sendero
 Por do evitar la irreparable muerte.
 Mas siendo allí testigo el campo entem,
 Hace cara de intrépido y de fuerte,
 Y al duro fierro en desender no tarda
 Y firme en acto de defensa aguarda.

Casti en un punto espadas mil ardientes
 Brillar se ven, y Aleto las esgrime;
 Espesa multitud de incantadas gentes
 Accorre de do quier, lucha, se oprime,
 Y de blasfemas voces ó dolientes
 Un eco vago por los aires gime,
 Como en la playa braman confundidos
 De las olas y el viento los sonidos.

Mas del ofenso principe no alcanza
 Grito comun ó suspender el ira.
 Desprecia toda voz y á la venganza,
 Vallas rompiendo, su violencia aspira:
 Yo por entre armas y hombres se abalanza,
 Ya la fulmines espada en torno gira,
 Yo el campo limpio, y sola y afrontando
 Á defensores mil, llega ó Geruando.

Y con la mano, áun en furor muestra,
 Cien golpes sobre aquel tira y comparte;
 Á la cabeza, al pecho, ya á la diestra
 Con tanto ardor ó á la contraria parte.
 ¡Ay! su espada veloz, cruda, siniestra
 No es posible seguir; que engaña al arte.
 É imprevista y fatal, yelmo y coraza
 Y miembros rompe y trunca y despedaza.

[Canto V, vers. 27 y seg.]

El primer combate de Argante y de Tancredo, cuadro admirable trazado por el Taso, ofrece las siguientes estrofas:

Existen pues y elevan á lo alto
 Ambos guerreros la madosa entem.
 Como arruacan los dos el crudo asalto
 Con furia extraña que de asombro llena,
 No hay carrera tan rápida ni salto,
 Ni pluma así veloz batiendo suena.
 Crujes las astas en los yrimos bronceos
 Y por el aire van chispas y truenos.

Cada uno á su rival no da sosiego,
La mano, el pié, la vista en asechanza:
Ya de ataque y defensa cambia el juego.
Ya gira en torno, retrocedo, avanza:
Aquí herir amenaza, y allí luego
Donde su amenaza la punta alcanza;
Ó del cuerpo tal vez descubre parte,
Ó diestro engaña con el arte al aria.

De la espada Tancredo y del esendo
Indefenso al contrario al flanco muestra;
Á herirla corre aquel, mientras desaucho
Deja el cuerpo de amparo á la siniestra;
Tancredo con el arma el golpe crudo
Para y la hiera con aceros muestra;
El pié después en retirar no tarda
Y con el fierro se recoge y guarda.

.....
Cual oso que su furia desenvuelve
Si en el flanco el agudo fierro cuesta,
Contra las mismas armas ya revuelve
Y al riesgo ni muerte le asedrenta:
Tal el Circus iadómito se vuelve
Á jostrar golpe á golpe, afrenta á afrenta,
Y el afán de venganza así le ofusca,
Que sin defensa los peligros busca.

Valiendo á fuerza atraz horrenda ira
Y el pecho ansimio vengador comuelo,
Tan rudos golpes y espantosos tira,
Que el aire arroja luz y tiembla al suelo.
Ya si avanza el rival si se retira,
Ni halla respiro en su angustioso zubejo;
Que no hay guarda ni coto á la prestera
Y al arrojo de Argante y fortaleza.

[CANTO VI, vers. 40 y sigs.]

Y en el relato que da Soliman al ejército cristiano, al acercarse á los
muros de Jerusalem, hallamos octavas como estas:

Corre y llega al Soldán do se presenta
Como en desorden la falange escasa:
Y es tal su furia, que veloz tormenta
Méans ligera por los aires pasa.
Riu que de sus márgenes revienta,
Rayo que choza y árboles abraza,

Tembler que á las ciudades lleva el miedo,
Son de tanto furor débil remedo.

No bajo el fierro sin chocar; no chocar
Sin que hiera en los miseros de fierro.
Y cada herida por horrenda boca
Un alma saca del muriente seno; etc.

Al pintar á Latino lanzándose con sus cinco hijos sobre el Soldán,
se lee:

Sus hijos saca así la madre torva.
No destados aún, de la honda breña.
Y sin que erme el mástil su garra curva
Ni apunte en su cerviz la rubia greña.
Lleva la prele, que en la lid le estorba,
Y á enroscarse y destrozar la enseña
(¡Ejemplo horrible!) al casual mequino
Que tras de corzo inbele al monte vino.

Y al caer muerto el anciano, después de sus hijos, dice:

Como en el Apenino egregia planta
Que de Euro y Aquilon sufrió la guerra,
Si al fin tormenta horrible le quebranta,
La grey de entorno con su ruino altera.
Así Latino cre con furia tanta,
Que derribo conigo á los que aferra.
¡Fin noble y digno de varon tan fuerte,
La muerte recitar sembrando muerte!....

Necesitaríamos trasladar la mayor parte del poema, si pretendieramos manifestar por completo la inteligencia artística con que está traducido; si bien, como obra humana, no siempre se mantiene en ella el Señor Pezuela á la misma altura, lo cual no pudo tampoco esquivar el mismo Taso, que sobrepaja en este punto al copiosísimo Ariosto.

No con ánimo de hacer impertinentes comparaciones, mas si con el de comprobar cuanto dijimos arriba sobre el mérito respectivo de las principales versiones de la *Jerusalén* dadas á la estampa hasta ahora, licito nos será traer aquí algunos fragmentos de las mismas. Para que pueda volver más fácilmente el fallo de los lectores entendidos, tomaremos dichos ejemplos de los pasajes citados ya al quilatar la traducción que hoy aparece en

la república de las letras. Oigamos cómo Sedeño traslada el retrato de Armida, pasaje en que no careció por cierto de fortuna:

Argo no vió jamás, ni Cipro ó Ibelo
De hábito y de beldad sombra tan cara;
Á trechos del cabello un sutil velo
El oro muestra su viveza rara;
Como quando sereno no está el cielo
Y por cándida oube el sol se uclara;
Y por medio y en torno la trasciende,
Por que su paso sólito defiende.

Tiene el cabello en trenzas repartido,
Que aquí y allí en mil ondas se responde,
Y el mirar con astucia recogido
Que los tesoros del amor esconde:
Con púrpura el bláncor entremetido
Á la mezclada leche corresponde;
Mas en la boca dulce y amorosa
Un se vea pequeña viva rosa.

El pecho, con que amor hace la guerra,
Y en la nieve sus llamas entretiene,
Si se descubre amor, allí se encierra
Y de lo que le cubre envidia tiene:
Y quando al paso á su mirar se cierra
El pensamiento poco se detiene:
Que no contento del vistoso efecto,
Pretende penetrar lo más secreto.

Como por agua ó por cristal entero
Entra el rayo solir y no lo parte,
Así va por el manto el verdadero
Pensamiento á la más vedada parte:
Allí contempla y goza plazentero
Las altas maravillas parte á parte;
Después lo junta y dice á su deseo,
Do forma amor de fuego gran trofeo.

Paseo alabado y festejado Armida
Entre las francas grates deseeñas;
Y aunque ella lo conoce, va advertida
Por que pretende presas más heroínas etc.

Y veámosle al traducir el interesante pasaje en que viste Erminia las armas de Clorinda:

.....
Erminia de su ropa descompuesta,
La viril es forzoso que se pruebe;

XXXVIII

Una sucinta vestidura puesta,
Con grave paso aquí y allí se mueve:
Que sola está en la cámara con ella
La escogida solícita doncella.
Del durísimo acero se compuso
El pecho y la cabeza radiante;
Y el rezo y ancho escudo al brazo puso,
Para su fuerza peso intolerante:
Así doma su orgullo con el uso
Del hábito al de Marte semejante;
Ríyese en esto Amor, como ha reído
Quando la seya Alcides ha vestido.
Lleva con debilitada pujanza
El grave peso y mueve el passo lento:
Y la alerva fiel con gran crueldad
Ayuda al torpe y flaco movimiento:
Mas el saluto Amor y la esperanza
Le dan fuerza, valor y atrevimiento,
Y donde estaba el escudero fueran
Y sobre tres caballos se pasieron.

Don Antonio Sarmiento puso en castellano del siguiente modo las octavas
en que aparece Erminia entregada á la vida pastoril, despues de su fuga:

.....
La donzella real se viste y liga
Toscos despojos, toca aspero velo;
Mas en el movimiento y el semblante
No parece de bosques habitante.
No hábito vil la noble luz deslata
Ni quantos tiene en sí bríos gentiles:
La regia magestad fuera tradida
Aun en actos humildes y serviles.
Gala al pasto el ganado y le reduce
Con el cayendo pobre á los rediles,
Y de las ubres hispidas exprime
Leche en giro y despues junta la sprime.
A veces, que en estivos yacía ardores
Gozando de la sombra su ganado,
En cortezas de lauros vividores
Grabó el nombre en mil formas de su amado;
Y en plantas mil de sus rucos amores
El suceso infeliz dejó entallado,
Y sus notas valiendo á leer en tanto
Sus megillas regó con bello llanto.

En vos guardad (después decís llorando)
 Esta doliente historia, amigos plantas!....
 Porque si en vuestras sombras descansando
 Algun amante fiel pone sus plantas,
 Siesta en el corazón afeito blando
 De mis tan varias desventuras tantas,
 Y diga: ¡Ay! cómo dieron paga injusta
 Fortuna y el Amor á fe tan justa!.....
 Quiré avendré, si al plo cielo agrada
 Algun ruego mortal, áfretmaso,
 Que venga esta gran seña á ser hollada
 De aquel que de mi mal no está penoso.
 Y viendo donde fuere sepaltada
 Esta raferma piel frágil, más piadoso,
 Tanto prenio conceda á mis tormentos
 De suspiros escasos y lamentos.
 Dunde si triste corazón vivía,
 Sea feliz mi espíritu en la muerte,
 Y de sus llamas la ceniza fría
 Goce lo que gozar no tuve suerte, etc.

Los señores Caamaño y Ribot, que superan sin duda en muchos pasajes á Sedeño y Sarmiento, procuraron hacer española la pintura de los maravillosos jardines de Armida, en estas octavas:

.....
 Allí las auras plácidas, ligeras,
 Aromáticas flores perfumaron:
 Siempre agradable y delicioso el viento
 La yerba halaga con perenne aliento,
 No allí vibra sus fuegos el verano,
 Ni allí acopia sus nieves el invierno.
 Siempre es sereno el cielo en aquel llano
 Y su azul es perisimo y eterno:
 Se viste el prado de verdor lozano,
 Crece la flor bajo su indujo tierno;
 Y en medio hay un alcázar, que domina
 El anchuroso mar y alta colina.

 Se ve en la higuera la saciente breva
 Que nace junto al higo ya secado;
 Y se ve verdear la poma nueva
 Entre los pomos de color dorado:

Trepó la vid y rápida se eleva
Y ostenta agnuz racimo interpolado
Con el racimo del licor henchido
Que es tanto del mortal apetecido.

Mil pájaros graciosos y diversos
Enayón se dulcísima armonía,
Y el aura ríen los cristales tersos
Y murmuran las hojas a perfia:
Plantas, auras y pájaros dispersos
Asocio su preciosa melodía,
Que por arte parece se conducen
Y un concierto dulcísimo producen.

Una ave vióse de gentil plumaje,
Cuyo pico la grana remedaba;
Imitaba su voz nuestro lenguaje
Y palabras, cual hombre articulaba:
Las demás le rendían homenaje
Y callaban en tanto que cantaba,
Dejando la paloma sus arrullos,
Su son el agua, el aire sus murmullos.

—Ved, enoté, abríse la modesta rosa
Que medio abierta aun, medio escondida,
Cuanto ménos se ostenta es más hermosa
En su verde capullo guardada:
Cuando su seno enroja ya orgullosa
Se marchita al momento, y aterida
No van ya los amantes en pos de ella
Ni la busca el doncel ni la doncella.

La flor de nuestra vida dura un día
Como la rosa en el jardín pintada.
Ahí se sucede á la estación mas fría,
Pero no vuelve nuestra edad pasada.
La flor cojamos que la tierra ería,
Antes que la marchite la alborada.
Ea, la rosa del amor cojamos
Mientras amor y amados ser podamos.

Calló, y las demás aves á su canto
Como en señal de aprobación votaron:
Sus besos dobló la paloma, en tanto
Que el lúpulo de amor todas sintieron:
Hasta las plantas el precioso racano
Del dulce amor de subito liebieron.
Y hasta la tierra, el agua, el aura pura
Suspiraban amantes con ternura.

No extractamos pasaje alguno de la version debida á don Melchor de Sas, única de las castellanas citada por Brunet, porque no puede ni aun remotamente sostener la comparacion con las tres dadas á luz ántes de ahora. Los fragmentos de estas que acabamos de insertar, recomendando sus autores á la estimacion de los bibliólogos, son en nuestro concepto suficientes á demostrar la exactitud de cuanto respecto de la obra del señor Pezuela llevamos dicho. Apasionado será y poco deparado tendrá el gusto literario quien no encuentre, al hacer el cotejo de los trozos citados, notable diferencia entre unos y otros: en todos resalta la dificultad de la empresa, y todos revelan no despreciables dotes; pero en los pasajes tomados de la traduccion que hemos procurado ilustrar con el presente proemio, se reconocen, así como en toda la obra, mayor número de giros y locuciones poéticas, más esmerada eleccion en las voces, y en una palabra, más flexibilidad y gala en las formas de expresion, principal gloria á que aspira quien intenta traer á su lengua nativa un poema de la magnitud y lustre de la *Jerusalem liberada*. Este digno galardón, que parece satisfacer sus modestas ambiciones, pertenece de justicia al Sr. D. Juan de la Pezuela; mas no olvidemos que sin verdaderas virtudes poéticas jamás hubiera podido alcanzar tan brillante éxito, y tributémosle, en nombre de la literatura nacional, las más cumplidas gracias por haber consagrado todos sus ocios á empresa tan útil como honrosa y meritoria. Y si el parnaso francés se gloria de poseer, entre tantos ensayos hechos desde el siglo XVII, una version de la *Jerusalem* tan afortunada y esplendida como la de M. Bacour-Lormian, no ménos pagado debe mostrarse el español al contar, entre los inestimables tesoros que lo enriquecen, la traduccion que, bajo los auspicios de la Reina de España, aparece hoy en el orbe literario. Semejante publicacion, haciéndonos más familiares las preciadas bellezas del Taso, prueba finalmente que no han dejado todavía de mirarse como hermanas las dos literaturas, que hace tantos siglos se acudaban mutuamente con las inmortales creaciones de sus más señalados ingenios.

Madrid 24 de Mayo de 1854.

JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Dios ordena al ángel Gabriel que baje á Tortosa, y Bullon convoca los jefes del ejército cristiano, que por inspiracion divina, y de comun acuerdo, le nombran su Capitan. Godofredo pasa una revista á su ejército y se pone en marcha con él hácia Jerusalem. Esta noticia lleva el terror al alma del Rey de Palestina.





LOS CRUZADOS MARCHANDO A JERUSALÉN.

[Canto I.]



CANTO PRIMERO.

I.

Las pías armas canto y el guerrero
Que, la gloriosa empresa coronando,
La tumba de Jesús salvó el primero,
El ánimo y la espada trabajando.
En vano se le opuso el Orco entero,
Toda el Asia y la Libia á un tiempo alzando;
Que el Señor le amparó, y á sus pendones
Recogió sus errantes campeones.

II.

¡Oh Musal, tú que de laurel la frente
No vistes en las cumbres de Helicon,
Mas en el cielo entre la electa gente
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Inunda el alma de piedad ferviente,
Inspira mis acentos, y perdona
Si, á mundanos deleites acudiendo,
Verdades y artificios voy tejiendo.

III.

Sabes que el hombre corre do el Parnaso
Sus lisonjeros dones siempre abulta,
Y al pecho más esquivo se abre paso
En dulces versos la verdad oculta.
Así con miel los límites del vaso
Tiñe al rapaz enfermo hermana adulta;
Amargos jugos engañado bebe,
Y al propio engaño la salud le debe.

IV.

Tú ¡magnánimo Alfonso! que aplacaste
De mi estrella el rigor, y al mar incierto,
Errante peregrino, me arrancaste,
Dando á mis ansias bonancible puerto;
Tú recibe estos versos que inspiraste,
De mi fiel gratitud tributo cierto:
Tiempo habrá que mi pluma precursora
Cante de ti lo que bosqueja agora.

V.

Razon será que si á feliz reposo
Torna el paciente pueblo de María,
Y con armas resuelve al trace odioso
La injusta presa arrebatat un día;
Razon será que en tierra ó mar sañoso
Te elija á ti su Capitan, su guía,
¡Émulo de Bullon! Benigna oreja
Dame en tanto, y las armas apareja.

VI.

Son ya más de seis años que de Oriente
El cruzado á las lides ha venido,
Y ha expugnado á Nicea, y á la ardiente
Antioquía con artes ha vencido.
Después contra persiana inmensa gente
En batalla campal la ha defendido;
Ganada ora Tortosa, en paz salvaba
De la cruda estación la furia brava.

VII.

Y ya el fin del lluvioso y triste invierno,
Que las lides paró, lejos no era,
Cuando el Señor desde su solio eterno,
Que está del cielo en la region postrera,
Y cuanto hay desde el sol al bajo infierno
Tanto está más allá de la alta esfera,
Bajó los ojos, y en un punto y una
Mirada vió cuanto la tierra aduna.

VIII.

Miró todas las cosas, y en Soria
Se detuvo y los príncipes cristianos,
Y con aquel mirar que adentro espía
Los afectos recónditos humanos,
Mira á Gofredo, que arrojar ausía
De la ciudad sagrada á los paganos,
Y en celo puro el ánima abrasada,
Gloria, imperio y poder estima en nada.

IX.

Ve á Baldovino en su codicia inmundo,
Que á intereses terrenos solo aspira;
Ve á Tancredo olvidar la vida, el mundo;
Tanto en su ciego amor arde y delira;
Y afirmar los cimientos á Boemundo
De Antioquía, su nuevo reino, mira;
É introducir costumbres, artes, leyes,
Y el verdadero altar del Rey de reyes;

X.

Tanto en esto ocupando el pensamiento,
Que otras deja en olvido inelitas cosas.
En Reinaldo descubre el noble aliento,
Las indómitas fuerzas belicosas,
Su desprecio del oro y alto asiento,
Su sed de honor, de empresas generosas;
Y le ve que de Güelfo atento pende,
Y de él las glorias de su raza aprende.

XI.

Y luego que las hondas intenciones
De unos y otros repasa el Rey del mundo,
Á Gabriel llama á sí, que en las regiones
De angélico esplendor es el segundo;
Que entre Dios y los rectos corazones
Es intérprete fiel, nuncio fecundo;
Que el divino mandato baja al suelo,
Y las preces del hombre sube al cielo.

XII.

Y así le dice: «Mi mandato lleva
Hora á Gofredo, que con torpe olvido
Los gloriosos esfuerzos no renueva
Por ver el muro de Salem rendido.
Llame á consejo y á los tardos mueva,
Y él los conduzca al triunfo esclarecido.
Aquí le elijo yo, y allá en Soria
Todos le acatarán caudillo y guía.»

XIII.

Habla el Señor; y el ángel se apresura
Á ejecutar veloz lo que dispone;
Y al dejar su invisible forma pura
No al sentido mortal se sobrepone;
Ántes humanos miembros y figura
Viste y con alta majestad compone,
Y entre infante y mancebo la edad miente,
Y orna en rayos de luz la rubia frente.

XIV.

Blancas alas con puntas de oro alcanza,
Incansables, veloces cual centellas;
Hiende el aire y las nubes, y se lanza
Sobre la tierra y sobre el mar con ellas.
Así armado el celeste nuncio avanza
De Palestina á las regiones bellas,
Y párase en el Líbano sagrado,
En las parejas alas sustentado.

XV.

De Tortosa despues hácia la playa
Endereza resuelto el raudó vuelo.
El nuevo sol en la marina raya
Su frente apénas enseñaba al suelo,
Y ya Gofredo matutina ensaya
La prex que de costumbre manda al cielo,
Quando á la par del sol, si más luciente,
Se le aparece el ángel por Oriente.

XVI.

Y le dice: «Gofredo, he aquí oportuna
La estacion que las lides aproxima.
¿Por qué pues oponer demora alguna
En romper las prisiones de Solima?
Tú á consejo los príncipes aduna,
Tú de los tardos la constancia anima.
Jefe el Señor te escoge, y ellos gratos
Prestarán obediencia á tus mandatos.

XVII.

» Dios me envia su nuncio. Te revelo
Por él su voluntad. ¡Qué de alegría
Causarán tus victorias! ¡Cuánto celo
Debes hoy á las huestes que te fia!»
Calla, y desaparecido, en raudó vuelo
Sube á la alta mansion de eterno dia.
Queda á tanto esplendor Gofredo en calma.
Ciego en la vista, atónito en el alma.

XVIII.

Mas luego que en sí vuelve, y que medita
Del nuncio y la mision y quien la manda,
Si ántes lo quiso, hoy Jefe, más le incita
Su brio á terminar la guerra infanda;
No que codicia ó vanidad excita
La eleccion, en su pecho, veneranda;
Mas su querer en el querer se enciende
De su Señor, cual leve chispa prende.

XIX.

Á los varones pues, no ya apartados,
Á reunion convida voluntaria;
Cartas repite, avisos redoblados,
Siempre unida al consejo la plegaría.
Cuanto place á los pechos esforzados,
Ó anima voluntad tímida y varia,
Todo fácil lo encuentra, y con tan leve
Modo lo adorna, que persuade y nueve.

XX.

Ya guerreros y príncipes llegaron,
Y solo Boemundo no venía.
Unos fuera sus tiendas asentaron,
Y á otros dentro Tortosa contenía.
Allí los altos jefes se ayuntaron,
Senado augusto, en memorable día,
Y entre ellos empezó Bullon piadoso
Con grave faz y acento majestuoso:

XXI.

«Brazos de Dios, si á reparar los daños
De su ley combatida electos fuimos,
Y seguros entre armas y entre engaños
Por la tierra y la mar regir nos vimos,
Así que someterle en breves años
Tanta provincia indómita pudimos,
Y sobre mil vencidas gentes fieras
Su santo nombre alzar y sus banderas;

XXII.

«No, á la verdad, dejamos, compañeros,
Las dulces prendas del hogar querido,
Ni expusimos las vidas á los fieros
Trances de guerra, ó mar embravecido,
Por alcanzarnos campos extranjeros
Ó conquistar renombre esclarecido;
Que fueran premio escaso, y de las almas
Tambien en daño las sangrientas palmas.

XXIII.

«Mas solo nuestra mente se encamina
Á expugnar de Sion los santos muros,
Y al cristiano arrancar de la mezquina
Suerte que le sujeta en fierros duros;
Á fundar nuevo reino en Palestina,
Donde el celo y la fe moren seguros,
Sin que nadie al devoto peregrino
Niegue la tumba de Jesus divino.

XXIV.

«Grande es el riesgo, sin cesar ni un punto,
El trabajo mayor, la gloria leve,
Y el brio de las armas á otro asunto
Puede inelinarse, ó suspenderse en breve.
¿Qué presta, Europa, tu poder que junto
El Ásia toda intrépido conmueve,
Si el reino que á fundar hoy te encaminas,
En vez de levantar, trocaste en ruinas?

XXV.

«¿Ni cómo imperio sostener durable
Sobre humildes cimientos y mundanos,
Con tan pocos de patria y fe mudable,
Entre pueblos sin número paganos?
Cuando no hay qué aguardar del griego instable,
Y auxilios de Occidente están lejanos,
No haremos sino mal que el Ásia llore,
Y un sepulcro labrar que nos devore.

XXVI.

«Persas, turcos, Antióquia, ¡alta memoria,
Claros nombres, recuerdo peregrino!,
No hazañas nuestras son; celeste gloria,
Mercedes caras de favor divino.
Mas si ya se convierte esa victoria
Contra aquel fin que el donador previno,
Perderla temo, y que rumor tan loco
La fábula del mundo sea en poco.

XXVII.

«¡Ah! que en uso fatal tan caros dones
No del hombre malgaste la malicia.
Á las primeras altas intenciones
Responda el fin: nos guíe la justicia.
Hora que libres son vias y acciones,
Hora que la estacion vuelve propicia,
¿Quién nos quita buscar la Ciudad Santa,
Término á tanto afán y á prueba tanta?

XXVIII.

«Os lo repito, principes (mi acento
Oirá el mundo presente, oirá el futuro,
Dios le oye ahora en su celeste asiento);
El tiempo de la empresa es ya maduro;
Él será más dudoso, si más lento;
Incierto ha de volverse lo seguro.
Nuncio soy: si olvidais vuestro camino,
Socorro habrá de Egipto el palestino.»

XXIX.

Dijo, y siguió á su voz murmullo leve;
Mas luego exclama el solitario viejo,
Que entre grandes humilde asistir debe,
Primer fautor del bélico aparejo:
«No da campo á la duda; es claro y breve
Lo que exhorta Bullon y yo aconsejo.
Él con larga razon supo explicarlo;
Príncipes, hora os toca el aprobarlo.

XXX.

«Cuando recuerdo el mal, la injuria ardiente,
Causada por vosotros ó sufrida;
La discorde opinion; la obra indolente
Á punto de lograrse detenida;
Hallo causa y razon en alta fuente
De tan lánguida lucha y sostenida:
Los pareceres muchos y contrarios,
La autoridad igual partida en varios.

XXXI.

«Do no impera uno solo entre enemigos,
Do el cargo y la mision nadie gradúa,
Do inciertos van el premio y los castigos,
Allí el gobierno sin timon fluctúa.
En un cuerpo juntad miembros amigos,
Ved que el mal la indolencia perpetúa,
Dad á uno solo el cetro y la balanza,
Y él sostenga de Rey brio y pujanza.»

XXXII.

Calló el anciano. Ya ¿qué pensamiento,
Divo ardor, aura santa, te resiste?
Inspiraste de Pedro tú el acento,
Y en el alma á los nobles lo imprimiste.
Tú de envidia el innato sentimiento
Con el de honor y gloria confundiste.
Así Güelfo y Guillermo se humillaron,
Y á Bullon los primeros aclamaron.

XXXIII.

Lo aprueban los demas. Ya le es debido
Deliberar, regir grandes y plebe,
Y que dicte sus leyes al vencido,
Y á su grado la guerra imponga y lleve.
El que ántes fué su igual, hoy sometido
Ser de su voluntad ministro debe.
Todo ajustado así, grande la fama
Por lenguas infinitas se derrama.

XXXIV.

Él se muestra á las tropas, que del puesto
Do le alzaron le miran digno escudo,
Y allí recibe plácido y modesto
El militar aplauso y el saludo.
Despues que al signo humilde manifiesto
De obediencia y amor responder pudo,
Manda que al otro sol, en hábil modo,
Se le ofrezca ordenado el campo todo.

XXXV.

Luminoso cual nunca y sosegado
Su vuelta el sol por el Oriente hacía,
Y bajo su pendon cada soldado
Con armas sale al despuntar el día,
Y muéstrase á Bullon en largo prado,
Lúcidos los arreos á porfia.
El, quieto en medio, desfilar delante
Claro ve al caballero y al infante.

XXXVI.

¡Memoria, de los años enemiga,
Que las cosas reservas ó repartes!,
Válame tu favor, con que yo diga
De cada jefe y grey las nobles partes.
Suene su fama antigua, y hoy consiga
Desempolvar sus viejos estandartes.
Orna mi humilde lengua, que te pide
Lo que oiga toda edad y nunca olvide.

XXXVII.

Los primeros los francos son temidos,
Que ántes Hugo mandó, del Rey hermano:
Fueron en la Francesa isla escogidos
Do riegan cuatro rios fértil llano.
Mas Hugo ya no existe, y hoy regidos
Son por Clotario, que conduce ufano,
Real en su estirpe, egregio en su decoro,
La usada enseña de las lises de oro.

XXXVIII.

Mil son de pesadísima armadura,
Y les siguen mil más, por las señales
De sus armas, semblante y apostura,
Orden y disciplina, en todo iguales.
Normandos son: Roberto de ellos cura,
Por feudo sus vasallos naturales;
Luégo ostentan Guillelmo y Ademaro,
Dos pastores de pueblos, nombre claro.

XXXIX.

Cual éste aquél, al Redentor del mundo
El sacro oficio en su piedad renueva,
Y hoy sometido á Marte furibundo,
Largo el cabello bajo el casco prueba.
Cuatrocientos soldados el segundo
De Puy la noble y sus confines lleva.
No ménos avezada al fuerte yelmo,
De Orange tropa igual muestra Guillelmo.

XL.

Baldovino despues, noble precede
Los que trajo su hermano á la palestra
Bizarros boloñeses, que le cede
Hoy que de todos capitan se muestra.
Luêgo el conde de Chartres le sucede,
Por el consejo insigne y por su diestra:
Son con él cuatrocientos. Triplicados
Conduce Baldovin fuertes soldados.

XLI.

Ocupa Güelfo el campo allí vecino,
Hombre en quien á la suerte el genio iguala.
Cuenta por su paterno órden latino
Largos abuelos de la Estense gala;
Mas Germano, en el nombre y el destino,
En la gran casa Güelfa se señala.
Rige á Carintia, y cabe el Istro y Reno,
Del suevo y reto antiguo el campo ameno.

XLII.

De ese materno límite heredado
Él ensanchó triunfante los confines;
Tropel lleva á la muerte acostumbrado,
Que no balla nunca temerarios fines;
Que burla inviernos al hogar templado,
Y con brindis celebra los festines.
Con cinco mil sus huestes fueron llenas:
Hoy de aquellas un tercio vive apénas.

XLIII.

Sigue la gente roja, fresca y gaya
Que entre el mar yace, el franco y el germano,
Do el Mosa con el Rin su curso ensaya,
Tierra en pastos feraz y en rubio grano.
Sus insulares en adusta playa
Dique ofrecen al ávido Oceáno;
Mar que no solo mercadante prora,
Mas los reinos enteros los devora.

XLIV.

A mil asciende, y á Roberto empeña
Su lealtad esa tropa y disciplina.
Mayor del Anglia la falange isleña,
Guillelmo, hijo menor del Rey, domina.
Arco y flechas maneja, y á su enseña
Se agrega gente al Polo más vecina,
Que envia el irlandes, clima fecundo,
Desde las tierras últimas del mundo.

XLV.

Tancredo viene en pos. Nadie en compañía
Tiene (aparte Reinaldo) ó más bravura,
Ó mayor corazon para una hazaña,
Ó más dotes de gracia y de hermosura.
Si alguna sombra su virtud empaña,
Es de indómito amor fatal locura;
De amor que en vista rápida recibe,
Y entre las armas de inquietudes vive.

XLVI.

Es fama que aquel día en que gloriosa
Hulio el frances al persa derrotado,
Cuando se halló Tancredo victorioso,
De seguir el alcance fatigado,
Refrigerio buscando el labio ansioso
Y quieto alivio el cuerpo trabajado,
Fresca enramada halló do fuente viva
Convidóle á apacar la llama estiva.

XLVII.

Allí de pronto se aparece armada,
Ménos la frente, una pagana bella,
Que de la linfa nitida invitada,
Vino á templar su ardor tambien en ella.
Él la observa y la admira, y abrasada
Arde su mente al fin por la doncella,
Y ¡oh maravilla! amor ya se complace
Grande y fuerte en vencer, y apenas nace.

XLVIII.

Ella viste su yelmo, y si no fuera
Que acuden otros más, ya le saltara.
Dejó al rendido pues la dama fiera,
Que á la obligada fuga se prepara;
Mas él guardó de su beldad guerrera
Viva en el corazon la imagen cara,
Y siempre el caso y el lugar presente
Prestan pábulo eterno al fuego ardiente.

XLIX.

Y tan caído el misero venía,
Y tanta de su rostro es la mudanza,
Que diestro observador notar podría
Que le consume amor sin esperanza.
De Campania ochocientos conducia
Esforzados jinetes, cuya lanza
Honra la fértil playa y campo ameno
Que acaricia jugando el mar Tirreno.

L.

Con doscientos, no más, solo guerrea
Griego escuadron sin malla y sin loriga:
Corvo fierro á su lado centellea,
Y con arco y aljaba el hombro liga.
Corcel enjuto y diestro señorea,
Parco al comer, robusto á la fatiga;
Y en la huida veloz y en el amago,
Corre y lidia en tropel errante y vago.

LI.

Estos manda Tatino, y él se precia
Que sólo á los latinos acompaña.
¡Oh baldon! ¡Oh delito! Pues ¿no arrécia,
Bizancio, á tu dintel la alarbe saña?
¿Y el fin aguardas de la lid ¡oh Grecia!
Como aquel que á funcion acude extraña?
¡Ahl sufre si te ves esclava inmunda;
Que no rigor, justicia es tu coyunda.

LII.

Con gran órden escuadra en pos figura,
La primera en valor, en gloria, en arte:
Los invictos guerreros de aventura,
Miedo del Asia son, rayos de Marte.
Árgos sus nautas calle, y la bravura
Fabulosa de Artur descansa aparte;
Que no hay memoria antigua ni honra clara,
Si á la de héroes tan grandes se compara.

LIII.

Los conduce Dudon; y como duro
Sea juzgar de mérito y linaje,
Ofrecer al más viejo hallan seguro
Y al que más vió y anduvo su homenaje.
Con fresco ardor en rostro ya maduro
Él esconde de edad el tardo ultraje,
Y las honrosas cicatrices muestra
Que honran su nombre en la marcial palestra.

LIV.

Va Ustaquio, hermano de Bullon, primero,
Por este nombre ilustre y por su espada,
Y va luego Enguerrando y va Rugiero,
Y Gernando despues, la frente alzada,
Que de noruegos reyes heredero,
De coronas y títulos se agrada,
Y entre los fuertes son y más gallardos
Un Genton, un Rambaldo y dos Gerardos.

LV.

Ni será que de Ubaldo y de Rosmundo,
Que el gran ducado de Alencastre hereda,
O el lombardo olvidar ramo fecundo
De Aquiles, Forcia y Palamédes pueda,
Hermanos todos tres; ni oscuro al mundo
Del toseano Obizon el nombre queda;
Ni el de Oton fuerte, que ganó el eseuo
Do vomita un dragon rapaz desnudo.

LVI.

No atras á Guasco ni á Rodolfo dejo,
Ni al uno y otro Guido, ambos famosos,
Ni á Eberardo y Gernier, brillante espejo
De caballeros nobles y animosos.
Mas ¿dó llevaisme, de contar perplejo,
Tiempos Gildipa y Odoardo, esposos
Juntos hasta en la guerra, á quien la suerte
No alcanzará á apartar ni con la muerte?

LVII.

¿Qué no se aprende en la amorosa escuela?
Gildipa allí guerrera fué atrevida;
Y hoy, siempre al dulce lado, se consuela
Con que anime á los dos la misma vida.
No hay golpe que á uno solo canse ó duela, .
Pues parten el dolor de toda herida;
Y á veces cuando aquél su sangre vierte,
Ésta en helado tronco se convierte.

LVIII.

Mas el rapaz Rinaldo es sobre aquestos
Y sobre cuantos héroes se alabaron.
Venció edad y esperanzas, y allí prestos
Con las flores los frutos se mostraron.
¡Viérase alzar marciales y compuestos
Rasgos de el ira y gracia se juntaron!
Si envuelto en armas su altivez le empeña,
Dirásle Marte; Amor, si el rostro enseña.

LIX.

Del potente Bretoldo y de Sofía
En la orilla del Ádige nacido,
Cuando no bien de su nutriz salía,
Matilde le apartó del patrio nido.
Educado en su escuela y compañía,
Las artes de reinar de ella ha sabido,
Hasta que enardeció la tierna mente
La trompa que sonaba en el Oriente.

LX.

Entonces (y tres lustros no cumpliera)
Huyó solo y siguió camino ignoto,
Y al traves del Egipto y su ribera
Mostróle al fin la Cruz clima remoto.
¡Nobilísima fuga, que debiera
De sus nietos ejemplo ser devoto!
Son tres años que persa gente doma,
Y el bozo apénas por su labio asoma.

LXI.

Pasados los jinetes, suelta viene
Gente de á pié. Raimundo va delante.
Rige á Tolosa y trae de entre Pirene,
El Garona y la mar el duro infante.
Hábil la hueste cuatro mil contiene,
Y es del hambre y fatiga tolerante.
¡Pueblo tal, por más sabio no ha podido
Ni más fuerte varon ser conducido!

LXII.

Mas cinco mil Estéfano de Ambosa
De Blóis y de Tureua allí conduce.
No es robusta la gente ni animosa,
Si bien cargada de metal reluce.
Muelle la tierra, gaya y deleitosa,
Á sus hijos también tales produce.
Su primero embestir fuego respira,
Pero bien pronto ténplase y espira.

LXIII.

Cual Capaneo en Tébas, el tercero
Con rostro amenazante Alcastro viene.
Seis mil suizos, tropel agreste y fiero,
De los castillos de los Alpes tiene,
Que de la esteva el surcador acero
Á nueva forma y uso audaz previene,
Y con la mano que la miés segara
A combatir naciones se prepara.

LXIV.

Desplegar miro al lado el estandarte
Con las llaves de Pedro y la corona.
Con siete mil Camilo de esa parte
Bravos infantes su piedad blasona,
Y alegre de que el cielo le reparte
La noble empresa que su nombre abona,
Quiere al mundo mostrar que es disciplina,
Si algo le falta á la virtud latina.

LXV

Mas las bellas falanges han pasado,
Que ya de todas la postrera es esta,
Cuando Bullon los jefes á su lado
Reune y su intencion les manifiesta.
Apena el nuevo dia haya apuntado,
Quiere á marchar la multitud dispuesta;
Que su llegada á la ciudad hoy monta
Más imprevista sea, si más pronta.

LXVI.

Ya á disponerse al peligroso viaje
Y al combate y al triunfo los anima,
Y de varon tan sabio tal lenguaje
Ansioso escucha cada cual y estima.
Así inflamados de marcial coraje,
Impacientes esperan la luz prima;
Mas no Bullon la aguarda sin recelo,
Si bien esconde su mortal desvelo.

LXVII.

Porque nuevas seguras ha tenido
Que el rey de Egipto á Gaza ya movia
Con ejército fuerte y escogido,
Por cubrir las fronteras de Soria.
Ni hallar puede que en ocio esté sumido
Rey que tantas empresas cauto guia;
Ántes fatal contrario le predice,
Y á Enrique, heraldo fiel, así le dice:

LXVIII.

«Tu rumbo velocísimo pronuncia
Del griego, en barco leve, hácia la tierra:
Pronto allí va á llegar (y me lo anuncia
Labio que nunca en sus avisos yerra)
Jóven real que á sus pompas hoy renuncia
Por ayudarnos inclito en la guerra,
Y príncipe danes, conduce él solo
La flor de su nacion vecina al Polo.

LXIX.

» Mas como el griego príncipe el tributo
Quiera imponer de su maldad sabida,
Y pararle en su marcha irresoluto
Ó mudarla á region desconocida,
Quiero le pintes con sermón astuto
Que está su bien y el nuestro en su venida,
Y no su alta opinión ponga en balanza,
Pues manchará su nombre vil tardanza.

LXX.

» Mas tú del griego Rey la compañía
No dejarás y buscarás su ayuda;
Que ya más de una vez él la ofrecia,
Y el pacto que juró falsario muda.»
Así le habla y exhorta, y le confia
Las cartas en que al príncipe saluda.
Parte Enrique veloz, y Godofredo
Con la esperanza nueva alivia el miedo.

LXXI.

Y á la siguiente luz, el alba appena
Las puertas abre del rosado Oriente,
Eco de trompas y atambores suena,
Y anima á caminar la armada gente;
Que no es tan grato el nubarrón que truena,
Nuncio feliz de lluvia al suelo ardiente,
Como á la turba fiera el ruido claro
Del instrumento bélico le es caro.

LXXII.

Y sus armas registra al sol que apunta
Más ágil cada cual con el desceo,
Y por su enseña rápido pregunta
Presto ceñido del usado arreo.
Ya ordenado el ejército se junta,
Ya el aire azota el bélico trofeo,
Y en la enseña imperial, entre oro y plata,
La roja Cruz triunfante se dilata.

LXXIII.

De niebla exento y de vapor oscuro
El sol en tanto hácia el cenit asciende:
Fulgor derrama por el éter puro,
Y como vasta hoguera el aire enciende:
De los arneses lanza el fierro duro
Trémulo brillo que la vista ofende,
Mientras relinchos mil el campo atrucenan
Entre las armas que chocando suenan.

LXXIV.

El Capitan que arduos emboscados
Teme, y guardar su ejército desea,
Jinetes manda á la ligera armados,
El terreno á explorar que le rodea,
Y también por su frente adelantados
Obreros tiene y gente que provea
Á llenar fosos y abatir alturas,
Y las vias limpiar y hacer seguras.

LXXV.

No hay de erizado muro los dobleces,
Ni emboseada ó fragor de selva ignota,
Ni de torrente ó lluvias altas creces,
Que ya suspendan su veloz derrota.
Tal de otros ríos el monarca, á veces,
Si caudal desusado le alborota.
Rompe de ambas orillas la cadena
Y su impetuosa furia nada enfrena.

LXXVI.

Solo puede el de Tripoli, que guarda
Armas, tesoro y gente que le incite,
Hacer la entrada de Bullon más tarda;
Mas no de guerra la ocasion permite;
Ántes con muestras de afición gallarda
Por sus tierras pacífico le admite,
Y de estrecha amistad los pactos hace
Como imponerla al Capitan le place.

LXXVII.

Así desde el Seir, que soberano
Domina la ciudad por el Oriente,
Turba inmensa de fieles baja al llano
De varia edad, de sexo diferente,
Y le ofrece sus dones al cristiano,
Y en ver se goza y admirar presente
Tanto espléndido arnes. De ellos segura
Y fiel guía Gofredo se procura.

LXXVIII.

Del cual sabiendo que la escuadra amiga
Por las costas y calas se introduce,
Las falanges de Cristo, sin fatiga,
Por recta via y junto al mar conduce;
Porque así fácil recibir consiga
Cuanto Grecia en sus islas produce
De rubio grano, cándida galleta
Y el preciado licor de Quio y Creta.

LXXIX.

Bajo el peso de barcas y galeras
Hoy gime de la mar el hondo seno,
Y á cruzar con sus quillas más veleras
Espacio no le queda al sarraceno;
Que de Jorge y de Márcos las banderas
No dominan ya solas el Tirreno,
Mas ligero el frances, Albion y Holanda
Y Sicilia tambien sus flotas manda.

LXXX.

Y estos, á quien la Cruz en firme lazo
De voluntad inseparable uniera,
Toman de un sitio y otro en breve plazo
Cuanto al terrestre ejército cumpliera:
El cual, libre ya viendo de embarazo
De el enemigo el paso á la frontera,
En marcha velocísima se avanza
Á do Jesus sufrió la ímpia venganza.

LXXXI.

Mas ya la fama á adelantar se atreve,
Ó con veraz rumor ó con mentido,
Que alza sus tiendas y tardar no debe
El vencedor piadoso campo unido;
Y qué escuadras y cuántas hora mueve,
Y el nombre de los jefes ha extendido,
Sus hechos, su valor, y pone espanto
Al inicuo opresor del templo santo.

LXXXII.

Y como el mal acaso que se aguarda
Mayor suele afligir que el mal presente,
De cada incierto ruido se acobarda
Suspensa el alma, ntónita la mente,
Y ya un murmullo en recorrer no tarda
Por fuera el campo y la ciudad doliente,
Mientras el viejo monarca horrible idea
En el turbado espíritu pasea.

LXXXIII.

Aladino es el rey que de ese trono
Nuevo señor, la vida en susto pasa.
Ya su innata fiera en abandono
Puso el cansancio de la edad no escasa;
Mas hoy que entiende del latino encono
Acometida ver la propia casa,
Junta al viejo temor miedo presente,
De enemiga temblando y propia gente.

LXXXIV.

Porque en la gran ciudad mezclado mora
Pueblo de ley diversa y ministerio.
La parte inmensa en el Coran adora;
Del Dios trino la escasa en el misterio;
Pero cuando á Salem ganó en mal hora,
Y en ella el Rey estableció su imperio,
Á unos les dió de la victoria el fruto,
Y en los otros dobló carga y tributo.

LXXXV.

Y hora en el riesgo la crueldad nativa,
Que inerte reposaba y perezosa,
Pronto en su pecho irritase y aviva,
Como nunca de sangre y luto ansiosa.
Torna así fiera la estacion estiva
Sierpe entre el hielo mansa y soporosa:
Doméstico leon, si otro le ofende,
En su furor primero tal se enciende.

LXXXVI.

«Leo el placer, decia, que alborozo
La inicua grey con la reciente fama:
Ella en el duelo universal se goza,
Y nuestro afan y sufrimientos ama:
Aun mi muerte tal vez ella reboza
Con insidia feroz y horrenda trama,
Ó cómo deje las guardadas puertas
Al pueblo suyo y mi contrario abiertas.

LXXXVII.

» Mas no lo alcanzará. Su último instante
Al desfogar mi enojo ya contemplo:
Sabré al anciano herir y al tierno infante.
¡Que asuste á todos sanguinario ejemplo!
Haré pira al cadáver palpitante
Del arruinado hogar y ardido templo,
Y allá en la tumba que su error venera
Sus ministros serán hostia primera.»

LXXXVIII.

Así el impio en su interior razona;
Mas no prosigue la intencion bastarda,
Y si al fin á los míseros perdona,
No su piedad, su miedo es quien los guarda:
Que si un peligro próximo le encona,
Otro mayor le hiela y le acobarda.
Cegar teme el acceso á trato y paces,
Y el triunfo teme de las francas haces.

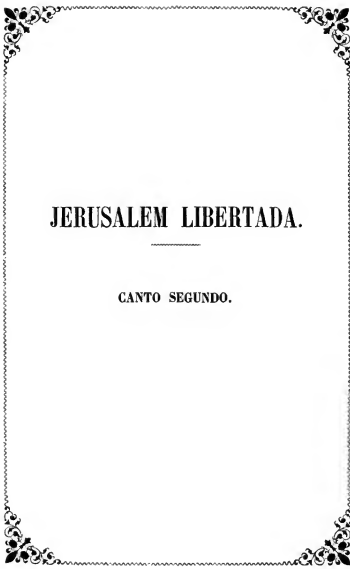
LXXXIX.

Templa el malvado pues la furia insana
Y á nuevo asunto á convertirla llega:
Ya no sufre mansion íntegra ó sana
Do se repare el franco en la refriega:
Los edificios rústicos aplana
Ó los palacios á la llama entrega:
Turba arroyos y fuentes, y en sus senos
Mil confunde mortíferos venenos.

XC.

Inexorable y cauto, medios halla
De arrostrar un asedio dilatado.
Fuerte ya por tres puntos la muralla
Solo el de Septentrion no está guardado;
Mas ya su prevision con foso y valla
Consiguió reforzar el débil lado.
Luego á los suyos á la lid provoca,
Y de asoldada gente asaz convoca.





JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

El mago Ismeno se presenta al tirano y concierta con él la pérdida de los cristianos. Sofronia y Ofindo se ofrecen á la muerte por aplacar el furor del Rey contra los cristianos. Iban ya á perecer ambos entre las llamas, cuando Clorinda se presenta y consigue de Aladino que les perdone la vida. Argante, al ver que Alêtes no consigue del Capitan cristiano su desistimiento de la conquista de Jerusalem, le declara la guerra en nombre del califa de Egipto, de quien ambos vienen como embajadores.





CLORINDA PIDE A ALADINO EL PERDON DE SORRONIA Y OLEZO.

[Canto II.]

CANTO SEGUNDO.

I.

MIÉNTRAS arma el tirano el pueblo impío,
Ismeno en su palacio se presenta;
Ismeno que sacar del mármol frío
Sabe un muerto y hacer que anime y sienta;
Que al son de su conjuro aún al sombrío
Pluton en sus dominios amedrenta,
Y de su ciencia en hábitos protervos
Emplea á los precitos como á siervos.

II.

Él ya adora á Macon, mas fué cristiauo,
Sin que este rito en olvidar se esfuerce;
Así á veces en vil modo y profano
Entrambas leyes mal sabidas tuerce;
Y hora desde las cuevas do lejano
Del vulgo su ignorada ciencia ejerce,
Va á su señor en el afán primero:
Á torpe rey, más torpe consejero.

III.

«Señor, le dice, sin tardanza viene
El vencedor ejército temido;
Mas si hoy hacemos lo que obrar conviene,
Serás de Dios, del mundo protegido:
Tú, en quien de rey y jefe se contiene
Todo el valer á la experiencia unido,
Verás, si igual virtud tu gente encierra,
Ser tumba á tus contrarios esta tierra.

IV.

«En cuanto á mí, con obras á ayudarte
Vengo aquí, compañero en los conflictos.
Tuyos son de mi edad consejos y arte
Y los mágicos usos inauditos:
Á ser del hecho y las fatigas parte
Yo forzaré los ángeles malditos;
Mas dó comienzan los encantos quiero
Decirte, Rey, y la ocasión primero.

V.

«Que hay en el templo del cristiano es fama
Un soterráneo altar do yace el bulto
De la que reina suya y madre aclama
Esa turba de un Dios nato y sepulto.
Arde frente al altar perenne llama:
Está en un velo el simulacro oculto:
Al rededor de crédulos devotos
Allí en orden también penden los votos.

VI.

»Pues bien, hoy quiero que de allí robada
La imágen sea, y que lugar señales
Do brille en tu mezquita colocada;
Que luego enantos moveré yo tales,
Que preste mientras allí yazca guardada
Fatídico favor á estos umbrales:
Firme será, por singular misterio,
Bajo muro invencible así tu imperio.»

VII.

Dícele, y le persuade, y ya impaciente
Á la mansion de Dios se precipita:
Insulta á los ministros insolente
Y la efigie santísima les quita:
Al lugar la conduce do frecuente
Con torpes cultos al Señor se irrita:
Despues sobre ella, bajo el techo aciago,
Sus blasfemias murmura el impio mago.

VIII.

Mas apenas la aurora el prado esmalta,
El infiel que custodia el templo inmundo
Vanamente la imágen que allí falta
Busea en lugar recóndito y profundo.
Al punto avisa al Rey: la nueva exalta
De su furor el ímpetu iracundo,
Y veloz pensamiento en el abulta,
Que hizo el robo un cristiano y que le oculta.

IX.

Sea pues de piedad obra furtiva,
Ó que el poder del cielo así demuestra
Cuánto desdén de su Reina y Diva
Ver la efigie en morada tan siniestra,
Hoy aún duda la fama si deriva
De hombre ó de Dios la milagrosa muestra.
Mas sí, milagro fué; que es bien que el celo
Que anima al hombre se atribuya al cielo.

X.

El Rey despues en registrar se empeña
Las mansiones y templos sin tardanza,
Y al que le oculta el robo, al que le enseña,
Ya el castigo, ya el premio le afianza.
Tambien el mago en descubrirlo sueña
Con artes mil; mas la verdad no alcanza;
Que el cielo la alta empresa, ajena ó suya,
Celar quiere y que á nadie se atribuya.

XI.

Cuando mira Aladino así ocultarse
El que delito de los fieles piensa,
Siente el ánimo atroz todo inflamarse
De enojo y rabia inmoderada, inmensa.
Los respetos olvida; ansia vengarse,
Cuéstele el reino, de la horrible ofensa.
«No ha de ser, dice, la ira un necio amago:
Caerá el ladron entre el comun estrago.

XII.

» No el criminal se salve, y aunque muera
Tambien el justo; mas ¿qué justo, digo?
Todos culpables son; que en su bandera
¿Quién hubo nunca de mi pueblo amigo?
Mas si acaso inocente alguno fuera,
Llegue al crimen de ayer, de hoy el castigo.
¡Sus, sus, los míos! ¡A la espada, al fuego!
Herid, matad, y consumidlos luego.»

XIII.

Así el sudor de la venganza ejuja
Vil esperanza. Vuela diligente
Á los fieles la fama. Intenso arruga
De los más bravos el pavor la frente,
Y no hay ya quien las armas ó la fuga,
La disculpa ó las súplicas intente.
Mas los que tiemblan, de zozobra llenos,
Hallan salud donde la aguardan ménos.

XIV.

Era virgen entre ellos ya florida,
En quien con grande corazon compite
Rara beldad, beldad de que no cuida,
Ó solo al punto que el pudor permite.
Acrece su valor que tan subida
Prez en techo infeliz se deposite:
En él al mundo seductor se oculta,
Y vive quieta, solitaria, inculta.

XV.

Mas á beldad que pide aplauso y ruego
Á guardarla no bastan centinelas;
Ni lo sufres tú, amor, porque hoy al fuego
De un jovencillo ardiente lo revelas.
Amor, que Árgos ahora, despues ciego,
Ya á los ojos das lumbre, ya los velas;
Tú, sin que fuerza á resistirlo baste,
Al más virgíneo albergue penetraste.

XVI.

Olindo es él; Sofronia es la doncella;
Ni religion ni patria los divide;
Modesto aquel cuanto su amada es bella,
Quiere asaz, poco espera, nada pide;
Él tiembla siempre de atreverse, y ella
No le ve, no le entiende, ó le despide.
Así hasta ahora el misero ha servido,
Desechado, no visto, ó no entendido.

XVII.

Corre el anuncio en tanto que ya apresta
Muerte y ruina al cristiano el pueblo moro:
Mas á aquella, tan noble cuanto honesta,
Medio le ocurre de enjugar su lloro:
Ya á darle cima con vigor se arresta,
Ya la suspende el virginal decoro.
Vence al fin el vigor, ó en tal porfía
Es vergonzosa en ella aún la osadía.

XVIII.

Salió la virgen entre el pueblo sola :
Ni cubrió su belleza, ni la expuso:
La mirada en el velo recatóla,
Y continente grave se propuso.
Si la intencion, si el arte no movióla;
Si el azar negligente lo dispuso;
Su negligencia misma es artificio
De natura, de amor, de Dios propicio.

XIX.

Mirada con afan pasa y no mira
La fembra altiva y al Monarca viene;
Ni porque le halle airado el pié retira,
Que el fiero aspecto intrépida sostiene.
«Vengo, Señor, le dice, (y ruego el ira
Tuya y del pueblo tu justicia enfrene)
Vengo á aliviarte, y dar á tu congoja
El fiel que buscas y que así te enoja.»

XX.

À la honesta altívez, al circunspecto
Brillar de faz tan pura y arrogante,
Medio oprimido el Rey de extraño afecto
Templó el enojo y serenó el semblante;
Y si él de corazon, si ella de aspecto
Tan severos no fuesen, vedle amante.
Mas halagos de amor son incentivo,
Y no rinde alma esquivá á pecho esquivo.

XXI.

¿Fué languidez, fué asombro ó complacencia,
Si amor no fué, lo que turbó al tirano?
«Habla pues, dice; el crimen evideneia:
Nadie á tu pueblo ofenderá cristiano.»
Y ella: «Mira al culpable á tu preseneia:
Hazaña el hurto ha sido de esta mano.
Mio ha sido el intento, el artificio;
La que buseas soy yo: dame el suplicio.»

XXII.

Así su frente con orgullo aspira
Del peligro que á todos atropella
Sola al honor: ¡magnánima mentira!
¿Cuándo fué nunca la verdad tan bella?
Queda atónito el Rey y no se aira,
Como suele, tan súbito con ella.
Despues le dice: «Que me muestres quiero
Quién te ayudó, cuál fué tu consejero.» —

XXIII.

«Dar la parte más leve no he querido
Á nadie de mi astucia salvadora:
De mi propia la cómplice yo he sido,
Consejera á la vez y ejecutora.» —
«Pues sola en ti, responde enfurecido,
Caerá el rigor de mi venganza ahora.»
Y ella: «Es muy justo: mis designios llena,
Si fui sola al honor, serlo á la pena.» —

XXIV.

Aquí de nuevo irrítase y: «¿En dónde
Está la efígie?», grita inexorable.—
«Fuego voraz la consumió, responde,
Pues juzgué el abrasarla accion laudable;
Que á descreída gente así se esconde,
Y á la profanacion queda inviolable.
Si el robo pides, si el ladrón demandas,
Nunca verás ya aquél, y en éste mandas.

XXV.

«Bien que ni robo es el ni yo ladrona;
Que devolver es ley la presa injusta.»
Esto oyendo el Monarca, se abandona
Sin freno á su genial cólera adusta.
¡Ah, que su pecho vil ya no perdona,
¡Oh púdica beldad!, alma robusta,
Y en balde quiere amor al golpe rudo
En tu propia belleza darte escudo!

XXVI.

Presas es la hermosa virgen, y Aladino
Á morir entre llamas la condena;
Velo y manto la quitan, y continuo
Nudo sus muelles brazos encadena.
Ella en silencio, el corazón mezquino
Siente, aunque entero, palpar con pena,
Y el bello rostro y alterado pinta,
No amarillez, mas del candor la tinta.

XXVII.

Divúlgase la voz, y allí afanosa
Va plebe sin cesar, que á Olindo cubre.
Cierta es la accion; es la mujer dudosa,
Y teme aquél que á su adorada encubre;
Mas cuando al fin la prisionera hermosa
En actitud de víctima descubre,
Y los verdugos, y la hoguera ardiendo,
Lánzase audaz por el tropel rompiendo.

XXVIII.

Y grita al Rey: «¡Detente! Esa no es rea
Del robo que su orgullo así decanta;
Ni que ha podido ejecutar se crea
Sola y flaca mujer empresa tauta.
¿Cómo engañó los guardas? De la Dea
¿Con qué astucia robó la imágen santa?
Si lo hizo, lo cuente..... Yo, yo he sido.»
¡Tanto obra en el amor no respondido!

XXIX.

Dice despues: «Por el espacio breve
Que luz á la mezquita y aire envía,
Por la noche pasé, buscando el leve
Hueco á favor de inaccesible vía.
Á mí el honor, la pena se me debe:
No usurpe esta mujer la culpa mía.
Esos hierros son míos; mía es esta
Pira, y su llama para mí se apresta.»

XXX.

Sofronia alza la faz y humanamente
Con blandos ojos de piedad le mira.
«¿A qué vienes? ¡Ay misero inocente!
¿Qué consejo ó furor así te inspira?
¿Piensas que á sostener no soy potente,
Sin ti, de un hombre cuanto alcance el ira?
Si; que á arrostrar la muerte sin zozobra
Tengo yo sola corazon que sobra.»

XXXI.

Mas aunque le habla así, no le dispone
Á que se arredre ó pensamiento mude.
¡Oh espectáculo grande, do se opone
Virtud á amor y el ánima percude;
Do muerte en premio al vencedor se pone,
Y vida á quien fortuna no le ayude!
Pero el Rey más se irrita cuanto escucha
Mayor de entrambos la porfiada lucha.

XXXII.

Y baldon juzga, y que su oprobio sella
Tal á su enojo disponerse en calma,
Y dice: «Á ambos se crea, y éste y ella
Venzan, y alcancen la brillante palma.»
Luego el garzon con guardias atropella,
Sin que entre hierros se le asuste el alma.
A entrambos á un grau leño anudan presto
Espalda con espalda á rostro opuesto.

XXXIII.

Ya en torno los ministros rigurosos;
Ya el verdugo atizando está la hoguera,
Cuando el rapaz en ayes lastimosos
Rompe, y dice á la dulce compañera:
«¿Conque estos son los nudos amorosos
Con que unirme yo en vida á ti creyera?
¿Este el fuego que en lazos tan estrechos
Arder soñaba igual en nuestros pechos?

XXXIV.

» Tal llama ayer, tal nudo amor me avisa,
¡Y este hoy me guarda la contraria suerte!
¡Ay, harto ayer nos apartó indecisa!
¡Ay, dura asaz nos junta hoy en la muerte!
Pláceme al ménos verme de esta guisa,
Que del leño en consortes nos convierte,
Ya que del lecho nó..... Por ti suspiro;
¡Ah! no por mí, pues á tu lado espiro.

XXXV.

» Y ¡oh cuánto hasta el morir bendeciría!
Y ¡oh mi feliz dulcísimo castigo,
Si en tu boca exhalar el alma mía
Junto seno con seno yo consigo,
Y que á la vez llegando tu agonía,
Beba tu postrer ay! mi labio amigo!»
Esto dice llorando, y por respuesta
Ella así dulcemente le amonesta:

XXXVI.

«Otros ruegos, amigo, y otra idea
Pide el tiempo que en torno nuestro gira.
Piensa en tus culpas, y la paz desea
Que Dios reserva al que contrito espira.
Dulce el tormento por su amor te sea,
Y á la extrema ventura alegre aspira.
Contempla el sol ¡cuán puro!, y cómo el cielo
Parece que nos llama y da consuelo.»

XXXVII.

Rompe aquí el vulgo en llanto, sin que acabe,
Y el fiel con voz más tímida y escasa;
Y un no sé qué de insólito y suave
El duro corazón del Rey traspasa.
El lo presente, y lo resiste grave,
Léjos huyendo la encendida brasa:
¡Tú, Sofronia, no más, el duelo ignoras,
Y entre ese llanto universal no lloras!

XXXVIII.

Mas he aquí de improviso alto guerrero
(Pues tal parece) de marcial talante,
Que en sus armas y en su hábito extranjero,
Venir anuncia de región distante.
El tigre que en el yelmo ostenta fiero
Pronto á todos atrae; signo arrogante,
Divisa que Clorinda usa en la guerra;
Y tal la aclaman; y el clamor no yerra.

XXXIX.

Esta el geuio y los usos femeniles
Desde la cuna à rechazar no aguarda,
Y dar negó los dedos varoniles
De Aracne al arte trabajosa y tarda:
Huyó de la ciudad molicies viles;
Que en el campo el pudor tambien se guarda;
Su faz armó de enojo..... ¡Vano empeño!
En su faz es bellissimo hasta el ceño.

XL.

Y joveneilla aún, con muelle diestra
Al freno sujetó coreel fogoso,
Fierro y asta esgrimió, y en la palestra
Ágil formó su cuerpo y vigoroso:
Luego por via inhóspite y siniestra
Persiguió el rastro del leon y el oso,
Mostrándose en sus bélicas pasiones
Hombre à las fieras, fiera à los varones.

XLI.

Hoy viene de los pérsicos lugares
De Godofredo à disputar la suerte,
La que ya en sangre fiel liñó los mares
Y al cristiano postró con brazo fuerte.
Llega, y entre las olas populares
Divisa el espectáeulo de muerte,
Y à los reos atenta, y ver cuál fallo
Los condena à morir, pica el caballo.

XLII.

La turba cede; á la pareja atada
Á contemplar más próxima se arrima,
Y ve llorando aquél y ésta callada,
Y que más brio al ménos fuerte anima:
Más él de ajeno duelo se apiada
Que no de propias penas se lastima;
Y ella en su paz, los ojos en el cielo,
Dejar parece, ántes que espire, el suelo.

XLIII.

Enternecida muéstrase Clorinda
Llorando casi de ambos el quebranto,
Y más el de quien ménos hoy se rinda,
Que el silencio la aflige sobre el llanto;
Y al que allí más cercano se le brinda,
Encanecido viejo, vuelta un tanto,
«¿Quiénes son esos tristes? Á la muerte
¿Cuál, dime, los conduce, ó culpa ó suerte?»

XLIV.

Así le preguntó, y él manifiesto
Hizole el caso breve y con templanza.
Tembló de oírle, y sospechó muy presto
Que sin causa á los dos la pena alcanza;
Al fuego disputarlos ha dispuesto
Cuanto puedan sus ruegos ó su lanza,
Y la llama á extinguir que ya se agita
Corre veloz, y á los ministros grita:

XLV.

«De acabar los aprestos comenzados
Nadie tenga, por poco, la insolencia
Hasta que hable al Monarca, que acusados,
Lo afirmo, no sereis de esta indulgencia.»
Obedecieron ellos dominados
De su real magnánima apariencia.
Fué luego al Rey, y opuesto por la via
De ella tomada, hallóle que venía.

XLVI.

«Clorinda soy: tal vez mi fama extensa,
Dice, esenehaste: hoy vengo en firme lazo
Á concurrir contigo á la defensa
Del reino y nuestra ley con fuerte brazo.
Manda: estoy pronta: mis servicios piensa:
Grandes no temo, humildes no rechazo.
Quiérasme en campo abierto, ó tras del muro,
Tienes mi lanza ó mi careaj seguro.»

XLVII.

Calla, y responde el Rey: «¿Cuál tan remota
Tierra hay del Ásia ó del solar cauíno,
Ilustre virgen, do tu fama ignota
Pueda esconderse y tu valor divino?
Hoy que ofreces tu espada á mí devota,
Ni cuidado ni riesgos imagino;
Que si entero un ejército aquí viera,
Seguridad mayor no me infundiera.

XLVIII.

«Más que su nombre iusigne lo consiente
Ya me parece que Gofredo tarda.
¿Tú ocupaciou me pides impaciente?
La más difícil, la mayor te aguarda:
Sobre nuestros guerreros preeminente
Vas á regir y dominar gallarda.»
Así le hablaba, y ella respondia
Afable á la alabanza y cortesía:

XLIX.

«Nuevo será en verdad y nunca oido
Que al beneficio el galardón preceda,
Pues del futuro hacer en premio pido
Que tu bondad los reos me conceda;
Que es el crimen, Señor, no bien sabido,
Y tu justicia en impiedad hoy queda.
Mas ¿á qué indicios busco naturales,
De su inocencia y su virtud señales?

L.

«Miro aquí dominar como evidencia
Que hicieron los infieles el estrago;
Mas no yo así por la comun sentencia
Á mi razou del hecho satisfago.
De nuestra ley ¿no ha sido irreverencia
La obra fatal que aconsejara el mago?
¿Ó debemos por pérfidos ejemplos
Ídolos conducir á nuestros templos?

LI.

» Así, á Macon me place se atribuya
Este que quiso hacer supuesto daño,
Por demostrar que la mezquita suya
No es dado profanar con rito extraño.
Con encantos Ismen su gloria arguya,
Pues son sus armas la maldad y engaño.
¡Á la espada nosotros, caballeros!
Son nuestro arte y saber nuestros aceros.»

LII.

Calla, y al Rey el duro pecho, en donde
Rara entró la piedad, no hay quien doblegue;
Mas la quiere agradar y el ira esconde;
Que á respeto y razon es bien se plegue.
«Tengan la vida y libertad, responde:
Nada á tan grande intercesor se niegue;
Y justicia ó perdon, á tus deseos,
Los absuelvo inocentes, los doy reos.»

LIII.

Así libres se hallaron. ¡Venturoso
Fué por cierto de Olindo y justo el hado!;
Que pudo al fin probar que en generoso
Pecho amor el amor ha despertado.
De la hoguera al altar, de reo á esposo
Pasa fino amador. Él desamado
Con ella ansió morir; y ella no esquiva
Que, pues no murió así, con ella viva.

LIV.

Mas la virtud de tan feliz pareja
El receloso Rey temió vecina.
Así, en largo destierro los aleja
Á tierras más allá de Palestina,
Y escuchando el furor que le aconseja,
Á unos fieles despide, á otros confina.
La esposa, el padre, el hijo ternezuelo
¡Cuál quedan ¡ay! en solitario duelo!

LV.

¡Dura separacion! Apartar suele
Sólo al de brío y natural sañudo,
Y al débil sexo y á la edad imbele
Guarda de sus maldades para escudo.
Unos errantes van; á otros impele
Venganza que el temor vencer no pudo;
Y uniéronse á las cruces, que encontraron
El sol feliz que en Emäud entraron.

LVI.

Es Emäud un pueblo que apartara
De la real Salem breve camino,
Y el que de holgado andar no se separa
Llega con luz, si parte matutino.
¡Oh cuánto al franco la noticia es cara!
¡Cuánto le anima el verse tan vecino!
Mas como el sol ya baja á sueltas riendas,
Desplegar hace el Capitan las tiendas.

LVII.

Y tendidas están, y el rojo brillo
Del gran disco en la mar ya incendios brota,
Cuando llegar con ademan sencillo
Dos varones se ven y en veste ignota.
Que como amigos vengan al Caudillo
En sus actos pacíficos se nota.
Eran del rey de Egipto mensajeros,
De sus pajes seguidos y escuderos.

LVIII.

Uno es Alétes. Desde humilde cuna
Entre el fango sumido de la plebe,
Le subieron á honores y fortuna
Facundo hablar y lisonjero y leve.
Vasto ingenio á mudable aspecto aduna,
Al engañar astuto, al fingir breve,
De calumnias autor en modos tales,
Que aparecen lisonja y son puñales.

LIX.

Otro el circasio Argante. Ese, extranjero,
Llegó á la corte espléndida de Egipto,
Y del reino entre sátrapas primero,
Fue en altos grados de milicia inscrito.
Es impaciente, inexorable y fiero,
Duro en las armas, en la pugna invito,
Despreciador de dioses, y á quien nada
Son justicia y razon junto á la espada.

LX.

Piden los dos audiencia, y circunspecto
Bullon introducirlos ha ordenado.
Ellos, en silla humilde y simple aspecto,
Entre sus grandes hállanle sentado;
Que sin alardes, mérito perfecto
De su propio esplendor fué siempre alzado.
En guisa de hombre excelso y no curante,
Leve muestra de honor hízole Argante.

LXI.

Mas Alótes la mano puesta al seno
Bajó los ojos, inclinó la frente,
Y de las altas ceremonias lleno
Mostróse y las costumbres del Oriente.
Habló despues, y de su labio ameno
De elocuencia brotó rauda corriente,
Y como ya el cristiano entiende el siro,
Penetra del discurso el fácil giro.

LXII.

«¡Oh tú, que solo y digno hora presides
Asamblea de tantos héroes llena,
Y á quien, primero en las antiguas lides,
La autoridad de tu consejo enfrena!
Tu nombre holló los términos de Alcides
Y grande y claro entre nosotros suena;
Que ya extiende la fama tus acciones
Por cuantas son de Egipto las regiones.

LXIII.

» Mas si con estupor la tierra entera
Oye los rasgos de tu heroico brio,
Con atencion cuidosa y placentera
Son escuchados del Monarca mio,
Y lo que envidia ó miedo á muchos diera
El precia y ama por sentir natio:
Ama, sí, tu valor, y anhela ansioso
Á ti enlazarse en vínculo amistoso.

LXIV.

» Y de ese intento noble poseido,
Paz y alianza segura te propone,
Y que el lazo que á ti le tenga asido
Sea virtud, si religion se opone;
Mas como entienda que tu campo unido
Á su amigo el Soldan lanzar dispone,
Ántes que daño inmenso aconteciere
Que sus designios te descubra quiere.

LXV.

» Y tales son: que si tu diestra abarca
Solo cuanto en la guerra hiciste tuyo,
Sin tocar la Judea y su comarca,
Á quien guarda el favor del cetro suyo,
Tu imperio, no bien firme, el gran Monarca
Bajo pacto te ofrece; y de él concluyo
Que, unidos ambos, acabó ese dia
Del persiano y del turco la osadia.

LXVI.

» Cosas tienes, Señor, breve acabadas
Que no hay ya larga edad que deje ignotas;
Mares corriste y tierras nunca holladas,
Pueblos domaste, ejércitos y flotas.
Así á tu nombre tiemblan espantadas
Las provinceas de en torno y las remotas,
Y si puedes rendir más gentes fieras,
Conquistar ya más gloria en vano esperas.

LXVII.

» La tuya es tal, que impone á tus deberes
Ser de guerras dudosas apartado;
Que no serás más grande, si vencieres,
Ganando solo el extender tu estado;
Mas si en retorno tú vencido fueres,
Perderás con tu honor lo ya alcanzado;
Y es azar de fortuna torpe y loco
Jugar lo mucho por lo incierto y poco.

LXVIII.

» Mas el consejo acaso del que siente
Que otros conserven lo ganado en guerra,
El vencer toda empresa eternamente,
Y el ansia natural que el pecho encierra
Y al más heroico inflama más ardiente
De someter y avasallar la tierra,
Quizá te lleven, con el mismo anhelo
Con que otros huyen, á lidiar sin duelo.

LXIX.

» Te exhortarán á que la senda corras
Tan largamente por el cielo abierta
Y á que á servirle con la espada acorras,
Á cuyo brillo la victoria es cierta,
Mientras las leyes de Macon no borras
Ó al Asia en tu rigor dejas desierta.
¡Blandas cosas de oír, dulces engaños
De do brotan despues miseria y daños!

LXX.

» Mas si tu mente la pasion no guia,
Si hoy á tus ojos la verdad se alcanza,
Verás de lid dudosa en la porfia,
Motivos de temor, no de esperanza;
Que fortuna mudable nos envia
Unas veces rigor, si otras bonanza,
Y remontados vuelos atrevidos
De golpes desastrosos van seguidos.

LXXI.

» Dime: si rico y grande Egipto mueve
Su gente contra tí tanta y diversa,
Y ocurre que las lides hoy renueve
El hijo de Cassano, el turco y persa,
¿Qué medios oponer tu esfuerzo debe?
¿De quién te amparas en la lucha adversa?
¿Quizá del griego rey, pérfido amigo,
Al que pactos de alianza unen contigo?

LXXII.

» ¿De quién la griega fe no es ya sabida?
¿Quién á su astuto halago no renuncia?
Pues su traicion, mil veces repetida,
La que os prepara nueva ¿no os anuncia?
El que os niega la entrada, ayer pedida,
¿Pensáis que hoy por vosotros se pronuncia,
Ó en el que tierra y luz negaros sabe
Verter su sangre por la vuestra cabe?

LXXIII.

» Mas quizá tu esperanza en los que unidos
Así te cercan y en tu audacia pones,
Y á los que sin union viste vencidos
Fácilmente á vencer hoy te dispones;
Sin mirar que los daños padecidos
Y las guerras diezmaron tus legiones,
Y que nuevo enemigo hoy te amenaza,
Y al persa y tureo el África se enlaza.

LXXIV.

» Pues bien; aunque tu frente audaz denote
Que á humillarla no basta esfuerzo humano;
Aunque el hado tus palmas nunca agote
Y siempre sea próspero al cristiano,
El hambre ha de oprimirte. Á tanto azote
¿Qué remedio pardiez guarda tu mano?
¿Tienes tú de vencerle la esperanza
Esgrimiendo con él tambien la lanza?

LXXV.

« Ya en tu redor los campos son talados
Por mano de sus cantos habitantes,
Y en torreones los frutos encerrados
De tu llegada en días no distantes.
¿Con qué cuentas pues hoy en tus cuidados
Los caballos nutrir y los infantes?
¿Aguardas de la escuadra bastimentos
Y tu vivir le fías de los vientos?

LXXVI.

« ¿Piensas que los gobierna tu fortuna
Y á su antojo los suelta ó los contiene?
El mar, á quien no aplaca queja alguna,
¿Será que á tu placer su furia enfrene?
¿O no podrán (que el riesgo los aduna)
Persa y turco y Egipto, si conviene,
Tanta escuadra lanzar al mar salobre,
Que á contener la tuya alcance y sobre?

LXXVII.

« Para vencer, tu causa necesita
De los hijos de Alá doble derrota,
Y no más que una pérdida marchita
Tu gloria entera y tu esperanza agola.
Hoy tu exterminio el bambre facilita
Si vencen nuestras naves á tu flota,
Y de ésta la victoria es bien perdido
Si tu terrestre ejército es vencido.

LXXVIII.

» Todo asentado así, si renunciases
Del rey de Egipto la promesa amiga,
Será que de tus prendas singulares
Esta resolución no más desdiga;
Mas si instintos te aquejan militares,
¡No quiera Alá que tu razón los siga!
Antes del Asia aplaca el llanto y luto,
Y goza tú de la victoria el fruto.

LXXIX.

» Y vosotros, que en guerra asoladora
Del peligro y honor vais compañeros,
No el viento de la suerte os lleve ahora
Á ensangrentar de nuevo los aceros,
Y cual piloto que con firme prora
Saca al puerto los rotos masteleros,
Cautos guardad los leños combatidos
Y renunciad del golfo á los bramidos.»

LXXX.

Acabó Alétes; con rumor sonoro
Su discurso los grandes acogieron,
Y el odio que con él les cause el moro
Sus impacientes actos descubrieron.
Dos y tres veces en el ancho coro
Del Capitan los ojos se tendieron,
Y al semblante despues mirando fijo
De Alétes, atentísimo le dijo:

LXXXI.

«Persuasivo expusiste, mensajero,
Ya imponente, ya blando, tu embajada.
Al noble afecto de tu rey primero
Agradecido responder me agrada;
Después á lo que anuncias, de que entero
El paganismo se opondrá á mi espada,
Te diré fácil lo que al franco mueve,
Claro en sentido y en acentos breve.

LXXXII.

» Cuanta sufrimos pérdida ó desgracia
En tierra, en mar, el día, ó noche oscura,
Solo fué porque abriera nuestra audacia
Hasta Jerusalem senda segura;
Por alcanzar del cielo eterna gracia
Con quebrantar su servidumbre dura;
Sin sernos mucho en causa tan subida
Poner mundano honor, estado y vida.

LXXXIII.

» Que no de lucro afectos ambiciosos
Nos arrastraron al empeño aqueste.
¡Libre Dios nuestros pechos animosos
(Si á alguno amaga) de tan negra peste!
¡Ah! no con los dulzores venenosos
Que matan halagando nos infeste;
¡Antes nos guíe en la cristiana muestra
Su fuerte, santa, salvadora diestra!

LXXXIV.

» La que hunde el monte y las corrientes pára
Y al tiempo fija y la estacion sus modos;
Ella fué la que aquí nos ayuntara
Salvos del riesgo y los peligros todos:
La que cierra del mar la boca avara
Y derriba las torres de cien codos;
La que sepulta la ciudad perversa
Y las legiones rompe y las dispersa.

LXXXV.

» De allí el valor y la esperanza nace;
Que no de nuestras fuerzas yo blasono,
No de la escuadra, y no de cuanta enlace
Bandera con la nuestra el griego trono.
Mientras ella á su hueste no rechace,
¿Qué le importa del orbe el abandono?
Quien sabe cómo ampara ó cómo hiere,
Ni mas socorro ni defensas quiere.

LXXXVI.

» Mas cuando á castigarnos le obliguemos
De mil pecados con el largo insulto,
¿Acaso piensas que morir tememos
Do nuestro mismo Dios yació sepulto?
Sin envidiar al vivo moriremos,
Sin que nuestro morir se pierda inulto;
Que ni la muerte nos será tan dura,
Como al Ásia, viviendo, su amargura.

LXXXVII.

» No pienses que la paz al franco asusta
Como á algunos el riesgo y la pelea:
No de tu rey la alianza nos disgusta,
Y útil acaso su amistad nos sea.
Mas si á otras leyes y poder se ajusta,
¿Por qué tanto le ocupa la Judea?
Deje si ajenos reinos hoy destruyo,
Y en paz se cure del tranquilo suyo.»

LXXXVIII.

Dijo, y de Argante el indomable enojo
Este discurso bélico provoca:
Ni le oculta; mas va con ciego arrojo
Y á Bullon grita con hinchada boca:
«La guerra busca, y la tendrá á su antojo
Quien la alianza ofrecida así sofoca;
Que quien pronto á mi voz no la pronuncia,
¡Ah! bien es cierto que á la paz renuncia.»

LXXXIX.

La capa en esto por los bordes toma,
La pliega y forma un círculo y le expone,
Y con la rabia que mayor le asoma
Á proseguir de nuevo se dispone:
«Á ti, despreciador que nadie doma,
Aquí la guerra y paz se te propone.
La vez es tuya: tu razon se fije
Sin mas demora, y á tu gusto elige.»

XC.

La voz, el ademan, todo les presta
¡Guerra, guerra! á clamar concordemente.
Sin esperar entónces la respuesta
Del Capitan insigne allí presente,
Sacude el manto el bárbaro y se arresta,
Y ¡guerra!, grita, ¡guerra eternamente!,
Y con tal voz lo dice y fiero ejemplo,
Que parecia abrir de Jano el templo.

XCI.

Y que encerraba el manto se diria
El furor loco y la discordia fiera,
Y que en sus ojos tímidos ardía
La gran tea de Aleteo y de Megera.
Así el gigante audaz aparecia
Que contra Dios la torre dispusiera,
Y así acaso Babel le vió en su anhelo
La frente erguir y amenazar al cielo.

XCH.

Respondióle Gofredo: «Id sin demora,
Y á vuestro rey decidle que no tarde;
Que la guerra acepté; que venga ahora,
Ó cabe el Nilo suyo nos aguarde.»
Luego á entrambos despide y los honora
Con dones bellos en cortés alarde:
Así yelmo en Alétes rico emplea
Que entre inmenso botín ganó en Niece,

XCIII.

Y á Argante da una espada (¡insigne pieza!)
Entre oro y piedras acabado el pomo
Con artificio tal, que su riqueza
Del engaste y labor no es un asomo.
Luégo que el peso, el temple y la pureza
Ensayó con sutil y diestro aplomo,
Dijo á Bullon Argante: «Manifiesto
El uso de este don te haré muy presto.»

XCIV.

Y ya léjos de allí, dice: Te invito,
Alete, á que partamos....., ¿qué te asombras?,
Yo en busca de Solima, tú de Egipto;
Tú con el nuevo sol, yo con las sombras;
Porque á Gaza volver no necesito
Ni es mi gloria pisar muelles alfombras.
Lleva las nuevas tú: yo no me alejo
De do se apresta el bélico aparejo.»

XCV.

Trocarse pues de embajador dispuso
En contrario, con mente no madura,
Y los derechos hoy y antiguo el uso
De respetar ó de seguir no cura.
Así á los altos muros va, confuso
Entre las nieblas de la noche oscura;
Y de volver el ansia no es más tarda
Hora en Alétes; mas el día aguarda.

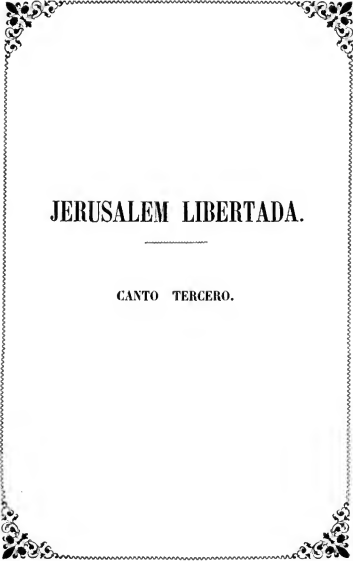
XCVI.

Era la noche, cuando ya en reposo
Olas y viento son y en calma el mundo;
Cuando ya el bruto, ó los que el golfo undoso
Moran y el limpio rio y lago inmundo,
Y aves pintadas y el reptil medroso,
En sus cuevas y olvido están profundo,
De la noche al misterio y sus horrores
Dando su afán, sus penas, sus amores.

XCVII.

Mas del cristiano en la marcial morada
Ni caudillo ni hueste duerme ahora:
¡Tanto es la luz de todos suspirada
Que va á llegar con la naciente aurora,
Luz que los guíe á la ciudad sagrada,
Término de la empresa redentora!
Así atentos están á ver si un rayo
Despunta y rompe el nocturnal desmayo.





JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO.

Llegan los cristianos á Solima, y Clorinda se estrena en ellos haciéndoles gran daño. Reenciéndose el amor de Erminia á Tancredo, y crece el de este héroe hácia Clorinda. Los aventureros pierden á su jefe muerto por Argante. Funerales de Dudon. Godofredo manda cortar los árboles de una antigua selva inmediata á su campamento.





ENRICO RECONOCE A CLORINDA A QUEN HA DESTRUIDO EL CASO EN UN ENCUENTRO.
(Canto III.)



CANTO TERCERO.

I.

Y a el aura, mensajera diligente,
Sale á anunciar la vuelta de la aurora,
Que adornándose está y el alba frente
Con flores del Eden teje y colora.
El campo en tanto apréstase impaciente
Y murmura con voz alta y sonora;
Mejor despues mostrando su alegría
De las ruidosas trompas la armonía.

II.

Bullon con ciencia bélica infinita
Impetuoso vigor templa ó difunde;
Que es más fácil se tuerza el mar que grita
Y entre Scila y Caribdis se confunde,
Ó que á Bóreas se enfrene cuando agita
Del Océano la espalda y leños hunde.
Él pues los encamina y junta y forma,
Y va veloz; mas con arreglo y norma.

III.

Con prestas alas cada cual se siente
Sin que pueda su planta fatigarse;
Mas cuando el sol camina más ardiente
En el alto cenit á remontarse,
¡He aquí á Jerusalem verse esplendetel,
¡Jerusalem por todos señalarse!,
Y eco de gozo que los aires llena,
¡Jerusalem! ¡Jerusalem! resuena.

IV.

Así de navegantes turba osada
Que en pos de tierra extraña el genio ayuda,
Y bajo incierto polo y onda airada
Prueba el mudable viento ó mar sañuda;
Si descubre por fin la orilla ansiada,
Con gritos de alborozo la saluda,
Y al mostrarla uno á otro olvida en tanto
De las pasadas penas el quebranto.

V.

No hay corazón que al gran placer resista
De aquel primero delicioso aspecto,
Y tan viva piedad los mueve, mista
De temeroso y reverente afecto,
Que osan apenas levantar la vista
Á la ciudad, de Cristo albergue electo,
Donde murió, donde sepulto ha sido,
De do en Gloria á los cielos ha subido.

VI.

Voz ya sumisa y dulce, ya sonora,
Altos sollozos, débiles gemidos
De la gente que á un tiempo rie y llora,
En el aire murmuran confundidos;
Como suelen garrir en fácil hora
Del aire entre las bojas los sonidos,
Ó cual entre las sirtes rouca ensaya
La mar sus silbos en adusta playa.

VII.

Nudo el pié cada cual la senda pisa;
Que el ejemplo del Jefe á todos pasa.
Oro, pluma, laurel, régia divisa,
De la guerrera frente humilde arrasa;
Hasta del genio la soberbia guisa
Rinde, y en vivas lágrimas se abrasa,
Y entre el llanto mezclando voz confusa
Así el cruzado en su interior se acusa:

VIII.

«¿Cómo, Señor, do ya con los raudales
De tu sangre el camino nos fué abierto,
De mi lloro dos fuentes eternas
Á la acerba memoria yo no vierto?
¿Cómo, asustado corazón, no sales
Por mis ojos de lágrimas cubierto?
Hecho de piedra estás si hoy no te ablandas,
Y eterno has de pagar culpas nefandas.»

IX.

En tanto aquel que á descubrir la tierra
Mantiene la ciudad en alta torre,
El polvo mira que los campos cierra
Y en roja nube por los aires corre.
Juzga primero que borrasca encierra,
Y llama ardiente su extension recorre;
Armas despues distingue relumbrantes,
Y los caballos luego y los infantes.

X.

Grita entónces: «¡Mirad qué niebla densa
Por alli se levanta! ¡Ved cuál brilla!
¡Sus, ciudadanos, contra turba inmensa!
¡Ea, corred los bravos sin mancilla!
Los muros ocupad; á su defensa
Pronto acudid: ¡el arco, la cuchilla!
Aquí está el enemigo: ved cuál nube
De polvo ardiente hasta los cielos sube.

XI.

El viejo inerme, el delicado infante,
Y las fемbras tambien, turba infinita
Que ni herir sabe ni mentir talante,
Llevan su ruego y llanto á la mezquita;
En tanto el sexo de vigor pujante
Á las armas veloz se precipita;
Uno corre á las puertas, otro al muro,
Y el Rey á todo en ademan seguro.

XII.

Y sus órdenes dadas, se retira
Á torre entre dos puertas, do pudiera
Al socorro acudir; de donde mira
Como á sus plantas la campiña entera.
Allí á su lado Erminia alenta gira;
La hermosa que á su corte se acogiera,
Después que arrebató latino encono
Á su vencido padre vida y trono.

XIII.

Clorinda en tanto contra el franco es ida
Y la acompañan mil, y ella delante;
Mas por otra recóndita salida
Está dispuesto á sostenerla Argante.
Alienta á sus secuaces la atrevida
Con la voz y el intrépido semblante.
«Labre, dice, del Ásia la esperanza
Hoy con alto principio nuestra lanza.»

XIV.

Mira, al hablar, de un prado allá en el centro,
Acarreando botín marcial caterva,
Que en merodeo entrara tierra adentro
Y ora trae de ganados gran reserva.
Ella al grupo arremete, y á su encuentro
El jefe acude que su arranque observa.
Gardo se llama, lidiador de cuenta;
Mas que prueba tamaña no sustenta.

XV.

Gardo al choque fatal mordió la tierra
De los francos á vista y los paganos,
Que anunciaron con gritos de la guerra
Ledos augurios, á la larga vanos.
Ella espoleando audaz con todos cierra;
Que vale allí su diestra por cien manos.
Sus secuaces ocupan el sendero
Que les va abriendo su tajaute acero.

XVI.

Presto al ladron la presa le arrebató
Y huye el franco tropel su diestra ruda,
Hasta que breve loma le rescata
Á do las armas el terreno ayuda.
Entónces, como horrenda se desata
Con rayo y truenos tempestad sañuda,
El buen Tancredo, á quien Bullon lo ordena,
Movi6 su escuadra y enristró la entena.

XVII.

Y tan fácil la mueve, y en tal guisa
Viene altivo y contento el jovencillo,
Que el Rey de alto mirándolo se avisa
Que un guerrero ha de ser de excelso brillo,
Y á la que allí á su vera se divisa
(Ya descompuesto el rostro y amarillo)
Le dice: «Conocer todo cruzado
Debes tú bien, aunque de fierro armado.

XVIII.

« Dime pues quién es ese que parece
Tan altivo y mareial en la palestra.»
Y de respuesta en vez, amarga creee
En su pupila lágrima siniestra;
Mas finge cuanto puede, y desaparece
Casi de su zozobra toda muestra:
Sólo exhala un suspiro la enitada,
Y sube hasta su frente roja oleada.

XIX.

Despues le dice, su falace boca
Con odio falso otra pasion celando:
« Bien ¡aymé! le eonozco y bien me toca
Distinguir entre mil su brio infando.
Yo cien veces le vi con furia loca
La sangre de mi pueblo derramando.
¡Cuánto es erudo en herir! ¡Ay! á su llaga
Nunea yerba bastó ni ciencia maga.

XX.

« El príncipe es Tancredo. Prisionero
Mío y no más, no muerto, le querria;
¡Vivo, con que del alma el ardor fiero
La sabrosa venganza templaria!»
Así hablaba; y en tanto el Rey severo
Diferente explicaba su porfia,
Mientras á su pesar triste un gemido
Sale á sus voces últimas unido.

XXI.

En esto de Tancredo al duro asalto
Clorinda vuela, y en el choque ardiente
Ya las rompidas lanzas son por alto,
Y algun tanto en peligro ella se siente;
Que roto el nudo al yelmo, va de un salto
(¡Golpe fiero!) botado de la frente,
Y aquí suelto el cabello de oro muestra
Bella y joven mujer en la palestra.

XXII.

Relucieron sus ojos, su mirada,
Si dulce en el rigor, ¡cuánto en la risa!
¿En qué piensas, Tancredo? La anhelada
Faz ¿no conoces á tu amor precisa?
Esta es la imágen de tu pecho amada;
Tu alma lo diga donde vive incisa:
Esta es aquella que su sed ardiente
Templando viste en la emboscada fuente.

XXIII.

Él, que de ántes la tigre ver no pudo,
Hora es de piedra al conocer la hermosa:
Ella cubre su frente con su escudo,
Y al que se aparta embiste presurosa:
Lleva aquel á otro punto el fierro crudo,
Y esta le estrecha y sin piedad le acosa,
Y ¡vuélvete! le grita, y le embaraza,
Y á un tiempo con dos muertes le amenaza.

XXIV.

Que aunque asaltado, el triste no pelea,
Ni así del daño á defenderse atiende
Como la faz en admirar se emplea
Do amor el arco inevitable extiende,
Y entre sí dice: «En balde me rodea
Y sin fruto su espada á mí deseíende,
Mientras cada mirada de sus ojos
Deja en mi herido corazon despojos.»

XXV.

Resuelve al fin, aunque piedad no espera,
No así morir callando oculto amante,
Y rogarla pretende que no hiera
Á un inerte, rendido, suplicante.
Dícele pues: «¡Oh tú, que dama ó fiera
Más contrario que yo no hallas delante!,
Ven, y á fácil lugar juntos salgamos,
Do nuestras fuerzas y á placer midamos.

XXVI.

» Así veremos de quién ántes falla
Hoy el valor.» Clorinda le ha aplaudido;
Que no el verse sin yelmo la avasalla,
Y ufana sigue al que de afán rendido.
Mas ya en acto se apronta de batalla
La guerrera atrevida, y ya le ha herido,
Quando él dice: «Detente: á la pelea
Pacto preceda que á mi gusto sea.»

XXVII.

Párase, y de cobarde en temerario
Desesperado amor vuelve á Tancredo.
«Sea el pacto, exclamó, pues tan contrario
Te soy, que el corazon rompas sin miedo.
Mi corazon, no mio, voluntario,
Si tú lo pides, lograráslo cedo.
¡Ay! tuyo ha largo tiempo, á tu albedrío
Bien lo puedes tomar del pecho mio.

XXVIII.

» He aquí que el brazo humillo y le presento
Inirme á ti: prepárate; acomete.
¿Quieres aún más?—Pues mira; yo contento
Desnudaré en tu ayuda el coselete.»
Así aplacarla y con mayor lamento
El infeliz Tancredo se promete,
Mas aquí turba los aparta insana
De su gente revuelta y la pagana.

XXIX.

Cediendo opreso ante el tropel cristiano,
Arte ó temor el musulman denota,
Cuando un varon de aquellos inhumano
La frente inirme de Clorinda nota,
Y á su espalda pasando, alza la mano
Sobre el pelo que libre al aire flota;
Mas Tancredo le grita no concluya,
Y á su espada cruzó la fuerte suya.

XXX.

Y asaz no fué; que descendió siniestra
Hasta el albor del cuello que enamora.
Leve es la berida, y salpicadas muestra
Las rubias bebras que el carmin colora:
Tal bermejea el oro si hábil diestra
De encendidos rubles le decora.
Aquí al villano el principe derecho
Corre, de enojo rebosando el pecho.

XXXI.

Huye aquel, y este á quien arrastra el ira
Le sigue, y van cual flechas por el viento.
Ella suspensa queda y de ambos mira
Ya remoto y confuso el movimiento,
Y los deja, y del franco se retira,
Si á las veces tornando á su escarmiento;
Que ya huye y ya embiste, y su carrera
Nadie entre lid ó fuga distinguiera.

XXXII.

Así á los canes se revuelve airosa
Torva fiera, del circo ya á la orilla;
Y ellos paran tambien; pero la acosa
Más osada, si aún buye, la cuadrilla.
Clorinda en tanto huyendo, cautelosa,
Bajo el alto paves la frente humilla,
Cual resguardados del balon sonoro
Van los fugaces en escarce moro.

XXXIII.

Y esos volando en pos, y estos huyendo,
Cabe los altos muros han llegado,
Cuando arroja el pagano un grito horrendo
Y al vencedor de nuevo se ha lanzado;
Y hacen un giro, y súbito volviendo
Le tornan á embestir de espalda y lado,
Mientras el Circaso á acometer de frente
Del monte saca la escondida gente.

XXXIV.

Sale de entre la escuadra el bravo Argante,
El primero á embestir cual siempre suele;
Y so el caballo y armas, espirante
Pronto al primero que alcanzó le impele;
Á infinitos derriba el arrogante
Ántes que el asta por los aires vuela,
Y el fierro empuña, á cuyos golpes llenos
Siempre deshace, mata, ó hiere al ménos.

XXXV.

Clorinda su rival quitó la vida
Á un Ardelio, varon de edad madura;
Que si bien por dos hijos defendida,
Hallar no puede su vejez segura;
Que á su Aleandro, el mayor, horrenda herida
Pronto apartó de la paterna cura,
Y Poliferno, que á su vista queda,
Mucho es que él mismo libertarse pueda.

XXXVI.

Mas en tanto Tancredo que no alcanza
De aquel villano el ímpetu primero,
Vuelve la vista y mira enál se avanza
Más que debía su tropel guerrero;
Y cortado le vé, y allá se lanza
Veloz torciendo el corredor ligero;
Ni á socorrerle él solo hora se arresta:
Tambien la gente al reforzar dispuesta;

XXXVII.

La de Dndon escuadra aventurera,
Flor de Marte, del campo fuerza y nudo.
Reinaldo el grande, el bello, en su carrera
Veloz cual rayo adelantarse pudo.
Conoce Erminia la actitud guerrera,
La águila blanca en el celeste escudo,
Y al Rey le dice que le observa ansioso:
«He aqui al de invictos vencedor famoso.

XXXVIII.

» Es aun rapaz, y en el combate iguales
La fama á pocos ó á ninguno honora:
Con seis no más, entre las cruces, tales,
Vieras la Siria sucumbiendo ahora,
Subyugadas las tierras más australes,
Sometidos los reinos de la aurora;
Y aun al Nilo guardarse fuera en vano
En su origen incógnito y lejano.

XXXIX.

» Ese es Reinaldo, y su vigor produce
Más estragos que máquina segura.
Vuelve la vista, y mira cuál reluce
Allí de verde y oro una armadura:
Ese es Dudon de Cócía, que conduce
Esta indómita escuadra de ventura.
De ilustre sangre, su valor le aclama,
Si grande ya en edad, mayor de fama.

XL.

» Del rey noruego hermano, ve á Gernando,
Aquel coloso del velarte bruno,
De quien solo la gloria está empañando
Más soberbio no hallar mortal ninguno;
Y esos dos que albos trajes van mostrando
Y que unidos así se ostentan uno,
Son Odoardo y Gildipa, los esposos
En fuertes lides y en amor famosos.»

XLI.

Conversaban así mientras hervía
Bajo de ellos creciente la batalla.
Á Reinaldo y Tancredo en la porfía
La densa multitud ya se avasalla;
Tambien los que Dudon formados guía,
Entran rompiendo la apiñada valla,
Y Argante, Argante mismo, á un golpe horrendo
De Reinaldo, la tierra fué midiendo.

XLII.

¡Ni alzara nunca!; mas el bruto escoge
De Reinaldo caer en aquel punto,
Y entretiene al jinete, pues le coge
La rodilla debajo y el pié junto.
En tanto huyendo á la ciudad se acoge
Deshecho el moro y de pavor difunto,
Y al furor que á su espalda le envolviera
Sólo Argante y Clorinda son barrera.

XLIII.

Tras todos van, y el ímpetu creciente
Se pára un tanto en ellos y reprime;
Con que pueden correr más sueltamente
Esos primeros que su ardor redime.
Dudon los sigue en la victoria ardiente,
Y á Tigran del caballo al choque oprime,
Y con tajante acero y fuerza rara
La cabeza del tronco le separa.

XLIV.

Ni defiende á Algazar soberbia cota,
Ni al robusto Corban yelmo perfeto;
Que espalda y nuea les traspasa, y rota
La punta asoma por celada y peto;
Y del rompido arnes caliente brota
La sangre de Amurátes, de Mahometo,
La del bravo Almanzor; ni el gran Circaso
De allí alcanza á mover seguro el paso.

XLV.

Y entre sí brama, y vuélvese, y le irrita
Verse oprimido y do su furia el blanco,
Y tan pronto una vez se precipita
Y con empuje tal le coge el flanco,
Que entero el hierro le sumerge, y quita
Con el golpe la vida al digno franco.
Yace, y de alzar los párpados no es dueño
Que el peso abate del eterno sueño.

XLVI.

Por tres veces buscó la luz del día
Y por tres veces sobre el codo alzar se,
Y cayendo otras tres, en agonia
Van sus lánguidos ojos á cerrarse,
Y ya advierte en sudor su frente fría,
Y sus rígidos miembros desatarse.
Ante el ya muerto cuerpo, el duro Argante
Ni se detiene un punto, y va adelante.

XLVII.

Mas aunque el pié veloz no mude en nada,
Se vuelve al franco y grita enardecido:
«Caballeros, mirad: esta es la espada
Que ayer de vuestro dueño he recibido:
Cuál fué, decidle, por mi brazo usada;
Dulce la nueva sonará en su oído,
Y es bien que el don de su famosa diestra
Probado sea con tan alta muestra.

XLVIII.

«Decidle que en su cuerpo á más feroces
Pruebas le guardo, mientras fuerte dure,
Y que á buscarle irán mis piés veloces
Cuando él mismo á salir no se apresure.»
Irritados los francos de estas voces,
No hay ninguno que herirle no procure;
Mas con su gente toda ya seguro,
Bajo la guarda entró del patrio muro.

XLIX.

Y á lanzar piedras sobre el ancho foso
Los de arriba en tal modo comenzaron,
Y de flechas granizo tan copioso
De los tendidos arcos dispararon,
Que es al franco escuadron parar forzoso,
Y los de Argante en la ciudad entraron.
Libre Reinaldo del azar funesto
Del caído corcel, llegaba en esto.

L.

De vengar á Dudon con la esperanza,
Al homicida bárbaro venía,
Y «¿qué os pára y detiene en vil tardanza?»,
Llegado ya á los suyos les decía.
«¿Queda más que el camino á la venganza,
Pues ha muerto el Señor que nos fué guia?
¿O en ocasion tan grave de alto enojo
Valla un muro ha de ser á nuestro arrojo?

LI.

«No si doblada en fierro ó de diamante
Esta muralla indómita se alza,
Allá dentro seguro el fiero Argante
De vuestro alto poder se libertara.
¡Á los muros corramos!» Y él delante
El primero á asaltarlos se prepara,
Y no teme su frente alta y derecha
Dardo ni piedra ni silbante flecha.

LII.

Y la cabeza tanto alza segura,
Y tan altivo su mirar provoca,
Que tras del muro insólita pavora
Á los guerreros hiela y los apoca.
Mas cuando así del asaltar se cura,
El noble intento abandonar le toca;
Que les manda Bullon al buen Sigiero
De sus mandatos hoy nuncio severo.

LIII.

Él reprende en su nombre aquella hazaña,
Y tornar prontamente les impone.
«Volveos, les decia: el sitio engaña;
La ocasion no propicia se dispone.
Os lo manda Bullon.» Pronto la saña
El primero Reinaldo aquí depone;
Si bien se abrasa dentro, y prenda cierta
Fuera asomó de la ira mal cubierta.

LIV.

Vuelve la esquadra atras, y no es turbado
Más en su entrada fugitiva el moro.
No, en esto, el cuerpo de Dudon privado
Yace de pompa y del postrer decoro;
Que en sus hombros le lleva (¡peso amado!)
De sus amigos el doliente coro.
Gofredo, en tanto, desde excelsa parte
De la ciudad observa el sitio y arte.

LV.

Pisa Jerusalem doble colina
De impar altura, cuyo centro mide
Una interpuesta valle que, vecina
Del un monte y el otro, los divide.
Fácil por una parte se camina,
Si de las otras el fragor lo impide;
Mas vuelto contra Bóreas aquel lado,
Es de muros altísimos guardado.

LVI.

Tiene el pueblo lugares do conserva
De las lluvias el agua, y lagos, fuentes;
Mas fuera el campo en desnudez se observa,
Y de rios estéril y corrientes;
Ni se ve florecer árbol ni yerba
Que los rayos del sol mitigue ardientes:
Solo un bosque á seis millas yace inmenso,
De mortífera sombra, horrible y denso.

LVII.

Por do brotan las ráfagas solares
Luce el Jordan su cristalina raya;
Al occidente son los verdes mares
Y del Tirreno la arenosa playa,
Y hácia Bóreas Betel, que erige altares
Y del dorado Buey el culto ensaya,
Y Samaria, y Belen, que austral se eleva,
Y de cuna de Dios la gloria lleva.

LVIII.

Mientras el muro y el sitio determina
De la ciudad Gofredo y la comarca,
Y de acampar los nodos examina,
Y el fácil punto del asalto marca,
Le ve Erminia, y su diestra le desina,
Diciendo à un tiempo al árabe monarca:
«Gofredo es ese, el que en purpúreo traje
Augusta majestad muestra y linaje.

LIX.

» Sin duda fué para reinar formado:
¡Tanto conoce del gobierno el arte!
Ni es tan sólo caudillo celebrado;
Mas tiene del valor la doble parte;
Que no tamaña grey mejor soldado,
Ni más sabio varon podrá mostrarte.
Sólo Raimundo en el saber le llega,
Y Reinaldo ó Tancredo en la refriega.»

LX.

Y dice el Rey: «Reconocerle quiero;
Que en la corte una vez lo hallé de Francia,
Cuando allá fui de Egipto mensajero
Y en torneos campar vi su arrogancia.
Le apuntaba no más bozo ligero,
Salido apenas de la muelle infancia,
Y ya anunciaba su vigor seguro
Altos indicios del poder futuro.

LXI.

Ciertos ¡ay! en verdad; (y aquí los ojos
Turbado humilla; mas despues pronuncia:)
«¿Quién es aquel de paramentos rojos
Que allí á su lado rompe entre la juncia?
Si más breves sus miembros y más flojos,
Semejanza sin par su rostro anuncia.» —
«Es Baldovino, si en la faz su hermano,
Más en las obras de su invicta mano.

LXII.

«¿No veis aquel que en el aspecto suave
De varon que aconseja le acompaña?
Es Raimundo, el de blanca frente y grave,
De quien siempre diré la ciencia extraña.
¿Qué latino ó frances más artes sabe,
Ni de guerra un ardid más diestro amaña?
Aquel, más léjos, del dorado yelmo,
Del rey britano es hijo, el buen Guillelmo.

LXIII.

«Mira allí á Güelfo, el de la veste gualda,
De estado y sangre y mérito subido:
Bien le conozco en la cuadrada espalda,
Y en el pecho también alto y fornido.
Mas aunque busco por la agreste falda,
Mi contrario mayor ver no he podido;
Boemundo el torpe, el de la diestra impía,
Destructor de la régia sangre mía.»

LXIV.

Mientras así Erminia cuenta al rey pagano,
Hacia su gente el Capitan desciende;
Y como ha visto que la tierra en vano
Fuera ocupar por do el escarpe asciende,
Establece sus reales en el llano
Que hacia la parte de Aquilon se extiende,
Y desde allí partiendo, hasta la torre
Que dicen angular su frente corre.

LXV.

Y dentro el vasto circo que eligiera
De la ciudad un tercio se contiene;
Que á circundar su vuelta toda entera
(¡Tan grande se dilata!) armas no tiene.
Mas de las vias fácil se apodera
Por donde auxilio á los contrarios viene,
Y á su gente en los pasos introduce
Do breve atajo á la ciudad conduce.

LXVI.

Con tal arte sus tiendas luégo amaña
De trinchera y de foso defendidas,
Que correría á un tiempo cierre extraña
Y del muro provea á las salidas;
Y cuando fuerte así se ve en campaña,
Las reliquias anhela ver queridas,
Y al sitio va donde Dudon reposa
Y en cerco está de multitud llorosa.

LXVII.

El altísimo féretro en que yace
Amigos fieles con esmero ornaron;
Cuando Gofredo entró, mayor renace
El eco flébil que á porfía alzaron;
Mas al pio Bullon vencer le place
Los afectos que el ánimo turbaron.
Calla y le mira, fijo el pensamiento,
Y exclama luégo en inspirado acento:

LXVIII.

«No á ti se debe ya dolor ni llanto;
Que al cielo naces, si el mortal te llora,
Y aquí do sueltas su terreno manto
Dejas la fama que tus timbres dora.
Viviste cual campeón cristiano y santo,
Y mueres como tal: gócese ahora
Tus ojos en tu Dios, y leda el alma
Del bueno alcance la corona y palma.

LXIX.

« Vive en ventura tú; que á nuestra suerte,
No á tu destino, el llanto es bien acuda;
Que en tí nos quita valerosa y fuerte
Parte de nuestro sér su rabia cruda.
Mas si esa que apellida el vulgo muerte
Nos priva así de tu terrestre ayuda,
La de Dios obtenernos con tu celo
Feliz podrás, pues pisas hora el cielo.

LXX.

« Y como en nuestro amparo visto habemos
Que blandias mortal armas mortales,
Hora, divino espíritu, probemos
El favor de las tuyas eternas.
Tú lleva á Dios los votos que le hacemos,
Tú bondadoso acorre á nuestros males,
Y el lauro es cierto, y llegarán devotos
Á cumplirse en el templo nuestros votos.»

LXXI.

Dice, y parte Bullon. El manto oscuro
Ya de la noche el alba describía,
Y el suave olvido en su dormir seguro
Tregua al dolor y lágrimas ponía;
Mas el caudillo, que ganar el muro
Sin marciales aprestos no creía,
Piensa cómo al nivel de sus almenas
Duras máquinas labre, y duermie apénas.

LXXII.

Á punto con el sol sale, y piadosa
Al fúnebre convoy sigue su huella.
Á Dudon de cipres tumba olorosa
Dan al pié de un collado, y cerca de ella
Las estacadas son: encima airosa
Copnda palma altísima descnella,
Y el sacerdote allí pide entre llanto
Por el alma quietud en triste canto.

LXXIII.

Entre los ramos cuelgan espaciosos
De trofeos de honor copia diversa,
Ganados en combates más dichosos
Á la gente de Siria y á la persa.
En medio al grueso tronco están gloriosos
Yelmo, espada y arnes, y en laude tersa
Escrito al pié: «Dudon aquí reposa:
Del muy alto campeón honrad la losa.»

LXXIV.

Mas cuando el buen Gofredo libre de esta
Carga se encuentra dolorosa y pia,
Los obreros del campo todo apresta
Y á la selva escoltados los envía.
Esa entre valles yace, y manifiesta
Fué al Capitan por gente de Soria.
Allí el franco las máquinas emprende,
Con que á Jerusalem vencida enticnde.

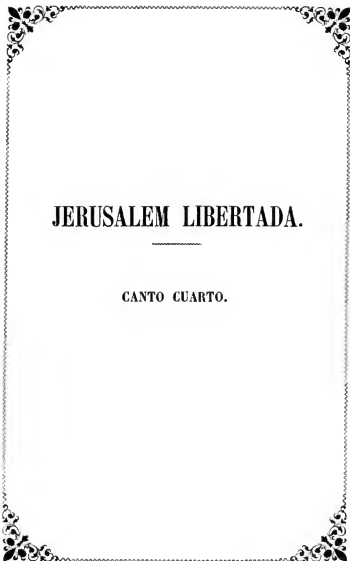
LXXV.

Entre sí pugnan hachas despiadadas
Al bosque haciendo desusado ultraje:
Yacen al golpe destructor talladas
Las sacras palmas y el cipres selvaje;
Pinos, fresnos y encinas elevadas
Caen, y el tejo de inmortal follaje,
Y el olmo amante á quien la vid se arrima
Y con torcido pié monta á su cima.

LXXVI.

Este el cedro y aquel el roble abate
Que cien años su copa muda y viste,
Y al que cien años con horrendo embate
Tambien del Aquilon la furia embiste:
Otro la rueda gárrula combate
Que al peso de los ramos se resiste.
De los golpes en tanto al vario ruido,
Deja el bruto la cueva, el ave el nido.





JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO CUARTO.

ARGUMENTO.

El Príncipe de las tinieblas quiere agobiar con mil trabajos á los cristianos: junta con este objeto á los espíritus infernales, y ordena á cada uno que ponga en juego para conseguirlo todos sus recursos. Inducido por ellos, Idrisote intenta que su sobrina Armida se presente en el campo de Bullon y procure seducir y arrastrar consigo á los mejores caballeros, empleando el influjo de su hermosura y la gracia de sus palabras.





ARMIDA PIDIENDO A GODOFREDO CABALLEROS QUE LA AYUDEN A RECONQUISTAR SU REINO.
(Canto IV.)



CANTO CUARTO.

I.

MIENTRA así de la stirpe floreciente
El bélico instrumento hace despojos,
El gran contrario de la humana gente
Volvió al cristiano lívidos los ojos;
Y viéndole aplicado á la obra ingente,
Ambos labios mordiendo en sus enojos,
Como el herido toro, su despecho
Suspirando y mugiendo echó del pecho.

II.

Y ensayando las artes en su idea
Con que cause al cristiano mayor ruina,
Su pueblo convocar (¡fiera asamblea!)
En la régia morada determina,
Cual si fácil intento ¡ay necio! sea
Contrarrestar la voluntad divina.
¡Necio!, que á Dios se atreve, y tiene en nada
Cómo truena de Dios la diestra airada.

III.

Llama á los hijos de la noche eterna,
Y el ronco son de la tartárea trompa
Llena la honda amplísima caverna,
Forzando el aire á que rugiente rompa.
No el rayo así tronando en la superna
Region anuncia la celeste pompa;
No sacudida así lanza la tierra
Cuanto hediondo betun preñada encierra.

IV.

Pronto á las altas puertas la tremenda
Cohorte del abismo va llegando.
¡Oh cuánta forma extraña, oh cuánta horrenda!
¡Qué en sus ojos de muerte y qué de infando!
Unos de pié ferino dejan senda;
Van de otros en la crin sierpes silbando,
Ó arrastran por detras cola arrogante
Que anúdase y dilátase incesante.

V.

Mil arpías y mil vieras rapaces,
Y Medusas, y Esfinges y Chirones,
É infinitas tadrar Scilas falaces,
Y bramar Hidras, y silbar Pitones,
Chimeras vomitar llamas voraces,
Y horrendos Polifemos y Geriones,
Y las formas de monstruos mil ya oídos
Nuevos monstruos juntar nunca sabidos.

VI.

Á la derecha parte y la siniestra
Vanse á sentar, y el erudo Rey delante
Posado está y en medio, y con la diestra
Tiene el cetro infernal rudo y pesante.
No se alza escollo en mar ni roca alpestra,
No hay elevado Calpe ó magno Atlante,
Que en fácil modo dominar no cuente,
Si grande se alza su cornuda frente.

VII.

Terror aumenta y su soberbia acrece
De horrenda majestad el rostro lleno,
Y cual cometa infausto resplandece
La mirada de sangre y de veneno.
Su barba cual maleza inculta erece
La faz cubriendo y el lanudo seno,
Y á modo de vorágine profunda
Abre la boca en negra sangre inmundia.

VIII.

Como sulfúreos rios encendidos
Y peste y trueno á Mongibelo asuelan;
Del pecho así los hálitos perdidos,
Así el hedor y las cenizas vuelan.
Cesa en tanto Cerbero en sus ladridos;
Hidras y Esfinges escucharle anhelan;
Crujieron los abismos y temblaron,
Y estas voces los ecos retumbaron:

IX.

«Tartáreos dioses, dignos de sentaros
Sobre del sol, junto al origen vuestro,
Que lanzados de reinos muy más caros
Fuisteis conmigo á este lugar siniestro;
De otro el fiero desden, los celos raros
Sabidos son, y el gran intento nuestro;
¡Y ese manda hoy el orbe á su capricho
Y rebeldes vencidos nos ha dicho!

X.

» Y en vez del dia sosegado y puro
Del áureo sol y la celeste rueda,
Aquí nos cierra en el abismo oscuro,
Y á honor más alto de aspirar nos veda,
Mientras (¡Oh cuánto recordarlo es duro!
¡Oh no hay dolor que á este dolor no ceda!)
Al hombre vil, nacido de vil cieno,
Subiendo miro al inmortal sereno.

XI.

» Ni esto le basta; mas al hijo entrega,
Por más daño causarnos, á la muerte;
Y las tartáreas puertas rompe, y llega
El pié á estampar en nuestros reinos fuerte;
Y al cielo arrastra, y dominar nos niega
Las mismas almas que nos dió la suerte;
Y allá triunfando, á nuestro escarnio eterno
Alza estandartes del vencido infierno.

XII.

» Mas ¿á qué redoblar mi duelo hablando?
¿Quién ya no mira nuestra torpe incuria?
¿Ni en qué lugares ocurrió, ni cuándo
Él con nosotros deponer la furia?
¿Á qué pues vieja ofensa ir recordando?
Pensemos hoy en la presente injuria.
¿Cambiando no le veis de astucia y modos,
Á su culto llevar los pueblos todos?

XIII.

» ¿Y nosotros en ocio arrastraremos
Así el vivir sin que el furor se encienda?
¿Y mayor su poder siempre veremos,
Y ser el Ásia de sus cruces prenda?
¿Que á la Judea rinda sufriremos,
Y su nombre y su honor dure y se extienda?
¿Que en más lenguas y verso y libros viva,
Y en más bronces y mármoles se escriba?

XIV.

» ¿Que los ídolos nuestros caigan rotos,
Que el mundo á sus altares se convierta,
Que á él solo arrastren súplicas y votos,
Y el oro y el incienso esté á su puerta?
¿Que do hubimos ayer templos devotos,
Ni senda á nuestros pasos quede abierta?
¿Que de las almas hoy cese el tributo,
Y en imperio vacío albergue Plúto?

XV.

» ¡Ah! no será; que aún viven encendidos
En nos los brios del primero intento,
Cuando de fierro y llamas revestidos
Lidiamos ya contra el celeste asiento.
Fuimos, es cierto, en el afán vencidos;
Mas no faltó grandeza al pensamiento.
Allí del más feliz fué la victoria:
Quedó á nosotros de la lid la gloria.

XVI.

» Pero os detengo asaz. Id, mis correos
Fieles y amigos, mi sosten, mi fuerza;
Veloces id, y oprimase á los reos,
Hoy que auxilio mayor no los refuerza.
Antes que ardan sin fin campos hebreos
De sus armas el ímpetu se tuerza.
Entre ellos penetrad y siembren daños
La violencia do quiera ó los engaños.

XVII.

» Hado sean mis órdenes. Destierro
Á este oprima, y á aquel la muerte aprisa,
Y otro de amor lascivo en torpe encierro
Adore una mirada ó blanda risa.
Contra su dueño se convierta el fierro
De la turba entre sí suelta y divisa.
Húndase el campo, y en su ruina entera
Hasta el vestigio de su nombre muera.»

XVIII.

No aguarda que termine sus acentos
La gente que el imperio á Dios disputa;
Que abandona los lóbregos asientos,
Libres saliendo á la estrellada ruta,
Como los fieros borrascosos vientos
Que fuera van de la nativa gruta
El cielo á oscurecer, llevando guerra
Al ancho mar y á la asombrada tierra.

XIX.

Así pueblos corriendo van extraños,
Por el mundo volando desparcidos,
Y comienzan á urdir artes y engaños
De los modos más nuevos revestidos.
Mas dime ¡oh musa!: los primeros daños
¿De dónde á los cristianos son venidos?
Que á nos de tan incógnitas arenas
Débil eco de fama alcanza apenas.

XX.

Rige á Damasco y la region vecina
Idraote feliz, mago famoso,
Que desde tierna edad á la adivina
Ciencia se entrega, y de ella es orgulloso.
¡Vano saber!; que á predecir no atina
De aquella larga lucha el fin dudoso;
Que la verdad no el astro manifiesta
Errante ó fijo, ni infernal respuesta.

XXI.

Mas él piensa (de humana y ciega mente
¿Aun habrá quien los juicios afiance?)
Que al Ejército invicto de Occidente
Muerte le guarda en miserando trance;
Y como entiende que la egipcia gente
Al fin la palma de la empresa alcance,
Quiere que al pueblo suyo en la victoria
Parte le toque del trabajo y gloria.

XXII.

Mas teme el mal de triunfo sanguinoso;
Que el cristiano ardimiento en mucho estima,
Y ántes quiere que medio artificioso
Su fuerza amengüe y su vigor reprima,
Con que fácil al franco belicoso
Hora su hueste y la de Egipto oprima.
Su mente estaba aquí, cuando al delito
Á provocarle más llegó el precito.

XXIII.

Y el modo le aconseja cómo enrede
El engaño, y el tiempo determina.
Dama á quien de hermosura le concede
El Oriente la palma, es su sobrina.
Amor, halago y cuantos fraudes puede
Usar maga ó mujer ella domina.
Á esta llama y explica el pensamiento,
Y á entrar la incita en el torcido intento.

XXIV.

«Hija mia, le dice, que en sutiles
Cabellos de oro y celestial semblanza
Guardas cabeza y pecho varoniles
Y mágico saber que al mio avanza;
Si me ayudan tus artes femeniles,
Responderá el efecto á la esperanza.
De cauto anciano ejecutriz temida
Teje la tela que te entrego urdida.

XXV.

» Marcha al campo enemigo. Allí desplega
Los blandos giros con que amor triunfante
La súplica melosa en llanto anega
Y entre suspiros la palabra amante.
Beldad doliente y misera, doblega
Á tu querer los pechos de diamante.
Con la mentira á la verdad responde,
Y en fingido pudor la audacia esconde.

XXVI.

» Á Godofredo arrastre el incentivo
De suave acento ó de feliz mirada,
Con que ardiendo de amor en fuego activo,
De la guerra se aparte comenzada;
Ó á los grandes despues, si él es esquivo,
Lleva y guarda en region siempre apartada.»
Y aqui exhorta, y acaba artificioso:
«Por la patria y la fe todo es glorioso.»

XXVII.

La empresa acoge Armida, y altanera
De juventud hermosa con los dones,
Parte en la noche que llegué primera
Vias buscando ocultas y mansiones;
Que en femenino semblante y traje espera
Vencer invictos pueblos y legiones.
Mas en el vulgo cuando el viaje emprende
Voces diversas con cautela extiende.

XXVIII.

Pasados breves dias, la doncella
Del cruzado en las tiendas amanece.
Se alza al aparecer fembra tan bella
Gran murmullo y el campo se estremece.
Como cuando de día ignota estrella
Ó cometa en los cielos aparece,
Todos por ver se agolpan á porfia
Cuál la huéspeda sea y quién la envía.

XXIX.

No vieron Chipre y Árgos, no vió Delo
Tanto esplendor de galas y belleza.
El oro del cabello en blanco velo
Trasluce envuelto ó brilla en su pureza;
Como el sol, cuando paz recobra el cielo,
Cándida nube á remontar empieza,
Y por ella al romper, va derramando
Lumbre mayor, el día redoblando.

XXX.

Más riza el aura el pelo desparcido
Que ya en ondas encrespa la natura;
Avaro su mirar, guarda escondido
Milagros del amor y la hermosura;
Dulce rojo color se mezcla unido
Con el terso marfil de la faz pura;
Mas al labio que expide aura amorosa
Sólo simple carmin presta la rosa.

XXXI.

Muestra el seno su nieve allí desnuda
Donde el fuego de amor se enciende y vuela:
Ves de sus pechos apretada y cruda
Parte; otra esconde la envidiosa tela;
Mas si á los ojos ella el paso anuda,
Da al pensamiento enardecida espuela;
Que no bien hartó en la hermosura externa,
Por los misterios últimos se interna.

XXXII.

Como rayo en el agua se clarea,
Ó traspasa el cristal y no le parte,
Por entre el casto velo osa la idea
Entrar así por la vedada parte:
Se espacia allí y en la verdad recrea
Y de milagros tantos con el arte,
Y al deseo los narra y los describe,
Y el fuego en él más férvido revive.

XXXIII.

Pasa entre aplausos y halagada Armida
La ansiosa multitud: dulce sonrie,
Y aunque su gozo en esconder se cuida,
De muy altas conquistas ya se engrie.
Mientras demanda, un tanto suspendida,
Quién al excelso Capitan la guie,
Eustaquio llega, el cual del soberano
Jefe del campo es el postrer hermano.

XXXIV.

Gira como á la luz la mariposa
Al esplendor de la beldad divina,
Y ansia cerca admirar la faz hermosa
Que dulcemente acto modesto inclina;
Mas allí prendió en él llama insidiosa
Cual fuego sorprendió yesca vecina,
Y á ella vuelto exclamó (que en atrevido
Amor y juventud le han convertido):

XXXV.

«Mujer, si con tal nombre es bien te llame;
Que no pareces tú mortal criatura,
Pues no hay hija de Adán en quien derrame
El cielo tanta luz serena y pura;
De tu venida asunto y nuevas dame,
Y si te trae la nuestra ó tu ventura.
Quién eres sepa yo, porque te honore,
Si humano sér; si espíritu, te adore.»

XXXVI.

«Mucho, responde, tu alabanza cuenta,
Y mi escaso valor no á tanto arriva.
Mortal cosa á tus ojos se presenta,
Si ya muerta al placer, al llanto viva.
Á venir mi desdicha me violenta
Virgen peregrinante y fugitiva.
Hoy á Bullon me acojo y á su fama:
¡Tan grande su clemencia el orbe aclama!

XXXVII.

«Tú al Jefe me conduces soberano,
Pues tanta muestras gala y cortesía.»
Y él responde: «Bien es que al un hermano
Te sea el otro intercesor y guía.
No, virgen bella, me pediste en vano;
No es inútil con él la gracia mía;
Serán á tu servicio, si te agrada,
Cuanto valen sus fuerzas ó mi espada.»

XXXVIII.

Dice, y la lleva do Bullon se oculta
Entre sus héroes de la plebe ociosa.
Ella saluda humilde y luego inculta
Se finge y calla atónita y medrosa,
Mientras el casto rubor que falsa abulta
Aplaca el Capitan, templá y reposa.
Luégo el urdido engaño así despliega
En voz tan dulce que hasta el alma llega:

XXXIX.

«Jefe invicto, le dice, tus acciones
Hoy tan felicitas corren por la tierra,
Que á honor tienen provincias y regiones
El ser por ti vencidas en la guerra.
Sabido es tu valor, y si los dones
Amar es dado que el contrario encierra,
No encuentres pues en tu enemigo raro
Á ti llegar y demandar tu amparo.

XL.

«Yo así, bajo diversa ley nacida,
Que hundir quieres en luto y abandono,
Yo de ti aguardo hoy verme protegida
Y de mis deudos arrancar mi trono.
Otro á los suyos los refuerzos pida
Contra las vias de extranjero encono:
Yo, pues en vano su piedad provoco,
Contra mi sangre á mi enemigo invoco.

XLI.

«Te llamo y en ti espero, que á la altura
Puedesme levantar de do cayera;
Y no tu diestra á alzar ménos segura
Será que á derribar es valedera;
Ni ménos de piedad la palma dura
Que el sangriento laurel de lid guerrera;
Y si reinos quitar pudo tu brio,
Ten gloria igual en devolverme el mio.

XLII.

» Mas si la fe diversa te dirige
Á despreciar tal vez mi ruego honesto,
Lo que de tu piedad el orbe exige
¿Será olvidado por tu honor tan presto?
Testigo es ese Dios que á todos rige
Que no en causa mejor tu brazo has puesto.
Mas oye ahora, porque entiendas todo
Mi mal y de mi raza el torpe modo.

XLIII.

» Hija soy de Arbilan, que en menor cuna
Criado, al trono de Damasco vino;
Que de Cariclia bella su fortuna
Con la mano el imperio le previno.
Mas mi primer quejido triste aduna
Con los suyos postreros el destino;
Que casi en solo un punto dió la suerte
Vida á la hija y á la madre muerte.

XLIV.

» Y el primer sol no bien era pasado
Del día que soltara el mortal velo,
Ya mi padre también, cediendo al hado,
Tal vez con ella se juntó en el cielo.
Del imperio y de mí dejó el cuidado
Al hermano que amó con tanto celo;
Que si en los pechos gratitud cupiera,
Contar la suya sin igual debiera.

XLV.

» Desque de mi orfandad tomó el gobierno
De mi ventura tan celoso anduvo,
Que de incorrupta fé, de amor paterno
Y de inmensa piedad la fama obtuvo;
Ó que el inicuo pensamiento interno
Envuelto en falsas apariencias tuvo,
Ó que de mí su afecto aún no separa,
Porque al hijo mi mano le guardara.

XLVI.

» Yo crecí y él también; mas no al respecto
De galán caballero en cortesía;
Ni nada bello, generoso y recto
Empeño ó gusto de aprender ponía.
Ánimo atroz bajo deforme aspecto
Encubre y vil odicia en alma impía,
Y en costumbres y acciones tanto es rudo,
Que nadie en vicios igualarle pudo.

XLVII.

» Pues á un hombre tan vil mi noble tío
En matrimonio á unirme se dispuso,
Entregándole el lecho y reino mío,
Y claro veces mil me lo propuso.
Por doblar á este efecto mi albedrío,
Arte, ingenio, elocuencia en juego puso;
Mas no logró arrastrarme al propio agravio;
Antes calló, negó siempre mi labio.

XLVIII.

» Al fin partió con rostro tan oscuro ,
Que revelaba en él saña infinita ,
Y hasta la historia de mi mal futuro
Ver en su frente parecióme escrita.
Mi sueño desde allí siempre inseguro
Con fantasmas y aspectos mil se agita ,
Y grabado en mi pecho horror extraño ,
Cerca parece presagiar mi daño.

XLIX.

» La sombra de mi madre aparecía
Ante mi vista, pálida, llorosa ;
¡Cuánto mudada, aymé! de la que un día
Vide en trasunto imágen amorosa!—
¡Hija!, parte veloz; huye, decía,
La muerte que te guardan horrorosa.
Ya la copa, ya el fierro del tirano
Miro lucir en la cobarde mano.—

L.

» Mas ¡ay! del corazón ¡qué aprovechaba
La interna voz, de la verdad reflejo,
Si entre el temor y angustia vacilaba
Mi tierna edad sin encontrar consejo?
Si á abandonar la patria me inclinaba,
Sola huyendo, mi espíritu perplejo,
Era tan grave el mal, que ántes quisiera
Yo mis ojos cerrar do los abriera.

LI.

• Me asustaba la muerte, y no tenía
(¿Quién lo creyera!) de impedirlo audacia:
También mi susto descubrir temía,
Con que abreviar pudiera mi desgracia.
Así en continuo padecer traía
Una vida agitada y triste y lacia,
Como el que aguarda en la cerviz desnuda
Por instantes el golpe de hacha cruda.

LII.

• En trance tal, ó fuese amiga suerte,
Ó que otro mal me guarda mi destino,
Uno en la régia corte (á quién la muerte
De mi padre á robar favores vino)
Que ya el instante del morir me advierte
Marcado por el Rey está vecino,
Y que él mismo al inicuo le ofreciera
Que en ese día el tósigo me diera.

LIII.

• Él me añadió que en hora tan sañuda
La fuga sólo mi vivir salvara,
Y viendo mi orfandad pobre y desnuda,
Dió el mismo al riesgo intrépido la cara;
Y me conforta tanto y tal me ayuda,
Que no ya el freno del temor me pára;
Y hora con él á abandonar me apresto
La patria, el deudo y el hogar funesto.

LIV.

» Con sus amigas sombras me acompaña
Cual nunca el manto de la noche oscuro.
Con dos esclavas, cuyo afecto engaña
Hoy mi dolor, dirijo el pié seguro;
Mas mi semblante en lágrimas se baña
La cabeza volviendo al patrio muro;
Que del pueblo natal los techos rojos
No se ven hartos de mirar mis ojos.

LV.

» Juntos iban la vista y pensamiento,
Y avanzaba la planta mal su grado,
Como bajel que borrascoso viento
De pronto arrebató del puerto ansiado.
La noche y otro sol con firme aliento
Suelo agreste corrí nunca pisado;
Mas un castillo al cabo me aposenta
Que de mi reino en el confin se asienta.

LVI.

» Aronte manda en él, y Aronte ha sido
Quien me sacara de la angustia amarga.
Mas nuestra fuga rápida ha sabido
Apénas el traidor, su furia larga
Vierte contra los dos enardecido:
Sus propias culpas en nosotros carga,
Y del crimen que él mismo disponia
Á los dos nos acusa su osadía.

LVII.

» Dice que forcé á Aronte con mis dones
En sus bebidas á mezclar veneno,
Porque no encuentre (él muerto) á mis acciones
Quien las prescriba ley ni ponga freno;
Que yo ansiaba en mis lúbricas pasiones
Recibir cien amantes en mi seno.....
Ántes, ¡santo pudor!, que yo te ofenda,
Del cielo el rayo sobre mí descienda.

LVIII.

» Asaz fuera que á un tiempo le animara
De mi sangre la sed con la del oro,
Sin que su labio pérfido manchara
Mi terso honor, mi virginal decoro.
El vil, que al pueblo teme, tal prepara
De sus torpes mentiras el tesoro,
Que la ciudad atónita, suspensa,
A las armas no corre en mi defensa.

LIX.

» Ni porque al trono mío se remonte
Y el cetro empuñe en ambicion tan ciega,
Hay que un alivio á mí desdicha apronte;
Ántes al colmo su perfidia llega.
Quemarle en su castillo ofrece á Aronte,
Si de propio querer él no se entrega,
Y anuncia guerra y exterminio inpios
Á mí ¡infeliz! y á los consortes míos.

LX.

» Que así intenta purgar la mancha fea
Que en su frente imprimí, dice su boca,
Y al trono devolver y á mi ralea
El brillo que empañé liviana y loca;
Mas es causa el temor que no le sea
Quitado el cetro que heredar me toca;
Que sólo entre mis ruinas, con mi muerte,
Puede su trono alzar seguro y fuerte.

LXI.

» Y triunfará el designio que en la frente
Llegó á fijarse del traidor sañudo,
Y apagará mi sangre el ira ardiente
Que el llanto mio sofocar no pudo.
Sálvame tú; que huérfana inocente
Y desolada virgen á ti acudo.
¡Ay! válgame á vencer mi suerte extraña
Este llanto, Señor, que el pié te baña.

LXII.

» Por este pié que altivas frentes huella,
Por esta mano que al caído ampara,
Por tus victorias, por la tumba aquella
Que á rescatar tu brio se prepara;
Resuelva tu piedad hoy mi querella,
Y dame el reino con la vida cara.
Mas en ti la piedad asunto es leve,
Si razon y justicia no la mueve.

LXIII.

» Tú á quien concede generoso el hado
Querer lo justo, hacerlo á tu albedrío,
Darme puedes la vida, y un estado
Regir; que es tuyo, si le gano, el mío.
Séame entre tus grandes héroes dado
Diez conducir de electa fuerza y brio;
Que á devolverme bastan mi corona,
Pues me ama el pueblo y de lealtad blasona.

LXIV.

» Y un varon principal, que á la defensa
De oculta puerta sin cesar preside,
La ofrece abrir, y en la tiniebla densa
Entrarme en la ciudad; y auxilio pide,
Aunque escaso, de ti; pues con él piensa
Lograrlo todo; y tan excelso mide
Tu poder, y tu nombre tál le anima,
Que más que inmenso ejército le estima.»

LXV.

Aquí enmudece y la respuesta aguarda
En accion que callando dice y ruega.
Bullon dudoso en resolverse tarda
Y á ideas mil el pensamiento entrega.
Del pagano y su astucia poco aguarda;
Que fe no inspira quien á Dios la niega;
Mas prueba á un tiempo el compasivo afecto,
Jamás dormido en corazón perfecto.

LXVI.

Ni la voz sola á persuadirle vino
Que de su innata compasion es hija;
Aprovecha tambien á su destino
Que en el imperio de Damaseo rija
Quien propicio y leal le abra el camino
Por do la empresa bélica dirija;
Quien le ayude con oro y fuertes haces
Contra el egípeio pueblo y sus secuaces.

LXVII.

Y mientras él la duda manifiesta,
Bajos los ojos, que en su mente gira,
La vista Armida en su semblante puesta,
Clavada en él, sin pestañiar le mira,
Y tardar viendo tanto la respuesta
(Que no tal lo pensó), teme y suspira.
Nególe al fin Gofredo su demanda;
Mas con razon así discreta y blanda:

LXVIII.

«Si en servicio de Dios hoy aquí unidos,
No alzáramos por él nuestra bandera,
Tu ruego en nuestros pechos agueridos
Piedad y proteccion hallar pudiera;
Mas si áun esta su grey, si estos vencidos
Muros no ven la libertad primera,
¿Mi campo he de privar de un solo brazo,
Y así alargar de la victoria el plazo?

LXIX.

» Yo te prometo (y hora tu consuelo
En esta prenda y lealtad le funda)
Que si el muro inmortal, tan caro al cielo,
Sacar logramos de la infiel coyunda,
Devolverte á tu trono y patrio suelo
Será á mi brazo obligacion segunda;
Mas fuera accion, si compasiva, loca
Dar hoy al hombre lo que á Dios le toca.»

LXX.

Esto oyendo, los ojos la infelice
Baja y por breve instante está en reposo:
Húmedos luégo los levanta, y dice
Con doliente ademan y eco lloroso:
«¿Á quién el cielo ¡ay misera! predice
Más pesado vivir y desastroso;
Que ántes cambia en los otros la natura
Que en mí la fuerza de la suerte dura?

LXXI.

» No hay ya esperanza. En balde me atormento.
No hay puerta á mi dolor en pecho humano.
¿Podré acaso esperar que este lamento,
Que no te mueve á ti, rinda al tirano?
Ni de crueldad te acusará mi acento
Porque socorro niegas tan liviano:
De mi pena al autor; al cielo acuso;
Que así de bronce el corazon te puso.

LXXII.

» No eres tú así, ni tus entrañas tales;
Es mi destino atroz, que no me olvida;
Los signos de mi estrella son fatales,
Que aún no me arranca la insufrible vida.
Con quitarme empezó mis largos males
Madre amorosa y en edad florida,
Y en perseguirme hoy ¡misera! se halaga
Bajo el cuchillo que mi frente amaga.

LXXIII.

» Mas hora que de honor el puro celo
Aquí más tiempo continuar me veda,
¿Qué asilo iré á buscar? ¿dónde un consuelo
Que del tirano defenderme pueda?
Pues no hay lugar tan hondo bajo el cielo
Do no me alcance á hallar, ¿qué hacer me queda?
La muerte veo, y si evitarla es vano,
Encontrarla me hará mi propia mano.»

LXXIV.

Calla, y regio desden por grados erece
Y generoso en su mirada altiva,
Y despechada en su ademan parece,
Y en accion de torear la planta esquivo.
Deshecho llanto el seno le humedece,
Que la rabia y dolor perenne aviva,
Y las nacientes lágrimas, al verlas,
Parecen, contra el sol, rocío y perlas.

LXXV.

Cubierto el rostro así de escarcha fría
Que hasta la falda vierte sus albores,
Fresco lirio entre rosas parecía,
Abriendo al aura el pétalo de amores
Cuando la risa de la aurora envía
Menudo riego á las tempranas flores.
Le ve el alba correr, y está impaciente
Con ese llanto de adornar su frente.

LXXVI.

Y el cristalino humor, que fácil tanto
Hasta el regazo y por la faz descende,
Virtud de chispa encubre, y pasa en tanto
Celado á pechos mil y en ellos prende.
¡Oh milagro de amor, que fuego al llanto
Saca y las almas en el agua enciende!
Él siempre el órden natural doblega;
Mas hoy cual nunca su poder despliega.

LXXVII.

Arranca á muchos el dolor mentido
Llanto veraz, y así vencerlos pudo,
Que exclama cada cual con ella herido:
«Si Bullon á su voz resiste crudo,
Hircana tigre su nodriza ha sido,
Y regazo le dió peñasco rudo,
Y le engendró del mar la hirviente espuma.
¡Ímpio, que tal mujer de pena abruma!»

LXXVIII.

Aquí el mancebo Ustaquio, en quien batalla
Más el amor con la piedad ferviente,
Mientras la multitud murmura y calla,
Prorumpo audaz lanzándose impaciente:
«¡Oh mi hermano y Señor!, remota se halla
De su primera inclinacion tu mente,
Si al asenso comun que busca y ruega
Un tanto tu querer no se doblega.

LXXIX.

» No que los grandes pido, á quien la cura
De los súbditos pueblos aquí liga,
Se aparten de la empresa ya madura,
De sus cargos dejando la fatiga;
Mas entre nos, guerreros de aventura,
Á quien forzosa ocupacion no obliga
Ni tan grave la ley, diez, los menores,
¿No podrás señalar sus defensores?

LXXX.

» Que de servir á Dios no se separa
El que á inocente virgen favorece,
Y del tirano muerto ofrenda es cara
Siempre el despojo que en su altar se ofrece.
Mas si tan santa accion no me inspirara
La esperanza del premio que merece,
El voto y orden que en nosotros vive
Amparar las doncellas nos prescribe.

LXXXI.

» ¡Ah! no sufran los cielos que se diga
En Francia, do valor cortés campea,
Que el peligro evitamos y fatiga
En ocasion tan noble de pelea
Yo al ménos dejo aquí yelmo y loriga,
Yo depongo la espada, y nunca sea
Que indigno oprima arzon y vibre acero
Y ose el nombre usurpar de caballero.»

LXXXII.

Así acaba, y el órden suyo unido
En ronco acento murmurante brama,
Y bueno juzga y noble ese partido,
Y estrecha al Capitan, pide y reclama.
«Cedo, entónces les dice, y soy vencido
Por voluntad que tan concorde clama;
Mas los brazos que lleve á incierto trance,
No de mi parecer, del vuestro alcance;

LXXXIII.

» Y si crédito dais á la cordura
Hoy de Bullon, domad vuestras pasiones.»
Esto sólo á decirles se apresura,
El permiso aceptando los campeones.—
¿Qué no alcanzan el llanto en la hermosura,
Ó en el habla de amor blandas razones?
Sale de hermoso labio áurea cadena
Que á su querer las almas dulce enfrena.

LXXXIV.

Eustaquio encuentra á Armida y dice: «Aplaca,
Peregrina doncella, tus temores;
Que hoy de nosotros tu desdicha saca
Cuanto remedio alcanza á tus dolores.»
Ella, en esto, mudó la frente opaca,
Tan risueña mostrando sus primores,
Que al enjugar sus ojos con el velo
Eclipsó su belleza al mismo cielo.

LXXXV.

Dióle gracias despues discreta y suave,
Y le mostró que tan excelsa ayuda
Contará al orbe, porque eterno alabe
El don ansiado que su suerte muda;
Y lo que humana voz pintar no sabe
Dice en sus actos elocuencia muda,
De aquel engaño pérfido el efecto
Así ocultando so mentido aspecto.

LXXXVI.

Y viendo que fortuna hora sonríe
Al comenzar de su engañosa idea,
Ántes que el tiempo ó la ocasion varie
La trama alevé terminar desea.
Ya con su halago y su beldad se engrie
De más triunfos que Circe y que Medea,
Y á adormecer sirena se dispone
Á quien más alto de vigor blasone.

LXXXVII.

No hay engaño ó disfraz que no se vista
Porque caiga en sus redes nuevo amante;
Ni á todos por un medio los conquista;
Que muda á cada cual acto y semblante;
Y ora recoge púdica la vista,
Ora la vuelve férvida y errante,
Y de aquellos la aparta, ó clava en estos,
Segun los ve en amar tardos ó prestos.

LXXXVIII.

Si ve que alguno de sus gracias quita
La mente, ó receloso se rebela,
El apagado afecto resucita
Con la mirada que candor revela.
Así al tardío y tímido le excita
En vivo ardor con amorosa espuela,
Y al dulce fuego de lascivo envite
La helada nieve del temor derrite.

LXXXIX.

Ó en el que orgullo intrépido se marca
Que audaz camino á acometer le induce,
De sus miradas pronto esquivo y parca,
La reverencia y el temor produce;
Mas entre el ceño que su frente abarca
Rayo de blanda compasion aun luce:
Así no el miedo la esperanza ahuyenta,
Y en ella hechizos el enojo aumenta.

XC.

Sola á veces y aparte, imita cuanto
Anuncia del dolor la triste huella;
Ya compone la faz con tierno llanto,
Ya con ahogadas voces se querella.
Con artificio tal arrastra en tanto
Cuitadas almas á llorar con ella,
Y templa para herir con más rigores
En fuego de piedad armas de amores.

XCI.

Luégo, cual si el dolor borrado hubiera
Imágen nueva que placer le avisa,
Con habla dulce y frente placentera
Á sus tristes amantes busca aprisa.
Cual doble sol en tanto reverbera
Su mirar vivo, su celeste risa,
Como rompiendo por la niebla oscura
Que primero empañó su frente pura.

XCH.

Mas mientras dulce ríe y embriaga
Con su néctar sabroso los sentidos,
Abre en sus corazones honda llaga,
Nunca de tal deleite poseídos.
¡Ayl amor crudo de aflicción se paga;
Su acibar y su miel van siempre unidos,
Y de su mano alevé, cual los males,
Las medicinas mismas son mortales.

XCH.

En tan varia region de nieve y fuego,
De esperanza y temor, de risa y lloro,
La bella engañadora en fácil juego
De sus amantes lleva el largo coro;
Y si hay quien aliviar de amor tan ciego
Osa con fiernas voces el tesoro,
Se finge en el amor ruda, inexperta,
Y que su idioma á comprender no acierta.

XCIV.

Ó bien los ojos tímidos inclina
Y de honesta vergüenza se colora,
Con que las flores de la faz divina
La espesa red de las pestañas dora:
Así derrama al aura matutina
Su primero fulgor la rubia aurora.
Mas unido al pudor y á un tiempo nace
El esquivo desden que hiere y place.

XCV.

Y cuando alguno á la atrevida prueba
De descubrirla su secreto avanza,
Huye y le evita, ó con caricia nueva
Vuelve á incitarle en súbita mudanza;
Después que un sol entero tál le lleva,
Queda sin brio al cabo ni esperanza:
La huella así de bruto perseguido
Pierde á la noche el cazador rendido.

XCVI.

Estas las artes fueron con que á miles
Ella arrastró furtiva en galanteo,
Y sus armas, hechizos femeniles
Y la amorosa angustia y el deseo.
¡Qué maravilla pues si el fiero Aquiles
Lloró de amor, y Alcides y Teseo,
Si á aquél que por Jesus el fierro esgrime,
Tambien el crudo en su cadena oprime!



JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO QUINTO.

ARGUMENTO.

Gerardo se indigna de que Reinaldo pretenda un puesto á que él aspira. Su ciego frenesí le arrastra á su perdición; pues cuando calumniaba públicamente al héroe, este pudo oír sus palabras, y desenvainando la espada y combatiendo con él, le dió la muerte. El hijo de Sofía no quiere sujetarse á la prisión que le impone Godofredo y se aleja del campo. Armida parte satisfecha. Bullon recibe nuevas alarmantes de lo que pasa en la marina.





MUERTE DE GERNANDO.

[Canto V.]

CANTO QUINTO.

I.

MIÉNTRAS tanto campeón de tal manera
Entretiene en su amor la maga impía,
Y no los diez tan solo que obtuviera,
Mas en doblar el número confía;
Duda entre sí Bullon á quién confiera
La extraña empresa de que aquella es guía;
Que es la eleccion del mérito dudosa
En órden tan igual, noble y famosa.

II.

Mas con sabio consejo al fin dispone
Que elijan sucesor del poderío,
Entre todos, del inclito Dudone
Y ese los otros nombre á su albedrío.
Que no será jamas que él ocasione
Causa á alguno de cólera ó desvío;
Ántes así mostrar prudente estima
Cuánto el valor de cada cual sublima.

III.

Los convoca y les dice: «Mi sentencia
Ya de vosotros escuchada ha sido:
No fué negarle amparo á la inocencia;
Si dar más treguas al favor pedido.
De nuevo la confirmo, y sin violencia
Aun puede tal consejo ser seguido;
Que de civil astucia en los doblesces
Es mudar parecer constancia á veces.

IV.

» Mas si juzgais aún que mal conviene
Á vuestra fama rechazar fatiga,
Y si vuestra altivez á mengua tiene
Que asaz prudente parecer se siga;
No será que mi diestra hoy os enfrene,
Ni del dado permiso me desdiga;
Mas con vosotros, cual mi amor desea,
El yugo del imperio blando sea.

V.

De vuestros votos pues hoy no me alejo,
Y la eleccion que hagais gustoso admito;
Mas ántes quiero que en marcial consejo
Deis sucesor al muerto jefe invito.
Yo designar á su talento dejo
Diez á que sólo el número limito;
Que oponer quicre á tan porfiada tema
Esto no más mi autoridad suprema.»

VI.

Dijo Bullon, y respondió su hermano
Entre el eco de pública alabanza :
«Cual toea á ti, Caudillo soberano,
Ese lento juzgar que largo alcanza,
Así el vigor del pecho y de la mano
Toca á tus bravos y blandir la lanza;
Pues lo que alta virtud en tu grandeza
Fuera en nosotros criminal flaqueza.

VII.

Y ya que al parangon de breve daño
Servicio tan benéfico responde,
Irán con la doneella al lance extraño,
Con tu vénia, los diez, cual corresponde.»
Así termina, y con tan bello engaño
El vivo anhelo que le agita esconde.
Tambien los otros de virtud trofeo
Fingen su amante abrasador deseo.

VIII.

El mas jóven Bullon, que inquieto mira
Al hijo de Sofía y con recelos,
Porque envidioso su belleza admira
Y el gran valor que otórganle los cielos,
Léjos le quiere; por su mente gira
Cauta invencion de sus astutos celos,
Y al temido rival sacando aparte,
Así le dice con lisonja y arte:

IX.

« ¡Oh de padre inmortal hijo animoso,
De este campo, áun rapaz, gloria y respeto!
¿Quién piensas tú que el escuadron glorioso
Á regir alzará comun decreto?
Yo, que á Dudon apénas el famoso
Por honra á la vejez vivi sujeto;
Yo, hermano de Bullon, ¿á quién podria
Sino al hijo doblarme de Sofia?

X.

« Á ti cuya nohleza nadie excede,
Á cuyo alto renombre el mio calla,
Por quien Bullon mayor llamarse puede
Menor acaso en la campal batalla,
Por mi jefe te pido, si hoy no cede
Á esa beldad tu pecho y se avasalla;
Que no ha de ser depongas tus derechos
Por gloria oscura de nocturnos hechos.

XI.

« Ni asunto aquí te faltará glorioso
Con que más grande tu virtud se eleve.
En tanto haré que al cargo poderoso
De todos hoy el parecer te lleve;
Mas como yo revuelvo hora dudoso
Á dó la incierta voluntad me mueve,
Demando solo que me des, amigo,
Ir con la hermosa, ó batallar contigo.»

XII.

Así dijo, y los últimos acentos
Sin rubor en la frente no acabara.
Reinaldo á sus fogosos pensamientos
Con maliciosa risa contestara,
Porque profundos ménos y más lentos
Amor en él sus golpes descargara.
Ni de rivales el temor le apura,
Ni á la doncella de seguir se cura.

XIII.

La muerte de Dudon siempre delante
De sus ojos está perenne y viva,
Y á mengua tiene que el soberbio Argante
Breve tiempo no más le sobreviva,
Y plácele escuchar que ese imperante
Honor el mundo á su virtud prescriba,
Y el jovencillo espíritu al sonido
Se envanece de aplauso merecido.

XIV.

Conque así le responde: «Excelso grado
Más merecer que conseguir ansio;
Ni porque mi valor me haya ensalzado
Cetros debe envidiar ni poderío;
Mas si al puesto me llaman, y ganado
Por mi virtud le juzgan, será mio,
Y grande de vosotros tanta muestra
Sabré estimar de la valía nuestra.

XV.

«Ni lo rechazo pues ni lo demando;
Mas tú serás, si lo alcanzare, electo.»
Aquí le deja Utaquio, y va probando
Conquistar de los suyos el afecto.
Mas tambien ese honor busca Gernando,
Y aunque de Armida se rindió al aspecto,
Puede en él más que mujeril caricia
De soberbios honores la codicia.

XVI.

El cetro que juntara cien naciones
De los noruegos reyes le sublima,
Y de su excelsa raza los blasones
Y tanto imperio su soberbia anima.
De su mérito propio las acciones
Más que heredada gloria el otro estima;
Aunque ya por cien lustros vió la tierra
Sus abuelos brillando en paz y en guerra.

XVII.

Mas el fiero señor que sólo cura
Del incienso que al oro se tribute,
Y que toda virtud estima oscura
Que de títulos régios no disfrute,
No soporta que el puesto que procura
Del caballero el mérito dispute,
Y de tan ciega rabia se enajena,
Que ni respeto ni razon le enfrena.

XVIII.

Así el maligno espíritu de Averno,
Á quien campo tan fácil estimula,
Serpea en él callando, y da gobierno
Al vago pensamiento y más le adula:
Ya los instintos del rencor interno
Más y más exacerba y acumula;
Ya en su alma imprime, con que atroz le encena,
Dura, secreta voz que así razona:

XIX.

«¿Será que audaz con timbres paternos
Competirte Reinaldo no rehuya?
Cuenta, él que los derechos mide iguales,
La gente esclava y tributaria suya;
Los blasones compare y cetros reales
De muerta estirpe con la viva tuya.
¿Y osa tanto el señor de humilde nido
Que allá en la sierva Italia fué nacido?

XX.

«Gane ó pierda en la lid, triunfante anduvo
Desde que tu rival llamóse un día;
Pues el mundo dirá que en gloria tuvo
Ser al fin con Gernando á la porfía.
Si el puesto que Dudon primero obtuvo
Darte renombre y esplendor podía,
Si tú acrecer sus glorias é ilustrarlo;
Éste le envileció con demandarlo.

XXI.

» Y si en celeste espíritu respira
Reeuerdo humano que las cosas siente,
¿No será que en los cielos arda en ira,
El buen viejo Dudon, noble y ardiente,
Si sobre ese rapaz la vista gira
Y en su ciega altivez pone la mente?
¿Si despreciar le ve su edad, su acierto,
Y quererle igualar mozo inexperto?

XXII.

» ¿Y se atreve, y lo intenta, y aún reporta
En lugar de castigo honor y laude?
¿Y hay quien tal le aconseja y quien le exhorta
(¡Oh vergüenza común!) y quien le aplande?
Mas si lo ve Gofredo, y aún soporta
Que de lo á ti debido te defraude,
Ese oprobio no sufra tu pujanza,
Y lo que vale enseñe y lo que alcanza.»

XXIII.

Con agitada tea la alta ofensa
Al eco de esta voz crece y estalla,
Y por los ojos y la boca, inmensa
Brotó el ira que el pecho le batalla;
Lo que en Reinaldo reprehensible piensa
Y con que amengua su valor, no calla;
Audaz le pinta y vano, y su bravura
Llama furor, temeridad, locura.

XXIV.

Y cuanto en él de noble y de altanero
Y de ilustre y magnánimo se extiende,
Todo (truncando la verdad artero)
Como vicio y baldon tacha y reprende;
Y tan procaz está, que el caballero
Émulo suyo el vituperio entiende;
Mas no por tanto á corregirse prueba
Del ciego arrojé que á morir le lleva.

XXV.

Que el genio impuro que su lengua mueve
Y le inspira el furor con que baladra,
Hace que ultrajes sin parar renueve
Y el impio corazón punza y taladra.
Tiene ancho espacio el campo donde debe
Siempre unida velar electa escuadra.
Y do con juegos y ejercicios diestros
Fuertes sus miembros vuelven y maestros.

XXVI.

Allí, cuando el concurso el sitio amengua,
Del joven habla con la usada incuria,
Y cual dardo afilado, en él la lengua
Clava teñida en venenosa injuria.
Cerca Reinaldo está, y oye su mengua,
Y no más puede contener la furia,
Y ¡mientes! grita, y con la frente roja,
Desnudo el fierro, al detractor se arroja.

XXVII.

Trueno la voz, relámpago el acero
Parecen con que el rayo el golpe advierte.
Aquel tembló; ni fácil vió sendero
Por do evitar la irreparable muerte.
Mas siendo allí testigo el campo entero,
Hace cara de intrépido y de fuerte,
Y el duro fierro en desnudar no tarda
Y firme en acto de defensa aguarda.

XXVIII.

Casi en un punto espadas mil ardientes
Brillar se ven, y Aleto las esgrime;
Espesa multitud de incautas gentes
Aeorre de doquier, lucha, se oprime,
Y de blasfemas voces ó dolientes
Un eco vago por los aires gime,
Como en las playas braman confundidos
De las olas y el viento los sonidos.

XXIX.

Mas del ofenso príncipe no alcanza
Grito comun á suspender el ira.
Desprecia toda voz y á la venganza,
Vallas rompiendo, su violeneia aspira:
Ya por entre armas y hombres se abalanza,
Ya la fulminea espada en torno gira,
Ya el campo limpia, y solo y afrontando
Á defensores mil, llega á Gernando.

XXX.

Y con la mano, aún en furor maestra,
Cien golpes sobre aquel tira y comparte;
Á la cabeza, al pecho; ya á la diestra
Con cauto ardid, ó á la contraria parte.
¡Ay! su espada veloz, cruda, siniestra
No es posible seguir; que engaña al arte,
É imprevista y fatal, yelmo y coraza
Y miembros rompe y trunca y despedaza.

XXXI.

Ni basta hundirle paró cabe la cinta
Una y dos veces la soberbia punta.
Cae el mezquino en tierra, y ya se pinta
Pálida muerte por su faz difunta.
La espada aparta, con la sangre aún tinta,
Y no más de ello el vencedor pregunta;
Mas parte á otro lugar, y allí con pena
El perturbado espíritu serena.

XXXII.

Á Bullon, que al rumor llegaba en tanto,
Se ofrece el cuadro horrible descubierto:
Tendido allí Gernando, el pelo y manto
Sucios de polvo y sangre, el rostro yerto.
Las quejas oye y el clamor y el llanto
Que elevan todos sobre el cuerpo muerto,
Y atónito pregunta quién tan crudo,
Así, en tal sitio, desmandarse pudo.

XXXIII.

Arnaldo, al noble príncipe muy quisto,
Cuenta y en su discurso agrava el caso:
Que le mató Reinaldo (y él lo ha visto)
Con loca furia, por motivo escaso;
Que aquél al fierro, que ciñó por Cristo,
De Cristo en los campeones abre paso;
Que despreció sus órdenes, y ahora
El bando quebrantó que nadie ignora;

XXXIV.

Que reo es hoy de muerte, y el castigo
Sufrir le toca que la ley prescribe,
Por lo que accion tan vil lleva consigo,
Porque el lugar y edicto le apercibe;
Que á la maldad de muchos dará abrigo
Crímen tan grande, si perdon recibe;
Porque de ofensa donde juez no alcanza
Tomará el ofendido la venganza.

XXXV.

Y así do quiera brotarán pasiones,
Discordias, lucha, desunion funesta.....
Y aquí ensalzó del muerto los blasones
Y cuanto compasion y enojo presta.
Mas combate Tancredo sus razones
Y del reo la causa pinta honesta.
Los oye atento, y con su faz Gofredo,
Mayor que la esperanza, inspira el miedo.

XXXVI.

Tancredo le decía: «Considera
Quién es, Señor, Reinaldo nuestro amigo;
Cuán grande es hoy por su virtud guerrera,
Por el blason que real lleva consigo,
Por Güelfo su gran tío. No el que impera
En todos igualar debe el castigo:
Si á cada grado varia ley se ajusta,
Sólo entre iguales la igualdad es justa.»

XXXVII.

Y el Capitan: «De la más alta esfera
Obediencia aprender la humilde debe.
Mal, Tancredo, aconsejas: torpe fuera
Sufrir la audacia que á los grandes mueve.
¿Cuál mi imperio sería si rigiera
Sólo caudillo de abatida plebe?
¡Ah! si ese fin en mi eleccion penetro,
No quiero, no, tan humillante eetro.

XXXVIII.

«Mas pues lo obtuve libre y venerando,
No sufriré que su vigor se ablande;
Que mi razon bien sabe cómo y cuándo
Premio y castigos alternados mande,
Ó de igualdad las leyes respetando,
No del pequeño separar al grande.»
Dice, y nada Tancredo respondia;
Que respeto su acento le imponia.

XXXIX.

Raimundo, imitador de la severa
Rígida antigüedad, le oye y admira.
«Así, decía, el que prudente impera
A sus vasallos reverencia inspira;
Pues no es ya allí la disciplina entera
Do premio y no castigo el hombre mira;
Que los reinos deshace la impotencia,
Y sin temor, dañina es la clemencia.»

XL.

Estas palabras aeogiendo, breve
De ellos Tancredo apártase al momento,
Y su caballo hácia Reinaldo mueve
Que aligero rasgar parece el viento.
Cuando hubo aquél de su contrario aleve
Vengado la agresion, volvió á su asiento.
Tancredo allí le halló y en breves modos
Seneillo le narró sus pasos todos.

XLI.

Y le añadió despues: «Aunque lo externo
Del rostro signo de verdad no sea,
Porque suele en lugar de sobra interno
De los mortales residir la idea;
Con todo, yo por lo que de él diseierno,
Oso decirte que Bullon desea
Imponerte en prisiones el castigo
Y cual reo ordinario obrar contigo.»

XLII.

Sonrióse Reinaldo, y con un gesto
Do entre la risa el gran desden lucia,
«Su causa á defender se halle dispuesto
Entre hierros quien siervo fué, decia.
Yo nací libre y á morir me arresto
Antes que atada ver la planta mia.
Esta mano entre hazañas se desfoga,
Y al fierro está enseñada, y no á la sogá.

XLIII.

» Pero si así muy ínclitas acciones
Paga Bullon, y encadenarme idea
Como á un hombre del vulgo, y mis blasones
Manchar hoy quiere con prision plebea;
Venga; le aguardo; ó mande á sus varones,
Y juez entre los dos la lanza sea.
¡Quiere tragedia atroz se represente,
Por él dispuesta, á la enemiga gente!»

XLIV.

Dice, y pide el arnes y ciñe el busto
Del acero finísimo y la frente;
Es de su inmenso escudo el brazo onusto;
El flanco el peso de la espada siente,
Y en aspecto magnánimo y augusto
Brilla entre armas cual rayo refulgente.
Así Marte, de fierro y saña fiera
Ceñido, baja de la quinta esfera.

XLV.

Aquel soberbio corazón Tancredo
Rendir en tanto y ablandar procura.
«Jóven invicto, dice, á tu denuedo
No hay empresa, lo sé, penosa ó dura,
Y nunca más que entre las armas puedo
Mirar tu gloria y tu virtud segura;
Mas ¡no permita Dios que hoy tan siniestra
Para daño común alces la diestra!

XLVI.

«¿Qué piensas, dime, hacer? ¿Querrás las manos
Con sangre de civil guerra mancharte,
Y con impías heridas de cristianos
Traspasar á Jesus de quien son parte?
¿Ú honor precario de respetos vanos,
Que cual onda marina llega y parte,
En ti podrá cuanto la fe y el celo
De la gloria que eterna guarda el cielo?

XLVII.

«¡Ah, no sea! Repórtate y quebranta
La altivez que tu espíritu embravece.
Cede, no por temor, por virtud santa;
Que al sacrificio Dios la palma ofrece.
Séate ejemplo yo, si prueba tanta
En edad juvenil serlo merece.
Fui también provocado, y me contuve,
Y con las cruces á la lid no anduve;

XLVIII.

»Pues mandé entre los campos de Cilicia
Y allí de Cristo enarbolé la enseña;
Acudió Baldovino, y con malicia
En dominarla por traicion se empeña;
Que tanta viendo su amistad propicia,
Torpes sospechas mi lealtad desdeña.
Luégo, aunque pude recobrarle armado,
Sufrió, con todo, abandonar mi estado.

XLIX.

»Mas si los yerros evitar pretendes
Y del yugo opresor el peso inundo,
Y seguir la opinion y el uso entiendes
Que por leyes de honor aprueba el mundo.
Yo á disculparte quedaré; tú emprendes
Á Antioquía el camino y á Boemundo;
Que es más prudente y sano que el severo
Evites de Bullon juicio primero.

L.

»Pronto será (si aquí viene á juntarse
De Egipto ó Libia el ímpetu pagano)
Que más puro y brillante llegue á alzarse
Tu gran valor, mientras estés lejano;
Pues sin ti el campo inerme ha de mostrarse
Como cuerpo á quien falta brazo ó mano.»
En esto acude Güelfo, y la partida
Aprobando, á avanzarla le convida.

LI.

Á estos consejos, la enojada mente
Del inclito garzon se muda y plega;
Tanto, que separarse prestamente
De aquel sitio á los suyos no les niega.
Allí en tanto concurre amiga gente
Que seguir su bandera busca y ruega:
Gracias da á todos, y escuderos toma
Dos tan sólo, y ecuestre al campo asoma

LII.

Parte, y ardiendo va de eterna y alma
Gloria, de altos instintos siempre dueña.
Lleva á empresas de honor atenta el alma,
En mil hazañas inauditas sueña,
Y á los contrarios ir, y muerte ó palma
Conquistar por la cruz que al pecho enseña,
Y hasta el Egipto entrar, y á do tranquilo
De su incógnita fuente brota el Nilo.

LIII.

Apénas Güelfo su furor quebranta
Y el ansia de partir le enciende adentro,
Do espera hallar al Capitan, la planta
Veloz dirige y de su lueste al centro.
Mas cuando aquel le ve, la voz levanta,
«Güelfo, exclamando, á punto hora te encuentro;
Pues de ordenar acabo que gran parte
Salga de mis bernaldos á buscarte.»

LIV.

Luégo despide á todos, y en severa
Plática empieza con acento suave :
« Por cierto ¡Güelfo! el ánima altanera
Tu audaz sobrino dominar no sabe ;
Y tú razones ó disculpa entera
En vano á falta buscarás tan grave.
Si bailar pudiera de salvarle modos.....
Mas Gofredo es caudillo igual con todos:

LV.

« Y de lo justo y de lo honesto y pio
Custodio y defensor se denomina ,
Libre siempre guardando el albedrío
De indigno afecto y de pasión mezquina.
Si á violar pues Reinaldo el bando mío
Y el freno á quebrantar de disciplina
Forzado hallóse, como el vulgo cuenta ,
¿ Por qué á mí sus descargos no presenta?

LVI.

« Sujeto sólo á su palabra venga :
Esto, á que alcanza mi poder, consiento.
Mas si aún es que rehacio se detenga
(Conozco bien su indómito ardimiento),
Á ti por guía y consejero tenga ;
Y no á varón apure manso y lento ,
Á que á la ley otorgue veneranda
Cuanto el imperio y la razón demanda.»

LVII.

Calla, y Güelfo responde: «Nadie alcanza
(Como de tacha vil libre se diga)
A escuchar su baldon, y á quien lo lanza,
Pronto, en el acto, allí no le castiga.
Si al detractor oprime su venganza,
El fuego de la injuria es quien le obliga.
¿Quién, hirviendo la lucha, pesa y mide
La ofensa y de los golpes cuenta pide?

LVIII.

« Bien me apena, en verdad, que al soberano
Juicio tuyo el garzon venir no pueda,
Señor, cual lo demandas; pues lejano
Ha tiempo ya que de los reales queda;
Mas me ofrezco á probar que es un villano
El que su fama á denostar proceda,
Y á que la injusta ofensa justamente
Supo sólo vengar su espada ardiente.

LIX.

« Con razon, digo, del feroz Gernando
Á la hinchada altivez truneó la testa.
Si en algo erró, fué sólo en que á tu bando
(Y esto me duele asaz) honor no presta.»
Respondióle Bullon: «Pues lleve errando
Á otros sitios su cólera molesta.
No vengas tú á sembrar nueva discordia;
Y ¡oh, por Dios! de una vez guardad concordia.»

LX.

Por dar aumento á su calerva en tanto
Nada olvidó la engañadora impía.
Ruega mientras la luz, moviendo cuanto
Su ingenio y arte y su beldad podía,
Y despues, cuando envuelta en negro manto
La noche al Occidente empuja el día,
Con dos pajes, y damas que ella escoge,
Al fondo de sus tiendas se recoge.

LXI.

Mas si bien de engañar maestra sea
Y su ademan y acento persuasivo;
Si bien tan linda, que jamas la idea
Ántes pudo soñar tanto atractivo;
Y aunque en los héroes más famosos crea
De un pertinaz halago el incentivo,
Al piadoso Bullon el dulce encanto
Rendir no logra de deleite tanto.

LXII.

Quiere en vano turbarle y con dulzura
Letal llevarlo al amoroso anhelo;
Que cual pájaro ahito, que do apura
Su cebo el cazador, no tiende el vuelo;
Harto él tambien de mundanal locura,
Por más áspera senda busca el cielo.
Así con faz tan bella nada alcanzas,
Y él deshace, impio amor, tus asechanzas.

LXIII.

Obstáculo ninguno ya separa
Al que guía de Dios la santa diestra;
Mas ella en formas mil con arte rara
Como nuevo Proteo se le muestra,
Tal que á encender el corazón sobra
Más helado al amor la audaz maestra.
¡En vano aquí!; pues su artificio sumo
El divino favor convierte en humo.

LXIV.

La hermosa dama, que al mortal más casto
Vencer de un golpe y abrasar pensaba,
¡Cómo hora pierde la altivez y el fasto,
Y está de asombro y de soberbia brava!
Por revolver sus fuerzas do contraste
No encuentre tan tenaz su orgullo acaba;
Cual Capitan que á otra región la guerra
Lleva, dejando inexpugnable tierra.

LXV.

También Tancredo el corazón sereno
Entre las artes conservó de Armida;
Que hace el fuego inmortal que arde en su seno
Imposible á otro nuevo hallar cabida;
Pues si de uno preserva otro veneno,
No es mucho que un amor al otro impida.
Á estos dos solos no venció: su llama
Ó mucho ó poco á los demás inflama.

LXVI.

Ella, si bien se duele que al amaño
No responda completa su ventura,
Viéndose dueña de escuadron tamaño,
Consuelo con tal presa se procura;
Y ántes que otros recelen del engaño
Quiere á parte llevarlos más segura,
Do con cadena sugetarlos trata
¡Cuán otra ¡ay Dios! de la que aquí los ata!

LXVII.

Llegado en tanto el término prefijo
Por Bullon á la empresa, la celeste
Virgen buscóle y plácida le dijo:
«Señor, el día señalado es este.
Si oyera el ímpio rey, que Alá maldijo,
Que acudí yo al socorro de tu hueste,
Su gente á la defensa aprontaria,
Y no la empresa tan cabal sería.

LXVIII.

» Ántes pues que á su oído esos recelos
Cierta espía ó dudosa fama lleve,
Elijan en tu campo tus desvelos
Escuadra para mí contada y breve;
Que si no miran con desden los cielos
Mi inocencia y la gloria que los mueve,
Volveré al trono, y la alcanzada tierra
Tributária tendrás en paz y en guerra.»

LXIX.

Concluyó así, y el Capitan concede
Lo que en razon negarle no podia,
Si bien prestarse á la eleccion no puede
Que tanto ya para la marcha urgia;
Mas de los diez ser cada cual no cede,
Contrastando en indómita porfia,
Y aleja más y más de contennellos
La emulacion fatal que hierve en ellos.

LXX.

Lee en sus pechos Armida, y la cautela
Se propone doblar y el fingimiento,
Y ya la impia de temor los hiela,
Ya de celoso abrasador tormento;
Que sabe asaz que sin aetiva espuela
Viejo se hace el amor, penoso y lento,
Cual corcel que no así se precipita,
Si otro al lado no siente que le incita.

LXXI.

Ella el dulce mirar, la risa blanda
Reparte y las palabras, tan proterva,
Que la ajena fortuna aquél demanda
Y el miedo y la esperanza éste conserva:
Tras de un rostro falaz ¡tan fácil anda
De los amantes la infeliz caterva!
Y ni ya la vergüenza los detiene,
Ni el Capitan que á reprimirlos viene.

LXXII.

Este, que á todos á templar aspira
Y es solo extraño al amoroso idioma,
Tanto que al verlos delirar, la ira
Con el sonrojo por su frente asoma;
Cuando tenaces en su afán los mira,
Nuevo consejo para unirlos toma.
«Vuestros nombres se escriban, y en un vaso
Se pongan, dice, y juez dicte el acaso.»

LXXIII.

Revuelto en urna breve allí se agita
Ya cada nombre del amante coro,
Y es el nombre primero que milita
El conde de Pembrok Artemidoro.
Luego una aguda voz «Gerardo» grita,
Y Venceslao despues, el que en desdoro
De su antiguo saber, juicio y talante,
Hoy rapacea imbecil, viejo amante.

LXXIV.

¡Ay, de esos tres primeros, que el acaso
Eu su amoroso afán hábil secunda,
Cuál se alegra la faz y se abre paso
Por los ojos el bien que el alma inunda!
Los demas cuyo nombre encierra el vaso
Recelos muestran y ansiedad profunda,
Y allí penden atentos de la boca
Á que los nombres proclamar le toca.

LXXV.

Gaston el cuarto vino; despues llega
Rufo, y luego Olderigo el temerario;
Guillelmo Rosellon tras estos juega,
Y el franco Enrique, y bávaro Erberario.
Rambaldo fué el postrero, que reniega
Su ley, más tarde, de Jesus contrario:
¡Tanto puede el amor! Son excluidos
Los restantes, con el los diez cumplidos.

LXXVI.

De envidia y celos y de rabia ardientes,
Declaran de la suerte injusto el ceño,
Y te acusan ¡oh amor! porque consientes
Que impere en la region donde eres dueño;
Mas como signo fué de humanas gentes
Lo vedado anhelar con doble empeño,
Para seguirla aguardan con presura
Muchos la sombra de la noche oscura.

LXXVII.

Por ella perecer su audacia cuenta
Y sin tregua seguirla noche y día.
Y ella con voz llorosa los alienta,
Tierna emocion mostrando á su porfía.
Con cada cual la inieua se lamenta
De que partir con él la convenia.
Ya en tanto aruados, de Bullon ligeros
Á despedirse van los diez guerreros.

LXXVIII.

Uno por uno el Jefe, en sábia y corta
Plática los dispone á aquella lucha;
Les pinta el daño que evitar importa;
La fe poca del moro y maldad mucha.
Mas ¡ay! su labio en balde los exhorta;
Que prudente consejo amor no escucha.
Despidelos por fin, y la doncella
Solo espera del alba la luz bella.

LXXIX.

Marcha, y en derredor la victoriosa
Cual prisioneros en funcion triunfante
Á los rivales lleva, y pesarosa
Deja de los demas la turba errante;
Mas cuando trae la noche misteriosa
Los sueños vanos y el silencio amante,
Como amor les da traza, con secreto
Muchos en busca van del dulce objeto.

LXXX.

Eustaquio comenzó. Su amante fuego
La sombra apenas aguardar podía,
Y en ciega oscuridad rector más ciego
Con presuroso afán le lleva y guía.
Vagó en la mansa noche; pero luego
Que trajo el sol ardiente el almo día,
Ve de Armida el tropel patente y claro
Donde les dió un hostel nocturno amparo.

LXXXI.

Hácia allá se adelanta , y por la enseña
Rambaldo le conoce, y ya le envida
La causa á descubrir que allí le empeña.
«Vengo, responde, á acompañar á Armida ,
Que tendrá, si mi oferta no desdeña,
Ayuda pronta en mi lealtad cumplida.»
Replica el otro: «Y para tanto honor
¿Quién te ha elegido?» Y le responde: «Amor.»

LXXXII.

«Amor me eligió á mi, y á ti fortuna:
¿Quién de entrambos de juez más digno parte?»
Y Rambaldo despues: «Ficcion ninguna
Te puede aquí valer ni inútil arte;
No á tanto que la virgen régia aduna
Legítimo adalid podrás mezclarle ,
Ilegítimo siervo. «¿Y quién lo quita?» ,
El jovencillo con furor le grita.

LXXXIII.

«Yo, yo mismo», Rambaldo le repuso,
Y al decirlo, el camino le aminora ,
Y con impetu igual sale el intruso
Desnudando la espada cortadora;
Mas aquí tendió el brazo y se interpuso
Entre ellos de las armas la señora,
Y dice al uno: «Pues ¿tu pecho siente
Que nuevo defensor mi campo aumente?

LXXXIV.

«Si estimas mi salud, ¿por qué me privas
Del nuevo amigo en ocasion tan cruda?»
Y al otro: «Grato y oportuno arribas
De mi vida y mi honor insigne ayuda.
No seré yo quien pague con esquivas
Muestras al noble pecho que me escuda.»
Mientras esto decia, cada instante
Va llegando en su busca nuevo amante.

LXXXV.

Este ignora de aquel que por inverso
Rumbo llega, y airado le recibe,
Y ella con rostro y ademan diverso
Su gratitud á todos les describe.
Mas el vapor nocturno ya disperso,
Bullon de los fugaces se apercibe,
Y algun futuro daño se imagina
En su mente de males adivina.

LXXXVI.

De polvo y de sudor la faz bañada,
Llega en tanto á las tiendas militares
Un mensajero: triste su mirada
Le muestra en guisa de quien trae pesares.
Prorunpe así: «La inmensa egipcia armada
Pronto, Señor, se mostrará en los mares,
Y Guillermo las nuevas (el que rige
Las genovesas proras) te dirige.

LXXXVII.

» También á esto se junta que al traerte
Aquí desde las naves provisiones,
Obstáculo á su paso hallaron fuerte
Los cargados camellos y bridones,
Mientras los guardias todos, ó la muerte
Sufrieron combatiendo ó las prisiones,
Del árabe rapaz en una falda
Asaltados por frente y por espalda.

LXXXVIII.

» Y es la licencia y ánimo insolente
De esos errantes bárbaros tan grande,
Que cual larga avenida es ya frecuente
Por todo el suelo en torno se desuande.
Para imponerlos pues será prudente
De electa tropa un escuadron se mande,
Que limpie de esas hordas el camino
Que va del campo al golfo Palestino. »

LXXXIX.

De boca en boca rápida al momento
La repetida nueva corre y vaga;
Al vulgo militar gran desaliento
Lleva el temor del hambre que le amaga;
Y el Capitan, al ver que el ardimiento
Sólito en sus soldados hoy se apaga,
El espanto borrar que los ofusea
Con rostro alegre y con palabras busca.

XC.

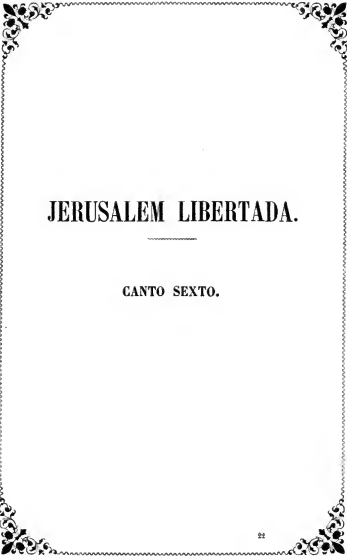
«¡Oh vosotros, que en tanto apuro extraño
Del cielo y mar sufristeis el castigo;
Brazos de Dios, que á reparar el daño
De la cristiana ley estais conmigo;
Los que el poder de Persia y griego engaño,
Los que el calor, la nieve, el desabrigo,
Y peste y sed y el hambre roedora
Vencisteis hasta aquí! ¿Temblais ahora?

XCI.

» ¿Conque el favor eclesie que os rodea,
Tan probado en tropiezos más fatales,
Confianza no os da ya, eual si otra idea
Envolvieran los juicios eternos?
Pronto dia vendrá que blando os sea
Contar, felices, los sufridos males.
Resistid pues y de la vida el fuego
Para el próximo sol guardad, os ruego.»

XCII.

Diciendo así, de la escasez presente
Alivia en todos la temida ofensa,
Mientra en cuidados mil arde su mente
Y earga oprime al corazon inmensa.
Cómo salvar del hambre tanta gente,
En la penuria que amenaza piensa;
Cómo á la escuadra los cruceros tome
Y al árabe rapaz contenga y dome.



JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO SEXTO.

ARGUMENTO.

Argante manda un desafío á todos los cristianos. Oton, llevado de un generoso sentimiento, corre á medirse con él. Argante le derriba y le hace su prisionero. Tancredo traba con el sarraceno un gran combate, que es suspendido por irse acabando la luz del día. Erminia quiere curar las heridas de su amado, y con este objeto sale de la ciudad durante la noche.





HERMINIA ENTRE EL AMOR Y EL HONOR.

(Canto VI.)



CANTO SEXTO.



I.

CONFORTA en tanto á la ciudad sitiada
Esperanza mayor y la asegura;
Que de alimentos provision colmada
Entra á la sombra de la noche oscura.
Tambien de armas y máquinas poblada
La austral muralla alivio se procura,
Y hoy alzada y maciza, no hay le inquiete
Ni bombarda robusta ni alto ariete.

II.

Y el Rey, ó de estas obras ó de aquellas
Hace henchir y elevar el débil lado,
Cuando ilumina el sol, cuando de estrellas
El azul firmamento está sembrado.
Ya en labrar nuevas armas fuertes, bellas,
Suda el artista y el ferron tiznado.
Andaba en esto el Rey cuando arrogante
Eucarando con él le dice Argante:

III.

«¿Durarán hasta cuándo las prisiones
De estos muros en vil asedio y lento?
Martillo y yunque gimen, y los sones
De escudos, yelmos y corazas siento;
Mas en ocio, Señor; y esos ladrones
Corren el libre campo á su talento;
Ni hay de nosotros quien su pié sujete,
Ni trompeta que el sueño les inquiete.

IV.

» Ni molestados son en sus orgías,
Ni perturbadas sus alegres cenas;
Ántes las noches y tranquilos días
Les dan horas de gozo y de paz llenas.
El hambre en tanto al pueblo que tú guías
Hará rendir las huérfanas almenas,
Ó perecer aquí como cobarde
Á poco que el refuerzo egipcio tarde.

V.

» No será, en cuanto á mí, que innoble muerte
Mi nombre de baldon cubra infinito,
Ni que el próximo sol tras muro fuerte
Vea encerrarse mi valor marchito.
De esta mi pobre vida haga la suerte
Lo que tenga allá arriba el cielo escrito.
¡Ah! no podrá alcanzar su saña entera
Que yo sin gloria y sin venganza muera.»

VI.

» Mas no un morir glorioso y celebrado
Alcanzaré, sino laurel triunfante,
Si del antiguo ardor no se ha estancado
En tus venas el ímpetu pujante.
Caminemos pues juntos, y al cruzado
Y al destino salgámosle delante;
Que á veces son, en riesgos los mayores,
Los más crudos consejos los mejores.

VII.

» Mas si atrevido arrojo no te incita,
Si te asusta sacar tu gente armada,
Trata que esta gran lucha que se agita
Sea por dos guerreros hoy cerrada;
Y porque pronto y voluntario admita
El Capitan frances nuestra embajada,
Ni ventaja ni sitio le embarace,
Y dia y armas á su gusto aplace.

VIII.

» Pues si cien brazos el contrario en una
Alma tuviese indomitable y fiera,
Temer no debes que á virtud ninguna
Fuero que guarde yo se rinda ó muera;
Que puede en vez de sino y de fortuna
Darte esta mano á ti victoria entera;
Esta que ahora por señal te dono
De quic, fiado á mí, salvo es tu trono.»

IX.

Calla, y responde el Rey: «Jóven ardiente
Aunque en edad senil me ves ahora:
No mi brazo tan lánguido se siente
Ni tal vileza mi ánima desdora,
Que una vida prefiera que me afrente
Á una muerte de honor merecedora.
Mas no hay signo que el daño nos denote
Que anuncias, ni del hambre el duro azote.

X.

«Hora (á tanto valor justo homenaje)
Oye el arcano que á los otros guardo.
Soliman de Nicea, que el ultraje
Antiguo por vengar no halla retardo,
De árabes hordas multitud salvaje
En el libio confin junta gallardo,
Y dar al sitiador noche sangrienta
Y auxilio entrarnos y vituallas cuenta.

XI.

«Pronto llegue quizá; mas si tomados
Son en tanto castillo y fortaleza,
¿Que conserve imaginas mis estados
Y la corona real en mi cabeza?
¡Ah! por Alá, los ímpetus sobrados
Del alma ardiente á dominar empieza,
Y la ocasion aguarda que oportuna
Á ti gloria prepare, á mí fortuna.»

XII.

De encender al soberbio Sarracino,
Émulo antiguo del Soldan, capaces
Sólo son los elogios de Aladino,
Que alzó de aquel los medios eficaces.
«Haz, Señor, como cumpla á tu destino
Y á tu placer, responde, guerra y paces.
Treguas da pues; que Soliman no tarde,
Y él, que perdió su reino, el tuyo guarde.

XIII.

» Venga á ti, salvador del paganismo,
Ese casi de Dios nuncio no humano;
Que en cuanto á mí, me basto yo á mí mismo,
Y para mi salud sobra esta mano.
Da, mientras duerme así todo heroísmo,
Que baje solo á combatir al llano.
Privado paladin, no tuyo, quiero
Medirme en lid al franco caballero.»

XIV.

Y dice el Rey: «Si el ánimo y la espuela
Á otro asunto guardar fuera más sano,
Lidiar, con todo, y en privada tela
Te permito esgrimir el hierro insano.»
Argante que esto escucha al punto vuela,
Y á un heraldo le grita: «Ve al cristiano,
Y expon al Jefe que los francos guía
Esta noble que oirás propuesta mía:

XV.

» Que un caballero, que encerrar molesto
Halla entre muros su marcial pujanza,
Quiere hacer con las armas manifiesto
Cuánto su brio y su poder alcanza;
Que á descender al llano está dispuesto
Que de los muros hasta el real se avanza;
Que sin reserva al franco desafía
Que más seguro en su virtud confía.

XVI.

» Y que de lid no sólo está ambicioso
Con dos ó tres que al campo haya elegido,
Mas cuarto y quinto acepta presuroso
De linaje vulgar ó esclarecido.
Dé pues la vènia, y sirva al victorioso,
Como es usanza bèlica, el vencido.»
Le impone así, y él á ceñir se apresta
La rica de las armas roja vesta.

XVII.

Y conducido á la real presencia
Del príncipe Gofredo y sus varones,
«¿Se da entre francos, preguntó, licencia
Á un nuncio de expresar libres razones?»
«Se da, Bullon responde, y tu impaciencia
Claras puede exponer sus pretensiones.»
Dijo entónces: «No sé si afortunada
Juzgarás, ó tremenda mi embajada.»

XVIII.

Y prosiguió y el desafío expuso,
Magnífico en palabras y altanero.
Bramaron, al oírle, en son confuso
Las huestes del católico guerrero,
Y prontamente el Capitan repuso:
«Dura empresa se impone el caballero,
Y acaso tal lección primera gane,
Que por pedir la quinta no se afane.

XIX.

«Mas á probarlo venga; que de ultraje
Libre le ofrezco el campo y el camino,
Y en buena lid que en nada le aventaje
Contrasto le daré franco ó latino.»
Dijo así, y el rey de armas á su viaje
Por la senda tornó por donde vino,
Y hasta que la respuesta dió al Circaso
No paró un punto el diligente paso.

XX.

«Ármate, dice, alto Señor: ¿qué esperas?
El desafío aceptan los cristianos,
Y las espadas quierenlo postreras,
Cuanto más los guerreros soberanos.
Yo cien miradas devorarme fieras
Vi y á los pomos aedir cien manos:
La tela acaso el Capitan ya mide.»
Este dice, y aquel las armas pide.

XXI.

Revítese con ellas é impaciente
Á bajar se apresura á la campaña;
Y el Rey dice á Clorinda, allí presente:
«Á esta empresa no es bien quedes extraña.
Escoge lanzas mil de nuestra gente
Y contigo las lleva y le acompaña;
Mas salga él solo al convenido trance,
Y lo justo no más la hueste avance.»

XXII.

Dió fin con esto, y cuando hallóse armada
Salió la electa escuadra al campo abierto.
Delantero iba Argante y de la usada
Marcial pompa, á caballo, iba cubierto.
Lugar era entre el muro y la estacada
De suelo igual, de obstáculos desierto,
Claro y capaz y por su forma y arte
Propio á los juegos del horrendo Marte.

XXIII.

Allí descendió solo; allí se alzaba
De los francos á vista el fiero Argante.
Por su rostro soberbio y frente brava,
Por su valor, su esfuerzo y gran talante,
Qual Encélado en Flegra se mostraba
Ó en Terebinto el luchador gigante;
Mas su aspecto á los más no les aterra;
Que no han probado la virtud que encierra.

XXIV.

El piadoso Gofredo aún no ha elegido
Al que entre tantos designar debía.
Bien se ve que Tancredo preferido
Las miradas de todos recogia;
Que entre los buenos por mejor tenido,
El favor de los rostros le decia,
Y aún murmullo no débil lo nombraba
Y el Capitan con señas lo aprobaba.

XXV.

Cedian ya los otros, y no oscuro
Era del pio Bullon el pensamiento.
Dice á Tancredo al fin: «Sal pues seguro,
Y del audaz reprime el ardimiento.»
Él, que campeón se ve del trance duro,
Muestra en la faz su orgullo y su contento,
Y armas pide y corcel, y se apareja,
Y acompañado asaz los reales deja.

XXVI.

Áun al dado lugar no fué vecino
Donde el feroz Argante ya le espera,
Cuando en gallardo aspecto y peregrino
Se presentó á sus ojos la guerrera.
Blanca, más que la nieve en monte alpino,
Dalmática llevaba; la visera
Del todo alzada. Así, y en alta toma,
Cuanto es grande su esbelto cuerpo asoma.

XXVII.

Ya no mira Tancredo do el Circaso
La cabeza hasta el ciclo alza impaciente;
Mas mueve su corcel con lento paso
Y á do Clorinda está vuelve su frente.
Luégo inmóvil cual piedra queda el laso,
De nieve en lo exterior, por dentro ardiente:
De mirar no se sacia, ni hay que trate
De dar muestras ni indicios del combate.

XXVIII.

El crudo Argante, que á ninguno en acto
De aparejarse con la lanza mira,
«Yo, grita, de lidiar impuse el pacto:
¿Nadic ante mí se muestra ni respira?»
Cuasi atónito el otro, estupefacto,
Hácia él su vista sin oírle gira.
Aquí Oton su corcel lanzó con brio
Y el primero al palenque entró vacío.

XXIX.

Uno era Oton de aquellos que la diestra
Con afán contra el bárbaro previno.
Á Tancredo cedió, y á la palestra
Con los demas que le siguieron vino;
Mas viendo que á la lid tibio se muestra
Y lleno está de asombro repentino,
La ocasion que se ofrece, ávidamente
Coge, atrevido jóven é impaciente.

XXX.

Y tan pronto y audaz, que tigre ó pardo
Más veloz por el monte á andar no acierta,
Corre á herir al pagano, que gallardo
Enristrada la lanza está y alerta.
Sacúdese Tanerado y de su tardo
Pensar como de un sueño se despierta,
Y grita: «¡Aguarda, ten!; la pugna es mia»;
Pero de sobra Oton corrido había.

XXXI.

Párase pues, de rabia hinchado el seno
Y el rostro de rubor todo encendido;
Que está de enojo y de vergüenza lleno
De ver que otro en la lid le ha precedido.
Á medio curso en tanto el Sarraceno
Por Oton en el yelmo es ofendido,
Y él, en el choque, con el hierro agudo
Le horadó el peto y le rompió el escudo.

XXXII.

Y es el golpe que alcanza á aquel tan vivo,
Que del caballo rápido le bota,
Cuando al otro, más duro y más activo,
La silla apenas el empuje azota.
Luégo sobre el garzon, despreciativo
En estas voces su soberbia agota:
«Ríndete siervo, y que á tu gloria baste
Sólo decir que contra mí lidiaste.»

XXXIII.

«No, responde; entre francos no se usa
Darse tan pronto á vergonzoso encierro:
Otros de mi derrota harán la excusa;
Yo aquí á vengarla ó á morir me cierro.»
Más que Aleto espantoso y que Medusa,
Tembió Argante y gritó con voz de fierro:
«Prueba ahora la fuerza de mi espada,
Pues mi clemencia despreciar te agrada.»

XXXIV.

Pica en esto el caballo y todo olvida
Cuanto virtud caballeresca empeña.
Huye Oton el eneuentro y le hace herida
En el derecho flanco no pequeña,
Tal que en sangre del bárbaro teñida
La aguda punta del acero enseña.
Mas ¡qué, si el golpe al victorioso impío
Dobla el furor sin amenguarse el brio!

XXXV.

Argante el corredor pára al momento,
Y vuelve atrás tan pronto, que acontece
Que Oton no se aperece, y al violento
Golpe indefensa la cerviz ofrece;
Su pié vacila, apágase su aliento,
Se hiela el alma, el rostro palidece,
La angustia á punto de espirar le trae,
Y á tierra como cuerpo muerto cae.

XXXVI.

Ciega à Argante el furor, y el bruto ardiente
Sobre el vencido arroja, y lo atropella,
Y grita: «Yazca así todo insolente
Como este siervo que mi planta huella.»
Mas ya Tancredo no vacila, y siente
Todo el horror de la impiedad aquella,
Y ansia que su virtud cual siempre ascienda,
Y su falta cubrir con alta enmienda.

XXXVII.

Sale pues, pronunciando estas razones:
«Alma, hasta en la victoria infame y cruda,
¿Piensas que por tan bárbaras acciones
Cortés y grande el mundo te saluda?
Criado entre los árabes ladrones
Ó caterva aún más vil fuiste sin duda.
Huye la luz y á horrendas alimañas
Ve á juntarte en la selva y las montañas.»

XXXVIII.

Calla, y él, que sufrir no tiene en uso,
Sus labios muerde y de furor se inflama;
Quiere hablar, mas el son sube confuso,
Como rugido de animal que brama;
Y cual rayo al crujir, que descompuso
Las negras nubes convertido en llama;
Cada palabra así por paso estrecho
Sale tronando del volcau del pecho.

XXXIX.

Mas los insultos que el orgullo apronta
Lanzados y las voces de la ira,
Uno y otro con hábil vuelta y pronta
Para ganar terreno se retira.
Hora ¡oh Musa! tú aquí mi voz remonta
É igual furor á su furor me inspira,
Con que á la par me eleve de hecho tanto
Y á sacudidas armas suene el canto.

XL.

Enristan pues y elevan á lo alto
Ambos guerreros la nudosa entena.
Como arrancan los dos al crudo asalto
Con furia extraña que de asombro llena,
No hay carrera tan rápida, ni salto,
Ni pluma así veloz batiendo suena.
Crujen las astas en los yelmos broncos
Y por el aire van chispas y troncos.

XLI.

El eco de los golpes hasta el centro
Dirias de la tierra que atronase;
Pero no á los guerreros tan adentro
De las almas llegó, que los turbase.
Sus dos brutos cayeron al encuentro,
Sin que á alzarlos su puño les bastase.
Dejan pues los estribos y pié á tierra
La espada sacan, rayos de la guerra.

XLII.

Cada uno á su rival no da sosiego,
La mano, el pié, la vista en asechanza:
Ya de ataque y defensa cambia el juego;
Ya gira en torno, retrocede, avanza:
Aquí herir amenaza, y allá luégo
Donde no amenazó la punta alcanza;
Ó del cuerpo tal vez descubre parte,
Y diestro engaña con el arte al arte.

XLIII.

De la espada Tancredo y del escudo
Indefenso al contrario el flanco muestra;
Á herirle corre aquél, miéntras desnudo
Deja el cuerpo de amparo á la siniestra;
Tancredo con el arma el golpe erudo
Para y le hiere con accion maestra;
El pié despues en retirar no tarda,
Y con el fierro se recoge y guarda.

XLIV.

Al ver Argante que su sangre baña
Las propias armas en raudal no poco,
Suspira y ruge con violencia extraña
Del dolor perturbado y del sofoco.
Alza el hierro y la voz ardiendo en saña,
Y con impulso arrebatado y loco
Iba ya á darle, cuando aquél de punta
Le hirió de el brazo al espaldar se junta.

XLV.

Cual oso que su furia desenvuelve,
Si en el flanco el agudo fierro cuenta:
Contra las mismas armas ya revuelve
Y ni riesgo ni muerte le amedrenta;
Tal el Circaso indómito se vuelve
Al juntar golpe á golpe, afrenta á afrenta,
Y el afán de venganza así le ofusca,
Que sin defensa los peligros busca.

XLVI.

Uniendo á fuerza atroz horrenda ira
Y el pecho ansiando vengador consuelo,
Tan rudos golpes y espantosos tira,
Que el aire arroja luz y tiembla el suelo,
Ya ni avanza el rival ni se retira,
Ni halla respiro en su angustioso anhelo;
Que no hay guarda ni coto á la presteza
Y al arrojo de Argante y fortaleza.

XLVII.

Recogido Tancredo aguarda en vano
Que en descargando, la borrasca ceje:
Hora defensas pone, ó del pagano
Con pasos de maestro es bien se aleje;
Mas como aquel no pierda el brio insano,
Forzoso es ya que arrebatar se deje,
Y ciego él mismo al fin, con fuerza ignota
En torno con la espada el viento azota.

XLVIII.

Vence el furor á la razon y al arte,
Y la rabia las fuerzas da y acrece.
Siempre que el hierro baja, horada ó parte
Pieza ó malla, y quebranta y estremece:
Copia de rotas armas se reparte
Por el suelo y la sangre le humedece:
Rayo en los golpes cada acero ha sido,
Relámpago en la luz, trueno en el ruido.

XLIX.

Un pueblo y otro incierto considera
Aquella lid tan bárbara y extraña,
Y entre el temor y la confianza espera
Lo que place observando y lo que daña;
Mas señal no se ve, ni oye siquiera
Un eco solo en reunion tamaña,
Y suena en cada cual callado, atento,
Sólo del corazon el movimiento.

L.

Eran los dos ya lasos, y la muerte
Ambas vidas al cabo terminara;
Mas la noche llegó negra de suerte,
Que todo lo cambió su sombra avara.
Un juez de cada pueblo aquí se advierte,
Que á los guerreros llega y los separa:
Ese el franco Arideo; este es Pindoro,
Que hizo el reto, sagaz y astuto moro.

LI.

Los pacíficos cetros con mesura
Ponen entre los ciegos combatientes,
En la confianza que les dan segura
Antiquísimas leyes de las gentes.
«Sois, Pindoro empezó, de igual bravura,
Del vigor mismo y á la par potentes.
Cese la lucha pues, altos guerreros,
Y de la noche respetad los fueros.

LII.

» Tiempo es de trabajar mientras el sol dura,
Mas todo sér de noche en calma yace,
Y generoso pecho no se cura
De oculto lauro que entre sombras nace.»
Y dice Argante: «Á mí por sombra oscura
No la batalla suspender me place;
Mas pues el sol prefiero por testigo,
Aquí tornar que jure mi enemigo.»

LIII.

Y el paladin siguió: «Tambien tu boca
Jure al franco traerme que venciste;
Que es condicion que la justicia invoca
Y de la cual Tancredo no desiste.
Juran, y los heraldos, á quien toca
El nuevo señalar término triste,
Porque su mal remedien y averia
Les fijaron la luz del sexto día.

LIV.

Horror inmenso y maravilla mucha ,
Que largo tiempo de cundir no cesa ,
En los turbados pechos la ímpia lucha
De paganos y fieles dejó impresa.
Sólo del brio conversar se escucha
Que mostraron los dos en la alta empresa;
Pero en quién más el mérito concurre ,
El vulgo, en dudas , entre sí discurre.

LV.

Y en suspensa atencion el caso espera
Que á la pugna feroz dé complemento ,
Y ver si honor sobre la audacia impera
Ó si cede la rabia al ardimiento.
Mas ¡ ay ! ¿ á quién la incertidumbre fiera
Como á la bella Erminia da tormento ,
Cuando mira de sí la mejor parte
Al juicio expuesta del horrendo Marte?

LVI.

Hija la hermosa fué del rey Casano ,
Que el Antioques gobierno ántes regía ,
Perdido el cual, del vencedor Cristiano
Vino al poder con su tesoro un día;
Mas fué en su bien Tancredo tan humano ,
Que la libró de ofensa su hidalguía ,
Y entre las ruinas de su trono es fama
La honró cual reina y respetó cual dama.

LVII.

De libertad tambien el privilegio
Magnánimo á otorgarla se resuelve,
Y alhajas y oro el paladin egregio
Y cuanto tiene de valor la vuelve :
Ella viendo el vigor y ánimo regio
Que en tal belleza y juventud se envuelve ,
Cayó de amor en tan potente nudo ,
Que nunca el tiempo desatarle pudo.

LVIII.

Así, aunque el cuerpo en libertad la lleve,
A servidumbre el alma es condenada.
¡Ay, con qué pena á abandonar se atreve
El dueño caro, la prision amada !
Mas régia honestidad, que nunca debe
Por mujer principal ser olvidada,
La obligó, con la madre ya obsoleta,
Á buscar tierra al Alcoran sujeta.

LIX.

Llegó á Jerusalem, y allí acogida
Fué del tirano de la gente hebrea.
La muerte de una madre asaz querida
Pronto luto y más llanto la acarrea;
Mas ni el pesar de la reciente herida,
Ni del destierro la aflictiva idea
Pueden al pecho ansioso dar sosiego,
Y una chispa extinguir de tanto fuego.

LX.

Ama y arde la misera, y muy poco
En tal estado á prometerse alcanza;
En ella eterno se alimenta el foco
De recuerdos sin fin, no de esperanza;
Y cuanto más encierra el ardor loco,
Más la interna prision le da pujanza.
Á templar el afán de su destino
Al asedio Tancredo entónces vino.

LXI.

Tiemblan los otros al mirar delante
Naciones tantas, grandes y guerreras.
Ella serena el pálido semblante
Y en contar se complace sus banderas.
Con la vista á menudo al caro amante
Buscó amorosa entre las huestes fieras:
Mil veces no le vió, mas otras cedo
Hallóle y dijo: «Es él; es mi Tancredo.»

LXII.

En el palacio, cabe el muro erguia
Antigua torre su soberbia altura,
Y en su cima á la vez todo se via;
El campamento, el monte, la llanura.
Allí, desde su luz derrama el día
Hasta que muere entre la sombra oscura,
Sentada Erminia, de mirar no deja,
Y con su pensamiento habla y se queja.

LXIII.

La lid vió de este modo, y asaltado
Sintió su pecho de temblor tan fuerte,
Que decir parecia: «Ese es tu amado;
¡Ese que va á sufrir, le ves, la muerte!
Así de angustia el corazon pasado,
Siguió el vaiven de la dudosa suerte,
Y cada vez así, que embistió Argante,
Sintió en el alma el fierro penetrante.

LXIV.

Mas cuando la verdad hubo entendido
Y que otro día al reto se señala,
Tan extraño terror le ha acometido,
Que la sangre en sus venas no resbala.
Hora arranca recóndito gemido;
Hora en secretas lágrimas se exhala;
Mustia y trémula siempre y en cautela,
El espanto, el dolor su faz revela.

LXV.

Larga vigilia con feral traslado
La asusta y llena de zozobra mucha,
Y aún más su triste sueño es agitado
De sombras mil con la empeñada lucha.
Ver se imagina al caballero armado,
Yerto, bañado en sangre, y que le escucha
Pedirla auxilio. Eu tanto se despierta,
Y se halla toda en lágrimas cubierta.

LXVI.

Mas no es sólo que el negro mal futuro
El corazon de la infeliz agite;
De las heridas el recuerdo duro
Basta para que trémulo palpite,
Y los ruidos que extiende el vulgo oscuro,
Y la distancia engrandecer permite,
Falsos la anuncian que el guerrero fuerte
Ya languidece próximo á la muerte.

LXVII.

Y como de la madre aprendió pura
La virtud de las yerbas más secreta,
Y con cuál triste canto el mal se cura
Del cuerpo lacio y el dolor se aquieta,
(Arte que en aquel mundo por cultura
Á las hijas de reyes se cometa),
Pretende Erminia con su propia mano
Al querido señor tornarle sano.

LXVIII.

Ella á su amante medicar desea,
Y al rival que atender por fuerza tiene.
Á veces de maligna planta idea
Jugo en él derramar que le envenene;
Mas la piadosa virgen titubea,
Y artes inicuas de ejercer se abstiene.
Al fin, que de virtud esté vacía
Cada yerba que exprime sólo ansía.

LXIX.

Ni de ir en medio de enemiga gente
Le da temor; que peregrina anduvo,
Y muchas guerras vió y estrago ingente,
Y dura vida y azarosa tuvo.
Por eso fuerzas y valor su mente
Sobre la usanza femenil obtuvo,
Y por eso el temor fácil no acoge
Ni leve riesgo el corazon la encoge.

LXX.

Pero ciega pasión causa primera
Es de que lance ya toda pavora,
Y entre las garras y el rugir creyera
De africanos leones ir segura.
Mas, si no de la vida, al fin debiera
De la fama á lo ménos tener cura.
Así dos adversarios (¡duro estrecho!);
Honor y amor se asaltan en su pecho.

LXXI.

Dicele aquel: «¡Oh virgencilla acerba,
Que mi ley hasta aquí llevaste en calma!,
Yo, de enemigos entre audaz caterva,
Castos los miembros te guardé y el alma;
Y de pureza que salvaste sierva,
¿Pretendes, libre ya, perder la palma?
¿Quién tu pecho á maléficos placeres
Despierta así? ¿qué piensas? ¡Ay! ¿qué quieres?

LXXII.

» ¡Conque el título tú de pura y casta
Amas tan poco y del honor el precio,
Que entre la hueste irás que te contrasta,
Nocturna amante con tu empeño necio,
Y á que el héroe te diga:—¡no te basta
Perder tu reino, y hucas mi desprecio!
¡Ah, de mí no eres digna!—; y te resista;
Y á otros te dé como inferior conquista?»

LXXIII.

De la otra parte el ciego estos falaces
Dulces consejos da, porque se rinda.
«Nacida no eres tú de osos voraces
Ni entre rudos peñascos, virgen linda,
Para que así el amor siempre rechaces
Y huyas el bien y halagos que te hrinda;
Ni es tu pecho de fierro ó de diamante,
Para que horror te dé sentirlo amante.

LXXIV.

» Ve á do te impele voluntad gallarda,
Y no á tu vencedor te finjas crudo:
¡No sabes cuánto en tus ardores arda
Ni cuán tierno sentir tu llanto pudo!
¡Ay! la cruda eres tú, que dudas tarda
En llevarle salud y serle escudo.
Tancredo está espirante; ¿y tú te cuidas,
Fiera, ingrata mujer, de ajenas vidas?

LXXV.

» Á Argante sana pues, para que luego
Al que te dió el vivir le dé la muerte,
Y pagarás de servidor tan eiego
Los dones y tus deudas de esa suerte.
¿Y será que á turbar hoy tu sosiego
Esa tremenda obligacion no acierte,
Y de aquí no te lance en riesgo tanto
De ejercerla el temor y el negro espanto?

LXXVI.

» Mejor te fuera oficio y más humano,
De más contento al pecho y alegría,
Si tu piadosa, fiel, médica mano
Tocara el cuerpo que la muerte enfria;
Que por ti tu señor entónces sano,
Á su beldad primera tornaria,
Y como en obra tuya te gozaras
Cuando su faz hermosa contemplaras.

LXXVII.

» Con eso, parte en su loor tendrías
Y en sus lauros y hazañas más famosas;
Así honestos abrazos gozarías
Y la dicha de bodas venturosas;
Y honrada luego y señalada irías
Con las madres del Lacio y las esposas
Allá en la bella Italia, do fortuna
De la fe y el valor plantó la cuna. »

LXXVIII.

Así vana ilusion con grato adorno
Á su espíritu engaña enfermo y lacio;
Mas obstáculos mil descubre en torno
Para salir del prohibido espacio;
Porque velan las guardias y el contorno
Recorren de los muros y el palacio,
Y porque á abrirse en riesgo tal no acierta,
Sin razon muy subida, paso ó puerta.

LXXIX.

Solia Erminia en la mansion frecuente
De la insignie Clorinda hacer demora.
La vió con ella el sol alto y fulgente;
Al lado suyo la rosada aurora;
Cuando muere la luz en Occidente
Sólo un lecho tal vez las atesora,
Y una virgen á otra, fantasía
Más que la de su amor no ocultaria.

LXXX.

Esc Erminia jamas del pecho saca,
Y si el mal ve Clorinda que la hostiga,
Su lamento y suspiros los achaca
Á otra causa ó dolor que la persiga.
Tanta amistad, con que su pena aplaca,
La acerca fácil á la dulce amiga;
Que el acceso á su estancia no la cierra,
Ya se ocupe en consejo, ya en la guerra.

LXXXI.

Un día entrando allí, cuando á otra parte
Clorinda fué, paróse cavilosa,
Entre sí revolviendo el modo y arte
De la fuga que anhela misteriosa.
Mientra en proyectos frágiles comparte
Su rápido pensar, que no reposa,
Suspensas de Clorinda en alto mira
Cota y armas, y viéndolas suspira.

LXXXII.

Y triste dice en su interior: «¡Oh cuánto
Es feliz la fortísima doncella!
Y ¡ah! no la envidio yo renombre tanto,
Ni el femenil honor de ser tan bella!
Su planta no molesta el largo manto,
Ni cerrojo ni muro manda en ella.
De armas se viste, y si partir decide,
Sale, y ni el miedo ni el pudor lo impide.

LXXXIII.

«¡Ah! ¿por qué á mí tambien duros cual roca
Dios los miembros y el alma no me ha hecho?
Cambiaría yo así mi velo y toca
Por la dura coraza y yelmo estrecho;
Así el ardor burlara que sofoca
Y á granizos y vientos diera el pecho,
Y así tambien en armas me vería,
Seguida ó sola, el campo noche y día.

LXXXIV.

« No habria entónces el soberbio Argante
Lidiado en él con mi señor primero.
Yo á Tancredo salírale delante ,
Y hoy le hallara tal vez mi prisionero.
Sufriera entónces de enemiga amante
Yugo de esclavitud dulce y ligero ,
Y en los fierros que amor puso á sus brios
Yo viera acaso suavizar los míos.

LXXXV.

« O si el pecho me hubieran traspasado
Y el corazon de nuevo sus furores ,
Habria al ménos y por fin sanado
Golpe de crueldad llaga de amores.
Durmiera en paz entónces el cansado
Cuerpo entre sus pendones vencedores ,
Y el honor de una lágrima su enojo
Quizá rindiera á mi mortal despojo.

LXXXVI.

« Pero ¡aymé triste! inalcanzable cosa
Busco y proyectos mil en balde aliño.
¿Y me habré así de estar mustia y llorosa ,
Como vulgar mujer ó débil niño?
No; mi fiel corazon confia y osa.
¿Por qué esas armas una vez no ciño?
¿A sostener su carga espacio breve
¿Cómo el cuerpo, aunque débil, no se atreve?

LXXXVII.

» Se atreve, sí; que amor le hará potente;
Amor que á los más flacos les da niervo;
Por quien se torna fiero y combatiente
En la estiva estacion tímido ciervo.
Yo, no á lidiar con ellas; solamente
Á un ardid ingenioso las reservo.
Me fingiré Clorinda; así encubierta
Bajo su imágen, mi salida es cierta.

LXXXVIII.

» Los guardias de los muros honra y laude
Me darán, sin pesquisa inoportuna.
¡Ilábil designio! Mi razon le aplaude
Que, fuera de arte tal, no halla ninguna.
Protejan pues el inocente fraude
Amor, que me le inspira, y la fortuna.
Ya que Clorinda en el consejo áun mora,
Propicia á mi partir llegó la hora.»

LXXXIX.

Así furia de amor á la cuitada
Á descolgar las armas incitóla,
Y á acogerse á su próxima morada
Luégo el susto á la tímida obligóla.
De nadie vista fué; que á su llegada
Por honor los demas la dejan sola,
Y la noche tambien, que ya venía,
De hurtos amiga, el suyo protegía.

XC.

Y oscuro viendo el ciclo, ó que de estrella
Le alumbra débil el fulgor ligero,
Sin más retardo, á una leal doncella
En secreto llamó y á un escudero,
En quien probada fe la sangre sella.
Descubre á entrambos su designio entero,
Y del partir las causas les abulta,
Y otras finge, y la cierta les oculta.

XCI.

El escudero fiel con mano presta
Á cuanto el lance pide se adelanta.
Quitase Erminia en tanto su modesta
Túnica, que la cubre hasta la planta,
Y en escueto vestir álzase apuesta,
Cual nunca linda con belleza tanta;
Mas entónces la electa á la partida
Sola doncella de su adorno cuida.

XCII.

Arranca el pelo el casco y el contorno
Del blanco seno el fierro tosco raya:
Al peso del escudo, raro adorno,
La muelle diestra tñmida desmaya.
Así toda de acero brilla en torno,
Y apostura marcial resuelta ensaya.
Rie presente amor, como aquel día
Que entre tocas á Alcides envolvía.

XCIII.

¡Oh cómo el peso desigual sostiene
Con harta pena y con andar escaso!
¡Cómo á la compañera fiel se atiene
Y en ella apoya el vacilante paso!
Mas amor á prestarla fuerzas viene
Y la conforta el alma y cuerpo laso,
Con que acierta á llegar do el escudero
La aguarda, y monta corredor ligero.

XCIV.

Disfrazados los tres por enredosa
Galle oculta dirigen con arte,
Y áun percibidos son, porque en la umbrosa
Via el acero su fulgor reparte;
Mas detenerlos cada cual no osa
Y cediendo el pasar, se aleja aparte;
Que aquel blanco vestir, que la temida
Enseña, áun en la sombra es conocida.

XCV.

Si bien con esto Erminia algun dennedo
Cobra, no marcha de temor segura
Porque la asusta el peligroso enredo
Y al fin de su valor siente pavura;
Mas ya cabe la puerta esconde el miedo
Y engaña á aquel que de su guarda cura.
« Abre á Clorinda, dice adusta y corta:
Me manda el Rey á do servirle importa. »

XCVI.

La voz fémínea, semejante á aquella
De la guerrera, completó el amaño.
¿Quién á inexperta y tímida doncella
Hallar pensara en armamento extraño?
Así el custodio la obedece, y ella
Sale y corona el ingenioso engaño.
Aquí tomando por revueltas calles,
Cálanse raudos á los hondos valles.

XCVII.

Mas cuando al pié de solitario otero
Se mira Erminia, su caballo asienta;
Que pasado ya estima el trance fiero,
Y descubierta ser no la amedrenta.
Lo que su mente descuidó primero,
Entónces á sus ojos se presenta
Difícil y forzoso; la olvidada
Al campo franco peligrosa entrada.

XCVIII.

Hora bien ve que en militar talante
Ir entre el enemigo es loca idea,
Y en darse á conocer tambien delante
De otro que el caro dueño titubea.
Con honesto recato oculta amante
De improviso mostrársele desea.
Párase pues, y así con pensamiento
Más cauto dice al escudero atento:

XCIX.

« Con carrera á la vez prudente y brusca
Sé mi fiel precursor y el tiempo mide ;
Al campo ve, y entre la gente etrusca
Penetrarás do el capitan reside ,
Y dirás á Tancredo que le busca
Mujer que el bien le lleva y paz le pide :
Paz, cuando amor con guerra la atropella ,
Con que gane él salud ; alivios ella.

C.

» Que en su honor tiene fe tan cierta y viva ,
Le añadirás tambien, que ofensa impura
En su poder no teme ; y luégo esquiva
Toda respuesta y tu regreso apura.
Yo aquí tu vuelta aguardaré pasiva,
Pues solitario el sitio me asegura. »
Dijo, y el siervo fiel por senda estrecha
Partió veloz como volante flecha.

CI.

Y se condujo tal, que amigamente
Fué tras la alta trinchera recibido
Y presentado al capitan doliente ,
Que escuchó la embajada complacido ;
Y cuando ideas mil movió en su mente
Y le dejó entre dudas combatido ,
La dulce nueva á Erminia conducia ,
Que oculta entrar y á su placer podia.

CII.

Erminia en tanto de zozobra llena,
Todo retardo ve grave y molesto,
Y midiendo entre sí la accion ajena,
Dice: Ya llega, ya entra, ya le ha expuesto.....
Y juzga al servidor con harta pena
Méno's que de costumbre ágil y presto.
Al fin se avanza, y va con vivo escampo
Hasta do empieza á descubrirse el campo.

CIII.

Era la noche; su estrellado velo
Desplegábase ya sin nube alguna,
Y entre nítidas perlas daba al suelo
Hilos de plata la naciente luna;
Iba la dama amante con el cielo
Desahogando sus penas una á una,
Y triste hacía de su amor testigo
Al yermo espacio y al silencio amigo.

CIV.

Y exclama así mientras el campo otea:
- ¡Oh dulces para mí tiendas latinas!
Aura dulce aspirais que me recrea
Y el alma confortais así vecinas.
¡Cielo!, si á esta mujer doliente y rea
Algun reposo honesto le destinas,
¡Ay, de ellas no me apartes! Este fuego
Entre las armas sólo habrá sosiego.

CV.

« Guardadme ¡oh tiernas! y en vosotras halle
La piedad que el amor me prometia;
La que sierva yo allí supe inspiralle
Al corazón de mi señor un día.
Ya el loco empeño del recobro calle,
Con vuestro auxilio, de la herencia mía:
Sin tal merced, de mi salud motivo
Sereis, si esclava entre vosotras vivo. »

CVI.

Rendida la infeliz á estos consejos,
La suerte ignora que el azar le apreste.
Era Erminia en lugar de los reflejos
Dan en sus armas de la luz celeste;
Tal que se mira su fulgor de lejos
Y el ampo hermoso de la blanca veste,
Y á quien quiera Clorinda le retrata
La tigre inmensa y esculpida en plata.

CVII.

La suerte deparó que asaz vecinos
Fueran muchos guerreros comandados
Por dos hermanos ínclitos latinos,
Poliférnes y Alcandro, allí avanzados
Para impedir que crucen los caminos
Á dar socorro á la ciudad ganados;
Y si pasó el esclavo, fué que el puesto
Circulando burló mañoso y presto.

CVIII.

El joven Poliférnes, que á las manos
De Clorinda espirar su padre viera,
En los arreos ulveos y galanos
Conocer juzga á la fatal guerrera,
Y arrebatado de ímpetus insanos,
Contra aquella incitó su escuadra fiera,
Y gritando: ¡eres muerta!, arroja el asta,
Que dirige el furor, y á herir no basta.

CIX.

Como la cierva á quien la sed sofoca,
Y al agua se dirige fresca y viva
Con que fuente entre peñas la provoca
Ó manso arroyo en su frondosa riva;
Si ve los canes cuando al labio toca
El dulce alivio de la llama estiva,
Vuélvese atrás huyendo, y el espanto
La hace olvidar el ansia y el quebranto:

CX.

Así Erminia, que en sed siempre amorosa
Ardiendo lleva el corazon doliente,
En la alegre acogida, honesta, honrosa,
Quietar pensaba la rebelde mente;
Mas hora que agresion halla sañosa
Y el son del fierro y la amenaza siente,
Ya su primero afan tremante deja,
Y espuela dando al corredor se aleja.

CXI.

Huye Erminia infelice, y el ligero
Bruto la tierra con el callo avienta;
Huye tambien la esclava, y aquel fiero
Con su tropel detras no desalienta.
Entónces en el campo el escudero
Con la tarda noticia se presenta,
Y en su fuga á los otros acompaña,
Y el terror los dispersa en la campaña.

CXII.

Más precavido Alcandro, aunque el trasunto
De la falsa Clorinda visto habia,
No la quiso seguir; que no tan junto
Era, y astucia bética temia;
Pero á decir al campo marcha al punto
Que no ataque enemigo los movia,
Ni presa, ni botin; mas que aterrada,
Clorinda de su hermano va estrechada.

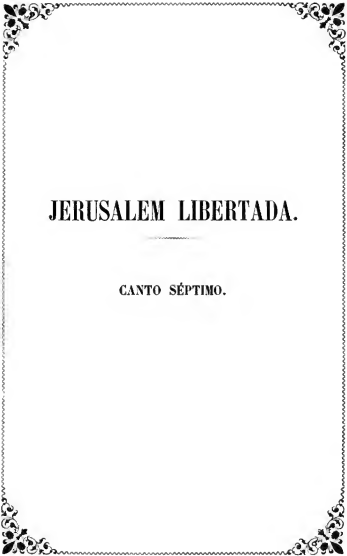
CXIII.

Que por sencillo y natural no tiene
Que la que es capitan, no aventurera,
Se lance al campo sola, y que no viene
De cierto así con ocasion ligera;
Mas que el pio Bullon juzgue y ordene;
Que allí en el puesto su mandato espera.
La nueva en tanto en rápido camino
Pronto se extiende por el real latino.

CXIV.

Tancredo á quien de pronto ha perturbado
La primer nueva, en escuchando aquesto,
Dice: acaso por verme se ha lanzado
Y está en riesgo por mí; y olvida el resto.
Del arnes sólo parte se ha endorsado;
Oprime su corcel, tácito y presto,
Y va, á favor de la reciente huella,
Volando en pos de la gentil doncella.





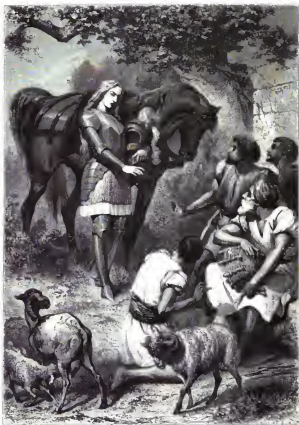
JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO.

Erminia fugitiva es acogida por un pastor. Tancredo, después de haberla buscado inútilmente, cae en los lazos de Armida. Raimundo entra en la liza para reprimir las injuriosas provocaciones de Argante. Un ángel le defiende, y Belcebú, que ve la loca temeridad del Circasiano, excita para salvarle una batalla y conjura en su favor los elementos.





HERMINIA PRESENTANDOSE A LOS PASTORES.

(Canto VII.)

CANTO SÉPTIMO.

I.

En tanto á Erminia entre la estirpe umbria
De antigua selva arrastra medio muerta
El ardiente coreel: la mano fria,
Trémula, el freno á gobernar no acierta,
Y corre el bruto tan revuelta via,
Barranco y bosque y soledad desierta,
Que de la vista al fin desaparece
Y de no ser seguido se envanece.

II.

Como tras larga caza y fatigosa
Tristes vuelven los canes, que la fiera
Y su huella perdieron en la hojosa
Selva donde á esconderse entró ligera;
Tal de rabia encendida y vergonzosa,
Tórnase atras la escuadra aventurera.
Erminia corre, y corre, y pavorida
Ni se vuelve á mirar si aún es seguida.

III.

Toda la noche huyó, y el día entero
Sin consejo ni luz vagando estuvo,
Y á su llanto y gemido lastimero
Sólo respuesta de los ecos tuvo;
Mas cuando el sol al lecho placentero
Del mar tranquilo á sumergirse anduvo,
Llega á las ondas claras con que brilla
Puro el Jordan, y párase en su orilla.

IV.

Alimento no prueba, y sed la abruma
De llanto que verter quiere á raudales,
Cuando el sueño, que balaga y que perfuma
Las horas de los míseros mortales,
Sobre ella al extender su blanda pluma,
Con sus potencias adormió sus males;
Mas ni así deja el amoroso empeño
Con vagas formas de agitar su sueño.

V.

No despertóse hasta que oyó á las aves
Ledas cantar del día los albores,
Y el son del río, y los vagidos suaves
Del aire entre las aguas y las flores.
Alza la faz y ven sus ojos graves
Solitarios albergues de pastores,
Y oye salir de entre movida rama
Voz que al llanto y suspiros la reclama.

VI.

Pero son, miéntras llora, sus lamentos
Por el eco turbados que resuena
De sencillos y rústicos acentos
Juntos al son de pastoril avena.
Encamina hacia allí sus pasos lentos,
Y balla un anciano, que á la sombra amena,
Juncia cabe el rebaño está enlazando
El cantar de tres niños escuchando.

VII.

Tiemblan ellos mirando de repente
De las bruñidas armas el destello;
Mas los saluda Erminia, y mansamente
Les descubre la faz y áureo cabello.
«Seguid, les dice, venturosa gente
Y al cielo cara, vuestro asunto bello;
Que á turbar estas armas el encanto
No vienen, no, de vuestro dulce canto.

VIII.

«Mas ¡oh padrel decidme: boy que al amago
De muerte y destruccion gime esta tierra,
¿Cómo llevais la vida en dulce balago
Y el militar arrojo no os aterra?»
«Hijo mio, responde, del estrago
Siempre vi libre de la infanda guerra
Mi familia y ganados, y á esta parte
Nunca el ruido llegó del fiero Marte.

IX.

» Ó celeste merced, que la pobreza
De inocente pastor guarda y sublima,
Ó que tal como el rayo en su grandeza
No da en el llano sino en alta cima,
Así de las espadas la fiereza
Sucede que á los reyes sólo oprima;
Al soldado del robo la ímpia gula
En nuestra humilde choza no estimula:

X.

» Humilde á muchos, para mí tan cara;
Pues no ansio poder ni cofre lleno;
Ni la ambición ni la inquietud avara
Turban la paz de mi tranquilo seno.
Dulce apaga mi sed la fuente clara,
Que no temo me turben con veneno,
Y manjar, cuyo pago no da prisa,
Dan mi huerto y rebaño á parca mesa.

XI.

» Le sobra á nuestra vida breve tasa,
Y poco afán del porvenir conservo.
Guardas del hato son y de mi casa
Estos hijos que ves: no tengo siervo.
Así en olvido mi existencia pasa
Viendo al toro paecer, saltar al ciervo,
Y los pintados peces de este río,
Y el pájaro que habita el bosque umbrío.

XII.

» Tiempo fué ya que á la virtud rehacio,
De ciega juventud me ballé impelido,
Y de una aldea desdéné el espacio,
Y el campo abandoné do fuí nacido.
Yo vi á Ménfis un día, y en palacio
De los altos ministros uno he sido.
Yo desde humilde condicion pastora
Bien conocí la corte engañadora.

XIII.

» Ardiente de ambiciosa calentura,
Sufrí por mucho sin igual tormento;
Mas cuando luégo con la edad madura
Apagóse el hinchado atrevimiento,
Esta paz recordé y esta ventura;
Pensé en mi antiguo pastoril contento,
Y dije: ¡Oh corte, adios!, y en el nativo
Bosque de entónces venturoso vivo.»

XIV.

Miéntas así razona, Erminia pende
De su elocuente labio muda y quieta,
Y aquel decir que al corazon descende
De sus pasiones la borrasca aquieta.
Tras largo meditar, al fin entiende
Que debe en esta soledad secreta
Morar hasta que traza muestre alguna
De volverla á su rango la fortuna.

XV.

Y dice al viejo así: «Mortal dichoso
Que ya del infortunio hiciste prueba,
Por el cielo contigo tan piadoso,
Que mi desdicha á la piedad te mueva:
En tu albergue me acoge delicioso,
Y á su centro pacífico me lleva.
De estos bosques tal vez el embeleso
De tamaño dolor me alivie el peso.

XVI.

«Que si oro y joyas, que idolatra amigo
El vulgo de los hombres, tú buscares,
Bien podrias, que aún tanto va conmigo,
Satisfacer el ansia que probares.»
Aquí vertiendo, y el pastor testigo,
De llanto amargo cristalinos mares,
Parte le cuenta de su mal, y en tanto,
Compadecido aquel, llora á su llanto.

XVII.

Despues la acoge y en su bien se afana.
Todo encendido de paterno celo,
Y la guia á do está la esposa anciana,
Que de conforme sér le ha dado el cielo.
La rapaza real de tosea lana
Vistese y ciñe ya rústico velo;
Mas su mirar, su marcha, todo grita:
No es esa, no, la que en el bosque habita;

XVIII.

Pues no en el traje rústico se empaña
La gala y esplendor que en ella luce;
Que hasta en la humilde ocupacion y extraña
Su altivo aspecto y dignidad trasluce.
Ya el hato guía y con la pobre caña
Del redil al encierro le conduce;
Ya las vellosas ubres ruda exprime,
Ó el cuajado licor prensa y oprime.

XIX.

¡Cuántas veces huyendo su manada
Estuvo ardor del bosque en la maleza,
La cifra de su bien dejó estampada
Del laurel y el aliso en la corteza!
¡Cuántas grabó tambien de su pasada
Desdicha y sus amores la tristeza,
Y al releer despues su propio escrito,
Suave el árbol regó llanto infinito!

XX.

Y llorando exclamaba: « En vuestro seno
Esta, oh troncos, guardad doliente historia,
Con que si un dia á vuestro asilo ameno
Llega quien de infeliz busque la gloria,
Sienta su corazon de piedad lleno
De mi largo sufrir con la memoria,
Y diga: ¡Ay, crudo premio, paga esquivia
Dieron suerte y amor á fe tan viva!

XXI.

» Quizá sea, si al cielo no le insulta
Ruego de una mujer tan abatida,
Que algun día á esta selva llegue inculta
Aquel que hoy de mi duelo no se cuida,
Y los ojos volviendo á do sepulta
Yacerá mi ceniza no querida,
A mis males dará (¡ premio tardío)
Lágrimas breves junto al mármol frío.

XXII.

» ¡ Halague así al espíritu la muerte,
Ya que al cuerpo la vida fué traidora,
Y mi mortal despojo de esta suerte
Goce lo que gozar no puede ahora ! »
Esto Erminia le dice al tronco inerte,
Y largos rios de sus ojos llora.
Léjos de ella Tancredo, en tanto apura
Por toparla el caballo á la ventura.

XXIII.

El rastro sigue pues de la princesa
Y al solitario bosque se avecina ;
Mas aquí ya la sombra tan espesa
Entre las plantas hórridas declina,
Que al fin no llega á ver la huella impresa,
Y ya al azar sin direccion camina,
Poniendo sólo con afán su oído
Por si oye de las armas el sonido.

XXIV.

Y si pájaro ó fiera mueve alguna
Piedra ó planta al pasar, ó el aire azota
Tierna rama que cruje inoportuna,
Presto al ligero son rápido trota.
Sale del bosque al fin, y de la luna
Le conduce el fulgor por senda ignota
Hasta el alto lugar de que salía
Un eco sordo que lejano oía.

XXV.

Llega do ve brotar de viva roca
De cristalinas aguas copia suma,
Que trocada en torrente, abajo toca
Con pié sonoro entre verdor y espuma.
Allí su paso dolorido apoca,
Grita, y sus gritos la cascada abruma,
Y en tanto mira la serena frente
Salir del alba por el rojo Oriente.

XXVI.

Al cielo mismo en su furor se encara,
Que el consentido bien cambia en tristura,
Y allí, si ofenden á su prenda cara,
Implacable y feroz venganza jura,
Y á tornarse á su campo se prepara,
Aunque hallar el camino no asegura;
Pues recuerda es cercano el sol prescripto
Que al guerrero vencer debe de Egipto.

XXVII.

Parte, y al recorrer torcida calle,
Oye un trote sonar que siempre avanza,
Y por fin ve salir de angosto valle
Jinete de correo á semejanza.
Mueve flexible látigo y al talle
Ciñe el cuerno, de etruscos á la usanza.
Á él demanda Tancredo cuál camino
Al campamento lleva del latino.

XXVIII.

Y responde el itálico: «Allá guio
Mis pasos, de Boemundo mensajero.»
Tancredo sigue al nuncio del gran tío,
Sin recelarse del engaño artero;
Y en el punto que el sol al lecho frío
La cuadriga inmortal lanza ligero,
Llegan al fin do perezoso y vago
Ciñe á un alto castillo inmundo lago.

XXIX.

Suena el correo el cuerno á su llegada,
Y el puente ya abatido le responde.
«Si eres latino, dice, esta morada
Te acogerá mientras la luz se esconde,
Que aún no son cuatro días vió ganada
Á los paganos de Cosencia el conde.»
Mira el guerrero la almenada altura,
Por arte inexpugnable y por natura.

XXX.

Despues recela que lugar tan fuerte
En su seno intencion cubra siniestra;
Mas probado á los riesgos de la muerte,
Ni cambia el rostro ni temor demuestra,
Y á do le lleve el ánimo ó la suerte
Seguro piensa que le hará su diestra;
Mas el deber que de otra lid ya tiene
Para nuevas empresas le contiene.

XXXI.

Así al pié del castillo y en un prado,
Do el corvo puente se dilata y posa,
Se pára el paladin, y aunque invitado,
No sigue á su pareja artificiosa.
En tanto al puente un caballero armado
Con faz se asoma fiera y desdeñosa,
Y en la diestra el acero ya desnudo,
Dice con eco amenazante y crudo:

XXXII.

« ¡Oh tú, á quien hora la fortuna brinde
Ó tu querer con la mansion de Armida!
No pienses ya fugir: las armas rinde,
Y da á su yugo la cerviz vencida.
Traspasa pues la coronada linde;
Su ley escucha y de observarla cuida.
Por rugosa la faz, blaneo el cabello,
Nunca esperes ya ver el astro bello;

XXXIII.

« Ó aquí nos jura, cual su grey prolaja,
Contra todo campeon lidiar cristiano.»
Á aquel hablar, Tancredo en él se fija
Y voz y armas conoce del villano.
Es Rambaldo el gascon, á quien aguija
Ímpio amor por Armida; el que pagano
Por ella es hoy, y en mantener se emplea
La que se guarda allí costumbre rea.

XXXIV.

De santo enojo el rostro del guerrero
Se tiñe, y le responde: « Alma traidora,
Yo soy aquel Tancredo que el acero
Esgrimió siempre por el Dios que adora,
Y en su nombre ha vencido al trace fiero,
Cual ejemplo serás tú mismo ahora;
Que la celeste cólera hoy te alcanza
Por esta mano electa á la venganza.»

XXXV.

Túrbase el nombre al escuchar fulgente
El infiel, y del miedo está amarillo;
Mas ceta el susto y dicele insolente:
« ¿Vienes, triste, á morir á este castillo?
Mi espada va á postrar tu altiva frente
Y á cortar tu cabeza mi cuchillo,
Y si otro del que suelo hoy no me torno,
Del muro de Solima será adorno.»

XXXVI.

Así dice el pagano, y porque el día
Pasó y la sombra los espacios llena,
Tanta lámpara en torno aparecía,
Que es ya la noche fúlgida y serena.
Cual teatro el castillo relucía
Que ofrece en régia pompa augusta escena,
Y Armida en lo más alto está sentada,
Y oye y mira de allí sin ser mirada.

XXXVII.

El héroe de la Cruz el riesgo afronta,
Preparándose en tanto á la refriega,
Y del corcel cansado se desmonta,
Á pié mirando que el contrario llega:
Viene en aeto de herir; la espada apronta,
El escudo adelanta, el cuerpo pliega.
Con torvos ojos, con feroz denuedo
Á encontrarse con él sale Tancredo.

XXXVIII.

Aquel, guardado por sus armas, gira
En larga vuelta y golpes mil figura;
Este, que enferma su persona áun mira,
Va resuelto, y estréehale y apura;
Y cuando atras Rambaldo se retira,
Velocísimamente él se apresura,
Y le alcanza, y el fierro por delante
De los ojos le pone fulminante.

XXXIX.

Ya do más peligroso considera,
Herir pretende con ardor extraño,
Á la embestida la amenaza fiera
Acompañando y al terror el daño.
La planta aquí y allí mueve ligera
Y huye el Gascon el cuerpo con engaño,
Ó con la espada intenta y el escudo
Parar los golpes del rival sañudo.

XL.

Pero no en protegerse es tan ligero
Como el otro en la ofensa temerario.
Roto el escudo y el morrion no entero,
Horadado el arnes con golpe vario,
Aun no dió tajo ni reves su acero
Que mucho ó poco hiriese á su contrario.
Tiembla y en su alma atónita ya siente
De coneinecia y amor la lucha ardiente.

XLI.

Decide al fin con despechada guerra
Poner á prueba la postrer fortuna.
Tira el escudo y de mandoble aferra
La espada, que de sangre aun tiene ayuna;
Con el fatal contrario embiste y eierra,
Y tal golpe le cala, que ninguna
Pieza de armas resiste, y dolorida
En el muslo siniestro le hace herida.

XLII.

Otro luego en la frente le sacude,
Con que el yelmo retumba en son de esquila.
No hiende el fierro, no; mas le percude
Tanto, que el cuerpo trémulo vacila.
No es mucho que Tancredo el rostro mude,
Trocada en asua la veloz pupila,
Y arroje ya por la celada ardientes
Llamas, y se oigan reerujir sus dientes.

XLIII.

El renegado infame no sostiene
Aspecto tal ni tan feroz despecho:
Siente silbar la espada, y que la tiene
Juzga en las venas y en mitad del pecho.
Huye el golpe, y el golpe á caer viene
Sobre un pilar, del puente á breve trecho.
Entre chispas la piedra al alto vuela,
Y el alma del traidor el susto hiela.

XLIV.

Aquí al puente se acoge fugitivo
Y con su oprobio la salud redime.
Tancredo le va en pos: su vengativo
Brazo extiende sobre él, su pié le oprime;
Mas de pronto (al fugaz socorro activo)
Se apaga toda antorecha, el aire gime,
Y á la lóbrega noche estrella alguna
No le queda ni luz de opaca luna.

XLV.

No persigue al veneido el ya triunfante
Del encanto y la noche en la espesura,
Ni nada en torno ve cerca ó distante,
Y se mueve con planta mal segura.
De una entrada el dintel su paso errante
Toca, sin percibirlo, á la ventura,
Y cerrarse detras siente la puerta,
Que en cárcel le sepulta honda y desierta.

XLVI.

Como el pez, donde forma pantanosa
La Comaquia laguna el Adrio seno,
Se sustrae al furor de ola impetuosa,
Un asilo buscando más sereno,
Y él mismo en la prision se mete odiosa,
Sin poder ya salir del torpe cieno;
Que siempre ¡oh gran prodigio! está la entrada
Al entrar libre y al salir cerrada;

XLVII.

Tambien Tanereto así (cualquier que sea
Del oscuro lugar la traza y arte)
Entra afanoso; mas despues flaquea
En la prision de donde nadie parte.
El la gran puerta intrépido cimbrea
Con robusto poder que envidia Marte,
Cuando esta voz le llega: « En vano opones,
Siervo de Armida, el brazo á sus prisiones.

XLVIII.

» Eterno aquí, sin alcanzar la muerte,
Vivo en la tumba arrastrarás los años. »
No responde, mas turba al héroe fuerte
En el alma el temor de tantos daños,
Y á su pasión acusa y á la suerte,
Y maldice los mágicos engaños,
Y entre sí dice luego: « Al alma mía
La pérdida del sol corta sería.

XLIX.

» Mas de otro sol mejor la vista amena
¡Ay, yo pierdo, infeliz!, y nunca acaso
Á lugar do su rostro más serena
Me torne el alma volveré ya el paso. »
Luego á Argante recuerda, y más se apena,
Y prorrumpe: « Falté de sobra ¡ay lasol
Y que me ultraje el bárbaro á su gusto
Y que me insulte y me escarnezca es justo. »

L.

Mientras amor y honor con doble juego
Así están de Tancredo en asechanza,
El indómito Argante á hallar sosiego
Sobre las blandas plumas ya no alcanza,
Y odia tanto la paz, y ardor tan ciego
De estragos tiene y gloria y alabanza,
Que aún sangran sus heridas, y ya ansía
Ver la aurora brillar del sexto día.

LI.

La noche que precede, el Circasiano
Dobla para dormir la frente apenas,
Y está ya en pié cuando el albor temprano
Aun no ilumina el borde á las almenas;
Las armas pide á su escudero ufano,
Que las ya prevenidas de oro llenas,
Dou precioso del Rey, hora le apaña;
No las que de comuu lleva á campaña.

LII.

Ni de su gran primor se maravilla,
Ni es con su peso la persona onusta,
Y se ciñe la sálita cuchilla,
Que de temple es finísima, y vetusta.
Cual con las crines sanguinosas brilla
Cometa horrendo que á la tierra asusta,
Males trayendo, imperios desquiciando,
Y á los reyes inicuos espantando;

LIII.

Así es Argante en armas; de esa suerte
Los torvos ojos y saugrientos gira.
Infunde su semblante horror de muerte;
Daño, amenaza su ademan respira;
Ni pecho puede haber tan quieto y fuerte,
Que soporte las ascuas con que mira.
Desnudo tiene el fierro y le blande
Y al viento da, gritando á la pelea.

LIV.

« Pronto, dice, el que á mí quiere igualarse,
Vil robador, y audacia tanta muestra,
Entre la sangre y polvo á revolcarse
Vendrá rendido en la marcial palestra;
Vivo aún, de sus armas despojarse
Verá (;mengua á su Cristo!) por mi diestra,
Y aunque el perdón me pida de sus yerros,
Daré su cuerpo á los voraces perros.»

LV.

Cual fiera del rebaño turbulento
Á quien celo de amor punzante irrita,
Muge feroz y entre mojado aliento
Llamas de fuego sin cesar vomita:
Ya el cuerno á un tronco aguza; luego al viento
Hiere y parece que á lidiar le incita;
La tierra escarba y desde léjos brama,
Y al rival al combate horrendo llama;

LVI.

Así encendido á Polidoro Argante
Con acento le impone bronco y fiero:
« Ve al campo, y de Jesus al arrogante
Campeon le anuncia el batallar postrero.»
Luego á caballo salta, y por delante
Hace llevarse á Oton su prisionero.
Sale de la ciudad, y arrebatado
En carrera veloz monta al collado.

LVII.

Toca el cuerno marcial, y por do quiera
Retumba en torno su hórrido sonido,
Que cual si trueno de borrasca fuera,
De todos hiere el alma y el oído.
De los príncipes ya la corte entera
En la tienda mayor se ha recogido.
Retó el heraldo, y si el primero aplaza
Á Tancredo, los otros no rechaza.

LVIII.

Gira en torno Gofredo grave y tarda
Su vista, do el temor, la duda impresa;
Ni porque mucho mira y mucho aguarda,
Apto ve alguno á tan insigne empresa.
Le falta de su grey la flor gallarda;
De Tancredo el destino áun no se expresa;
Léjos Boemundo está, y en negro bando
Inscrito el héroe que mató á Gernando.

LIX.

Sobre los diez que designó la suerte,
Los mejores del campo y más famosos
Seguir á Armida en el silencio inerte
De la noche buscaron presurosos,
Y los de ánimo y brazo ménos fuerte
Callados hoy se están y vergonzosos;
Que no hay ninguno en quien amor de gloria
Borre del alto riesgo la memoria.

LX.

En el silencio, en la actitud sombría,
Bullon conoce el mal que los azora,
Y ardiendo en generosa bizarria
De repente en su puesto se incorpora,
Y exclama: «¡Indigno de vivir sería
Si mi vida exponer dudase ahora,
Dejando que un pagano torpemente
Manche el honor de la cristiana gente!

LXI.

«En paz mi campo sea y de segura
Parte contemple ocioso el riesgo mio.
¡Ea, mis armas pronto!» Y con presura
Le trae su paje el bélico atavío.
Aquí el buen viejo que en edad madura
Junta al grande saber heroico brio;
Raimundo, al que en espíritu no alcanza
La juventud presente, en medio avanza,

LXII.

Y le dice á Bullon: «¡Ah! no el imperio
De esa suerte se arriesgue en tu persona.
No es de simple adalid tu ministerio,
Y aquí tu vida la del campo abona.
Tú vengar de la Cruz el vituperio
Debes, dando á la fe nueva corona.
Dios te da el cetro y la invencion y el arte,
Y arrojo y fuerza en los demas reparte.

LXIII.

« Si otros repugnan la marcial fatiga,
Yo nunca el riesgo ni el trabajo excuso,
Y aunque á corva actitud la edad me obliga,
Combatir con Argante no rehusó.
¡ Oh si hora fuese en la estacion amiga
Cual sois vosotros, que en temor profuso
Así estais, sin que os mueva enojo ó saña
Contra el infiel que aturde la campaña !

LXIV.

« ¡ Si fuera como fui cuando, á despecho
De la Germania toda, en la gran corte
Del segundo Conrado abríle el pecho
Á aquel Leopoldo de gigante porte !
Y más grande y glorioso fué tal hecho,
Que si hora inerte y solo una cohorte
Venciera alguno de la innoble turba
Que la corriente del Jordan perturba.

LXV.

« Si tal fuera, del impio que provoca,
Ya el soberbio furor domado habria;
Mas quien quiera que hoy sea, no se apoca
El ardor de este viejo y la hidalguía,
Y si en el campo sucumbir me toca,
Cara al infiel será la muerte mía.
¡ Mis armas ! Esta luz con nuevo lustre
Los hechos todos de mi vida ilustre. »

LXVI.

Dice el anciano, y acicate agudo
Es su discurso do el honor preside.
El que ántes era temeroso y mudo,
Hora osado y veloz su hablar no mide:
No hay quien se esquite ya del trance rudo;
Ántes con ansia cada cual lo pide.
Lo busca Baldovino, y con Rugiero
Los Güidos, Güelfo, Estéfano y Gerniero.

LXVII.

Pirro, el autor del artificio insano
Que entregó la Antioquía á Boemundo,
Osa lidiar con el feroz pagano,
Y Eberardo, y Rodolfo con Rosmundo,
El de Esecia, el de Irlanda y el britano,
Tierras que aparta el mar de nuestro mundo;
Y Odoardo y Gildipa, los esposos,
Tambien de aquella gloria están ansiosos.

LXVIII.

Mas sobre todos el heroico viejo
Se muestra firme, decidido, ardiente.
Ya está armado, y al bélico aparejo
Más no le falta que el morrion luciente,
Cuando Bullon le dice: «¡Oh vivo espejo
Del antiguo valor! ¡Que nuestra gente
Se mire en ti y en tu virtud! De Marte
Tú ostentas el poder, la ciencia, el arte.

LXIX.

» Si como tú, y en juventud acerba,
Tuviera sólo entre mis nobles cuatro,
La ruina viera de Babel proterva,
Y la cruz tremolar de Tule á Batro;
Mas cede ahora, y á mayor conserva
Tu prudencia y saber ancho teatro,
De los demas dejando en urna insigne
Rodar los nombres que el azar designe;

LXX.

» Ó Dios, más bien, de quien fortuna y hado
Son ministros y siervos en el mundo. »
Mas no de su intencion está apartado,
Y comprendido ser pide Raimundo.
Bullon los claros nombres que ha mezclado
Agitó de su yelmo en lo profundo,
Y en el escrito que sacó el primero
Del Conde de Tolosa está el letrero.

LXXI.

Con júbilo la nueva es acogida,
Y á nadie queja del azar se ofrece.
Él con fresco vigor y frente erguida
Hora el cuerpo y la faz rejuvenece,
Como sierpe de nueva piel vestida,
Que al sol en vivo esmalte resplandece;
Pero Bullon más que ninguno aplaude,
Y victoria le anuncia y le da laude.

LXXII.

El fierro que á su flanco centellea
Extendiendo á Raimundo, le decia :
« Esta es la espada que en marcial pelea
El rebelde Sajon llevar solia ,
Que con la vida abominable y rea
Mi fuerte brazo arrebatóle un dia.
Tómala, y que feliz sirvate ahora ,
Cual siempre fué conmigo venedora . »

LXXIII.

De la tardanza, en esto, el crudo Argante
Ruge, y así les grita y amenaza :
« Franca invicta nacion, pueblo arrogante,
¿ Conque un hombre no más os embaraza ?
Venga, venga Tancredo, el que brillante
De sí blasona y de su heroica raza.
¿ Ó entre plumas aguarda que la muda
Noche cual otra vez le traiga ayuda ?

LXXIV.

« Otro venga, si él teme á este enemigo ;
Juntos venid, infantes, caballeros ;
Pues de hombre á hombre combatir conmigo
No hay quien ose entre innúmeros guerreros.
Esa es la tumba que á Jesus dió abrigo.
La veis, ¿ y el pié no adelantais ligeros ?
Los votos ¿ no cumplis ? Mirad la entrada.
¿ Á cuál obra mayor guardais la espada ? »

LXXV.

Cual con áspero látigo así azota
Á todos con su escarnio el Sarraceno;
Pero más que otro alguno en rabia ignota
Se abrasa el Conde de vergüenza lleno;
Su antiguo enojo estimulado brota
Con más vigor del encendido seno,
Y en Aquilino monta con presteza,
Bruto á quien nombre dió su ligereza.

LXXVI.

Nació en el Tajo, en cuya verde orilla
La hermosa madre de la grey guerrera,
Cuando la alma estacion ardiente brilla
Y el fuego del amor la sangre altera,
Vuelta al Oriente, la feraz semilla
Con fauce abierta y anhelante espera,
Y ¡oh prodijio! aspirando el raudo viento
Goza y concibe de su tibio aliento.

LXXVII.

Así Aquilino, sin dudar, nacido
Del aura más purísima ser debe;
Y es tan veloz, que huella no ha esculpido
Cuando galopa sobre arena leve,
Cuando gira en las piernas recogido
Ó á diestra y á siniestra el curso mueve.
Montado en tal brido, marcha al asalto
El Conde, y dice con la vista en alto:

LXXVIII.

«Oh tú en quien solo la virtud contemplo
Que en Terebinto derribó al gigante,
El gran despojo conduciendo al templo
La diestra humilde de inexperto infante!
Haz tú, Señor, con repetido ejemplo,
Que ese infiel ante mi caiga espirante,
Y humille débil viejo frente impía
Como débil rapaz postróla un día.»

LXXIX.

Así rogaba el Conde, y su plegaria,
Cual sube al aire el fuego por natura,
Se eleva hasta los cielos voluntaria,
Perfumada en olor de fe tan pura.
La acoge Dios, y de su hueste varia
Confía á uu ángel su defensa y cura,
Y le encomienda que triunfante y sauo
De las armas le saque del pagano.

LXXX.

Aquel ángel que guarda fué elegido
Del de Tolosa, por saber profundo,
Desde el día primero en que ha nacido
Y peregrino á ser vino del mundo,
Hoy que Dios otra vez le ha prevenido
Cual custodio guardar al buen Raimundo,
Á la alta roca do se guardan sube
Las incorruptas armas del Querube.

LXXXI.

Se mira el asta allí que á la serpiente
Dió la muerte, y los dardos inmortales;
Las flechas que invisibles á la gente
Las pestes llevan y morbosos males;
Allí en alto se mira el gran tridente
Primer susto á los miseros mortales,
Cuando la tierra hiere y la cimbrea,
Y la torre y el muro titubea.

LXXXII.

Entre arneses tambien brilla colgado
El escudo de nítido diamante,
Grande, que es solo á cobijar sobrado
Las gentes desde el Cáucaso al Atlante;
El que á naciones santas ba guardado,
Y al justiciero bienhechor reinante.
Este el ángel tomando, oculto llega
Á do Raimundo su valor despliega.

LXXXIII.

Á los muros en tanto turba inmensa
Se agolpa ya, y el bárbaro tirano
Manda á Clorinda que con linea extensa
Su escuadra asiente á la mitad del llano.
De la otra parte, militar defensa
Forma tambien la hueste del cristiano,
Y en medio á los opuestos escuadrones
Ancho espacio les queda á los campeones.

LXXXIV.

Miraba, y á Tancredo no veía
Argante; si adalid desconocido.
Mas Raimundo « está ausente, le decia,
Por tu dicha el rival que has prefcrido;
Mas no por eso tu altivez se engría;
Que en la vez del guerrero esclarecido
Yo tu orgullo á rendir de sobra basto
Y á dar á tu vigor fatal contraste. »

LXXXV.

Sonriese el Círcaso y dice al Conde:
« ¿Qué hace Tancredo pues? ¿Do está el altivo
Que asusta al mundo y que despues responde
Esquivando las lides fugitivo?
¡Ah! si hora el seno de la mar le esconde,
No evitará mi brazo vengativo. » —
« Miente, exclama, quien habla de tal suerte,
Y vale más que tú varon tan fuerte. »

LXXXVI.

Brama el Círcaso y dicele: « Acomete
Sin tregua pues, que en su lugar te admito,
Y pronto se verá si, cual promete
Tan loco hablar, sostienes el conflicto. »
Así á las armas vienen, y al almete
Las dirigen con ímpetu inaudito.
Raimundo á do miró puso la lanza;
Mas á moverle del arzon no alcanza.

LXXXVII.

Corrió de la otra parte el altanero
(Fallo insólito en él) la tela en vano;
Que aparta el golpe el celestial guerrero
Del defendido paladin cristiano.
Los labios se remuerde Argante fiero
Y el asta blasfemando arroja al llano.
Después la espada empuña y furibundo
Se abalanza al impávido Raimundo.

LXXXVIII.

Derecho parte su corcel maestro,
Cual carnero al topar, baja la testa;
Hurta el encono Raimundo al flanco diestro,
Y en la frente al pasar golpe le asesta.
Torna Argante de nuevo, y al siniestro
Rauda quite otra vez el Conde apresta,
Y aunque á dar en el yelmo el golpe vino
Lo resiste su temple diamantino.

LXXXIX.

Pero el feroz pagano, que apetece
Lid más estrecha, con el Conde cierra.
Este, á quien mole tanta ya estremece,
Teme rodar con su corcel por tierra.
Se aparta, y vuelve, y revolver parece,
Girando en derredor con hábil guerra:
Dócil al freno el rápido caballo
En falso ni una vez asienta el callo.

XC.

Cual traza y arte y máquinas recorre
El capitán que expugna alta y potente
De pantanos cercada excelsa torre;
Así Raimundo agítase impaciente,
Y viendo que á romper en balde acorre
La armadura del pecho ó de la frente,
Golpea otros arneses y á la espada
Por entre fierro y fierro busca entrada.

XCI.

Ya las contrarias armas ha horadado
En dos partes ó tres y enrojecido,
Y él las suyas intactas ha guardado,
Sin que adorno y cimera hayan sufrido.
En balde brama Argante y despechado
Sus fuerzas mira y su valor perdido;
Mas no se cansa, y golpe á golpe junta
Con inútil afán, de corte y punta.

XCII.

Al fin entre cien golpes el Circaso
Uno tan cerca á descargarle vino,
Que no bastara fugitivo el paso
Á salvarle del rápido Aquilino;
Mas no le falta en el urgente acaso
El invisible defensor divino;
Que alza el brazo, y resbala el fierro crudo
Sobre el diamante del celeste escudo.

XCIII.

Eu menudos pedazos á la arena
Roto saltó. ¿Qué mucho no resista
De oficina mortal obra terrena
Al temple puro del eterno Artista?
El ánimo de asombro siente llena
Argante, y duda aún de su propia vista
Y de que acero tal cubra al cristiano,
Y contemplando está su inerme mano;

XCIV.

Pues rota juzga la tremenda espada
En el broquel que á su rival defiende,
Y Raimundo también, que la sagrada
Intervencion del cielo no comprende;
Mas como ve la diestra desarmada
Del extático infiel, la lid suspende;
Que es laurel que no eleva, sino abate,
El que se gana en desigual combate.

XCV.

Iba á decirle ya: toma otro acero,
Cuando este nuevo escrúpulo le asalta:
Que ofende su derrota al campo entero,
Pues su causa es comun, insigne y alta.
No anhela pues un lauro venturero,
Y teme en muchos derramar su falta.
Mientras así duda, Argante en su congoja
El pomo inútil á la faz le arroja;

XCVI.

Y su corcel á un tiempo precipita,
Y á luehar cuerpo á cuerpo el brazo extiende.
El despedido fierro el casco agita
Del Tolosano y su mejilla ofende;
Mas no teme, y con cólera infinita
De los brazos de Argante se desprende
Y en la diestra le hiere, que bizarra
Á asir venía eual rapante garra.

XCVII.

Despues en torno amenazando gira
Y revuélvese de una y otra parte,
Y siempre euando avanza ó se retira
Golpes de muerte en el iufiel reparte.
Cuanto reneor antiguo y nueva ira,
Cuanto el esfuerzo aleanza y puede el arte;
En daño del iufiel todo lo aduna
Del cielo secundado y la fortuna.

XCVIII.

De fluisimo acero Argante armado
Y del propio valor, resiste grave,
Y parece, sin rumbo en mar turbado,
Rotas velas y jareias, fuerte nave,
Que alto bordo teniendo y reforzado
Robustamente con soberbia trabe,
Magüer que borrascoso el mal le azota,
Ánn no del todo la esperanza agota.

XCIX.

Tal, Circaso, tu riesgo cutónees era
Cuando ayudarte Belcebú dispuso.
El de intenso vapor sombra ligera
(¡Oh prodigio!) en mortal forma compuso,
Y el cuerpo y rostro de Cloriunda fiera
Y las armas espléndidas le puso,
Dióle su andar, su porte y movimiento,
Y el son y el arte de su propio acento.

C.

La sombra caminando al sagitario
Oradino famoso, así le dijo:
«Gran flechador, que siempre en tu contrario,
Á do la vista, el dardo dejas fijo,
¿Sufrirás que así rinda temerario
Al hijo de Ismael de Cristo el hijo,
Y que arrastre á su campo, á nuestros ojos,
De candillo tan alto los despojos?»

CI.

«¡Ah! no sea, y acabe tu saeta
Con la muerte del Franco la impia lucha;
Que sobre el lauro de tu accion discreta,
Premio tendrás del Rey con honra mucha.»
Así le habló, y aquel ya no se aquieta
En cuanto el son de la promesa escucha,
Y del grave carcaj que al hombro pende
Toma un dardo sutil y el arco extiende.

CII.

Suena el tendido niervo, y son distinto
Silba el astil que densa pluma emboza,
Y al extremo va á dar donde del cinto
Se junta el hebillage, y le destroza.
Hiende el arnes, y en leve sangre tinto
Se pára allí y el flanco apenas roza;
Que al dardo, aunque de fuerza atroz compulso,
El guarda santo le cortó el impulso.

CIII.

La flecha arranca del arnes Raimundo,
Y mirando el carmin que la teñía,
Al rival ecba en cara furibundo
La rota fe, la infame bastardía.
Gofredo, que los ojos ni un segundo
Del amigo adalid quitado había,
Ve la traicion, y porque grave ctiende
La herida, gime y en furor se enciende.

CIV.

Y con los ojos á su gente fiera
Y con la lengua incita á la venganza.
Vieras allí calar toda visera,
Bajar las riendas y enristrar la lanza,
Y á un tiempo casi, multitud guerrera,
Que de una y otra parte se abalanza.
El campo desaparece: el polvo sube
Denso y menudo en sofocante nube.

CV.

De escudos y astas rotas resonante
En el primer encuentro el eco gira.
Muerto está aquel guerrero; este espirante,
Triste se queja ó con dolor suspira;
Aquí yace un caballo, y otro errante
Sin su jinete allí correr se mira.
Fiera es la pugna, y cuanto más se acrece
Y se confunde más, más se embravece.

CVI.

Salta Argante en el medio ágil y suelto,
Le arrebató á un guerrero ingente maza,
Y rompiendo el tropel de que está envuelto
Forma en torno con ella extensa plaza.
Busca solo á Raimundo; á él solo vuelto
Con espantable cólera amenaza,
Y en su sangre, cual tigre carnícera,
Saciar pretende el hambre que le altera.

CVII.

Mas nuevos combatientes el sendero
Le cierran y hacen sus esfuerzos tardos:
Á Orman topa, y á Güido, y á Rugiero
De Balnavilla, y á los dos Gerardos.
No se rinde, no cede; ántes más fiero
El encuentro le ardió de esos gallardos;
Cual fuego que un obstáculo detiene
Y más vivo después y horrendo viene.

CVIII.

Mata á Orman, hicie á Güido, viene á tierra
Rugiero entre cadáveres muriente;
Pero las turbas crecen, y le cierra
De armas y hombres un círculo ferviente.
Mientras igual, por su vigor, la guerra
Se sostiene entre la una y otra gente,
Llama á su hermano el Capitan, y fiero,
«Mueve, le dice, tu escuadron guerrero,

CIX.

» Y allí do la batalla es más sangrienta
Flotar yo vea el estandarte blanco.»
Marcha aquel, y es la furia tan violenta
Con que embistió por el izquierdo flanco,
Que el asiático pueblo ardor no cuenta
Con que al duro resista ímpetu franco,
Que pisa entre los rotos escuadrones
Caballeros, caballos y pendones.

CX.

Tambien del sarraceno el ala dicstra
Dispersada se ve y hecha pedazos,
Y en vano brama Argante en la palestra;
Que el miedo rompc del deber los lazos:
La planta él solo afirma y la faz muestra;
Ni quien con manos ciento y con cien brazos
Cien accros á un tiempo manejara,
En hacer tanta riza le igualara.

CXI.

Él sustenta el impulso de jinete,
De maza y de puñal, de dardo y asta,
Y hora al uno, hora al otro le acomete,
Y eseneto y solo contra todos basta.
Rotos los miembros, el paves y almete,
Sudor y sangre, sin sentirlo, gasta;
Mas tan denso estrechóle el enemigo,
Que al fin movióle y le arrastró consigo.

CXII.

Da la espalda al torrente que le tira
Y en su violento empuje le arrebata;
Mas no cual fugitivo se retira,
Ni el temor en su rostro se retrata.
Con el sólito ardor la vista gira,
En denuestos su lengua se desata,
Y á contener se arroja de mil modos
El impulso fugaz que arrastra á todos.

CXIII.

Ni lograr puede que la fuga sea
Menor al ménos, ni su gente aduna;
Que no deja entender la vil ralea
De ruego ni mandato voz alguna.
El gran Bullon, que al colmo de su idea
Llega en tanto favor de la fortuna,
Sigue del triunfo el ímpetu dichoso
Y más refuerzo manda al victorioso.

CXIV.

Y si no fuera que el Eterno escrito
No tiene aún de la victoria el día,
Aquel era el feliz que el campo invito
El fruto de sus penas recogía.
Mas la hueste infernal que en el conflicto
Menguar su imperio y su poder veía,
No vedándolo Dios, en un momento
Las nubes junta y desenfrena el viento.

CXV.

A los ojos del hombre oscuro velo
Roba el sol y la luz con raudo escampo.
Más que el profundo averno, hórrido el cielo
Sólo del crudo rayo arroja el lampo.
Ruge el trueno; la nube envuelta en hielo
Abate pasto y miés, inunda el campo,
Y sopla el torbellino por cien bocas,
Y desgaja los robles y las rocas;

CXVI.

Y en el rostro del franco hace que arroje
De frente su furor lluvia y arenas.
El daño, que imprevisto así las coge,
Las escuadras paró de asombro llenas.
La mayor parte de ellas se recoge
A sus pendones, que distingue apénas.
Mas Clorinda, de allí cercana un paso,
El favor aprovecha del acaso.

CXVII.

Á los suyos les grita: « Ya combate
Por nos el cielo y su rigor retracta,
Y mientras con violencia el rostro bate
De la enemiga gente estupefacta,
Libre está nuestro brazo y del embate
Del erudo viento nuestra faz intacta.
¡Vedlos ciegos, el brazo desarmado!
¡Venid! Es hoy nuestro caudillo el hado.»

CXVIII.

Así mueve á su hueste, y recibiendo
De espaldas sólo el infernal amago,
Al franco asalta con empuje horrendo,
Que se defiende perezoso y vago.
Al tiempo mismo Argante revolviendo,
Hace en los que vencian erudo estrago,
Y estos del monte huyendo por la falda,
Al fierro dan y al huracan la espalda.

CXIX.

Los hombres y elementos vengativos
Siguen en pos del franco temeroso;
La sangre los arroyos fugitivos
Tiñe y aumenta su caudal pluvioso,
Y entre el vulgo de muertos y mal vivos,
Caen Pirro y Rodolfo el animoso.
Clorinda sobre aquél ganó la palma;
Á éste el Circaso arrebatóle el alma.

CXX.

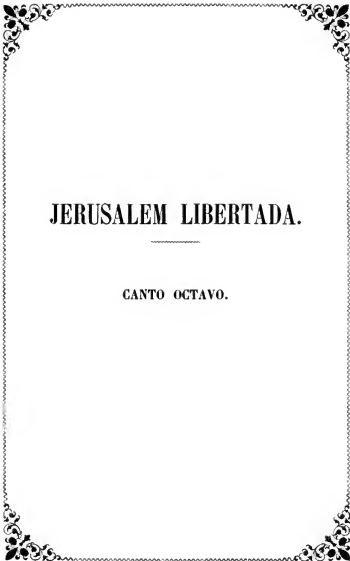
Así la gente de la Cruz fugia
Seguida del averno y sus legiones;
Y solo contrastando la porfia
De los vientos, de infantes y bridones,
Gofredo la serena faz volvía,
Severo reprendiendo á sus varones;
Y á la puerta del campo el gran caballo
Paraba entre su pueblo por guardallo.

CXXI.

Veloz dos veces contra Argante gira,
Y dos veces al bárbaro contiene;
Y allí do más la turba hostil se mira,
Su brazo invicto á destrozarla viene.
Al fin á sus trincheras se retira,
Y el pagano en su triunfo se detiene.
Este á Solima torna: los cruzados
Yacen entre sus tiendas fatigados.

CXXII.

Y ni aún allí se libran de los males
Con que el crudo huracan los acongoja.
Vase el fuego apagando de los reales;
La lluvia entra do quiera; el viento arroja
Rasgadas lonas, traves y puntales,
Con que de asilo al sitiador despoja,
Y el tronar y los gritos que resuenan,
De armonía espantosa el mundo llenan.



JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Un caballero cuenta á Bollon las hazañas y muerte del principe de Dinamarca.

Los italianos, engañados por vagas sospechas, piensan que el valiente Reinaldo ha sucumbido. El infierno les inspira su furor, y se abandonan á todo el exceso de la cólera y de la venganza. Amenazan en motín la vida de Godofredo; mas éste lo reprime y aplaca, protegido por el cielo.





MUERTE DE SUEÑO.

[Canto VIII.]

CANTO OCTAVO.

—•••••

I.

CESARON de soplar el Austro y Coro;
La borrasca infernal pasado habia,
Y con la faz de rosa y planta de oro
Hermosa el alba con su luz venia;
Mas la precita gente no el tesoro
Consumió de su astucia y arteria,
Y el soberbio Astarot de esta manera
Habla á Aleto su inmunda compañera:

II.

«Mira, Aleto, venir (sin que impedido
Por nadie pueda ser) aquel guerrero
Que vivo de las manos ha salido
De Soliman nuestro adalid primero.
Ese diciendo al franco del perdido
Príncipe y de su gente el caso fiero,
Cosas descubrirá que harán se pida
Del hijo de Bretoldo la venida.

III.

«Sabes tú que oponer fuerza y engaño
Nos conviene á su próspero destino:
Baja á las tiendas pues, y trueca en daño
Cuanto diga por bien el peregrino.
Abraza el corazón con fuego extraño
Del helvecio, del anglo y del latino;
Irás mueve y tumultos, y haz de modo
Que se rompa y disperse el campo todo.

IV.

«Vuela al franco: de ti digna es la obra,
Y un tiempo á nuestro Rey ya la ofreciste.»
Este recuerdo á decidirla sobra,
Y el monstruo de sus armas se reviste.
Al valle en tanto llega, y se recobra
No bien de su fatiga el nuncio triste,
Cuando al primero que topó pregunta
Por el Caudillo de la hueste junta.

V.

Gran turba le conduce al Soberano,
Que al paso nuevas escucharle entiende:
Él á su vista inclínase y la mano
Que sacude á Babel besar pretende.
Luego dice: «Caudillo del cristiano
Pueblo, cuyo valor la fama extiende,
¿A ti nuncio feliz llegar querría.....
Y suspirando, en esto, proseguía:

VI.

» Suenon, del rey danes único hijo,
Honra y sosten de su vejez cansada,
Puso en el Asia el pensamiento fijo
Y en los que ciñen por Jesus la espada.
Ni riesgo, ni dolor, ni afán prolijo,
Ni amor del padre, ni del cetro; nada
Basta á borrar del pecho y la memoria
Ese empeño tenaz de fama y gloria.

VII.

» Aprender anhelaba el modo y arte
De la milicia fatigosa y dura
Con el grande Bullon, probando en parte
Rubor y enojo de su vida oscura,
Al ver cuál de Reinaldo se reparte
En verde edad la fama ya madura;
Pero aún más le enardece el santo celo,
No de terreno bien, de amor del cielo.

VIII.

» Gente arrojada y de vigor robusto
Toma, y parte ligero, y Francia adentro
Penetra, y llega sin afán ni susto
Á la ciudad que del imperio es centro.
Le acogió en su palacio el Griego augusto,
Y allí de un nuncio tuyo hubo el encuentro.
Él le dijo el asalto de Antioquía
Y duro asedio que despues sufría.

IX.

» Del persa le narró, que con legiones
Y pueblos tantos á cercarla vino,
Que dejar parecia de varones
Vacío el ancho imperio al sol vecino.
Él de ti, de tus inclitos campeones
Contóte, y de Reinaldo el paladino;
Su audaz fuga le dijo y tanta hazaña
Con que ilustró su nombre en la campaña.

X.

Y por narrarle acaba cuál trahaje
Por rendir á Salem vuestro ardimiento,
Y le incita á que acuda su coraje
Del infiel al postrero vencimiento.
Estímulo tan vivo este lenguaje
Es de Suenon al juvenil aliento,
Que está ya ansiando en sangre de paganos
Teñir su acero y empapar sus manos.

XI.

» Entiende que su inercia le moteja
Del ajeno valor la gloria mucha,
Y al que parar le pide ó le aconseja,
Desestima fogoso ó no le escuela.
Ni riesgo mira, ni temor le aqueja,
Sino el de verse tarde en la alta lucha.
Tan sólo este peligro siente grave:
De más trabajos sospechar no sabe.

XII.

» No aguarda que la suerte nos arroje;
Mas sale á adelantarla su osadía;
Ni espera que las sombras desaloje
El temprano carmin del nuevo día;
Cual camino mejor el breve escoge;
Por él seguimos al Señor y guía,
Bosques, breñas, obstáculos hollando
Y enemigas celadas despreciando.

XIII.

» Affligiéonos el hambre, el mal seguro
Camino y los asaltos pertinaces;
Mas vimos, libres ya de tanto apuro,
Muertos á los contrarios ó fugaces.
Tornó el trabajo á cada cual más duro
Y al fin nos hizo la victoria audaces,
Cuando un día en el límite vecino
Nos hallamos del suelo palestino.

XIV.

» Nos advierten aquí los corredores
Que alto estrépito de armas han notado
Y enseñas visto, anuncios precursores
De que es cerca un ejército acampado.
Ni el tranquilo ademan, ni los colores
De la faz nuestro Príncipe ha mudado,
Cuando el miedo en los otros pintar quiso
Con mortal palidez el triste aviso.

XV.

« Dice sólo: Ya cerca nos hallamos,
Amigos, del martirio ó la victoria.
Esperemos en ésta y no temamos
De aquél, que nos ofrece eterna gloria.
Convirtamos el suelo que hoy pisamos
En sacro templo de inmortal memoria,
Donde enseñe hasta el fin la edad futura
Nuestros lauros á un tiempo y sepultura.—

XVI.

« Calla, y los puestos con quietud dispone
Y los cargos comparte y la fatiga.
Quiere en armas su gente, y no depone
Él tampoco ni yelmo ni loriga.
Era aún la noche en la sazón que pone
Más hondo olvido con su calma amiga,
Cuando el horrendo ahullar del barbarismo
Llegó hasta el cielo y atronó el abismo.

XVII.

« Suenon grita á las armas, y en defensa
Manda que su legion forme y se apiñe,
Y en los ojos radiando luz inmensa,
Del color de la audacia el rostro tiñe.
Henos aquí embestidos: turba densa
Por do quiera la escuadra envuelve y ciñe.
Bosque de astas y espadas nos circunda
Y granizo de dardos nos inunda.

XVIII.

» En el conflicto y desigual palestra,
Do combate un danes por veinte infieles,
Entre heridos y muertos la flor nuestra
Cae rompiendo marlotas y alquiceles;
Mas encubre la noche tanta muestra
De virtud y tan inclitos laureles,
Y el espirante número aún no asombra
Porque lo esconde la nocturna sombra.

XIX.

» En medio del rigor de la batalla
Suenon alza la frente, y poderoso
Con inaudito esfuerzo hiende y talla,
Brillando en las tinieblas luminoso.
Con un monte de muertos bace valla;
Un torrente de sangre le da foso,
Y parece llevar contra el pagano
En la vista el terror, muerte en la mano.

XX.

» Lidiamos de este modo hasta que el día
Pintó el Oriente de topacio y rosa;
Mas no bien él la sombra descorria
Que á los muertos tapaba misteriosa,
Dobló la ansiada luz nuestra agonía
Escena iluminando dolorosa;
Que el fin de nuestros males vimos cierto
Y el suelo de cadáveres cubierto.

XXI.

» ¡Éramos ciento de dos mil! ¡Ay! cuando
Vió Suenon tanta sangre y tanta muerte,
El horrible desastre al miserando
Le acongojó tal vez el alma fuerte;
Mas sin mostrarlo; ántes la voz alzando,
Sigamos, nos gritó, la heroica suerte
De los que ya triunfantes del averno
Á la mansion nos llaman del Eterno.

XXII.

» Dijo, y ledo, á mi ver, con la vecina
Muerte, de corazon y de semblante,
Contra la horrenda furia sarracina
Presenta el pecho intrépido y constante.
No bastara á sufrir malla, aunque fina
Fuese, y de fierro no, mas de diamante,
Rigor tan fuerte. En tanto en el guerrero
Una llaga es no más el cuerpo entero.

XXIII.

» Ya, no la vida, la virtud sostiene
Á aquel fiero que indómito áun respira:
Hiriendo, herido, su valor mantiene;
Ni pára de ofender, ni se retira,
Cuando ve aqui que contra el héroe viene
Grande, horrendo mortal ardiendo en ira,
Que tras de crudo y pertinaz combate,
De muchos ayudado, al fin le abate.

XXIV.

» Cayó ¡ay dolor! y del garzon preclaro
Ni uno quedó á vengar la infausta suerte.
Por testigo te pongo, ¡oh de mi caro
Príncipe y mi Señor despojo inerte!,
Que no fui de mi vida entonces avaro;
Mas veces mil me adelanté á la muerte;
Y yo la merecí, si tal consuelo
¡Ay! me negaste desde el alto cielo.

XXV.

» Vivo quedé yo solo entre despojos,
Si puede aquel vivir llamarse vida,
Privados de sentir los miembros flojos
Y la memoria entre el sopor perdida.
Cuando despues la luz tornó á mis ojos
Que una nube envolviera denegrida,
De noche parecíome, y con penosa
Mirada vi lucir llama dudosa.

XXVI.

» Turbia mi vista aún, virtud no encierra
Que á discernir las cosas tenga acierto;
Mas via como aquel que entreabre y cierra,
Ni dormido los ojos, ni despierto,
Y empezaba el dolor á darme guerra
De las heridas de mi cuerpo yerto,
Que encona el aire y nocturnal rocío
Al raso cielo y sobre el campo frío.

XXVII.

» Aquella luz se iba acercando en tanto,
Y un murmullo bajísimo resuena.
Luégo á mi lado se coloca el canto,
Y yo el párpado torpe alzo con pena
Y á dos, vestidos con extenso manto,
Miro teas llevando y que en serena
Voz me dicen: Confía, hijo, en el cielo
Que al piadoso y contrito da consuelo.

XXVIII.

» Así el uno me habló: Despues la mano
Bendiciendo extendió sobre mi frente,
Y con susurro murmuró cristiano
Voz que no se comprende aunque se siente,
Y ¡levánta!, añadió. Yo libre y sano
Me hallé de mis heridas de repente;
Y aún notar parecióme (¡Oh gran prodigio!)
Brio mayor cual único vestigio.

XXIX.

» Atónito los miro y dentro lucho
En dar asenso á la verdad que toco,
Cuando: Mortal sin fe, decirme escucho,
¿Qué duda así tu pensamiento loco?
Miras terreno barro y frágil mucho:
Siervo soy de Jesus; su nombre invoco,
Apartado del mundo y de su engaño,
En agria soledad pobre ermitaño.

XXX.

» De tu salud ministro me ha elegido
Del Rey del orbe la intencion benigna:
El que á obrar el milagro más subido
Humildes medios á la vez designa,
Hoy que yazca no sufre en el olvido
El cuerpo en que ha morado alma tan digna:
Mas quiere se remonte eterno y puro
Con ella á unirse al inmortal seguro.

XXXI.

» De Suenon digo, á cuya muerte honrosa
Tumba debe erigirse que arrogante
El hecho insigne y la virtud famosa
Hasta la edad publique más distante.
Mas los ojos eleva y mira hermosa
Huir estrella como el sol radiante.
Síguela pues; te llevará su brillo
Do el cuerpo está del ínclito caudillo.

XXXII.

» De aquel nocturno sol vívido y gayo
Miro entónces partir línea fulgente,
Que adonde el cuerpo está baja al soslayo,
Cual áureo rasgo de pincel valiente;
Y sobre él tanta luz vierte su rayo,
Que cada herida resplandee ardiente,
Conocidos mostrándose á mis ojos
Los desgarrados lívidos despojos.

XXXIII.

« Veo su faz, que en atriecion completa
Estar parece y divinal contacto,
Y al cielo mira sosegada y quieta,
Como el que pone allí su amor intacto.
De la espada una mano el pomo aprieta
Dura, aterida, de asestar en acto;
Otra en humilde accion el pecho ampara,
Como si á Dios perdon le demandara.

XXXIV.

« Mientras lavo sus llagas con el llanto,
Sin lanzar el dolor que me aeongoja,
La helada mano abriendo el viejo santo,
Del fierro que oprimia la despoja;
Y, esta, me dice, que sembrara hoy tanto
Estrago y que de sangre aún miras roja,
Espada es grande, y tu memoria sabe
Que otra de más virtud hallar no cabe.

XXXV.

« Así, Dios manda (pues usarla veda
Á su señor primero la impia muerte)
Que no en ocio y olvido aquí proeeda;
Ántes pase á otra mano osada y fuerte,
Que con vigor igual blandirla pueda
Dias más largos de inmutable suerte,
Tomando (que está en ella esa esperanza)
Del homicida de Suenon venganza.

XXXVI.

» Soliman á Suenon quitó la vida,
Y á Soliman postrar debe su acero.
Tómale pues y parte á do ceñida
Es Salem del católico guerrero;
Y no temas la senda ver perdida,
Inerte al recorrer campo extranjero;
Que fácil el camino ya te muestra
Del que te envía la potente diestra.

XXXVII.

» Él quiere que la voz del que salvara
Para tan noble fin, al franco diga
La piedad, el valor con que ilustrara
Tu señor caro la marcial fatiga,
Para que ejemplo de virtud tan rara
De la purpúrea Cruz la gente siga,
Y hora y eternamente alto se aclame
Y á los pechos magnánimos inflame.

XXXVIII.

» De quién el fierro ha de heredar sangriento
Falta que el nombre tu memoria aprenda.
Es Reinaldo, el rapaz cuyo ardimiento
No hay varon en el campo que contienda.
Entrégaselo y dile que á su aliento
Solo la alta venganza se encomienda.—
Mientras fijo á estas voces atendia,
Turbó nuevo milagro el alma mia.

XXXIX.

» Allí donde el cadáver reposaba
Vi de pronto un sepulcro alzarse abierto,
Que al subir en su centro le encerraba
(Si de cuál modo y arte no soy cierto)
Y que en grabados signos expresaba
El nombre ilustre y la virtud del muerto.
Yo sentía mi alma irse extasiando,
Ya las letras, ya el mármol contemplando.

XL.

» Y el viejo hablóme: Aquí cabe su gente
Yacerá el cuerpo de Suenon famoso,
Mientras el alma en el seno del potente
Goza amando del bien más venturoso.
Mas tributo de lágrimas ferviente
Pagaste asaz: ya es tiempo de reposo.
Tú mi huésped serás hasta la hora
Que anuncie tu partir la blanca aurora.

XLI.

» Calla, y con pena y vacilante paso
Sigo las vueltas que su pié describe,
Hasta do cuelga de peñasco raso
Cóncava gruta que ni luz recibe.
Allí entre lobos y osos, ledo acaso,
Confiado al ménos, con su alumno vive;
Que la inocencia al pecho más desnudo
Es defensa mejor que arnes y escudo.

XLII.

« Refaccion á mi cuerpo fatigado
Duro lecho y manjar silvestre dieron,
Y appena el horizonte nacarado
Las ráfagas del día traspusieron,
Uno y otro eremita (y yo á su lado)
Con celo vigilante á orar salieron.
Luégo del santo viejo despedime,
Y aquí do me ordenaron dirigime. »

XLIII.

El tudesco acabó. Con voz llorosa
Respóndele Bullon: « Tu labio aterra
Al campo con la nueva dolorosa
Que vena tanta de dolor encierra.
¡Ay cuán amiga gente y valerosa
Devoró corto tiempo y breve tierra!
¡Tu señor cual relámpago brillante
Lanzó su luz, y se apagó al instante!

XLIV.

« Pero esas muertes útiles contemplo
Más que conquista yo de reino caro;
Que el Capitolio antiguo dar ejemplo
Igual no puede de valor tan raro.
Ellos del cielo en el lumbroso templo
Visten las sienes de laurel preclaro,
Y cada cual allí la roja seña
Por do la muerte entró contento enseña.

XLV.

» Mas tú, que al riesgo y afanar prolijo
Aun quedas de los huéspedes del mundo,
Ten en su gloria el pensamiento fijo
Y el rostro de dolor torna en jocundo;
Y pues demandas de Bretoldo al hijo,
Sabe que ausente yace y vagabundo,
Y á bien no tomo que en su busca luches
Antes que nuevas de su andar escuches. »

XLVI.

De muchos en el alma, á estas razones,
El amor por Reinaldo se concentra,
Y dicen: « ¡Ay, por bárbaras regiones
El jovencillo errante hora se encuentra! »
Narran al extranjero sus acciones
Do el saber siempre con las fuerzas entra,
Y ese aplauso al danes revela entero
El valor del ausente caballero.

XLVII.

Cuando así de Reinaldo la membraza
El corazón de todos conmovia,
He aquí de vuelta el escuadrón que, á usanza
De guerra, al campo á merodear salía.
Conduciendo tropel lanudo avanza,
Y gordas reses que robado había,
Y granos, y forrajes, que alimento
Presten y fuerzas al corcel hambriento.

XLVIII.

Y triste signo traen que denota
Daño fatal, que en apariencia es cierto:
Del buen Reinaldo ensangrentada y rota
La veste y el arnes do quiera abierto.
Extiéndese al instante (¿y quién ignota
Tal nueva ha de guardar?) un ruido incierto.
Doliente el vulgo aquí se precipita
Por ver las armas y en tropel se agita.

XLIX.

Ve y conoce la mole dilatada
Del arnes, y el paves que el brazo abruma,
Con el ave que al sol la prole amada
Enseña á desplegar la incierta pluma.
En la lid esas armas apretada
Vía un tiempo brillar con gloria suma;
Hora con pena amarga, y no sin ira,
Destrozadas allí yacer las mira.

L.

Mientras murmura el campo y variamente
De esa muerte el origen interpreta,
Quiere el pio Bullon se le presente
El jefe á quien la escuadra se sujeta.
Es Alipandro, capitan prudente,
De palabra veraz, corta y discreta.
Á este manda explicar dónde el despojo
Halló, y las causas de inquietud ó enojo.

LI.

« Hay de aquí dos jornadas, le responde,
En el confin de Gaza y apartado
De la pública via, un valle en donde
Círculo forma desigual collado,
Y un manso arroyo fecundante esconde
Su pié de plata entre fragor sobrado;
Inhóspite, selvoso, al maleficio
Es el lugar y á la traicion propicio.

LII.

« Buscábamos, Señor, reses venidas
Allí al despunte de los verdes ramos,
Cuando entre juncias de carmin teñidas
De un guerrero el cadáver nos hallamos.
Al mirarle las armas, conocidas
Del vil lodo á pesar, todos volamos.
Y el rostro á descubrir yo me acercaba,
Cuando vi que la testa le faltaba.

LIII.

« Heridas muestra de la espalda al pecho;
Mauco está de la diestra el busto frio,
Y es del águila blanca á corto trecho
La rota veste y el morrion vacío.
Mientras alguno á quien pregunte acercho,
Un pastorcillo cruza el bosque umbrío.
Que en presurosa fuga de repente
La planta vuelve al descubrir mi gente.

LIV.

» Mas alcanzado, á la pregunta mia
Esta nueva fatal dió por respuesta :
Que vió escondido el precedente dia
Muchos guerreros ir por la floresta ,
Y de ellos uno que del pelo asia ,
Largo, rubio y sutil , cortada testa :
La cual le pareció , mirando atento ,
De intonso jóven de beldad portento.

LV.

» Que luégo aquél en cándido vendaje
La envolvió y puso del arzon pendiente ,
Dijo, y por fin, que conoció en el traje
De nuestro bando ser la armada gente. —
Desnudar hice el cuerpo , y homenaje
Prestando á la sospecha amargamente ,
Cargo sus armas yo , miéntras se cura
Mi hueste de cavarle sepultura.

LVI.

» Mas si el tronco es aquel que yo presiento ,
¡Ay! otra tumba y otro honor le toca !»
Calló Alipandro y despidióse atento ,
Que la entera verdad contó su boca.
Grave quedó Bullon : su pensamiento
Vagando está con inquietud no poca :
Más señas quiere del horrendo busto
É indicio hallar del homicida injusto.

LVII.

La noche en tanto con su sombra oscura
Va envolviendo regiones infinitas,
Y á dar á los mortales se apresura
Las de olvido y de paz horas benditas.
Tú no más, Argilan, con alma impura
Negras visiones en la mente agitas;
Que tus ojos el plácido beleño
Gozar no pueden de benigno sueño.

LVIII.

Este, de osada lengua, de atrevido
Genio y de manos impetuoso tanto,
Nació á orillas del Tronto y fué nutrido
De civil guerra entre la sangre y llanto.
Proscrito luego, de su patria ha sido
Por sus robos y muertes el espanto,
Hasta que á Siria vino, do alcanzara
Nombreada mejor en lid más clara.

LIX.

Al alba al fin se aduerme; mas no cabe
En él reposo bonancible y quieto,
Y no es el sueño que le asalta suave,
Ni aún tregua escasa de su afán secreto;
Es sofocante, pavoroso y grave,
Sopor de muerte que le infunde Aleto,
Y espíritu implacable ella le irrita,
Y bajo aspectos mil su pecho agita.

LX.

Alto fantasma á figurarle viene,
Que un gran tronco sin mano representa,
Y una cabeza en la siniestra tiene
Aun medio viva, pálida, cruenta,
Que entre sangre y singultos se previene
Esto á decir con voz llorosa y lenta:
« ¡Huye Argilan! Llegar ¿no ves el día?
¡Guarte del Jefe y de la hueste impía!

LXI.

« Que el rencor envidioso del tirano
Cual la mia os ofrece suerte dura,
Y nada, mis amigos, del insano
Que truncó mi existencia os asegura.
Mas si confías en tu invicta mano
Y en el alma impertérrita y segura,
No partas, no: de mi destino infausto
Corra su aleve sangre en holocausto.

LXII.

« Yo de venganza espíritu y de ira,
Fierro daré á tu brazo, odio á tu seno.»
Así le dice, y con su hablar le inspira
Violentísimo ardor de rabia lleno.
Despiértase azorado, en toruo gira
Sus miradas de sangre y de veneno;
Ármase, y con presteza osada y loca
A los guerreros itálos convoca.

LXIII.

Y júntalos al pie del tronco altivo
Do el gran despojo de Reinaldo pende ,
Y el recelo anterior despierta vivo ,
Y así con voz de guerra los enciende :
«¿Conque un bárbaro pueblo vengativo ,
Que fe no guarda , que razon no entiende ,
De sangre y oro ardido en sed innunda ,
Mará nuestro cuello á su coyunda?

LXIV.

» Cien lustros á eclipsar el poderio
Basta , y borrar de Roma la noticia ,
Lo que en siete años de su mando impío
De humillacion sufrimos é injusticia.
Callo que fué por el saber y el brio
Del buen Tancredo opresa la Cilicia .
Y de regirla el franco hora se aplaude ,
Y roba el premio del valor el fraude .

LXV.

» Callo que á do veloz el riesgo pide
Arrojo y voluntad , esfuerzo y arte ,
De los nuestros alguno alli preside
Primero siempre al ímpetu de Marte :
Y cuando luego el lauro se divide
Y el botín en el ocio se reparte ,
El fértil campo , la riqueza , el oro
Es de ellos sólo y el triunfal decoro .

LXVI.

» Tiempo fué ya que esa altivez tirana
Pudiéramos sentir; hoy al olvido
La alta injuria se dà: maldad insana
Todo otro mal en leve ha convertido.
¡Hora han muerto à Reinaldo, y con la humana
La justicia del cielo han ofendido!
Y Dios ¿no manda el rayo, ni la tierra
En su lóbrego centro los encierra?

LXVII.

» ¡Mataron à Reinaldo, el esforzado
Campeon de nuestra fe, que aún yace inulto;
Y en la pagana tierra mutilado
Dejaron su eadáver é insepulto!
¿Buscáis al asesino despiadado?.....
Mas ¿de quién, compañeros, está oculto?.....
¡Ah! bien sabéis lo que al valor latino
Envidian Godofredo y Baldovino.

LXVIII.

» Pero ¿à qué más decir? Al cielo juro,
Que los labios sacrilegos maldice,
Que al mostrarse la luz al orbe oscuro
Le vide yo vagar, sombra infelice.
¡Qué espectáculo, aymé, tan triste y duro!
¡Cuánto mal de Gofredo nos predice!
No fué sueño; le vi: Do quier que giro
Los ojos, me parece que aún le miro.

LXIX.

« ¿Qué haremos pues? ¿Rendirnos á esa mano
Que de tan cara sangre aún es inmunda?
Y al país ¿no pudiéramos lejano
Dirigirnos que el Eúfrates inunda,
En donde á pueblo imbele, en fértil llano,
Entre ciudades mil nutre ó fecunda?
Vamos, y el suelo que ganar sabremos
Con el franco esta vez no partiremos.

LXX.

« Vamos, é inulta quede la gloriosa
(Si así lo resolveis) sangre inocente;
Bien que si la virtud, que ya reposa
Muelle en vosotros, os hablara ardiente,
Esa que devoró sierpe rabiosa
La gala y flor de la italiana gente,
Escarmiento y terror con su agonía
Á otros monstruos feroces les daría.

LXXI.

« ¡Pluguiera á Dios, si el ímpetu y despecho
De vuestro herido orgullo tanto osase,
Que hoy por mi mano en el cobarde pecho,
Nido de horrores, el castigo entrase!»
Dice así horrible, y su furor deshecho
Consigue que en el alma á todos pase;
Y ¡armas, armas! frenético bramaba,
Y ¡armas! la alzada multitud gritaba.

LXXII.

Su antorcha Aleto sacudiendo, trata
Que peste y llamas y veneno exhale.
El furor, la demencia, la insensata
Sed de sangre y de crímenes prevale,
Y cual lava serpea y se dilata,
Y del latino y de sus tiendas sale,
Y en los helvecios entra, y se difunde,
Y al real despues de los ingleses cunde.

LXXIII.

Ni es que á las razas extranjeras nueva
Sólo el público mal que hora acontece;
Mas la vieja rencilla á la ira nueva
Razon á un tiempo y pábulo le ofrece.
Toda olvidada injuria hoy se renueva;
Contra los francos el insulto crece;
Y el odio, que celar no es ya posible,
En amenazas se difunde horrible.

LXXIV.

Así el agua que cuece á ingente fuego
Bulle en el cobre bueco y se alborota,
Y cuando en él no cabe, suhe luego
Y por los bordes espumante brota.
No basta á contener al vulgo ciego
Quien fria, en tanto, su razon denota,
Y Tancredo y Camilo eran ausentes,
Guillermo y los demas jefes potentes.

LXXV.

Ya á las armas con paso firme y presto
En confusion los pueblos van feroces,
Y se oye de la trompa el son funesto
Y suenan del motin las altas voces.
Gritan que se arme á Godofredo, en esto,
Muchos de aquí, de allí, nuncios veloces,
Y Baldovino, ántes que nadie armado,
Se presenta y le guarda el diestro lado.

LXXVI.

Él, que acusar se oyó, la vista al cielo
Alza y así, cual suele, á Dios acude:
«Tú, que sabes, Señor, con cuánto celo
Librar mi campo de discordias pude,
Tú de esos turbios ojos corre el velo;
Tú refrena el furor que los percude,
Y pues conoces la inocencia nuestra,
Al ciego mundo, por piedad, la muestra.»

LXXVII.

Calla, y un fuego celestial y ardiente,
Que del suelo parece se levanta,
Pasar ligero por sus venas siente
Revistiendo su faz de gloria santa.
Rodeado entónces de su electa gente,
Contra laalzada turba se adelanta,
Sin que el rumor le pare ó le confunda
Que de amenazas y armas le circunda.

LXXVIII.

La gran coraza ostenta, y noble veste
Con no usado esplendor le adorna rica.
Su mano inermie está, y una celeste
Majestad su semblante vivifica.
Tiende el cetro, y domar la indócil hueste
Sin más fierro presume ni más pica,
Y así sobre el motin su acento truena,
Y cual eco mortal su voz no suena:

LXXIX.

«¿Qué locas amenazas y crujido
Oigo de armas sonar? ¿Y quién le mueve?
¿Venerado así ser y conocido
Tras pruebas tantas mi carácter debe?
¿Y aún hay quien de traidor y fementido
Tache á Bullon, y quien la tacha apruebe?
¿Ó esperais que el oprobio infame arrostre,
Disculpa os dé y á vuestros piés me postre?

LXXX.

«¡Ah! no; jamas indignidad tamaña
El mundo lleno de mi nombre entienda,
Y el honor conquistado en la campaña,
La verdad, y este cetro me defienda.
Mas hoy la compasion mande á la saña,
Y no la pena al criminal descienda.
Hora á vuestro Reinaldo invicto os dono
Y su error por sus méritos perdono.

LXXXI.

» La culpa solo con su sangre lave
Argilan, reo del comun delito;
Que por leve sospecha encender sabe
Incautos pechos con rebelde grito.»
Esto hablando, su aspecto lanza grave
De régia majestad lampo infinito,
Tal que Argilan atónito, confuso,
Huye la vista que en temblor le puso.

LXXXII.

Y el pueblo que ántes con soberbia mucha,
Irreverente, audaz bramar se oía,
Y que el fierro y la tea á la ímpia lucha
Que encendió la discordia prevenía;
Baja la frente y en silencio escucha
De la imperante voz la valentía,
Y sufre que Argilan, á quien rodea,
Atado allí por los ministros sea.

LXXXIII.

Así leon, que con rugido fiero
La erizada melena al aire daba,
Si al guarda ve que domeñó primero
Del nativo vigor la furia brava,
Teme su voz, su amenazar severo,
Y por rendir la frente al yugo acaba,
Sus fuerzas olvidando omnipotentes,
Su corva garra y los ebúrneos dientes.

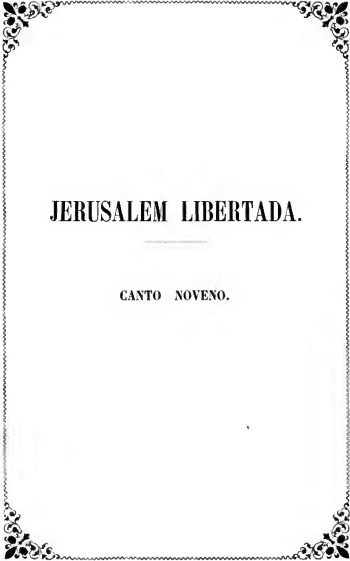
LXXXIV.

Y es fama que en aspecto horrible y crudo
Y soberbia actitud y amenazante,
Á un alado guerrero inmenso escudo
Se vió poner al pio Bullon delante,
Y un acero tambien vibrar desnudo,
Aun de férvida sangre destilante,
Sangre acaso de pueblos infinitos
Que cansaron á Dios con sus delitos.

LXXXV.

Pasó el tumulto. Cada cual depone
Con las armas el torvo pensamiento,
Y altas cosas y nuevas se propone
Gofredo el pié tornando al campamento;
Que al asalto del muro se dispone
De dos luces ó tres al vencimiento,
Y ve y registra las cortadas trabes,
Ó las que el arte alzó máquinas graves.





JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO NOVENO.

ARGUMENTO.

Va la Discordia en busca del Soldan y le incita á embestir durante la noche el campamento de los cruzados. Dios, que ve desde lo alto de los cielos las tentativas de los espíritus malignos, envía á la tierra al arcángel San Miguel. Privados entónces los infieles del apoyo del infierno, y atacados imprevistamente por los caballeros que Armida se habia llevado tras de sí, desesperan de la victoria, y con el mismo Solíman se entregan á la fuga.





GODFREDO RECOGIENDO SUS TROPAS.

(Canto IX.)



CANTO NOVENO.

I.

Mas ya las iras de la alzada gente
Viendo extinguidas la implacable Aletó,
Y que el querer de la inmutable mente
No le es dado cambiar ni el gran decreto,
Parte, y deja á su paso de repente
Pálido el almo sol y el prado escueto,
Y en tropel de otras furias infernales
Nuevo daño prepara y nuevos males.

II.

Ella, que del ejército cristiano,
Por arte de sus cómplices, sabía
Que era ausente Reinaldo y que lejano
Es Tancredo y la gente de valía,
«¿Qué más se espera?, dice. Presto insano
Traiga aquí Soliman la guerra impía.
De hueste que entre sí mal se concierta
Obtendremos (lo sé) victoria cierta.»

III.

Dice, y vuela á do entre árabes errantes
Como caudillo Soliman demora,
El mayor de los ímpios y arrogantes
Contrarios á la hueste redentora,
Aunque rebelde al cielo sus gigantes
Renovara la tierra luchadora.
Este fué rey de turcos, y algun dia
Desde Nicea su nacion regia.

IV.

Frente del griego mar se dilatava,
Del Meandro al Sangar que la confina,
Y el misio, el frigio, el lidio la habitaba
Y la gente del Ponto y la Bitina;
Pero luego que entró con furia brava
Por el Asia la hueste peregrina,
Vióse reudido á la cristiana empresa
Y en doble lid campal su tierra opresa.

V.

Muchas veces movió de guerra el grito;
Mas por fuerza del reino al fin lanzado,
Del honor se amparó del rey de Egipto,
Que le acogió magnánimo en su estado;
¡Feliz que en guerras y marcial conflicto
Le ayudase tan inclito soldado,
Pues resuelto ya tiene á Palestina
De la furia salvar franca y latina!

VI.

Mas ántes que en espléndido decoro
La guerra á sus comarcas anunciase,
Mandó que Soliman (y fuerza de oro
Dióle á ese fin) al árabe asoldase,
Y mientras él del Asia y pueblo moro
Las huestes junta en ordenada base,
Soliman va atrayendo, y fácilmente,
La siempre indócil mercenaria gente.

VII.

Hecho su jefe así, roba y domina
La marca de Judea y su contorno,
Tal que del campamento á la marina
Del todo cierra el paso y el retorno,
Y de su imperio al recordar la ruina
Y la pasada rota y su bochorno,
Aunque incierto tal vez no las resuelve,
Más altas cosas en la mente vuelve.

VIII.

Aleto se le muestra en la figura
De un conocido viejo ilustre y sabio.
Su frente es sin color, rugosa y dura,
Desbarbada la faz, velludo el labio.
Larga túnica viste, y toca oscura
Del tiempo en su cerviz cubre el agravio.
En su escuálida mano el arco brilla,
La aljaba al hombro, al flanco la cuchilla.

IX.

Y le dice: «¿Será que así corramos
La estéril playa y arenal desierto,
Donde ni presas dignas alcanzamos,
Ni honor, ni gloria en nuestro rumbo incierto?
El muro, en tanto, vacilar miramos
Que Bullon con sus torres tiene abierto,
Y pronto hasta de aquí verán tus ojos
Los techos de Salem de llamas rojos.

X.

» Y por trofeo Soliman ¿no cuenta
Más que rebaño vil ó ardida choza?
¿Así ganas el reino? ¿Así tu afrenta
Torpe inacción en aumentar se goza?
¡Sus! Repentino al campo te presenta,
Y en nocturna sorpresa le destroza.
En el consejo fía de tu Araste;
Pues ya rey, ya proscrito, le probaste.

XI.

» El franco no te aguarda, ni es atento
Al árabe desnudo y vagaroso:
Él no creará que al alto atrevimiento
Llegue un vulgo rapaz torpe y medroso,
Y osado habrá de hacerle tu ardimiento
Contra ese campo inerte y en reposo.»
Dijo, y su furia le dejó encendida
Y huyóse entre los vientos confundida.

XII.

Grita el guerrero alzando la impia mano:
«¡Oh tú, que de tan fiero ardor me llenas,
Y que mintiendo así semblante humano
No eres mortal! Iré donde me ordenas:
Iré y haré montaña el que hoy es llano
De moribundas huestes nazarenas:
Rios de sangre haré. La hueste mía
Tú de la noche entre las sombras guía.»

XIII.

Galla, y sus hordas junta. Habla y reprende
À la tribu que halló coharde ó lenta,
Y en el ardor que le devora enciende
La hueste toda á secundarle atenta.
Suena Aleto la trompa, al aire tiende
Su propia mano la señal sangrienta,
Y el campo mueve tan veloz la planta,
Que de la fama al vuelo se adelanta.

XIV.

Despues se aparta Aleto y se reviste
De mensajero en hábito preciso,
Y en el punto en que el dia turbio existe
Entre las sombras y la luz diviso
Entra en Solima, y por la turba triste
Rompe y le lleva al Rey el cierto aviso
Del gran campo que llega, y la hora y seña
De la nocturna accion en que se empeña.

XV.

Mas ya extiende la noche fosco velo
Empapado en vapor caliginoso,
Y no ya riega el val nocturno hiel,
Mas rocío caliente y sanguinoso.
En monstruos y prodigios arde el cielo;
Suenan aullar de fantasmas doloroso.
Vació el Orco Pluton, lanzando fuera
De sus sombras sin fin la copia entera.

XVI.

Con marcha en medio de ellas fatigosa,
Hacia los reales el Soldan camina,
Y cuando ya la noche pavorosa
En carrera más rápida declina,
A ménos de una milla á do reposa
Sosegado el frances él se avecina.
Da aquí pasto á su gente, y desde un alto
Con esta voz la anima al crudo asalto:

XVII.

« Ahí los francos teneis de robos llenos,
Que en un campo más célebre que fuerte,
Tal como el mar en sus voraces senos,
Guarda cuanta riqueza el Asia vierte.
Pues bien, ese oro (y con peligro ménos
Ser no puede) os ofrece hora la suerte.
Sus corceles, su arnes de estima inmensa,
Son hoy vuestro botin, no su defensa.

XVIII.

» Ni es esta gente ya la que rendida
Vió la cerviz del persa y del niceo;
Porque en lucha tan varia y sostenida
Cayó la antigua en el marcial empleo;
Y aunque toda viviese, aquí dormida
Y de armas circundada hora la veo.
Pronto es vencido el que se aduerme laso;
Que del sueño á la muerte hay breve paso.

XIX.

» Venid, venid: yo os abriré el camino,
Por entre muertos, que á las tiendas guia.
El arte fiero de matar contino
Aprenda cada espada de la mia.
Al Ásia libertad: muerte al latino,
Y á vosotros honor dará este día.»
Así los mueve á la cercana lucha,
Y marcha Inégo con cautela mucha.

XX.

Pronto de centinelas á su frente
El débil fuego entre las sombras luce;
Que no (cual piensa de Bullon prudente)
Ignota escuadra al campo se introduce.
Corren gritando aquellas de repente,
Al ver la turba inmensa que conduce,
Y á la guardia primera dan alerta,
Que á la lid se prepara, aún no despierta.

XXI.

Suenan aquí los bárbaros metales
Los árabes al verse ya sentidos,
Y entre choques y gritos infernales
Retumban del corcel los relinchidos.
Mugén los altos montes y los vales,
El abismo responde á sus mugidos,
Y la antorcha agitó del Flegetonte
Dando Aleto señal á los del monte.

XXII.

Corre y llega el Soldan do se presenta
Aun en desórden la falange escasa;
Y es tal su furia, que veloz tormenta
Ménos ligera por los montes pasa.
Rio que de sus márgenes revienta,
Rayo que chozas y árboles abrasa,
Tembor que á las ciudades lleva el miedo,
Son de tanto furor débil remedo.

XXIII.

No baja el fierro sin chocar; no choca
Sin que hiera en los miseros de lleno,
Y cada herida por horrenda boca
Un alma saca del muriente seno.
El finge que no siente ó no le toca
Golpe alguno tal vez de brazo ajeno;
Si bien en son de esquila el yelmo suena
Y de chispas, batido, el aire llena.

XXIV.

Y cuando él solo ha casi en fuga puesto
La primer gente de las francas haces,
À modo llega de turbion funesto
El tropel de los árabes rapaces.
Entónces huye el escuadron más presto,
Y el vencedor se mezcla á los fugaces,
Y con ellos traspasa la trinchera
Sembrando muerte y destruccion do quiera.

XXV.

El Soldán en el yelmo lleva horrendo
Dragon que sobre el dorso se levanta,
Y alza el cuello, las alas descogiendo
Y los nudos sin fin de su garganta.
Parece que trilingüe va vertiendo
Lívida espuma, que su silbo espanta,
Y que al hervir las armas él se agita
Y fuego y humo sin cesar vomita.

XXVI.

Así fiero á la turba circunstaute
Osténtase el indómito pagano.
Tal se muestra de noche al navegante
Entre lampos el tímido Océano.
Unos dan á la fuga el pié tremante,
Otros al fierro intrépida la mano;
Y la sombra el tumulto favorece,
Y por cubrir el riesgo, el riesgo acrece.

XXVII.

Y Latino, campeón del Tibre amigo,
Es quien más bravo corre á la lid nueva,
Al cual ni de la edad rindió el castigo
Ni de combates mil la larga prueba.
Do quier vaya á guerrear, siempre consigo
Cinco hijos suyos casi iguales lleva,
Con prematuro afán, de armas ingentes
Revistiendo sus miembros aún crecientes.

XXVIII.

Al verlos hora del paterno aliento
Dar clara muestra en el feroz combate,
« Vamos, les dice, á donde aquel sangriento
Así los nuestros en su fuga abate;
Y no el triste y fierísimo escarmiento
Que allí está haciendo vuestras fuerzas ate;
Porque es, hijos, blason humilde y bajo
El que breve se alcanza y sin trabajo. »

XXIX.

Sus hijos saca así la madre torva,
No dentados aún, de la honda greña,
Y sin que orne el marfil su garra corva
Ni apunte en su cerviz la rubia greña,
Lleva la prole, que en la lid le estorba,
Y á encrudecerse y destrozar la enseña
(¡Ejemplo horrible!) al cazador mezquino
Que tras de corzo imbele al monte vino.

XXX.

De los cinco la escuadra aventurera
El padre sigue y al Soldan alcanza,
Y cual si un solo pensamiento hubiera
Seis picas á la vez la hueste avanza.
Aquí el mayor con prontitud guerrera
Para estrecharle más tira su lanza,
Y fía de su espada en el acierto
Que el corcel del contrario caiga muerto.

XXXI.

Mas cual peñasco que á la mar adusta
Contrasta el brio en escarpada orilla
Y al huracan la cólera robusta,
Firme en las bases de su eterna silla;
Así de Soliman la frente augusta
Serena, audaz contra las lanzas brilla,
Y ábrele á aquel que su caballo acecha,
Hasta entrambas mejillas honda brecha.

XXXII.

Aramante al hermano que declina
Dale piadoso el brazo y le detiene:
¡Vana piedad; que á la fraterna ruina
Solamente á añadir la propia viene!
Soliman sobre el brazo el fierro inclina,
Y le abate, y al triste que sostiene.
¡Caen, uniendo sus deformes bultos
Con la sangre los últimos singultos!

XXXIII.

Despues la pica arroja destrozada
Con que el rapaz Sabino le atropella,
Y tal con su corcel le da pechada,
Que le derriba y le percude y huella.
Del cuerpo jovencillo así apartada
Es el alma sufriendo; el alma bella,
Que el aura deja de naciente vida,
Toda de flores y de amor ceñida.

XXXIV.

Vivos quedan aún Pico y Laurente,
Que en un parto á su esposo dió María:
¡Similísimo par! y que frecuente
Dulce ocasion de engaño ser solía;
Mas si iguales en todo, diferente
Fin les reserva la batalla impía:
¡Horrible distincion!; que al uno arrasa
El cuello; al otro el corazon traspasa.

XXXV.

El padre (¡ah no ya padre!) pues la suerte
Así su bien le roba todo junto,
En esas cinco muertes ve su muerte
Y de su stirpe el porvenir difunto.
Ni sé cómo vejez muestra tan fuerte,
Que en dolor tan atroz no espira al punto;
Mas pues vive y combate, los semblantes
¡Ay, no vió de sus hijos espirantes!

XXXVI.

La ímpia noche tal vez de sombras llena
Á sus ojos robó la escena amarga.
Al triste, en tanto, áun la victoria es pena,
Si no le quita del vivir la carga.
Pródigo de su sangre, de la ajena
Ansia horrible y famélica le embarga;
Ni cuál sea mayor su afán se advierte,
Si de matar ó recibir la muerte.

XXXVII.

Y grita á su rival: «¿Conque mi aliento
Y brio para ti tan débil pesa,
Que con todo el furor que arrojo y siento
No alcanzo á provocar tu mente aviesa?»
Calla, y golpe le tira tan violento,
Que fierro y malla á un tiempo le atraviesa,
Y en el flanco le cala, y tibia y roja
Por herida caudal la sangre arroja.

XXXVIII.

Á aquel grito, á aquel golpe, el turco fiero
Contra Latino embiste ardiendo en ira;
Le rompe el peto, y el paves primero
Do piel con siete vueltas broncea gira,
Y en las entrañas clávale el acero.
El vicio un estertor del pecho espira,
Y en alternado vómito provoca
Por la herida la sangre y por la boca.

XXXIX.

Como en el Apenino egregia planta
Que de Euro y Aquilon sufrió la guerra,
Si al fin tormenta horrible la quebranta,
La grey de en torno con su ruina aterra;
Así Latino cae con furia tanta,
Que derriba con él á los que aferra.
¡Fin noble y digno de varon tan fuerte,
La muerte recibir sembrando muerte!

XL.

Mientras el Soldan desfoga el odio interno
Y amontona despojos inhumanos,
Los árabes, cual furias del averno,
Hacen destrozo inmenso en los cristianos.
El anglo Henrique, el bávaro Oliferno
De Draguto sucumben á las manos,
Y á Filipo y Gilberto Aradin mata,
Del Rin nacidos á la márgen grata.

XLI.

Á Engerlan de Algacel la espada ha muerto;
Albazar con la maza á Ernesto abate;
Mas ¿quién podrá decir el modo incierto
Con que espiran la plebe y el magnate?
Desde el primer bramido era despierto
Gofredo disponiéndose al combate:
Hora armado, con planta presurosa
Sale al frente de hueste numerosa.

XLII.

Cuando él oyó la grita y el tumulto,
Del cual la noche duplicó los sonos,
Ya no dudó que repentino insulto
Era aquel de los árabes ladrones;
Pues al noble caudillo no era oculto
Que vagaban de Siria en las regiones;
Si bien pensar no pudo que la avara
Hueste fugaz acometerle osara.

XLIII.

Marchaba ya, cuando de pronto siente
Sonar la voz de alarma hacia el collado,
Y que horrible hasta el cielo de repente
Barbárico alarido ha resonado.
Esta es Clorinda, que del Rey la gente
Guía á las tiendas, con Argante al lado.
Á Güelfo allí cercano entonces vuelto
Bullon, le dijo intrépido y resuelto:

XLIV.

«¿Oyes cuál nuevo estrépito de Marte
Retumba de esos cerros al abrigo?
Allí yo aguardo que tu esfuerzo y arte
Dome el primer ardor del enemigo.
Marcha y dispon y ordena en esa parte,
Y de esta mi legion lleva contigo.
Elige á tu placer: yo con el resto
Á rechazar al árabe me apresto.»

XLV.

Esto pactado, á entrambos apadrina
Por sendero distinto igual fortuna.
Güelfo va al cerro; el Jefe á la colina,
Do el árabe no encuentra valla alguna.
Mas Bullon mientras rápido canina
Siempre guerreros á su paso aduna,
Tal que ya poderoso y grande llega
Al campo que el Soldan en sangre anega.

XLVI.

Así recorre humilde el Po naciente
La cuna del Eridano fecunda;
Mas léjos ya de la nativa fuente,
Riza el caudal en que soberbio abunda;
Y sobre el márgen roto alza la frente
Y las campiñas arrogante inunda,
Y las olas adriáticas subleva,
Y guerra y no tributo al mar le lleva.

XLVII.

Bullon á do sus luestes pavoridas
En fuga ve, se lanza y las reprende,
Y les grita: «¿Qué haceis? ¿Do vais perdidas
Sin siquiera mirar al que os ofende?
Tropa os persigue vil, que las heridas
De frente hacer ó recibir no entiende,
Y que si vueltos hora os contemplara
Á vuestra vista de pavor temblara.»

XLVIII.

Dice, y se arroja y el corcel revuelve
Do Soliman arrolla sus trincheras,
Y en medio del estrago que le envuelve
De sangre y polvo y armas y banderas,
Con el bruto y la espada abre y disuelve
Las más cerradas ásperas hileras;
Y de una handa y otra hace montones
De caídos jinetes y bridones;

XLIX.

Y á saltos su corcel, sin que los toque,
Sobre yertos cadáveres camina.
Aquí el fiero Soldan, que el duro choque
Ve venir, no se aparta ni declina;
Mas le sale á parar, y alto el estoque
Y en ademan de herir, se le avecina.
¡Oh qué dos caballeros la fortuna
De climas tan distantes hoy aduna!

L.

Dispútanse el valor y la fiereza
Aquí en espacio breve imperio inmenso.
¡Ay! de esa lucha que horrorosa empieza
¿Quién dirá cuánto mal está suspenso?
Prodigios de ardimiento y fortaleza
Que cubrió de la noche el manto denso,
¡Merecerais que un sol de luz fecundo
Os revelara al asombrado mundo!

LI.

En pos la grey cristiana de tal guia,
Tórnase audaz y con ardor guerra,
Mientra al Soldan de la caterva impia
Escogida falange le rodea.
De un lado y otro con igual porfia
Á la par se mantiene la pelea,
Y hieren, ó alternando son heridos,
Triunfantes una vez y otra vencidos.

LII.

Como cuando en furor y en fuerza pares
Aquilon y Austro chocan con bravura:
Ni ellos coden, ni el ciclo, ni los mares,
De su quicio arrancando la natura;
Así en entrambos pueblos militares
Obstinado el combate y largo dura,
Y se opone con bárbaro despecho
Lid á lid, brazo á brazo, pecho á pecho.

LIII.

De la otra parte, en tanto, ni el litigio
Arde menor, ni en turba ménos densa.
Sobre las nubes escuadron estigio
Del ciclo cubre la extension inmensa,
Y animando al infiel, que á tal prodigio,
No ya en la fuga, en la victoria piensa,
Con la antorcha de Alete á Argante inflama,
Que añade á la infernal su propia llama.

LIV.

La guardia á su embestida en fuga puso
Y en las trincheras penetró de un salto.
De rotos miembros con monton profuso
Cegó la fosa y preparó el asalto;
De sus soldados el tropel confuso
Vertiendo sangre le siguió hasta el alto,
Y cerca de él celosa iba Clorinda
De que el riesgo mayor no se le brinda.

LV.

Ya de los francos desmayaba el brio,
Cuando Güelfo su grey subió al collado:
Él detiene el furor del pueblo impío
Y la fuga suspende del cruzado.
Se chocan, lidian, y de sangre un rio
Corre de este igualmente y de aquel lado.
La vista, en tanto, al palestino suelo
Tendió desde su trono el Rey del cielo:

LVI.

Desde su eterno trono sin segundo,
De do combate la maldad y el dolo,
Y presta vida y luz al bajo mundo,
Y le dicta su ley de polo á polo;
En donde al fuego de saber profundo
Brilla con triple luz, mas uno y solo;
Do á la natura, al porvenir preside,
Y á los siglos y al tiempo que los mide.

LVII.

De vidas mil el perennal consumo
De allí dicta, y salud eterna ofrece;
Desde allí como el polvo y como el humo
Los designios del hombre desvanece;
Y es tanto el brillo que le adorna sumo,
Que toda humana gloria él oscurece,
Circundado de santos inmortales,
Si no iguales en gloria, en dicha iguales.

LVIII.

De esos coros la célica armonía
Cantaba entónces su poder triunfante,
Cuando á Miguel llamó, que revestía
La armadura de lúcido diamante,
Y le dijo: «¿No ves cómo porfia
Contra mi pueblo caro militante
Fiero Satan, y proclamando guerra
Su hueste saca á perturbar la tierra?

LIX.

«Ve: dile tú que abandonar la cura
De la guerra al guerrero me conviene;
Que del cielo no turbe la luz pura,
Ni el reino de los vivos envenene.
Torne á la noche de Aqueronte oscura,
Digna mansion que por sus culpas tiene:
Que haje, yo lo ordeno, al hondo abismo
Tormento á dar y á atormentarse él mismo.»

LX.

Calla, y el jefe de la hueste alada
Ante el divino pié dobla la frente,
Y más que el pensamiento acclerada
Tiende luégo la pluma refulgente.
Pasa el fuego y la luz, que es la morada
Gloriosa, inmóvil de la beata gente:
Luégo el puro cristal y el cerco mira
Que, de estrellas sembrado, augusto gira.

LXI.

Á Jove y á Saturno ve rodantes,
Con ley que desigual moverlos debe,
Y á los que ciego el hombre llama errantes,
Magüer que alta virtud los cria y mueve.
Llega luégo á los campos rutilantes
De eterno sol, de donde truena y llueve,
Do la suerte del orbe se aperecibe
Y en su accion eternal muere y revive.

LXII.

Volaba el ángel, y su frente de oro
Los espacios vestia de esplendores,
Y de sus alas el batir sonoro
Disipaba la noche y sus horrores.
Así, anublado el sol, suele el tesoro
Tras la lluvia esparcir de sus colores:
Desciende así de la gran madre al seno
Estrella hendiendo el líquido sereno.

LXIII.

Y en el lugar do con soberbia suma
Ayudan los precitos al pagano
Párase, firme en la extendida pluma,
Y les dice, blandiendo el fierro insano:
« Pudierais ya saber cuán recia abruma
Del Rey del mundo la potente mano,
¡Ciegos, y en los tormentos espantosos
Del castigo mayor áun orgullosos!

LXIV.

« ¿Á qué luchar contra el poder benigno
Que el fin señala de la infanda guerra?
Escrito está que ante el augusto signo
Los muros de Sion caigan por tierra.
¡Réprobos, id! Vuestro hálito maligno
Infeste el antro en que el dolor se encierra,
Y allí en los anchos ánditos siniestros
Sean las lides y los triunfos vuestros.

LXV.

« La furia allí cebad, y en los malditos
Que vuestro pecho se encrudezca y sude,
Entre el crujir de dientes, y los gritos,
Y el son de fierros que el furor sacude.»
Dice, y á los más rémores precitos
Con la lanza fatal pincha y perecude;
Y ellos huyen gimiendo de las bellas
Aulas de luz y fúlgidas estrellas.

LXVI.

Y llevan al abismo en raudo vuelo
La pena, el llanto, la eternal congoja.
No á los frios primeros, por el suelo
Tanta otoño esparció pálida hoja,
Ni en turba igual pasa la mar y el cielo
El ave que á otro clima Enero arroja.
Libre de ellos, la faz nublada y negra
Cambia el mundo y animase y alegra.

LXVII.

Mas no de Argante cálmase el despecho,
Ni cólera menor le azota el flanco,
Aunque de Aleto atroz no es ya su pecho
Ni de los tiros infernales blanco.
Vibra el fierro cruel do más estrecho
Mira y más combatido al pueblo franco,
Y al grande á un tiempo y al pequeño oprime,
Y la vil frente iguala á la sublime.

LXVIII.

Clorinda cerca de él, del nazareno
Con la sangre tambien el campo moja.
Á Berenguer la espada hunde en el seno
Por medio al sitio do el vivir se aloja,
Y va el golpe á encontrarle tan de lleno,
Que sale por detras tinta la boja.
Al buen Galo despues la frente raja,
Y hiere á Albin por donde el pasto baja.

LXIX.

La diestra de Gernier, por quien herida
Fué primero, cortada arroja al llano:
Aun con trémulo dedo al fierro asida
Medio viva y fugaz brinca la mano,
Como cola de sierpe, que partida,
Por juntarse á su tronco pugna en vano.
Mutilado Clorinda así le deja,
Y despues contra Aquiles se aparea.

LXX.

Entre el cuello y la nuca el golpe asesta,
Y el garguero y los nervios ha cortado;
Con que al aire rodando va la testa,
Y ya en el polvo vil se ha revolcado;
Y áun el tronco infeliz se manifiesta,
(¡Oh vista horrible!) en el arzon clavado;
Mas sin freno el corcel botando arranca
Y le despidе al sacudir del anca.

LXXI.

Mientras así la indómita guerrera
Las escuadras quebranta de Occidente,
No destrozo menor Gildipa fiera
Hace de los paganos, á su frente.
Semejante era el sexo y símil era
En las dos el espíritu valiente;
Mas no á medirse llegarán; que el hado
Á enemigo mayor las ha guardado.

LXXII.

El cerco traspasar que las sujeta
Pretenden ambas rebosando en ira;
Mas Güelfo, allí presente, el fierro aprieta,
Y un revés á Clorinda entónces tira;
La hiere un tanto en la cintura escueta
Y por su flanco resbalando gira:
Ella un golpe le torna repentino
Que á penetrar entre las costas vino.

LXXIII.

Otro Güelfo repite, y no la toea;
Que en esto cruza el palestino Osmida,
Y el acero fatal, que él no provoca,
En la frente, á su paso, le abre herida.
Pronto circunda allí gente no poca
Al noble Güelfo de su grey querida,
Y del sirio tambien la turba crece,
Con que la lid aumenta y se enerudece.

LXXIV.

La aurora, en esto, con fulgor escaso
Por el balcón de púrpura asomaba,
Cuando el fiero Argilan el libre paso
Fuera de su prision al campo daba,
Y armado de las armas que al acaso,
Toseas ó bellas, en su ruta hallaba,
Con méritos de nuevo y bizarria
Sus culpas á enmendar se disponia.

LXXV.

Cual corcel que de establo primoroso
Do al uso de las armas se reserva,
Escapa libre por el prado hermoso
Alegre alzando la cerviz no sierva:
Ya entre la suelta grey se lanza airoso
Al río patrio, á la sabida yerba;
Ya el campo de su pié suena batido,
Ó de su cuello en alto al relinchido;

LXXVI.

Así viene Argilan. Su rostro espanta
Y su mirar intrépido y sublime.
Leve es su salto, y tan veloz su planta,
Que huella apenas en el polvo imprime.
No bien llega á la lid, la voz levanta,
Cual hombre ciego que el vivir no estime,
Y grita: «Gente vil, raza traidora,
¿Quién á tanta osadía os mueve ahora?

LXXVII.

»Penosa carga son yelmos y escudos
Á los brazos del árabe cobarde,
Y avezados estáis, vagos desnudos,
Á que vida y honor la fuga os guarde.
Solo de noche en los desiertos mudos
Son vuestros hechos y guerrero alarde.
Pues ya que la luz viene, ¿quién os libra
Del que con brío noble el arma vibra?»

LXXVIII.

Hablando así, con fuerzas tan atroces
En la nuez á Algacel un golpe envía,
Que le seca las fauces y las voces
Corta que á responderle disponia:
La muerte al infeliz en sus veloces
Alas le cierra, el corazon le enfria;
Cae, y al morir enfurecido aferra
Con frágil diente la insensible tierra.

LXXIX.

Bajo sus armas luégo Saladino
Con Agrigalte y con Basem perece,
Y el cuerpo de Aldacil, allí vecino,
Partido en dos por la cintura ofrece.
Rompe el pecho y derriba á Lariadino
Y con duras palabras le escarnece,
Y este alzando la vista, entre singultos
Así al morir responde á sus insultos:

LXXX.

« Quien quiera que tú seas, de esta muerte
No largo tiempo llevarás la gala.
Te espera el mismo fin: brazo más fuerte
Ya el lugar á mi lado te señala. »
El rie amargo y dice: « De mi suerte
Cuide el cielo; tú aquí la vida exhala. »
Calla, y la planta en el yaciente hundida,
Le saca el fierro y á la vez la vida.

LXXXI.

Un paje del Soldan en la derrota
De los lanceros iba y flechadores,
En cuyos frescos labios aún no brota
Ni el primer signo de la edad de amores.
Del sudor en su frente cada gota
Brilla cual perla entre purpúreas flores,
Y da hermosura el polvo á su cabello,
Y el furor su semblante bace más bello.

LXXXII.

Monta un caballo de color más gaya
Que el ampo de apenina intacta nieve,
Que en lo rápido al viento pone á raya,
Y es más que el mismo fuego pronto y leve.
Lleva asida del medio una azagaya,
Y acero al flanco retorcido y breve,
Do con bárbara pompa el diestro moro
Sus esmaltes labró de grana y oro.

LXXXIII.

Mientras de un gozo nuevo los respiros
Lanza el rapaz á quien la gloria encanta,
Y corre por do quiera, y con sus tiros
Turba las filas todas y quebranta,
Canto observa Argilan sus raudos giros
Y el punto fijo en que el astil levanta;
Y le sorprende, y el corcel le mata,
Y es ya sobre él cuando de alzarse trata.

LXXXIV.

Y al suplicante rostro, el cual en vano
De piedad con las armas se defiende,
Avanza atroz la inexorable mano,
Y el gran portento de natura ofende.
Con más sentido el fierro y más humano
Volviéndose al caer, de plano hiende;
Pero ¿qué, si doblado el golpe fiero,
De punta entró por donde erró primero?

LXXXV.

Soliman, cuya furia el poderoso
Bullon cerca de allí tiene suspensa,
Deja la lid y corre presuroso
Al ver del jóven la desdicha inmensa;
Y rompiendo el tropel, llega anheloso,
Á la venganza ya, no á la defensa;
Que ve (¡fiero dolor!) yacer tendido
Cual flor cortada á su Lesbin querido.

LXXXVI.

En tan dulce actitud caer pesante
Su cabeza, y girar sus ojos mira;
Y es tal su palidez, y su semblante
Piedad tan honda agonizante inspira,
Que ablandó el corazón que era diamante,
Y el llanto le arrancó de en medio el ira.
¿Tú lloras, Soliman; tú, que imposible
Viste de tu nacion la ruina horrible?

LXXXVII.

Mas viendo el arma hostil que en la batalla
Con la sangre del jóven aún le insulta,
Cede la compasion, la furia estalla,
Y en el seno las lágrimas sepulta.
Corre sobre Argilan; su yelmo talla,
Y el escudo primero en que se oculta,
Y hasta el pecho le raja. ¡Horrendo signo
Del furor de tal hombre, y golpe digno!

LXXXVIII.

Y no bien harto, al cuerpo ya aterido,
Del corcel desmontando, aún le hace guerra;
Cual mastin que la piedra que le ha herido.
Con afilados dientes torvo aferra.
¡Oh de inmenso dolor afan perdido,
Enrudecerse en la insensible tierra!.....
El Capitan en tanto del cristiano
No el valor ni las fuerzas gasta en vano.

LXXXIX.

Mil turcos son allí, que de lorigas
Y de yelmos y escudos van cubiertos,
De alto cuerpo insensible á las fatigas,
De genio audaz y en la milicia expertos.
De las falanges del Soldan amigas
Reliquia son; con él á los desiertos
De Arabia fueron, con afan continuo
Compartiendo el rigor de su destino.

XC.

Cerrada y firme esa legion contiene,
Y poco cede ó nada al valor franco:
Gofredo en ella embiste: el rostro ofende
De Corcut y á Rostino pasa el flanco.
Por detras á Selim la nuca biende
Y á Rosen de ambos brazos deja manco;
Y no solo á estos rinde, mas sangriento
Mata ó hiere en mil modos otros ciento.

XCI.

Mientras así á la bueste sarracina
Él embiste, ó sus impetus detiene,
Y en parte alguna cede ni declina
La esperanza que al bárbaro sostiene,
Otra nube de polvo se avecina
Que ardiente rayo en su interior contiene,
Súbito de armas despidiendo un lampo
Que del infiel atemoriza el campo.

XCII.

Cincuenta brazos son, que en pura plata
Desplegan la purpúrea Cruz triunfante.
No yo aunque el eco que Estentor dilata
Tuviera, ni cien pechos de diamante,
Decir lograra lo que hiere y mata
Esc tropel á su embestir pujante.
Cae sin lidiar el árabe, y en surco
De sangre espira combatiendo el turco.

XCIII.

La ciega rabia, la brutal porfia
Cunden por todo: el estandarte aciago
Se ve triunfante de la muerte impia,
Y do quiera lucir de sangre un lago.
Salido en esto el Rey con gente habia
Presagiando al frances seguro estrago,
Y un alto ocupa á la siniestra banda,
De do mira la lid y el campo manda.

XCIV.

Y pronto, al ver su gente cual se plega,
De retirarse la señal prepara,
Y con mensajes dobles insta y ruega
Á Clorinda y Argante vuelvan cara.
La indomable pareja hacerlo niega,
Aun de destrozos y de sangre avara;
Mas cede, y rechazar al franco ardiente
Busca y en órden retirar su gente.

XCV.

Mas ¿quién da ley al vulgo y amaestra
El miedo y la ruindad? Ya un campo inmenso
Corre espantado, y lanza de la diestra
Dardo, espada y paves, y huye indefenso.
Entre el franco y Solima un val se muestra
Del occidente al mediodia extenso:
Por allí van en fuga, alzando oscuros
Nubarrones de polvo hácia los muros.

XCVI.

Mientra en desórden tal corren sin tino,
Con ellos el cristiano horrendo faja;
Mas viendo que con tropas Aladino
Por ampararlos desde el alto baja,
No quiere Güelfo del mortal camino
Al fragor exponerse y desventaja,
Y allí pára. Su gente el Rey encierra
Lamentando el revés de infausta guerra.

XCVII.

Hizo en tanto el Soldan cuanto le es dado
Á humano esfuerzo en el fatal combate.
Todo es sangre y sudor; precipitado
Anhelo hincha su flanco; el pecho late;
Un brazo so el paves yace abrumado;
El otro con la espada débil bate,
Y esa rompe y no corta; que ya obtuso
El acero perdió de acero el uso.

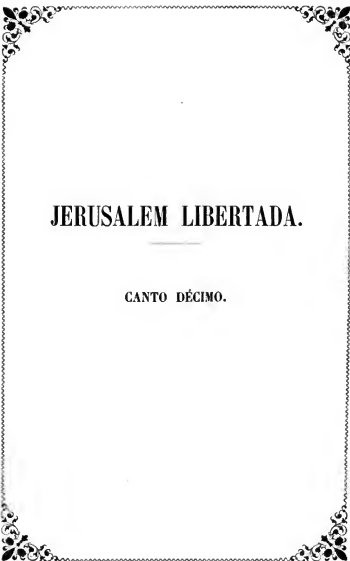
XCVIII.

Párase al verse en tan penoso estrecho,
Y en su mente revuelve perturbada
Si deberá morir y del gran hecho
Á otro el lauro quitarle con su espada;
Ó ya, sobreviviendo á su deshecho
Campo, salvar la vida atormentada.
« Venza, dice por fin, la suerte impía,
Y sea su blason la fuga mía.

XCIX.

« Que el frances con mis timbres hoy se adorne;
Mi espalda vea; el campo le abandono;
Con tal que armado áun á turbar retorne
La paz del nuevo vacilante trono.
No cedo, no; que eterno me abochorne
Marte, y eterno durará mi encono.
Sombra insepulta, espíritu desnudo,
Yo cada vez renaceré más crudo.»





JERUSALEM LIBERTADA.

CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO.

Ismeno se aparece á Soliman durante su sueño y le hace entrar secretamente en Jerusalem. La presencia del Soldan reanima el valor del rey de Palestina. Godofredo escucha de los guerreros que siguieron á Armida la confesion de sus faltas, y se hace patente á todos los cristianos que Reynaldo vive todavía. Pedro el ermitaño predice las hazañas de los descendientes de aquel héroe.





INSANO MOSTRANDO A SOLIMAN LA ENTRADA DE LA GRUTA.

(Capítulo X.)

CANTO DÉCIMO.

I.

HABLABA así, cuando á su lado viendo
Un corcel que detiene el suelto paso,
La mano al freno rápido tendiendo
Salta sobre él, aunque doliente y laso.
¡Cuán otro está! Cayó el dragon horrendo
Dejando el noble yelmo humilde y raso;
Rota es la veste, y ni conserva exigua
Señal del regio honor y pompa antigua.

II.

Cual huye á su escondida madriguera
Lanzada del redil loba iracunda,
Y aunque colmada siente toda entera
Del vientre la vorágine profunda,
Aun la lengua anhelante saca fuera
Lamiendo sangre de la boca inmundada;
Así del campo Soliman se aparta,
Su avidez de destrozos no bien harta.

III.

Y aquí el vigor de su indomable fibra
De espada y picas á la furia incierta,
De flecha tanta que sonante vibra,
De muertes mil al riesgo le liberta ;
Y á caminar incógnito se libra,
Por la via más áspera y desierta,
Entre sí revolviendo cuál camino
Más le convenga en su fatal destino.

IV.

Ir dispone por fin adonde aduna
El rey del Nilo ejército infinito,
Y á él uniendo sus armas y fortuna
Llevar al franco singular conflicto.
Esto resuelto ya, sin tregua alguna
El rumbo toma que le lleva á Egitto ;
Que no por vez primera el paso ensaya
Que á Gaza guía y su arenisca playa.

V.

Ni porque el cuerpo enfermo le acongoja
De tanto golpe y tanto la avería,
Pára un punto ó las armas se despoja ;
Antes anda y camina entero el día.
Despues, cuando su fosco velo arroja
Por la azul extension la noche umbria,
Pára y sus llagas á vendar se apea,
Y palmera despues alta cimbreá.

VI.

Aplaca el hambre, y en el val desnudo
Con pena el cuerpo lánguido acomoda;
De la frente que afirma en el escudo
La agitacion calmar pretende toda;
Pero el daño que crece, acerbo y crudo
Más cada vez, al misero incomoda,
Y cual buitres se juntan roedores
El desden y la rabia á sus dolores.

VII.

Cuando al fin ya dormía el orbe canso
Y en la más alta noche eran las cosas,
De caminar rendido, el sueño manso
Le envolvió con sus alas vagarosas,
Y dióle en suave y lánguido descanso
Alivio á sus fatigas enojosas.
Mientra así reposaba, oyó severa
Increparle una voz de esta manera:

VIII.

«Del ocio, Soliman, los torpes cultos
Para tiempo mejor guarda y reserva;
Que del vil extranjero los insultos
La patria en que reinaste aguanta sierva.
¿Y en este suelo duermes que insepultos
Los huesos de los tuyos aún conserva?
Do tan grande tu oprobio se atesora,
¿Muelle aguardas así la nueva aurora?»

IX.

Despierta Soliman; mira, y barrunta
Viejo de edad gravísima y semblante,
Que apoyado en baston de corva punta
Trabajoso encamina el paso errante.
«¿Quién eres tú, soberbio le pregunta,
Que fantasma importuno al viandante
Su breve sueño turbas? Larga ó corta,
De la vergüenza mia ¿qué te importa?»

X.

«Soy amigo, respóndele el anciano,
Que ya noticias de tus miras tengo,
Y porque precio tu vigor lozano
En más que te imaginas, á ti vengo.
Mordaz mi boca ha sido, mas no en vano;
Que si el sonrojo á tu virtud prevengo,
Con el rudo sermón mi pecho anhela
Dar á tu saña generosa espuela.

XI.

«No ignoro yo, Señor, que tu camino
Hácia el Nilo y el Éufrates diriges;
Mas si adelante sigues, adivino
Que inútil rumbo y trabajoso eliges.
Ya sin tu ayuda el campo sarracino
Mueve hácia aquí, por rápido que aguijes:
Ni asunto en él tampoco encontraría
En que airosa lucir tu bizarria.

XII.

« Mas si me sigues , en el alto muro
Que el franco pone en belicoso aprieto ,
En medio al claro día entrar seguro
Sin desnudar la espada te prometo.
De la lid y el trabajo al trance duro
Allí gozoso vivirás sujeto ,
Y hasta que llegue guardarás la tierra
La egipcia hueste á renovar la guerra. »

XIII.

Los ojos y la voz mientras razona
El fiero turco del anciano admira ,
Y del rostro y del ánimo abandona
La sólita soberbia con el ira.
« Padre , le dice , presta mi persona
Para seguirte á donde intentes mira :
Siempre el consejo que veloz me atrajo
Fué el de riesgo más grande y más trabajo. »

XIV.

Le alaba el viejo , y viendo de la noche
Con el frio sus llagas arrecidas ,
Vierte en ellas licor que las abroche
Restañando la sangre en las heridas.
Luégo , al mirar que dora el rubio coche
Las rosas por el alba coloridas ,
« Ya es tiempo , dice , de partir : columbra
Que el sol los campos de tu gloria alumbra. »

XV.

Y sobre leve carro allí cercano
Con el Niceo indómito se sienta;
Las bridas rige y con maestra mano
La cuadriga veloz al curso alienta.
Ella tal va, que en el polvoso llano
Horma de rueda ó callo ni áun asienta.
¡Viérasla humear, y palpitante el seno,
Y todo de alta espuma blanco el freno!

XVI.

Y ¡oh singular prodigio! el aire en torno
En neblina apretada se condensa,
Y del gran carro el exterior contorno
Ciñe la nube, aunque invisible, densa,
Tal, que piedra lanzada de ancho torno
No traspasara la muralla intensa.
Ven en tanto los dos del hondo seno
La niebla allí; detras el sol sereno.

XVII.

Atónito el Soldan la ceja encorva,
Riza la frente, y deslumbrado mira
Del carro ir tan veloz la rueda corva,
Que le parece que volando gira.
El otro, que en la faz suspensa y torva
El estupor conoce que le inspira,
Provoca su atencion, y ya en sí vuelto,
Le dice el turco intrépido y resuelto:

XVIII.

«Quien quier que seas, que rompiendo el uso,
De natura las leyes no respetas;
Que espías en su seno hondo y confuso
Y que á tan raras obras la sujetas;
Si llega tu saber, de lo alto infuso,
Cosas á ver del porvenir secretas,
¡Ah! dime qué ventura, ó cuánta ruina
Al Ásia que combate Alá destina.

XIX.

»Mas tu nombre primero, y con cuál arte
Creas prodigios tan extraños, dime;
Pues ¿qué palabras ya podré escucharte,
Si el pavor no disipas que me oprime?»
Sonríe el viejo y dice: «Sabré en parte
Descorrerte misterio que te anime.
Llámanme Ismeno, y en la Siria el mago,
Porque de artes incógnitas me pago.

XX.

»Mas que rompa el futuro, que desplegue
Del eterno destino los anales,
Que á penetrar en sus decretos llegue;
¡Tanto no es permitido á nos mortales!
Cada cual á la ciencia acá se entregue
Por salir vencedor de entre los males.
¡Cuántas veces el sabio, el justo, el fuerte
Labra su propia venturosa suerte!

XXI.

«Tú la diestra inmortal, para quien nada
Es conmover al Occidente entero,
Á más preven que á defender la entrada
De la ciudad que estrecha el pueblo fiero.
Sufre, confía; de tu invicta espada,
Entre el fuego y terror, todo lo espero.
Mas te diré, porque placer te sea,
Lo que entre nieblas hoy mi vista otea.

XXII.

«Miro, ó ver me parece, ántes que mande
Edades muchas el planeta eterno,
Varon que en gloria y en hazañas grande
De Egipto y Siria regirá el gobierno.
No de las ciencias con que el Ásia ablande,
Ni su virtud diré, que mal discierno:
Saber te basta que su régia mano
No en lides solo vencerá al eristiano.

XXIII.

«Mas sabrá derrocar su reino injusto
En la postrera lid larga y funesta,
Y en breve espacio y contra el golfo adusto
Pondrá espirante la reliquia infesta.
Ese será tu sangre.» Y el vetusto
Galló, y exclamó el héroe por respuesta:
«¡Feliz quien á tal gloria fué elegido!»
Y entre envidia y placer se halló movido;

XXIV.

Y añadió: « Leda ó triste mi fortuna,
Ande el curso que arriba está ya escrito;
Pues no tiene su imperio fuerza alguna
Sobre el que siempre halló de ánimo invito;
Y ántes salir de su órbita á la luna
Ó á los astros verán, que de lo estrito
Un paso tuerza yo. » Y esto diciendo,
Llama está de sus ojos despidiendo.

XXV.

Así en plática van hasta que al suelo
Llegando el campanento se dilata.
¡Qué escena, oh Dios, de luto y desconsuelo!
¡Qué de horrores la muerte allí desata!
Sombrio entónces tórnase, y el duelo
Del Soldan en su frente se retrata.
¡Ay, con cuánto desprecio allí esparcidas
Ve en el polvo sus grímpolas temidas!

XXVI.

Ve á los francos que corren y los bultos
Pisan de los amigos mas queridos,
Y despojan los cuerpos insepultos
De sus armas y trajes bien sabidos;
Ve á muchos ofrecer mortuorios cultos
Á sus gentes, en coros doloridos,
Y á otros del turco y árabe á montones
Dar al fuego revueltos los varones.

XXVII.

Aquí gime el Soldan y el fierro saca,
Del carro brinca y á correr se arroja.
Gritale el mago, y ásele, y aplaca
Aquel ciego dolor que le acongoja.
Le hace subir, y de montaña opaca
Remontando á la cima, el curso afloja.
Así por breve tiempo caminaron
Hasta que el campo odioso atras dejaron.

XXVIII.

Descendieron entonces, y de repente
Perdióse el carro, y la siniestra falda
Recorrieron á pié y ocultamente
En la sálita nube de oro y gualda,
Y llegados por fin donde á poniente
El gran monte Sion torna la espalda,
Párase Ismeno, y reflexivo observa
El agrio suelo de la costa acerba.

XXIX.

Honda mina cavada en piedra dura
Allí de remotísimo yacia;
Mas hoy, sin uso ya la boca oscura,
Entre espino y maleza se escondia.
Limpia el mago la entrada, y la estatura
Bajando en arco, al fondo se confia.
Luego con una mano el paso tienta,
Y otra por guía al turco le presenta.

XXX.

Mas este le gritó: «¿Por cuál furtiva
Senda llevar á Soliman te agrada?
Otra, si quieres tú, menos esquivo
Yo me abriré con mi tajante espada.» —
«No desdeñe de hollar tu planta aliva,
Le responde, la cóncava morada;
Que hollóla un día Heródes, el potente
Domador de los reinos del Oriente.

XXXI.

«La cueva labra cuando armado acorre
Sus pueblos á frenar el Rey que digo,
Logrando así desde la excelsa torre
(Que Antonia apellidó de el caro amigo)
Por la caverna que invisible corre
Entrar del templo en el augusto abrigo,
Y hora salir de la ciudad callado,
Hora apresto marcial tener celado.

XXXII.

«Hoy esta vía solitaria y bruna
La sé yo solo de la edad que alienta:
Por ella hemos de entrar adonde aduna
Los más sabios, los fuertes de más cuenta
El Rey, que al amagar de la fortuna
Más acaso que debe se amedrenta.
Á tiempo llegas; mas callar primero
Debes, y hablar despues ardiente y fiero.»

XXXIII.

Dijo, y el cuerpo del Soldan membrudo
Llenó lo estrecho de la estancia interna,
Y entró encorvado por su centro mudo,
Noto y sencillo al que su andar gobierna;
Mas luego desplegar el dorso pudo,
Pues se eleva en entrando la caverna;
Con lo que al fin más sueltos caminaron
Y ya del antro en la mitad se hallaron.

XXXIV.

Abre una puerta breve entonces Ismeno,
Y á tientas suben desusada escala,
Alumbrada por día mal sereno
Que desde alto lucero al fondo cala.
En un claustro despues entran ameno
Y en régia desde allí brillante sala,
Do mustio entre su corte macilenta
Con cetro y coronado el Rey se asienta.

XXXV.

Observa sin ser visto el caballero,
Todo en la nube cóncava escondido,
Y hablar al Rey escueha, que el primero
Asi desde su trono ha prorumpido:
«¡Oh mis fieles!, por cierto al trace fiero
Esa pasada luz terrible ha sido,
Y caidos de altísima esperanza,
Solo el favor de Egipto nos aleanza.

XXXVI.

» Mas bien veis que inminente el riesgo clama
Y aún es remota la asistencia ajena;
Por eso aquí mi voluntad os llama
Y dar vuestro dictámen os ordena.»
Calla, y cual viento que en el bosque brama,
Bajo y sordo murmullo en torno suena:
Mas avanzando alegre y arrogante,
El movido rumor domina Argante.

XXXVII.

» ¡ Oh magnánimo Rey!, fué la respuesta
Del caudillo colérico y violento,
¿A qué cosa de todos manifiesta
Pedir? ¿Quién hay de tu mandato exento?
Tener sepamos la esperanza puesta
En el valor, que es rey de todo evento.
Vil es temer desgracia no sabida
Y en más de lo que vale amar la vida.

XXXVIII.

» No es el decir así, que desespere
Del socorro certísimo de Egipto.
¿Do está el osado que dudar pudiese
De las promesas de mi Rey invito?
Hablo, Señor, porque mi celo hoy quiere
Esfuerzo propio del mortal conlito,
Y que sepa, dispuesto á toda suerte,
Buscar el triunfo y despreciar la muerte.»

XXXIX.

Esto expuso no más el bravo Argante
Como el que afirma indisputable cosa,
Y habló tras él con plácido talante
Orcano, de nobleza alta y famosa;
El que un día en la guerra fué pujante;
Mas hoy ligado á jovencilla esposa,
Vano de prole bella, está alatido
Con los ocios de padre y de marido.

XL.

Y dijo así: «Monarca, yo no acuso
Que celoso fervor tan alto vuela,
Cuando nace de brio á quien recluso
En el fondo del alma estar le duele;
Pero si el buen circaso á ti por uso
Tal vez con harto aliento decir suele;
Al que iguala despues en la pelea
Con su decir su obrar, dado le sea.

XLI.

«Mas tú debes, ¡oh Rey!, tú á quien prudente
Los tiempos y las cosas tanto han hecho,
Con tu cetro enfrenar justo y potente
El ciego arrojó de irascible pecho;
Tú el lejano socorro y el presente
Peligro comparar que apura estrecho;
Tú medir con las fuerzas del contrario
Del muro y torres el apresto vario.

XLII.

» Verdad es que lugar fuerte y supremo
Nos ofrece Salem por sitio y arte;
Mas tambien juntan en acopio extremo
Máquinas fieras de la opuesta parte.
Lo que será no sé: yo aguardo y temo
Los fallos incertisimos de Marte,
Y recelo que al fin horrible dieta
Afligirános, si el asedio aprieta.

XLIII.

» Que la copia de trigos y rebaños
Que ayer en la ciudad entró segura,
Y que ganar fugaces y entre daños
De muertes y de sangre fué ventura,
Mal á ciudad de limites tamaños
Nutrir podrá mientras el cerco dura;
Y es fuerza dure, al ménos, hasta el día
Que llegue el campo que el Egitto envía.

XLIV.

» ¿Y si el plazo retarda? Mas concedo
Que aun su llegada misma se atropella:
¿Libre el muro es acaso? Tu denuedo
¿Venció por eso la fatal querella?
¿No habremos de lidiar con el Gofredo,
Con los magnates, con la gente aquella
Que tantas veces en sangrientos surcos
Á sirios sepultó, persas y turcos?

XLV.

» Tú los conoces bien, que les cediste
¡Oh Argante valeroso! en lucha tanta,
Y á tu pesar la espalda les volviste,
De sobra dando á la ligera planta:
Y Clorinda tambien: tambien yo, triste;
Que nadie en esto al otro se adelanta;
Ni á nadie culpa sea; que supimos
Allí mostrar cuanta pujanza hubimos.

XLVI.

» Y diré (aunque amenace aquél de muerte
Y la verdad en menosprecio tenga)
Que conocer paréceme la suerte
Que ya el destino al sitiador prevenga;
Y es que grey no podrá ni muro fuerte
Impedir que á reinar al fin no venga.
Esto me hace decir (¡testigo el cielo!)
Mi amor de patria y Rey, mi ardiente celo.

XLVII.

» ¡Oh cuan sabio el de Trípoli, que paces
Pidió al frances, salvando su diadema,
Mientras tú, Soliman, ó esclavo yaces,
(Si no ascendiste á la mansion suprema)
Ó llevas al destierro las fugaces
Plantas y apuras la miseria extrema!
Parte con todo de tu imperio triste
Salvar con ruego y dádivas pudiste.»

XLVIII.

Sus ideas Orcano así envolvía
En oscuro decir con giro incierto;
Que blando á parecer no se atrevía,
Ni campeón de las paces tan abierto.
Entre tanto al Soldán, que no podía
Soportar sus palabras ya encubierto,
Demanda Ismeno: «¿Callarás ahora,
Cuando así tu alto nombre se desdora?»

XLIX.

«Yo por fuerza, respoude, aquí me celo,
Y ardido estoy de rabia y de bochorno.»
Y apenas acabó, rápido el velo
Nebuloso rompiendo su contorno
Se desvanece en el abierto cielo,
Y él se muestra de luz vestido en torno,
Y magnánimo y fiero en medio brilla
De imprevisto, y á Orcano así mancilla:

L.

«Yo, de quien se habla aquí, ya estoy presente,
No guerrero fugaz, no rey liviauo,
Y al que habló, que es un tímido y que miente
Á probarle se ofrece esta mi mano.
Yo, que de sangre derramé un torrente
Y de muertos un monte alcé en el llano,
Cercado de contrarios, y ni un vivo
Siquiera junto á mí; ¿yo fugitivo!

LI.

» ¡Ah! si aquel, á otro alguno fementido,
Á Alá traidor y á su país ingrato,
De un acuerdo propone el vil partido,
Con tu vènia, buen Rey, aquí le mato;
Que ántes paloma y sierpe en dulce nido
Y los lobos y ovejas en un hato
Acordes vivirán, que la Judea
Con el franco jamas en paz nos vea.»

LII.

Mientras exclama así, sobre la espada
La mano tiene en trémulo contacto.
Á su hablar, á su frente, á su mirada,
Queda el mudo concurso estupefacto;
Mas con la faz despues ménos turbada
Y yendo al Rey, de cortesía en acto,
Le dice: «Alienta al fin. Refuerzo amigo
Te traigo: Soliman es ya contigo.»

LIII.

Aladiu, que á su encuentro aquí salia,
«¡Qué gozo, le responde, al verte siento!
¡Oh caro amigo! De la hueste mia
Por nada el daño y los destrozos cuento.
Tú mi trono afianzar en solo un dia
Puedes, y alzar tu derrocado asiento
De Alá con el favor.» Dice, y los brazos
Le ciñe al cuello con estrechos lazos.

LIV.

Terminado el saludo, el Rey concede
Sitio en su mismo solio al Sarraceno,
Que á colocarse en rica y noble sede
Va á su siniestra, y á su lado Ismeno;
Y mientras aquel las aventuras puede
Demandar, y narrarlas el Niceno,
Á honrar á Soliman la alta doncella
Va la primera, y los demas tras ella.

LV.

Entre esos iba Ormus, que en la apretura
Á su mando á los árabes redujo,
Y en tanto que la lid era más dura,
Tal por sendas ignotas se introdujo,
Que á favor del silencio y sombra oscura
Salvos al fin á la ciudad los trujo,
Llevando á un tiempo al pueblo enhambrécido
Granos y rescas en montón crecido.

LVI.

Sólo, torva la faz y desdénosa,
Permaneció callando el gran Circaso,
Á guisa de Leon cuando se posa
Mirando en torno sin mover el paso.
Alzar la vista á Soliman no osa
Tampoco Orcano pensativo y laso.
Así están de Solima el mustio viejo,
Y el rey turco y los grandes en consejo.

LVII.

La victoria Bullon y á los vencidos
Sigue, limpios dejando campo y via.
Él hace á sus guerreros fencidos
La postrera merced devota y pia;
Encontrarse á los otros prevenidos
Manda para la luz del tercio día,
Y á los que encierra la embestida plaza,
Con actitud más bélica amenaza.

LVIII.

Y como el blanco viera escuadroncillo
Que en la lid le ayudó ser su querida
Gente, la de más nombre y de más brillo,
Séquito de la maga fementida,
Y que es Taneredo allí, que en el castillo
Preso quedó de la engañosa Armida,
Con el ermita y gente sabia y poca
Á la presencia suya los convoca.

LIX.

Y les ruega que alguno explique y cuente
La historia de sus yerros y quebranto,
Y cómo su escuadron se halló presente
Luégo á darle en la lid auxilio tanto.
Ellos bajaban con rubor la frente;
Que su vergüenza les arranea llanto.
Al fin del rey britano triste el hijo
Alzó los ojos suspirando, y dijo:

LX.

« Los que no entramos en la suerte, buimos
Uno á uno con arte cauteloso,
Y de amor, no lo niego, esclavos fuimos
Y de un sér tan maligno cuanto hermoso.
Por desusadas sendas la seguimos,
Todos discordes, cada cual celoso;
Que ella (tarde lo advierto) en nos ardía
Rabía y amor con su dulzura impía.

LXI.

« Al fin llegamos al lugar do el cielo
Lanzó lluvia de fuego en la llanura
Sobre la raza de impiedad modelo,
Los ultrajes vengando de natura.
Feeunda tierra fué, benigno suelo,
Y hoy, convertido en lago de onda impura,
Betuminoso impregna en sus hedores
Aire que abrasan húmedos vapores.

LXII.

« Tal es el agua que el estanque mueve,
Que á su fondo á calar no llega nada;
Mas, cual grano ligero ó junco leve,
La piedra, el hombre, el plomo sobrenada.
Sobre él es un castillo, y puente breve
Estrecha ofrece al peregrino entrada.
Ya dentro, vimos (ignorando el modo)
Reir brillante de placcres todo.

LXIII.

» Limpio el cielo es allí, dulce y sereno;
Corre el aire las plantas fecundando;
Entre mirto y jazmin el fresco seno
Va el arroyo á las flores salpicando,
Y á la yerba convida y sueño ameno,
Ya el murmurio de las hojas blando,
Ya el cantar de las aves. Nada digo
Del mármol y oro del augusto abrigo.

LXIV.

» Do retoza la linfa más traviesa
Prepárase, entre plantas seculares,
Con esculpidos vasos noble mesa
Rica de extraños frutos y manjares.
Era allí cuanto balaga y embelesa,
Cuanto cria la tierra y dan los mares,
Cuanto el aire apuró, y allí presentes
Cien doncellas nos sirven diligentes.

LXV.

» Ella con dulce hablar, con blanda risa
Su convite sazona maldecido,
Y mientras cada triste bebe aprisa
Entre incendio amoroso largo olvido,
Se alza y dice, ya torno; y torna en guisa,
No de alegre favor como ha partido:
Vara leve una mano agita y prueba
Y un libro do murmura en la otra lleva.

LXVI.

» Lee la maga; y de vida y de elemento
Y ser mudando á su leer respondo
(¡Rára virtud!); y ansío otro contento;
Salto al agua, y sumérjome á su fondo.
No sé cómo, los piés plegarse siento,
Y que los brazos en la espalda escondo;
Yo me estrecho, me acorto, me entorpece
Piel escamosa, y me convierto en pece.

LXVII.

» Así la escuadra toda se transforma,
Y cual yo surca el cristalino argento.
De lo que entónces fui, vago me informa
Hoy cual de sueño oscuro el pensamiento.
Plúgola al fin tornarnos nuestra forma;
Mas de horror nos tenía el gran portento
Mudos aún, cuando con fiera vista
De este modo nos habla y nos contrista:

LXVIII.

» Ya habeis probado mi poder, nos dice,
Y que en vosotros mi dominio es pleno.
Pende de mi querer que uno infelice
Pierda en cárcel perpetua el sol sereno;
Que ave se torne aquel; que este enraice,
Planta leñosa, en el terrestre seno;
Que mármol sea, ó se liquide en fuente,
Ó revista de erin la armada frente.

LXIX.

» Sólo si me rendis todo albedrío
Os libraréis de mi furor sañudo;
Si sois paganos, y si al reino mio
Contra el fiero Bullon servis de escudo.—
Todos dimos repulsa al pacto impío:
Solo á Rambaldo persuadirle pudo,
Y en honda cárcel en la tierra oculta
Á los demas la inicua nos sepulta.

LXX.

» Por acaso despues Tancredo viene
Al castillo, y en él es prisionero.
Mas breve tiempo allí la infiel nos tiene;
Que si entendi relato verdadero,
Sacarnos del encierro al cabo obtiene
Del Señor de Damasco un mensajero,
Que al rey de Egipto en don, con cien armados,
Inermes nos conduce y maniatados.

LXXI.

» Marchábamos así, cuando la alta
Providencia de Dios depara y lleva
Al buen Reinaldo, cuyo nombre exalta
Siempre nuevo laurel con gloria nueva.
Nos ve, y á los guerreros breve asalta,
Dando de su poder insigne prueba.
Los vence y mata, y vuelve á nuestras manos
Nuestras armas que usaban los paganos.

LXXII.

« Le vi, y estos le vieron, y pudimos
Todos oírle y apretar su diestra.
Incierto es el rumor que aquí sentimos:
Vive el jamas vencido en la palestra,
Y hoy son tres luces que dejar le vimos
Con solo un guía la compañía nuestra,
Camino de Antioquia; mas depuso
Ántes el roto arnes tinto y percutso. »

LXXIII.

Así Guillermo hablaba, y Pedro en tanto
Alterado el color, la faz absorta,
Alza sus ojos fúlgidos. ¡Oh cuánto
Pío fervor su espíritu conforta!
Le inspira Dios, le abrasa un fuego santo,
Y al medio de los cielos se transporta.
Allí en el hondo porvenir se interna
Y de los siglos ve la marcha eterna.

LXXIV.

Y soltando la voz en son más fuerte,
Profetiza fatídico su acento.
Está el mudo concurso helado, inerte,
Al semblante, á la faz, al labio atento.
« Vive Reinaldo, exclama; fué su muerte
De mujeril astucia fingimiento:
Vive, y su verde juventud gallarda
Á empresas de más cuenta el ciclo guarda.

LXXV.

» Que es de tantas bazañas hoy la suma
Juego no más con que su infancia asoma.
;Ah! viendo estoy cómo su espada abrumba
Á un impio augusto y su soberbia doma;
Y cuál cobija la argentada pluma
De su pájaro real la Iglesia y Roma;
Y del dragon los guarda años prolijos,
Dando prole inmortal de ilustres hijos.

LXXVI.

» Y de estos á los hijos y á los nietos
Serán ejemplo sus acciones claras;
Y de tiranos césares inquietos
Defenderán los templos y tiaras.
Al humilde ensalzar y haber sujetos
Los ímpios y soberbios, artes raras
Siempre serán con que á volar se apreste
Por encima del sol la águila de Este.

LXXVII.

» Y pues su vista en la virtud es fija,
Lleve á Pedro los rayos terrenales,
Y á do se pugne por Jesus dirija
El batir de sus plumas inmortales.
Esto el cielo á sus méritos prefijsa
Y á su cuna con leyes eternas.
Que llames quiere en fin, Bullon prudente,
A la alta empresa el caballero ausente.»

LXXVIII.

Con voces tales el temor destierra
El sabio Pedro por Reinaldo habido,
Y entre el comun aplauso el labio cierra
Sólo el Jefe, en sus planes embebido.
La oscura noche en tanto por la tierra
Ya su manto de nieblas ha esparcido.
Duermen aquellos de su afán cansados:
A este el sueño le roban sus cuidados.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



